
REYES MULTIMILLONARIOS SERIE
Contrato
EVA WINNERS

Contrato

Eva Winners

Derechos de autor © 2022 por Winners Publishing LLC y Eva Winners
Diseñador de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC
Modelo: Aaron G.
Fotógrafo: Wander Aguiar
Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks LLC
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

Índice

Nota De La Autora
Colección Serie Reyes Multimillonarios
Lista De Reproducción

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta Y Uno
Capítulo Treinta Y Dos
Capítulo Treinta Y Tres
Capítulo Treinta Y Cuatro
Capítulo Treinta Y Cinco
Capítulo Treinta Y Seis
Capítulo Treinta Y Siete
Capítulo Treinta Y Ocho
Capítulo Treinta Y Nueve
Capítulo Cuarenta

Capítulo Cuarenta Y Uno
Capítulo Cuarenta Y Dos
Capítulo Cuarenta Y Tres
Capítulo Cuarenta Y Cuatro
Capítulo Cuarenta Y Cinco
Capítulo Cuarenta Y Seis
Capítulo Cuarenta Y Siete
Epílogo

Agradecimientos

Nota De La Autora

Este libro toca algunos temas sensibles y puede resultar delicado para algunos lectores.
Hay contenido detonante emocional relacionado con la pérdida de la familia, el suicidio, el abuso y la violencia.
Cualquier parecido con personas y cosas reales, vivas o muertas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Este es para todos mis lectores.
Han hecho realidad mi sueño.
Han cambiado mi vida.
¡GRACIAS!

Colección Serie Reyes Multimillonarios

Cada libro en la serie Reyes Multimillonarios puede leerse por separado.
¡Disfrútalo!

El amor es un rompecabezas.
Cuando estás enamorado, todas las piezas encajan.
Pero cuando te rompen el corazón,
Lleva mucho tiempo recomponerlo.
Y a veces las piezas nunca encajan del todo bien.

Lista De Reproducción

https://open.spotify.com/playlist/1Y9bLl0xWLs3C1GFVmVnZi?si=AR43n48-Q2eYUlxJxAe4Zg

Prólogo

La lluvia golpeaba contra las ventanas del hospital. El agotamiento persistía en mis huesos. Me dolía cada centímetro del cuerpo.

Sin embargo, en cuanto lo sostuve en mis brazos, supe que era mi creación más hermosa.

Cabello oscuro. Ojos tormentosos.

Aunque eso último podría ser debido a que acababa de nacer y eran más turbios.

No importaba. Era la perfección absoluta.

Kol.

Significaba *el oscuro*. Le quedaba. Kol Alessandro Corbin.

Mamá, papá y Branka se quedaron conmigo en el hospital durante las veinte horas de parto y muchas horas después. Pero finalmente hice que se marcharan.

Necesitaban descansar. Y yo requería tener tiempo a solas con mi bebé. Para enterrar aquel anhelante dolor que persistía en mi pecho.

Todos esos meses y aún no había sido capaz de olvidarlo.

Alessio Russo no era un hombre fácil de olvidar.

Incluso con las palabras que aún resonaban en mis oídos de nuestro último encuentro.

Olí la nicotina antes de estar completamente despierta.

Mi corazón se aferró a ello. Nadie que conociera fumaba. Excepto Alessio.

El humo plateado envolvía la habitación, robándome el aliento y los sueños.

Estaba prohibido fumar en el hospital.

Abrí los ojos de golpe. Una sombra se cernía sobre mi hijo, quien dormía tranquilamente, y un círculo rojo encendido atravesaba la penumbra. Era la punta de un cigarrillo, mas no era Alessio quien estaba parado ahí.

«Algo estaba mal».

—¡Aléjate de mi hijo! —exigí con voz ronca, enderezándome en la cama del hospital.

Ignoré el dolor de mi abdomen.

Su rostro se apartó de mi hijo y se me congeló el corazón. El padre de Alessio.

Escudriñé por la almohada buscando el botón para llamar a la enfermera.

—Lindo niño.

Su voz estaba llena de asco. *Odio.*

Un rayo de miedo me atravesó, el terror empapándome la piel. Su rostro era siniestro, y la pistola que llevaba en la otra mano no se me escapó. Dio una calada a su cigarro y luego sopló el humo en la cara de Kol.

—Aléjate de mi hijo —advertí nuevamente, con voz temblorosa. No había nada que no pudiera hacer para protegerlo.

Sus amenazadores ojos oscuros se encontraron con los míos.

—Ahora escúchame, basura corsa. Tú y tu hijo no volverán a acercarse a Alessio. —Tragué saliva, con el miedo retumbándome en los oídos.

La adrenalina palpitaba en mis venas, mareándome, pero me negué a acobardarme. Me levanté del colchón del hospital y me acerqué cada vez más a mi hijo.

—¿Y Branka? —susurré.

Se encogió de hombros.

—Es una inútil.

El hombre era un maldito lunático. Un desgraciado cruel y sádico. Tal como Branka lo describió.

—¡No es una inútil! —espeté—. Es una persona increíble y buena.

Otro centímetro más cerca de mi hijo. Tenía que agarrarlo y largarme de aquí. Las enfermeras habían entrado y salido de la habitación toda la maldita noche. Sin embargo, en ese instante que necesitaba a una aquí, no aparecían por ningún lado.

—Tú, Autumn Corbin, y tu familia son una maldita plaga. Aléjate de Alessio, o te haré pagar a ti y a los tuyos. Alessio tiene otras mujeres a las que follarse. —El corazón se me hizo añicos; pedazos del frágil órgano se esparcieron a mis pies. Incluso después de todo ese tiempo, dolía demasiado.

Las palabras de Alessio aún resonaban en mi cerebro. Solo había sido una buena follada para él. Nada más y nada menos.

Bajó la vista hacia mi hijo y sus labios se curvaron en una sonrisa cruel.

—Y *este* será un bastardo muerto si te veo por ahí.

Antes de que pudiera parpadear, presionó la colilla del cigarrillo sobre mi bebé y un grito recorrió el hospital. El de Kol y el mío.

—¡Aléjate de él! —No tenía ni idea de cómo ni cuándo me lancé sobre él, mis puños golpeándolo en la espalda.

Me quitó de encima con facilidad y mi espalda golpeó el frío piso de cerámica. Unos puntos negros nadaron en mi visión. El grito agudo de mi bebé llenó el espacio. Olor a humo. Una nube llenaba el aire.

El horror me desgarró.

«Esto no podía estar pasando».

El cigarro aún ardía en la cuna de mi hijo.

Capítulo Uno



Cuatro años atrás

Autumn

De acuerdo, celebrar tu graduación universitaria encima de la barra de un bar, bailando y tirando dardos no era precisamente la forma más madura de obtener el reconocimiento por cuatro años de duro trabajo.

Sí, nos llevó un semestre más. El primer año fue difícil. Tanto Branka como yo habíamos reprobado la mayoría de las clases del primer semestre y nunca nos pusimos al día. No éramos genios. Solo dos chicas promedio con un gen artístico. O algo así.

Pero por fin nos graduamos. Sí, el verano había quedado atrás, aun así, teníamos toda la vida por delante. Muchos veranos más.

Mis sueños finalmente se estaban haciendo realidad. Me habían ofrecido una pasantía en *National Geographic* y mi primer trabajo empezaba en una semana. Una maldita semana. Viajaría por el mundo tomando fotos. Mi padre siempre fue fan del viejo refrán “una imagen vale más que mil palabras”.

Quería que mis fotografías marcaran la diferencia en el mundo. Con suerte, harían del mundo un lugar mejor.

—¡Otro *shot* para las chicas! —chilló alguien atrás.

Era increíble lo que podía conseguir un minivestido ajustado. Siguieron las bebidas, Branka y yo bailábamos encima del bar, moviéndonos sensualmente. Lento, rápido, lento. Después de semanas de empacar, estudiar y hacer más maletas, nos merecíamos celebrar y relajarnos.

La música a todo volumen retumbaba por los altavoces, haciendo vibrar todas las superficies. El ritmo rebotaba en las paredes, con el último álbum de grandes éxitos de Dua Lipa sonando uno tras otro. Algunas de las chicas bailaban juntas sobre la barra, mientras que otras estaban demasiado ocupadas besando sus novios o a hombres que no conocían.

Mi mirada recorrió la multitud. Era septiembre, no obstante, la mayoría de las chicas llevaban reveladores y diminutos vestidos de verano. Pero estábamos en California. Los vestidos de verano se llevaban casi todo el año.

El bar estaba demasiado lleno. Probablemente por encima de su capacidad, aunque nadie había empezado a echarnos. Era nuestra última semana aquí. Si bien los últimos cuatro años

habían estado llenos de cosas seriamente salvajes, nunca nos habíamos metido en problemas. Branka decía que era porque su hermano tenía contactos en todas partes.

Alessandro Russo.

Ni siquiera me recordaba ni todo el incidente de mi decimoctavo cumpleaños. Ese día había estado tan nerviosa y emocionada. Branka y yo no veíamos la hora de ir a la University of California, Berkeley. Compartíamos cumpleaños y ese día lo celebramos en casa de mis padres.

La fiesta de cumpleaños estaba aún en pleno apogeo. La charla y las risas de los invitados se oían desde el piso de abajo. Mi familia. Amigos. Branka, mi mejor amiga. Desde el momento en que mis padres y yo nos mudamos a Montreal, las dos congeniamos y desde entonces habíamos sido inseparables.

—Siento que tu hermano no haya podido venir hoy —murmuré. Sabía lo mucho que esperaba que estuviera aquí. Él era la única familia que amaba. La única familia que estaba ahí para ella.

—Está bien. —Una pizca de amargura tiñó su voz.

Agarré su mano y la apreté suavemente en señal de consuelo.

—No está bien —musité—. Pero estoy feliz de haber podido pasar todo el día contigo.

Por lo que me había contado, su hermano siempre cumplía. Podría ser que simplemente llegaría tarde. En cuatro años, aún no había conocido al famoso, o infame, hermano.

Alessandro Russo. Alessio para sus allegados.

Intocable. Despiadado. Corrupto.

Conectado a la mafia. No era que lo hubiera presenciado de primera mano. Eran solo rumores. En realidad, podía ser que el tipo no fuera más que un despiadado hombre de negocios. Si algo había aprendido de mis padres era que las cosas no siempre eran lo que parecían.

—Envíale otro mensaje —sugerí suavemente.

Sacudió la cabeza.

—Padre lee mis mensajes. A veces creo que también lee los suyos. —¿Eh? Había tantas cosas que no entendía sobre la familia de Branka—. No quiero que me moleste. —Otra diferencia entre sus padres y los míos. El suyo era malo, incluso cruel. Y su madre, bueno, parecía ser un fantasma de lo que una vez fue.

—Puedes usar mi teléfono si quieres. —Ofrecí. Sabía lo mucho que significaba verlo ese día.

—Está bien, gracias. Llamé a Alessio antes y le dejé un mensaje de voz diciéndole que estaría aquí.

Asentí. Las dos nos paramos adelante del espejo. Se había cambiado para la ocasión y estaba preciosa con su vestido dorado transparente, que era largo por detrás y más corto por delante. El contraste del dorado contra su cabello castaño oscuro era impresionante. Yo aún llevaba mi vestido blanco corto veraniego.

—No veo la hora de salir de aquí —confesó, encontrándose con mi mirada en el espejo. Sus ojos grises se volvían oscuros, como nubes de tormenta, cada vez que estaba triste—. Nuestra última noche en Montreal. Hay que convertirla en una memorable.

Asentí, aunque no me hacía tanta ilusión dejar atrás a mis padres. Estaba emocionada de ir a California y estudiar allí. No obstante, a diferencia de ella, tampoco veía la hora de volver a visitar a mis padres. Y aún no nos habíamos ido.

Los ojos de Branka me recorrieron.

—¿Vas a cambiarte?

Bajé la vista.

—¿Qué? —Me pasé la mano por el vestido. —¿Esto no es lo suficientemente bueno?

Puso los ojos en blanco.

—Está bien para un evento cotidiano, pero no para nuestro cumpleaños. Hoy es especial.

—Bien, bien —repliqué secamente—. Me cambiaré.

Cumplir dieciocho años parecía algo importante. Sin embargo, la misma cara que había observado el día anterior me devolvía la mirada ese día en el espejo. El mismo cabello negro. Los mismos ojos color avellana. Mi boca seguía siendo la misma, el labio superior ligeramente más grande que el inferior.

—¿Te sientes mayor? —pregunté.

Encogió sus hombros delgados.

—La verdad es que no. Pero ya tenemos dieciocho años. Legalmente adultas.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. No estaba segura si me sentía como una adulta. O si estaba preparada para serlo. Desde luego, no tenía ninguna prisa.

—Será mejor que me dé prisa y me cambie antes de que se acabe la comida —expresé, mirando el vestido que había elegido Branka. Era precioso, aunque exagerado para una simple fiesta de cumpleaños en el patio. También lo era Branka, aunque eso no parecía detenerla.

Dio un aplauso.

—Maravilloso, te esperaré abajo. Necesito un poco de "crème brûlée" de tu madre antes de que se acabe.

Salió por la puerta antes de que pudiera protestar. Habría sido maravilloso que me hubiera dado un empujón de confianza una vez que me hubiera puesto mi vestido elegante. No quería parecer un pavo real demasiado arreglado.

—¡Guárdame un poco! —vociferé tras ella—. ¡Escóndelo de todos!

Su risa sonó por los escalones, junto con el golpeteo de sus tacones contra el suelo de madera de mis padres.

Mis ojos recorrieron la habitación en la que Branka y yo habíamos pasado tanto tiempo juntas durante esos últimos cuatro años. Si bien no era grande ni lujosa, me encantaba. Ropa de cama rosa y blanca sobre la cama de caoba con dosel. La cómoda blanca antigua y el tocador eran los únicos muebles en mi habitación.

Sobre la cómoda había marcos con fotos de mis padres. Nuestros viajes por todo el mundo. De allí me vino el gusto por la aventura y la voluntad de hacer justicia.

La nostalgia me golpeó. Una noche más y ya no dormiría bajo el techo de mis padres. Una noche más y estaría a miles de kilómetros.

—Supongo que eso forma parte de crecer —reflexioné en voz baja.

Sacudí la cabeza y me quité el vestido, quedándome en bragas blancas y sujetador. Lo tiré al cesto y agarré el vestido, colgándolo de la barra del dosel de espaldas a la puerta. Se resbaló de la percha y cayó silenciosamente al suelo.

Agachada, con el trasero al aire y los dedos enroscados en el suave material, era exactamente la posición en la que me encontraba cuando se abrió la puerta.

—¿Qué demo...? —Una voz profunda vino de detrás de mí.

Por un momento, me quedé congelada, observando al hombre de arriba abajo a través de mis piernas. Mocasines negros brillantes. Traje de negocios entallado y costoso. Ojos grises tormentosos que me estudiaban.

O tal vez estudiaba mi trasero en tanga.

Me levanté rápidamente, dándome la vuelta.

En cuanto lo vi de pie ahí, mi paso retrocedió involuntariamente.

Facciones duras. Ojos aún más duros.

Un escalofrío me recorrió la espalda y, por un instante, me olvidé de respirar. El rostro más hermoso que jamás había visto. Pero no fue eso lo que me atrapó. Fue la oscuridad y la crueldad de su mirada gris. Era del color del cielo justo antes de una tormenta.

La mandíbula angular hablaba de determinación y terquedad. La ligera barba incipiente de su rostro lo hacía parecer duro e intocable. No era que lo necesitara, porque estaría aterrorizada si me encontraba a solas con él en un callejón tenebroso. El traje oscuro de tres piezas se ceñía a su ancha y alta figura.

Letal.

Este hombre era letal. Podía ser que ese día cumpliera dieciocho años, mas me jugaría la vida en ello: él podía acabar con una vida humana sin perder el sueño.

Tenía una mano metida en el bolsillo del traje y la otra la mantenía a su costado. Mis ojos parpadearon hacia esa mano fuerte y venosa. Llevaba un anillo con un símbolo extraño. La letra "A" con una calavera.

Nos observamos fijamente, congelados, y los segundos se hicieron eternos. Era como un demonio oscuro concentrado en su presa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Salí de mi estupor, tratando de parecer valiente.

—¿Dónde está? —replicó.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —Entrecerré los ojos. Apestaba a oscuridad y peligro. Creerías que era lo bastante lista como para gritar pidiendo ayuda—. ¿Quién demonios?

Mi padre siempre decía que a veces era demasiado valiente para mi propio bien. Sin embargo, no era imprudente. Al menos no en ese instante. Todo lo que tenía que hacer era gritar y papá vendría tras este tipo. Aunque, si era sincera conmigo misma, no estaba segura de que pudiera darle una paliza.

Arqueó una ceja, como si estuviera sorprendido. Cuando no contestó, continué:

—¿Y tú quién eres? —Mi voz se alzó un poco más, mientras el corazón me retumbaba contra las costillas.

Metió la otra mano en el bolsillo mientras su mirada descendía por mi cuerpo, perezosa y observadora. Con la misma lentitud, su vista volvió a subir por mi estado apenas decente.

—Cuida tu tono, chiquilla —advirtió, arrastrando las palabras.

«Sé lista, Autumn. Sé inteligente, Autumn».

—¿O qué, anciano? —me burlé. Jesucristo, aquello no era inteligente, pero mi boca se negaba a parar—. Dices algo y mi padre... te pateará. El. Trasero.

Tal vez. Aunque él no necesitaba saberlo.

Dio un paso hacia delante, y di uno hacia atrás. Otro paso hacia mí, y como si estuviéramos hechos de los mismos polos de dos imanes, di uno hacia atrás.

—¿De verdad lo crees? —Su tono era bajo, profundo, casi amenazador.

Eché los hombros hacia atrás y me di cuenta enseguida de mi error. Revelé más de mi cuerpo apenas cubierto. Mas no podía mostrar debilidad.

—Sí —siseé—. Ahora, piérdete.

Sus ojos se entrecerraron y volvieron a recorrer mi cuerpo, dejándome extrañamente sin aliento y con el corazón acelerado en el pecho.

Intenté la misma táctica y dejé que mi mirada recorriera su cuerpo. Fue un error, porque era aún más evidente lo alto, musculoso e impresionante que se veía. No era una buena conclusión a la que llegar estando a solas con un extraño en la habitación.

Mi atención se clavó en sus brillantes y costosos zapatos negros. Si tuviera que adivinar, diría que eran de cuero italiano. Seguía sin moverse. En ese segundo estábamos tan cerca que podía oler su aroma amaderado y a especias. Poderoso, como su presencia.

—¿Cómo te llamas? —Su pregunta me tomó desprevenida y volví a observarlo, encontrándome con aquellos ojos grises y tormentosos.

—No es asunto tuyo. —Me reí entre dientes—. ¿Cuál es el tuyo?

«¿De dónde salió eso?».

—Tampoco es asunto tuyo —contestó—. Si te lo digo, tendría que matarte.

¿Que. Demonios?

—¡Fuera! —Di un paso adelante y empujé la palma de mi mano contra su pecho, entonces me di cuenta de que había dejado caer el vestido que me cubría la parte superior del torso. Rápidamente crucé los brazos delante de mi pecho.

Seguíamos de pie en medio de mi dormitorio tan femenino, con su imponente figura vestida con un traje oscuro que parecía ridículo entre todo el color rosa.

Bajó la mirada al lugar donde hacía unos segundos tenía la palma de la mano y luego volvió a observarme a la cara. Nos quedamos viendo un momento y me di cuenta de que tenía la mano en mi muñeca, con las yemas ásperas de los dedos rozándome el pulso.

—Cuidado, Autumn —gruñó—. O terminarás en el dormitorio equivocado.

No fue hasta que se había ido cuando me di cuenta.

¡Sabía mi nombre!

Diez minutos después, alisé las arrugas inexistentes del vestido rosa claro. Se me ceñía demasiado al cuerpo y me dificultaba la respiración. No estaba acostumbrada a llevar ropa apretada y zapatos altos. Con cuidado de no clavar los tacones de tiras rosas en la tierra, mantuve la mirada fija en el suelo. La música y las risas vibraban a mi alrededor y una sonrisa ya se formaba en mis labios.

—Autumn, ven a saludar a nuestro invitado. —La voz de Maman viajó por el aire.

Di un paso sobre la grava y estabilicé mi tobillo.

—Ya voy —refunfuñé—. Estos malditos zapatos se están atascando.

Otros dos pasos, levanté la vista y me quedé helada.

Un hombre con tormentosos ojos grises y vestido con un traje negro de tres piezas me observaba, manteniéndome en mi sitio. El tipo que irrumpió en mi habitación estaba de pie junto a mi padre. Una sonrisa se dibujó en su boca y puse mi vista en ella. Eran unos labios tan sensuales y bien proporcionados. Me pregunté cómo besaba.

Duro. Áspero. Húmedo. Exigente.

—Ahí estás. —Mi madre me dio un beso en la mejilla—. Joyeux anniversaire, ma chérie. —Feliz cumpleaños, me deseó mi madre en francés.

—Merci, Maman —murmuré, sin dejar de mirar al desconocido.

Unos brazos me rodearon y me balanceé.

—¡Llegó! —chilló Branka encantada.

—¿Quién? —musité, frunciendo el ceño y volviendo a ver al guapísimo desconocido. ¿Por qué estaba hablando con mi padre?

—Mi hermano. —Giré la cabeza hacia ella y seguí su mirada—. Alessio. —Tragué con fuerza, recordando cómo le había gritado apenas diez minutos atrás.

—Autumn, te presento al señor Alessio Russo. —El tono de mi padre contenía una nota de precaución. La que me decía que prefería que no hablara con ese hombre. Si tan solo supiera que pasé unos minutos a solas con él—. Señor Russo, mi hija, Autumn.

Incliné la cabeza en señal de saludo mientras un cálido torrente de adrenalina me recorría la espalda al ver cómo me observaba y al reconocer su nombre. Me encontré con su mirada intensa, ojos grises oscuros sombreados por gruesas pestañas negras que podían engañarte haciéndote creer que eran más oscuros de lo que realmente eran.

—Señorita Corbin. —Su voz era indiferente, pero algo divertido y peligroso jugaba en sus ojos, desafiándome.

Apostaría mi vida a que todos los rumores sobre la crueldad de Alessandro Russo eran ciertos.

Parpadeé, volviendo al presente.

Era ridículo que, incluso después de cuatro años, pensar en él me acelerara el corazón. Siendo quince años mayor que yo, el hermano de Branka estaba fuera de mi alcance. No era que lo quisiera. Era un caballero por fuera, pero peligroso y despiadado debajo de ese traje costoso que le encantaba llevar.

Y tenía conexiones con la mafia, por el amor de Dios.

No necesitaba ese tipo de problemas en mi vida. ¡Pero esos ojos de acero! ¡Esa boca! ¡Ese cuerpo! La química que sentí en ese preciso momento cuando lo conocí nunca se había replicado. Fue apenas un instante fugaz en su historia. En la mía, fue un evento que cambió mi vida en un segundo.

Nunca lo había olvidado. Sería imposible olvidar aquel rostro, aquella mirada que me mantenía cautiva y esa mandíbula con una boca que estaba segura de que sabía cómo provocar placer. Con solo mirarlo, la piel se me erizaba. Aquel hombre despiadado de rostro espléndido era exactamente lo que *no* necesitaba, no obstante, mi cuerpo parecía desearlo.

La música sonaba, mi piel brillaba de sudor, la multitud se alborotaba cada vez más cuando oí mi nombre, alto y claro, por encima de la música fuerte. Mis ojos recorrieron el lugar, pero no vi ni una sola cara conocida.

—Branka. Autumn. —Una vez más, nuestros nombres fueron llamados.

Ella y yo compartimos una mirada, y luego los ojos de ambas recorrieron los rostros de la multitud.

Dos hombres caminaban con confianza por el abarrotado bar, con sus miradas fijas en nosotras. Branka se acercó a mí al mismo tiempo que me acercaba a ella.

—¿Los conoces?

Sus cejas se fruncieron, reconocimiento en su mirada.

—Son amigos de mi hermano.

Volví a prestarles atención a ambos hombres que se dirigían hacia nosotras como si fueran los dueños del establecimiento. El peligro formaba parte de ellos, y no por los tatuajes que marcaban su piel, sino por la dureza de sus miradas. Oscuridad en sus ojos que se parecían a los de Alessio Russo.

—¿Estás segura? —Apenas pude pronunciar las palabras cuando ambos se detuvieron frente a nosotras.

—Señoritas. Soy Cassio King y este es mi hermano, Luca. Hemos venido a llevarlas a casa.

Branka y yo compartimos una mirada. Planeábamos quedarnos allí una semana más antes de que partiera hacia mi asignación. Asia. Kuala Lumpur. Me picaba el dedo por empezar a fotografiar.

Branka agitó la mano como si eso fuera a echarlos.

—No, gracias.

—Me temo que tendré que insistir —intervino el otro tipo. Luca King. *Cassio y Luca King.* En el fondo de mi mente, busqué ese apellido. Me resultaba familiar. Lo había escuchado antes. El alcohol que había consumido no ayudaba.

Cassio y Luca King.

Mafioso. Su padre, Benito King, era uno de los hombres más temidos del *East Coast* de Estados Unidos. Y sus hijos no estaban muy lejos detrás.

—Tu madre ha muerto, Branka —explicó Cassio—. Y tu hermano te necesita de vuelta. —Se me escapó un suave jadeo y miré a mi mejor amiga. Aunque mantenía la expresión bajo una máscara, sabía que le importaba. No era tan unida a su madre como yo con la mía, pero la amaba. La pobre mujer se casó con un hombre duro y cruel, y eso la destrozó.

Sentí los ojos de los hombres sobre mí y me giré para observarlos.

—Señorita Corbin, puede venir. Alessio indicó que usted y Branka son cercanas, y ella necesitará todo el apoyo posible.

Dudé. Si bien quería estar allí para Branka, no estaba segura de querer ver a su hermano. O a su padre.

Branka deslizó su mano hacia la mía y nuestras miradas se cruzaron.

—Ven, por favor. —Se atragantó, le temblaba el labio inferior y no había manera que pudiera negarme.

Capítulo Dos

Alessio

Odiaba los funerales.

El hecho de que fuera el de mi madre lo hacía diez veces peor. No había sido cercano con ella. Era imposible con mi padre, corrección, padrastro desgraciado, cerca.

Al imbécil le encantaba atormentar a todos los que le rodeaban. Ni siquiera le había dado a Branka la oportunidad de despedirse. Mantuvo por mucho tiempo a nuestra madre aislada de todos hasta que murió.

Miré impaciente el reloj y me fijé en la hora. Tenía otros veinte minutos antes de salir o no llegaría a tiempo al cementerio. Me serví otro *whisky* y me lo bebí de un trago.

Montreal. Québec. Gobernaba todo en estos territorios y al este de ellos, hasta el Océano Atlántico.

Desde la ventana de mi despacho podía ver el Saint Lawrence River. Los barcos viajaban a poca velocidad, haciéndote creer que la ciudad tenía un ritmo lento. Era cualquier cosa menos lenta, y la corrupción era profunda. La había vivido de primera mano.

Joder, la dirigía. La poseía. La gobernaba.

Antes que yo, fue mi padrastro quien hizo que esas calles se tiñeran de rojo. Ascendió matando a inocentes, débiles y poderosos; ningún costo era demasiado grande para él a la hora de alcanzar su meta.

Suponía que en ese sentido no era muy diferente a mi padre biológico.

Que se jodieran ambos. Solo deseaba que fuera a él a quien estuviera enterrando ese día.

No mi madre.

Él también lo sabía. Fue la maldita razón por la que hizo esa artimaña. Jesucristo, saboreé lo que sería este mundo sin él por un breve momento. Gracias a Dios que no le envié un mensaje a Branka para hacérselo saber. Ya había soportado suficiente tormento de nuestro padre. Habría sido demasiado para ella.

En ese momento, tenía que proteger a mi hermana más que nunca. Le fallé a Mia, no podía repetir el mismo error. Branka no podía soportar la crueldad de Padre. La dejó marcada, aunque parecía fuerte e invencible. No lo era; en todo caso, era frágil y tan fácil de romper.

Volví a mirar por la ventana y supe que se me acababa el tiempo. Me serví otro trago y saboreé su amargura mientras se deslizaba por mi garganta.

Tendría que dirigirme hacia a la tumba.

Solo por Branka. Por mi madre. Por Mia.



La mansión Russo era la extensión inmobiliaria más costosa de la provincia de Québec, posiblemente de Canadá. Eran doscientas hectáreas de bienes raíces de primera categoría en uno de los Grandes Lagos.

Mi madre sería enterrada entre los demás miembros de la familia Russo, viviendo su vida eterna entre enemigos. En su cementerio familiar. Eso me molestaba. Quería quemar el maldito lugar y trasladarla a ella y a Mia, mi hermana, a mi propia propiedad con una pequeña capilla y un cementerio donde pudieran tener paz en su muerte.

Ya que no pudieron tenerla en vida. Al menos Mia y Madre estarían juntas. Después de todo, ella siempre esperó la salvación de Madre. Fue por Mia que la había salvado ese día.

Le dirigí una mirada de odio a mi padre, quien permanecía con una sonrisa de satisfacción junto a Branka. Quería agarrarlo y estrangularlo hasta que se muriera. Ver cómo se extinguía la luz de sus ojos. Estaba en casa de Luciano a principios de semana cuando recibí el mensaje. Mi padre había muerto y tenía que apresurarme a casa.

Así que, lo hice. Pero a quien encontré muerta fua a mi madre. Debería haberlo sabido. Al hombre le encantaba atormentar a todos a su alrededor. Incluso cuando éramos niños, le encantaba destruir todo lo bueno que teníamos. Los diseños de moda de Mia. Aprender habilidades de defensa personal para Branka. Construir muebles para mí. Demonios, acababa con todo solo para herir a nuestra madre.

Cada. Cosa. Esa mujer no podía comer sin ser atormentada.

Cerré los ojos, recordando la miseria que ella llamaba su vida.

Madre apareció en mi habitación. Su largo camisón blanco cubría su frágil figura. Nunca venía a mi dormitorio, así que me tensé y la observé con recelo.

—Ven, Alessandro —llamó con voz suave. En sus ojos brillaba una rara muestra de emociones. Parecía como una madre cariñosa y consentidora, dispuesta a enfrentarse al mundo. Aquello mandó una señal de advertencia para mi cerebro de tan solo quince años.

Madre solía contemplar el mundo con la mirada vacía, moviéndose por la mecánica de la vida cotidiana.

Entorné los ojos hacia ella. No odiaba a mamá. Sentía lástima por ella, pero no me gustaba que fuera débil. Encontré a Padre apagando su cigarrillo sobre el cuerpecito de Branka y Madre se limitaba a observarlo.

Lo miraba, con sus ojos grises apagados.

—Tus hermanas están conmigo.

Eso me hizo saltar de la cama y seguirla. La había superado en estatura, mi cuerpo ya era unos siete centímetros más alto que ella. Eso no me impedía querer un abrazo. O palabras de consuelo, de vez en cuando.

Todo lo que recibía eran palizas de Padre, con el odio reflejándose constantemente en su rostro. La apatía de mi madre, sus ojos muertos veían a todas partes menos a mí. Ambos me odiaban. También a mis hermanas. ¿Qué les habíamos hecho para merecerlo?

En cuanto entramos en el dormitorio, Madre cerró la puerta tras de mí con un suave clic.

Luego trancó con llave para después retirarla del picaporte. Mis hermanas estaban sentadas en la gran cama. Branka aún era una bebé, y sus pulmones emitían una nota aguda que me atravesó el cerebro. Mia, que acababa de cumplir diez años, estaba sentada a su lado, con los ojos muy abiertos por el miedo y la cara manchada de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —indagué, con el miedo acumulándose en la boca del estómago.

—Padre quemó a Branka —respondió Mia con voz ronca y el cuerpo tembloroso.

—Ya no nos hará daño. —La voz de mi madre era inquietantemente tranquila. La expresión de su cara era la de una loca. Por fin se había quebrantado.

Antes de que pudiera reflexionar sobre el significado de sus palabras, se dirigió con pasos lentos y pesados hacia su tocador mientras acortaba la distancia entre mis hermanas y yo. Cargué a Branka en brazos, la acuné y le levanté la camisita para revisar su herida.

—¿Va a morir? —La voz de Mia temblaba incontrolablemente.

Sacudí la cabeza.

—Tenemos que limpiarla —dije y me puse en pie. Mia me siguió, con su melena castaña hecha un desastre y mirándome como si fuera su salvador. Había fracasado, joder. Siempre lo hacía. Si fuera un salvador, habría agarrado a mis hermanas y habría desaparecido.

Para siempre. En algún lugar donde nadie pudiera encontrarnos.

Una vida sencilla. Podría pescar y cazar, alimentarlas. Se me daba bien construir muebles. Podría venderlos. Podría enseñarles a mis hermanas todo lo que sabía. Estaríamos a salvo; seríamos felices.

El olor a humo llenó la habitación y me di la vuelta. Mi madre lanzó una caja de cerillas a las cortinas que ya estaban ardiendo y se me detuvo el pecho.

Nos quemaríamos. Ella quería quemarnos.

—Ya no nos hará daño —repitió sus primeras palabras y por fin comprendí el significado. Branka empezó a gritar de nuevo. Mia lloraba, pálida y sudorosa, mientras observaba fijamente las llamas.

Tomé la mano de Mia entre las mías y corrí hacia la ventana, arrastrándola conmigo. Protegí a Branka con mi cuerpo y arranqué las cortinas, ignorando el dolor que sentía en la piel. Las llamas me lamían los antebrazos y la espalda mientras mantenía protegidas a Mia y Branka.

—Tienes que saltar —le ordené a Mia. Sacudió la cabeza frenéticamente, mientras Madre se sentaba en el suelo. Entumecida y lista para morir—. ¡Ahora!

Dos pisos abajo para caer. Era nuestra mejor oportunidad de sobrevivir.

Dio un paso adelante y me miró por encima del hombro.

—Estoy detrás de ti —aseguré.

—¿Y Madre? —susurró, sus ojos parpadeando hacia la mujer rota.

—Me encargaré de todo.

Saltó. Los hombres de papá ya estaban alertados, gritos y alaridos llenaban la noche. Manteniendo a Branka fuera del alcance de nuestra madre, di tres pasos hacia ella y la jalé con la mano libre.

Se tambaleó, volviendo a su antiguo y vacío ser. Tal vez debería dejar que se quemara, que encontrara la paz en la muerte. Sin embargo, no podía. Simplemente no podía.

La arrastré conmigo, las llamas se extendieron rápidamente y quemaban nuestras espaldas. Cuando estuvimos junto a la ventana, los ojos de mi madre se cruzaron con los míos.

Muertos. Ya estaba muerta.

La empujé por la ventana y recé para que encontrara la paz. Ella ya no quería esta vida.

Salté con Branka en brazos. Caí de espaldas, sin aliento. El césped estaba duro como una roca, aun así, sabía que me había salvado de romperme algunos huesos. Lo único que me importaba era que la bebé que llevaba en brazos estuviera ilesa.

Por ella, me rompería todos los huesos.

Mis ojos parpadearon hacia la tumba. Me echó en cara el salvarla. Salvar a Mia y Branka. No tenía que decirlo, pero lo vi en su mirada. La acusación de que le había quitado una escapatoria.

Para mí, mi madre murió esa noche. Le había llorado hacía mucho tiempo.

Nuestra madre había sido un cadáver andante durante décadas. Era demasiado ingenua y blanda para este mundo. Primero fue engañada por un político corrupto y prometedor que aspiraba a la presidencia de Estados Unidos y no podía molestarse con una joven irlandesa a la que dejó embarazada. Y luego fue vendida por sus padres a un animal sádico.

La piedra oscura de la capilla hacía juego con mi estado de ánimo. Las ventanas arqueadas relucieron con penumbra y los santos observaban desde lo alto del edificio, juzgando a toda esta maldita familia. El entorno encajaba perfectamente con la ocasión.

Las nubes grises se acumulaban sobre nuestras cabezas, oscureciéndose por momentos. El cielo lloraba por mí porque ya no tenía lágrimas que derramar. Me las habían sacado a golpes hacía mucho tiempo.

Mis ojos permanecieron fijos en el ataúd mientras la tierra se lo tragaba entero, las palabras del sacerdote... ruido de fondo.

Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo.

Esas fueron las únicas palabras que registré mientras el cuerpo de mi madre era bajado a dos metros bajo tierra.

Las lágrimas de Branka resbalaban por su rostro en silencio mientras su labio inferior temblaba e intentaba desesperadamente detenerlo. Hacía mucho tiempo que había aprendido a llorar en silencio. Había aprendido las lecciones que ninguna niña debería aprender. Al menos se salvó de ver las cosas que ningún niño debería ver jamás.

Tomé su mano entre las mías y la apreté suavemente. En ese momento podía permitírmelo. Hacía tiempo que mi viejo no podía dominarme, y desde que ganaba mi propio dinero, había asegurado un techo para Branka, para que no tuviera que soportarlo. Lo único que lamentaba era no haberlo hecho antes.

Con quince años de diferencia entre nosotros, debería haber sido capaz de protegerla desde el momento en que nació. Sin embargo, no fue así. Tuvo que soportar años de la brutalidad de nuestro padre. Años del caparazón roto de mi madre. Malditos años de estar encerrada en su habitación cuando él decidía golpear a nuestra madre. Escuchaba sus gritos y lamentos, incapaz de salvarla.

Le fallé a Branka igual que nuestros padres. Le fallé a Mia, que huyó para enrolarse en el ejército estadounidense solo para escapar. Quizás ese era nuestro legado familiar: fallar a todos aquellos a los que amábamos.

No fue hasta que Branka tuvo diez años que la saqué de esa mierda. Cuando tuve algo con que chantajear al viejo. La humillación que no quería que nadie supiera. Que la riqueza de su hijo era diez veces mayor que la suya.

Odiaba que alguien fuera mejor que él, especialmente su hijo bastardo. Desvié la vista hacia él que estaba observando a Byron. Más bien, matándolo con la mirada. Aunque mi padre me odiaba, no quería que el mundo supiera que no era biológicamente suyo. Y tener a un Ashford demasiado cerca de mí podría revelarlo. Nos parecíamos demasiado.

Qué carajos me importaba. En lo que a mí respectaba, ninguno de ellos era mi padre. Byron podía irse a la mierda y encontrar otra alma a la que acosar. No lo necesitaba allí para mí. Nunca lo hice; nunca lo haría.

Mis ojos buscaron entre la multitud a la hija del hombre que había conseguido proteger a su familia. Autumn Michelle Corbin. Fue entonces cuando *la vi* y todos los pensamientos sobre mi medio hermano Byron se hicieron polvo. Era impresionante. Su piel de marfil. Su cabello negro. Labios exuberantes y carnosos. Y esos ojos color avellana. Se escondió detrás de hileras de gente, apoyada en un árbol. No podía verla del todo, pero podía notar que no estaba llorando, ni fingiendo estar angustiada. Estaba aquí solo por Branka. Aunque me sorprendió que sus padres la dejaran venir.

El cementerio estaba lleno de hombres y mujeres que pretendían conocer a mi madre. Los mismos que fingían no saber quién o qué era mi padre. Simplemente no les importaba. Mi madre procedía de una estirpe de gánsteres inmigrantes irlandeses, así que, en sus mentes, mi madre se merecía lo que le pasó.

Un desgraciado cruel y sádico.

La mano de Branka apretó la mía. Tenía veintidós años y, aun así, me seguía pareciendo pequeña. Mi metro noventa frente a su metro sesenta y cinco probablemente no ayudaba. Dejé que llorara a nuestra madre para que tuviera la paz que necesitaba.

Mis ojos parpadearon hacia Byron Ashford. Mi medio hermano. Maldito imbécil. Siempre intentando arreglar lo que el senador Ashford destruía. Ese desgraciado nunca sería mi padre, y no me interesaba arreglar ningún tipo de relación con los Ashford.

La gente susurraba que los dos nos parecíamos. Muy parecidos al viejo. Excepto que yo tenía los ojos de mi madre. Él tenía los de su padre. A decir verdad, detestaba cualquier similitud con el desgraciado que destruyó a mi madre. No perdería el sueño si él muriera.

Comenzó el desfile de gente.

Arrojaban rosas rojas, las favoritas de mi madre, sobre su tumba. Dando el pésame. Volviendo a sus pequeñas y patéticas vidas. Eran como moscas en la mierda, hambrientas de drama y falsedades con sus condolencias.

Byron no trajo una rosa roja. En su lugar, lanzó una lila blanca. El idiota siempre tenía que ser diferente. Me preguntaba si las lilas blancas representaban la pureza e inocencia. Nada con Byron era un accidente.

Se detuvo delante de mí y de Branka. Levantó la mirada y se fijó en mi hermana, quien lo observaba con curiosidad.

—Alessio y Branka, mis condolencias. —Ofreció Byron, sus ojos volviendo a mí.

Mi mandíbula se tensó, las palabras destinadas a él me quemaban la garganta. No era el lugar ni el momento. Preferiría no volver a ver a ese desgraciado nunca más.

—Gracias, señor... —Mi hermana no conocía nuestra complicada historia familiar. La había protegido de ese desastre. No la protegí de nuestro padre cuando era pequeña, pero ya era mayor y usaría métodos despiadados para proteger a mi familia.

—Byron Ashford —respondió mi medio hermano, más que dispuesto a prolongar la conversación.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón.

—Gracias por venir. —Lo despedí en tono frío.

Los ojos grises de Branka, tan parecidos a los míos, se entrecerraron y se dirigieron a mí, luego a Byron y de nuevo a mí.

Sin decir nada más, Byron ladeó la cabeza y desapareció. No obstante, el persistente idiota

volvería. Siempre volvía. Como un jodido caso de herpes.

Cada vez había menos gente. Mi atención volvía una y otra vez a la mujer de ojos avellana que me fascinaba.

Durante cuatro años, puse todo de mí para olvidar su recuerdo. La inocencia en medio de sábanas rosas con volantes frente a la crueldad. Y se había negado a acobardarse. Sus ojos se encontraron con los míos, una suave exhalación separó sus labios y un rubor coloreó sus mejillas.

Me recordaba. Estaba en el parpadeo de esos iris verde avellana. La química y la tensión nos unieron, las cuerdas invisibles envolviéndonos, y supe en ese momento que la tendría.

Los instantes se hicieron eternos y, como si pudiera ver la resolución en mis ojos, Autumn apartó la mirada.

Algo me decía que nunca habría tenido una oportunidad contra esa mujer. Todo en esos últimos cuatro años nos condujo a ese momento, a este preciso segundo.

Sus padres vendrían contra mí, pero nunca ganarían. Había sido mía desde el momento en que nos vimos. Como si pudiera oír mis pensamientos, Autumn me lanzó otro vistazo. Vacilación. Cautela. ¿Miedo?

Irónicamente, estaba junto a Cassio y Luca King, aunque no les dirigió la palabra. Su mirada recelosa estaba puesta en mí y en ellos dos. Y con razón. Todos éramos asesinos, moldeados por nuestros padres y las circunstancias de la vida.

Otra pareja se acercó, murmurando sus condolencias. Ni siquiera me molesté en saludarlos. Toda mi atención se centró en la joven de cabello negro y sus orbes color avellana más exóticos que jamás había visto. La chica que me había echado de su habitación cuatro años atrás. La primera persona, y para colmo una chica, que no se acobardó.

Pronto quedamos solo mi padre bastardo, Branka y yo, mientras Autumn, Cassio y Luca permanecían a un lado. Cassio y Luca ya habían dado el pésame y se quedaron en una muestra de apoyo hacia mí.

Estaba seguro de que Autumn se quedó por Branka, aunque parecía nerviosa. Su atenta mirada pasó de mí a mi padre, a los hermanos King y luego de nuevo a mí.

«Buenos instintos», pensé.

Se balanceaba de un pie a otro, con los dedos agarrando la rosa roja con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. No se acercaría a nosotros, apostaría mi vida en ello.

—¿Está bien si me voy? —inquirió Branka en voz baja.

—¿A dónde? —Nuestro padre bramó tan fuerte que hasta la mejor amiga de Branka se sobresaltó.

—Adelante —animé.

—Soy su padre, no tú —siseó Padre, mas lo ignoré. Si el desgraciado no moría pronto, lo mataría yo mismo. De hecho, ese instante podría ser un momento oportuno, ya que estábamos en el cementerio. Empujarlo a una tumba y dejar que se pudriera, como el maldito gusano que era.

Sin mirar atrás, Branka se apresuró hacia su amiga. Autumn le sonrió y la abrazó.

—¿Quieres venir a mi casa? —Podía oír su suave voz viajar sobre la brisa. Era exactamente como la recordaba—. *Maman* dijo que tendrá tu postre favorito. Ella invita.

Branka asintió, mientras le temblaba el labio y ya no intentaba disimularlo como cuando estaba con mi padre. Incluso conmigo.

Los ojos de Autumn parpadearon y nuestras miradas se encontraron. Una fracción de momento que se convirtió en tantos que me hicieron desear hacerla mía en ese segundo. Vi cómo sus ojos cambiaban de un marrón avellana a un verde tan vibrante que tuve que pestañear para

asegurarme de que lo veía bien.

Su atención se alejó de mí y se posó en mi padre. Al instante, sus iris se volvieron marrones.

Me di cuenta de que sus luceros cambiaban con sus emociones. En mis treinta y siete años nunca había visto nada parecido. La primera vez que la observé, no cambiaron tan drásticamente, y pensé que era un juego de luces, no obstante, ese día, lejos del refugio seguro de su habitación, el cambio de color era más radical.

Dándose la vuelta y sin reconocer a ninguno de los hombres más letales de la ciudad que se encontraban en ese cementerio, las dos mujeres se alejaron de nosotros y se dirigieron hacia el pequeño Volkswagen destartalado.

Conocer a Autumn Corbin fue lo mejor que le pudo pasar a mi hermana.

Para mí, no tanto. Porque la visión de ese cuerpo en unas bragas blancas y sujetador a juego estaba grabada en mi mente como un maldito tatuaje.

Capítulo Tres



Autumn

Me pasé toda la noche dando vueltas en la cama.

La cara de Branka, manchada de lágrimas, descansaba contra las almohadas. Dormía en mi cama, como tantas otras veces durante nuestros años de preparatoria. Incluso tenía su propia habitación, aunque rara vez se quedaba en ella. Mis padres nunca me dejaban pasar la noche en casa de Branka. En ese momento lo entendí, aunque antes no lo hacía. Afortunadamente, a mi mejor amiga nunca le importó y prefería pasar la noche fuera de su casa, así que funcionó de lo mejor.

Deslizándome fuera de la cama, bajé silenciosamente las escaleras y entré en la cocina.

La mirada regañona de mi madre a primera hora de la mañana no fue una buena noticia.

—*Maman* —gemí antes de que pudiera abrir la boca.

Se llevó las manos a las caderas y frunció aún más las cejas.

Suspiré.

—Aquí vamos —murmuré—. ¿Puedo al menos tomar una taza de café antes de que empecemos?

Me di la vuelta y me puse a trabajar en la lujosa máquina de *cappuccino* que mi madre insistía en que necesitaba. Porque ella era una verdadera mujer francesa. Personalmente, pensaba que los italianos eran los que preferían beber *cappuccino*. Pero ¿qué sabía yo?

Antes de que se realizara el primer paso de la lujosa cafetera, *Maman* empezó a parlotear.

—Autumn, *ma chérie*, sabes que a tu *père* no le gusta que pases tiempo con los Russo. O con cualquiera de sus amigos.

Negué con la cabeza, pero no me molesté en mirar detrás de mí. Me vería poner los ojos en blanco y volvería a la misma cantaleta.

—Fui a un funeral —expliqué—. Por Branka. Perdió a su madre. No hablé ni una palabra con su familia.

—Pero volaste de California a Québec con Cassio y Luca King —replicó, con un ligero pánico en la voz.

—Mayormente nos ignoraron —aclaré—. Branka y yo dormíamos.

—Oh, *mon Dieu*. —No necesité girarme para saber que agitaba las manos dramáticamente—. Pudieron haberte hecho algo, *ma chérie*. —Otro gemido molesto se deslizó por mis labios

mientras ponía los ojos en blanco enérgicamente—. No me pongas los ojos en blanco, Autumn Michelle Corbin. —Por supuesto que sabía que lo estaba haciendo. Probablemente podía verlos en mi nuca—. Branka y tú son muy unidas y quiero que estés ahí para ella. Sin embargo, tienes que ser inteligente. Mantente siempre alerta con hombres así.

Tuve la tentación de volver a rodar los ojos, mas no lo hice.

—Entendido y lo haré. Pero no exageremos. No nos hicieron nada —aseguré con calma—. Ahora no arruinemos mi última semana antes de irme de viaje.

Un profundo y exagerado suspiro salió de los labios de mi madre.

—¿Cómo está Branka?

Miré al techo, como si pudiera verla desde allí. Por fin estaba descansando. No fue hasta altas horas de la madrugada que se calmó lo suficiente como para quedarse dormida.

—Está triste —respondí lentamente—. Acaba de perder a su madre. —*«Y tiene miedo de su padre»*.

No obstante, de ninguna manera diría esas palabras en voz alta. Aquello solo le daría material para volver a despotricar.

—¿Se va a quedar con su padre? —Estaba claro por el tono de mi madre que pensaba que era una mala idea—. Deberías decirle que se quede con su hermano.

Su hermano. Alessio Russo. *Alessandro*. Dios, solo ese nombre era tan *sexy*.

Durante los últimos cuatro años, me había convencido de que no era tan guapo. Sin embargo, el día anterior lo vi y, como antes, cuando nuestros ojos se cruzaron, me mantuvo cautiva. El cementerio estaba lleno de gente, pero Alessio dominaba toda la maldita ciudad, sin importar ese pequeño cementerio.

El hermano de Branka era imponente.

Durante todo el servicio, tuve la necesidad de apartar la mirada de él. Sin embargo, siempre volvía. Como un imán que te atraía. Incluso con un metro de distancia entre nosotros, su presencia invadía mi espacio personal. Era alto, sobresalía por encima de la gente.

Impenetrable. Sin emociones.

Y en el momento en que su atención se centró en mí, mi piel zumbó con algo familiar. Algo que no había pasado desde la última vez que lo vi.

Pero estar en el radar de Alessio Russo debería ser lo último que quería. Lo último que necesitaba. Era un depredador y yo sería su presa. Aunque las consecuencias serían... placenteras. Estaba segura de ello.

—¿Autumn? —La voz de mi madre penetró en mis pensamientos y me di la vuelta para encontrarla todavía de pie en el mismo sitio.

—*¿Hmmm?*

—¿Cuáles son sus planes? —inquirió.

Parpadeé confundida.

—¿De quién?

—¿Te pregunté si Branka se quedará con su hermano? —El tono de mi madre se volvió ligeramente agitado.

—Creo que sí —musité.

—Podría quedarse aquí. —Se ofreció.

No creía que su hermano mayor lo permitiera, pero no se lo dije. En lugar de eso, me limité a contestar:

—Se lo haré saber.

Capítulo Cuatro



Alessio

Autumn Corbin.

Cuatro años no eran suficientes para olvidarla.

Mantuve la distancia. Quince años entre nosotros era demasiado para pensar en tener algo con ella. Por no hablar de que sus padres detestaban a la familia Russo. La única razón por la que permitieron a Branka entrar en su círculo fue porque Autumn se puso firme y se negó a darle la espalda.

Hay que reconocer que eso hizo que me gustara incluso antes de conocerla.

Nico Morrelli, Cassio y Luca King, estaban de pie alrededor en mi oficina.

—¿Ha arreglado Luciano las cosas con Grace? —pregunté, reclinándome en mi silla.

—Lo harán —aseguró Cassio. Era el más optimista de nosotros.

—Así que la chica de cabello negro. —Luca comenzó y sabía que las siguientes palabras me darían ganas de golpearlo—. ¿Es soltera?

—No —dije entre dientes.

Luca soltó una risita como si fuera lo más gracioso que hubiera escuchado.

—¿Lo sabe ella? —replicó.

Le mostré el dedo medio.

Luca abrió la boca, pero su hermano lo calló rápidamente.

—Jesucristo, Luca. El hombre acaba de enterrar a su madre, déjalo en paz.

—No debería tocar a una joven así —replicó Luca, sirviéndose otro vaso de *whisky*. La advertencia de Cassio lo incentivó aún más—. Soy más joven que tú. Probablemente seamos más compatibles.

—Luca, te juro por Dios que la tocas y disfrutaré cada segundo mientras te corto la verga con un cuchillo sin filo —gruñí.

—*Auch*, eso va a doler —agregó Nico, mirando a Luca y articulándole que se callara de una puta vez. Luego volvió a observarme—. ¿Has pensado en Branka y su futuro?

Saqué un cigarro del cajón. La verdad era que lo había hecho, no obstante, seguía aplazándolo. Quería una vida feliz para Branka. Llena de amor y risas. Algo de lo que siempre hablaba con envidia cuando describía el hogar de los Corbin.

—Lo he hecho —admití—. Teniendo en cuenta lo jodidos que son la mayoría de los

matrimonios concertados, estoy un poco renuente.

Cassio encendió un puro.

—No te culpo. ¿Has investigado a la familia Brennan? El hijo de Liam es decente y, si se parece en algo a su padre, sería una buena conexión que tener.

—¿Killian Brennan? —le pregunté. Asintió—. Lo investigaré.

Pero no demasiado rápido. Mi hermana era aún tan joven.

Aunque, no se me escapó la ironía. Branka y Autumn tenían exactamente la misma edad.

Sin embargo, no dudé en asegurar a Autumn para mí poniéndome en contacto con el jefe de la mafia corsa hacía cuatro años.

La hipocresía en su estado más puro.



Nos dirigimos a La Petite, un bar del cual era dueña una vieja amiga. La primera mujer que arranqué de las garras de los traficantes.

Nos hizo señas para que nos acercáramos. Siempre tenía una mesa reservada para nosotros.

—Alessio —me saludó, con apenas un atisbo de sonrisa en los labios.

—Fleur, ¿cómo estás? —Mis ojos recorrieron la multitud—. Mucha gente esta noche, *¿eh?*

—Pronto verás por qué. —Su voz tenía una nota de suficiencia y enarqué una ceja. Mas antes de que pudiera interrogarla, dirigió su atención a Cassio, Luca y Nico—. Caballeros. La casa invita.

Me reí entre dientes.

—El negocio debe ir bien.

—Hoy definitivamente sí —contestó, observándome por encima del hombro. Su mirada se centró en la esquina más alejada del bar, donde estaba el piano de cola. Allí no había nadie—. Tenemos espectáculo en vivo. Están descansando.

—Eso debe ser un buen *show*.

Otra sonrisa de suficiencia.

—Lo es.

—Lo de siempre, por favor —pedí.

Fleur dirigió su atención a Cassio, Luca y Nico. Los tres recitaron sus órdenes y, dejándonos solos, volvió a su sitio detrás del bar.

Los cuatro nos sentamos en los cómodos asientos de cuero. Las bebidas no tardaron en aparecer delante de nosotros cuando las primeras melodías sonaron en el piano.

La multitud se giró hacia la esquina donde estaba el instrumento. Las luces se atenuaron y una voz suave y melodiosa sonó por el micrófono.

—Bien, amigos. ¿Qué tal algo más lento? —La voz era una que reconocería en cualquier parte y giré la cabeza en su dirección.

Autumn Corbin estaba sentada detrás del piano, con el cabello de ébano recogido en una coleta alta. Resaltaba esos pómulos pronunciados, los grandes ojos almendrados y esos labios carnosos que suplicaban ser besados.

Branka se sentó a su lado, pero sabiendo que mi hermana no sabía tocar el piano, tuve la certeza de que su amiga era la que dirigía el espectáculo. Las dos compartieron una mirada susurrándose algo.

—Muy bien, damas y caballeros —anunció Autumn, e incluso desde mi sitio pude ver cómo sus labios se curvaban en una sonrisa maliciosa—. Tomamos sus peticiones antes. El resto de la

noche es para nosotras. Porque, ¿adivinen qué?

—¿Qué? —respondió la multitud al unísono.

—Mi mejor amiga se tomará un año sabático para ser mi secuaz.

Un rugido retumbó en el aire. Resultó que mi hermana y su mejor amiga frecuentaban ese lugar, ya que sus nombres eran coreados por la multitud.

Branka levantó la mano para calmar la alborotada audiencia.

—Asistente sin sueldo —aclaró mi hermana, y luego le dio un codazo a su mejor amiga—. Exijo un ascenso.

Mi hermana pequeña era la más feliz cuando estaba con su mejor amiga y su familia. No podía culparla. La nuestra estaba jodida más allá de lo irreconocible.

—*Pfft.* —Bufó Autumn—. ¿Quién necesita dinero cuando vamos a salvar el mundo?

Las dos soltaron una risita y empezó la música.

—Así que, mi grandiosa gente, vamos a empezar con mi hombre, Jaymes Young.

—¿Es guapo? —El susurro de Branka pudo ser escuchado a través del micrófono.

—Ni idea —respondió Autumn, encogiéndose de hombros—. Pero esa voz puede susurrarme cualquier cosa. Toda. La. Noche.

Las risas del público llenaron el aire. Las dos se sentían como en casa. Fleur las había dejado venir a menudo, incluso durante sus años de preparatoria. Les había dado un alivio temporal, aunque no alcohol.

Autumn empezó a cantar. Su voz era suave, de las que te erizaban la piel. Cada palabra, cada emoción. La sentías como si fuera tuya. No ayudaba el hecho de que la canción *I'll Be Good,* de Jaymes Young, fuera tan empática, cargada de las mismas emociones y palabras que podrían reflejar fácilmente mi vida.

En ciertos momentos de la canción, la voz de Branka cantaba a la perfección, lo que me decía que ambas tocaban juntas con frecuencia. La escuché cantar, hipnotizado, como la mayoría de los hombres del club.

Todos los presentes pasaron a un segundo plano mientras la observaba tocar con una sonrisa soñadora, mientras sus dedos volaban sobre las teclas. Sabía por mis investigaciones sobre los padres de Autumn que su madre había sido músico. Obviamente, Autumn había heredado el talento.

—Es bastante buena —comentó Nico, mirándome de reojo—. Para alguien tan joven.

—Y muy guapa —añadió Luca, como siempre provocándome.

Les hice un gesto con el dedo medio, sin dejar de ver la cara de Autumn, que se iluminaba con cada nota que tocaba. La canción cambió. La melodía se volvió aún más seria y triste. No tenía ni idea de si era una melodía del mismo cantante, pero parecía demasiado seria para ser escuchada por un par de casi veintidós años.

El cabello negro como la tinta de Autumn reflejaba las luces del bar. Su postura era perfecta mientras se movía al ritmo de la música, la curva de su cuello al descubierto, tentándome.

Y la miraba, saboreando el momento. Imaginando cómo se sentiría debajo de mí.

Los ojos de Autumn, en ese instante marrones, parpadearon hacia Branka. Una sola lágrima rodó por el rostro de mi hermana y se me oprimió el pecho. Le fallé. Mis padres le habían fallado. Debería haberla protegido mejor de mi padre. Tanto a Madre como a ella.

—¡Demasiado triste! —gritó un imbécil. Si no se detenía, acabaría a dos metros bajo tierra. Eso sería triste.

Autumn le hizo una seña obscena con el dedo sin perder el ritmo y continuó. Qué jodidamente apropiado que Autumn, en ese preciso momento, cantara las palabras “dos metros

bajo tierra”.

Mi hermana asintió con la cabeza y apoyó el hombro en su mejor amiga. Era su roca. No yo. No nuestra familia. Autumn y su familia le dieron lo que no pude. Amor y calidez.

La pizca de decencia que poseía me advirtió que no debía tocar a su mejor amiga. Ella quería salvar el mundo. Yo llevaba años destruyéndolo. La distribución de armas y drogas estaba definitivamente muy lejos de salvarlo.

Sin embargo, aunque tuviera esos pensamientos, sabía que nunca la dejaría ir. Después de todo, era la razón de mi contrato. Para asegurar que fuera mía.

Dado que ya había vuelto y había crecido, nada la salvaría de mí.

No había vuelta atrás.

Capítulo Cinco



Autumn

Branka y yo contra el mundo.

Un par de días más y nos pondríamos en camino, me pareció bien dar el siguiente paso juntas.

Dos copas aparecieron delante de nosotras. Fleur nos sonrió y dijo:

—Sin alcohol.

Branka y yo nos miramos, y pusimos los ojos en blanco, aun así, le agradecimos. Estaba a punto de dejar de tocar, pero Branka se inclinó y susurró:

—Una más. Por favor.

Repasé mentalmente varias canciones que me gustaban y finalmente me decidí por una.

—De acuerdo, una última canción y luego tenemos que irnos. —Algunos miembros del público protestaron, otros murmuraron que no estaban dispuestos a deprimirse esa noche por nuestra elección de canción—. Última canción triste de la noche.

Mis dedos se movieron por las teclas de marfil mientras empezaba a sonar la melodía de *Sorry* de Halsey y, como siempre, escalofríos recorrieron mi cuerpo. *Maman* decía que era un signo del alma sensible y artística. Aunque los labios de papá se curvaban en una sonrisa, no se reía. Nunca se reiría de mamá. Yo tampoco, mas no era como ella.

Era demasiado suave, demasiado romántica. Mi padre la apaciguaba porque la amaba mucho, no obstante, aprendí que eran una excepción en esta vida. Un amor como el suyo era raro, así que agradecí haber recibido algo del realismo de mi padre.

Sin embargo, eso no me impidió desear una gran historia de amor como la de mis padres.

La última nota de la canción recorrió el aire y me di cuenta de que todo el bar estaba quieto, con la atención de todos puesta en mí. Exhalé suavemente y sonreí.

—¡Se acabó el espectáculo! —anuncié—. No más canciones tristes. —Luego agarré mi bebida. Branka ya estaba sorbiendo la suya—. Fleur, para que lo sepas —continué por el micrófono, levantando mi vaso y chocándolo contra lo invisible del aire—. Acabamos de graduarnos y ya hemos bebido bastante alcohol. Pero gracias por mantenernos sobrias y por el jugo de manzana.

La sala se llenó de risas.

Fleur levantó los labios.

—Sé lo que hacen cuando beben, y no necesitamos un motín esta noche, chicas.

—Les invito unas bebidas. —Una voz ligeramente ebria rompió la risa. Un hombre tropezó hacia nosotras y nos tendió la mano a Branka y a mí. Mi mejor amiga se echó hacia atrás rápidamente para evitarlo. Yo no. Me levanté, pero no antes de que su mano me agarrara de la coleta y tirara con fuerza—. Po-or un be-so —balbuceó—. Y un vistazo a lo que tienes entre las piernas.

—Ni en tus malditos sueños —reviré. Mis manos aferraron su muñeca, mis uñas clavándose en su piel mientras me quedaba viendo al hombre con incredulidad. ¡Qué acosador!—. Suéltame —exigí entre dientes mientras me miraba lascivamente. Se me pusieron los vellos de punta al tenerlo tan cerca de mí. Parecía un holgazán con una camiseta sin mangas y unos *jeans* rotos. Cabeza calva con cejas pobladas que brillaban de sudor.

En lugar de eso, me tiró aún más fuerte de la coleta, haciéndome perder el equilibrio y caer hacia atrás.

—Déjala ir y solo perderás tu mano. Si no, estarás muerto antes que llegue la mañana.

Mis ojos se desviaron en dirección a la voz grave. ¿De dónde demonios *salió*?

Alessio Russo estaba detrás del tipo borracho y musculoso, la disparidad entre los dos era evidente. Alessio se alzaba por encima de él con su traje, y se veía guapísimo. Como un sueño. *Wow*, se me caía la baba.

¿Pero quién no lo estaría? Alessio Russo con traje era digno de babear.

Cada vez que lo veía vistiendo un traje, me preguntaba si el tipo se ponía alguna vez otra cosa. O quizás *había nacido* con uno puesto.

Aunque la postura de Alessio era tranquila, bajo ella había algo duro y despiadado. Su mirada podía congelar un volcán. Sin embargo, estaba ardiendo. Su sola presencia hacía estallar un infierno en mi interior, y no sabía cómo apagarlo. Mis ojos parpadearon hacia la mano de Alessio que rodeaba la garganta del borracho. La piel bronceada, los dedos fuertes y el corazón me retumbaban a una velocidad anormal mientras me preguntaba cómo se sentirían rodeando mi propia garganta.

¡Jesucristo!

Me estaba volviendo loca. Si Alessio Russo tenía su mano alrededor de mi garganta, significaba que estaba en camino de ser una mujer muerta.

—Vaya, ¿de dónde has salido? —Branka expresó mis pensamientos.

Su hermano mayor ignoró su pregunta y dobló los dedos del tipo hacia atrás, aflojando su agarre sobre mi cabello. El crujido de los huesos resonó en el aire y mis ojos se abrieron de par en par. Me quedé boquiabierta y miré a Branka, quien no parecía sorprendida.

¿Su hermano estaba loco? No podía hacerle cosas así a la gente.

Dando un paso hacia él, le di un tirón del brazo y lo agarré de la manga.

—Espera, no puedes hacer eso.

Su expresión dura como el granito no vaciló mientras inclinaba la cabeza.

—¿Prefieres que deje que te acose?

Tragué saliva y sacudí la cabeza, con las puntas en la coleta rozándome los hombros desnudos. Aquel hombre era formidable, aterrador y fascinante, todo en uno. Sin olvidar que era guapísimo.

Durante apenas una fracción de segundo, sus ojos bajaron hasta mis labios y luego volvieron a subir. Sus orbes grises mantuvieron los míos cautivos mientras una sombra los atravesaba, observándome con una mirada gélida que amenazaba con robarme el aliento.

Instintivamente, di un paso atrás y la mano que hacía unos segundos sujetaba su antebrazo

cayó a mi lado. La pérdida me golpeó al instante, haciéndome tambalear sobre mis pies. Observé los dedos que habían sujetado su manga, como si esperara encontrar algo que explicara esa sensación. Esa atracción. Fuera lo que eso fuera.

Los ojos de Alessio se desviaron hacia su hermana.

—Tú y tu amiga vayan a sentarse en mi mesa.

Ambas seguimos donde señalaba hacia una mesa en el rincón más alejado. Era la que siempre estaba vacía cuando íbamos a ese lugar. Aunque no ese día. Los dos hombres que vinieron a buscarnos a Berkeley estaban sentados allí, además de otro tipo.

Branka y yo compartimos una mirada, ambas con el ceño fruncido. El vuelo de vuelta de Berkeley ya había sido lo bastante incómodo. Cassio King apenas pronunció una palabra, mientras sus ojos susurraban una oscuridad que no quería experimentar jamás. Y su hermano, Luca, era igual de aterrador, aunque lo ocultaba tras sus comentarios sarcásticos y su actitud aparentemente relajada.

—*Ummm*, solo nos iremos —murmuré, con la garganta repentinamente seca.

—Camina hasta esa mesa y siéntate. —El tono frío y mesurado del hermano de Branka infundiría miedo en cualquiera. No me importaba.

Branka ya se dirigía hacia la mesa, mientras permanecía inmóvil en mi lugar, mirándolo fijamente. ¿Quién demonios se creía que era? No podía permitir que el desgraciado me hablara así. Mis hombros se enderezaron y lo fulminé con la mirada, ocultando mi miedo tras una falsa bravuconería.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer —siseé y la sorpresa recorrió sus ojos—. Y en segundo lugar, solo iré a sentarme allí por Branka. La próxima vez que quieras darme órdenes, piénsalo dos veces.

Lo observé fijamente y me di la vuelta dándole la espalda. Con la cabeza bien alta, me pavoneé hacia la mesa donde se sentaban Cassio, Luca y otro tipo, y dejé caer mi trasero junto a Branka.

De acuerdo, no era inteligente hablarle así a alguien de quien se rumoreaba que tenía conexiones con la mafia. Me importaban un pepino los rumores. Apostaría mi vida a que era de la mafia. Después de todo, Cassio King estaba sentado frente a mí.

—Tu hermano es un imbécil —le dije a Branka en voz baja. Ni siquiera sabía por qué estaba enfadada. Quizá porque me ponía nerviosa cuando estaba con él. O el hecho de que mi cuerpo se calentara con una necesidad desconocida y dolorosa que, en el fondo, sabía que solo él podía saciar.

Branka se encogió de hombros.

—Ese tipo fue demasiado lejos. A Alessio no le gustó.

—Podría haberlo manejado. —Mentira. Habría llamado a la policía, pero ya daba igual.

—¿Cómo están esta noche, señoritas? —El tono de Luca sonaba con sarcasmo—. Ya veo que causando problemas de nuevo.

Branka y yo estrechamos nuestras miradas hacia él; mas ninguna le respondió. Miré por encima del hombro. Alessio ya no estaba en el mismo sitio. De hecho, no se le veía por ninguna parte. Tampoco estaba el tipo que se había atrevido a acercársenos.

—Bonita voz —me felicitó uno de ellos, pero estaba demasiado ocupada echando humo.

—Gracias —musité, ignorando a los tres hombres.

—¿Por qué están todos aquí? —indagó Branka, observando a los tres hombres sentados frente a nosotras. Los miré con curiosidad. Se encogieron de hombros como si fueran uno solo. Eso era un poco raro.

Fue Luca quien finalmente contestó.

—Vinimos por unos tragos y este no es tu lugar... Así que...

—Bueno, siempre venimos aquí —se burló Branka—. Vete a beber a otro lugar en Montreal.

—Teniendo en cuenta que tu hermano posee el cincuenta por ciento de este club, ¿por qué íbamos a poner dinero en el bolsillo de otro?

—¿E-Eh? —tartamudeamos Branka y yo.

—¿Alessandro es el dueño de este lugar? —inquirió Branka.

—Eso es lo que dije —repitió Luca lentamente, como si pensara que éramos tontas—. Alessio es el dueño de este bar.

Tanto la boca de Branka como la mía formaron una O silenciosa. Ninguna conocía ese pequeño detalle y visitábamos ese lugar con frecuencia durante nuestros años de preparatoria. Fleur nunca lo había mencionado.

Ni que decir, que este no sería mi lugar de reunión en el futuro. Aunque tuve que preguntarme cómo es que nunca nos encontramos con Alessio aquí antes.

Como si lo hubiera llamado, el hermano de Branka apareció de la nada y se sentó en el sitio vacío a mi lado con una gracia letal.

—Hola —pronuncié, absorbiendo su calor. El hombre era un horno andante.

Se sentó cerca de mí, su musculoso muslo rozó mi pierna y todo mi cuerpo crepitó. Las mariposas en mi estómago trabajaron horas extras y necesité toda mi voluntad para no apartarme de él. Necesitaba espacio para poder respirar mejor.

Esa sección, a pesar de formar parte del bar, tenía un ambiente tranquilo. La cabina en forma de círculo tenía una cortina dorada que permitía a todos los hombres ver el bar, pero les daba intimidad.

Fleur apareció también y nos ofreció sonrisas de disculpa.

—¿Están bien? —Ambas asentimos—. Les traeré otra bebida.

Con Alessio tan cerca, era difícil encontrar mi voz. El corazón se me aceleraba en el pecho y la piel me ardía como si estuviera en llamas. Estaba demasiado cerca, pero no lo suficiente. No podía permanecer junto a él o cometería una estupidez.

—Alessio, ¿eres el dueño de este lugar? —soltó Branka, con un tono ligeramente acusador.

—Sí.

Una respuesta cortante mientras la atención de Alessio seguía clavada en mí. Si bien su expresión era desinteresada, sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en plata fundida. Lo ocultaba bajo toda su crueldad y la oscuridad que consumía cualquier habitación en la que se quedara.

Y el pensamiento más peculiar me atravesó. *«Este hombre está roto»*.

—No creo que recuerdes a mi mejor amiga —extendió Branka—. Autumn Corbin.

—Autumn —repitió, su tono como un licor dulce que seguramente dejaría un sabor amargo.

Alessio Russo era el tipo de hombre que hacía que las mujeres cayeran a sus pies. Como si fuera un dios. Bueno, no lo era. El idiota ni siquiera me recordaba. No era que estuviera amargada por eso o algo así.

Era un caballero vestido con un traje Brioni. Un salvaje. Un demonio disfrazado.

Algo que no necesitaba en mi vida.

Pero demonios, lo quería. *A él.*

¿Por qué? No tenía ni una maldita idea. Había algo en su mirada fría que encendía un infierno dentro de mí. Cada centímetro de mí.

—¿Qué tal va la fotografía? —Curioseó y parpadeé lentamente. Me sorprendió que supiera lo

que estudié.

—Qué cosa más rara para estudiar —intervino Cassio, estudiándome con curiosidad.

—Y eso ¿por qué? —repliqué, inclinando la barbilla hacia arriba.

—Porque lo único que tienes que hacer es apretar un botón y tomar fotos —comentó Luca, poniendo los ojos en blanco—. No necesitas un maldito título para eso.

—Hay una licenciatura de etiqueta y comunicación social —refunfuñé—. Te vendría bien. Y luego te hablaré de mi fotografía. —«*Idiota*».

Aunque no tenía deseos de morir, así que la última palabra permaneció sellada tras mis inteligentes labios.

—Branka me ha enviado algunas de tus fotos —mencionó Alessio, algo apareciendo en sus ojos. Pero se desvaneció demasiado rápido para que pudiera captar la emoción—. Son muy buenas.

Caía. Caía. Caí. Dios, ¿era tan fácil para mí enamorarme de alguien?

El timbre profundo y suave de su voz me produjo un cálido escalofrío por la columna mientras contenía la respiración. Al final, inhalé profundamente y solté el aire. Era tal y como lo recordaba el primer día que lo conocí. Cuando lo empujé fuera de mi habitación y mientras tanto mis muslos se apretaban con ese dolor que sabía que solo él sería capaz de saciar.

Me abofeteé mentalmente. No sirvió de nada para despejarme de esa neblina llena de lujuria. Dios, ¿por qué era tan *sexy*? ¿Y ardiente? La expresión oscura de su rostro y los fantasmas que acechaban en sus ojos me tentaban. Quería explorar lo que escondía bajo esa persona despiadada y aliviar todo su dolor.

¿Tenía sentido? En absoluto.

—Gracias. —Fue la respuesta más inteligente que se me ocurrió. «*Encantador*», pensé secamente para mis adentros.

—Tendrás que compartir tu trabajo con nosotros —sugirió Cassio—. Si hay algo que encaje con mi estilo, compraré una fotografía. Antes de que te hagas famosa.

Una suave bocanada de aire abandonó mis pulmones.

—No estoy segura de que vaya a ser famosa. Pero verás mis fotos en *National Geographic*.

—*Ohhh,* fotografías de naturaleza salvaje —bromeó Luca.

No podía tratar con ese tipo, así que puse los ojos en blanco.

—Cualquier foto será buena viniendo de Autumn. Incluso la que le haremos a Luca King... muerto. Podría ser la foto de tu obituario —comentó Alessio, callando la bocota de Luca.

Y me enamoré aún más de él.

Me atrapó con la gravedad de su mirada, observándome. Tenía la sensación de que podía ver cada rincón de mi alma. Era un libro abierto para este hombre, mientras que era un misterio para mí. Uno que quería resolver.

—Así que *National Geographic*, *¿eh?* —preguntó ya que permanecí callada. Respiré hondo y asentí. La comisura de sus labios se levantó. Lo divertía. Qué maravilla—. ¿Cuál es la primera misión?

—Kuala Lumpur. —Esa vez también sonreí, esa sensación de ensueño hinchándose en mi pecho—. Primera parada, las cuevas de Batu. Tiene más de cuatrocientos millones de años.

—*Oh*, encantador, una aficionada a la historia —dijo sarcásticamente Luca.

—¡Cierra la maldita boca! —espetó Branka.

—Más vale que tengas cuidado —comentó el tercer hombre. También había estado antes en el funeral. Amigo de Alessio, supuse—. O acabarás a dos metros bajo tierra.

Alessio no les dedicó ni una sola mirada. Bajé la vista a las manos y su colonia me penetró

por todos los poros. Bien podríamos estar solos, porque mi cuerpo solo estaba en sintonía con él.

Como si el mundo entero hubiera dejado de existir y fuera el único ser humano que importaba.

Era petrificante, emocionante y estimulante a la vez. Nunca había sentido tanta atracción por nadie. La última vez que sentí que la sangre me zumbaba así fue el día que lo vi por primera vez.

Tragué saliva con nerviosismo, le dirigí una mirada a mi mejor amiga y al resto de los hombres de la mesa. ¿Podían sentir cómo crepitaba el aire?

Resistí el impulso de moverme en mi asiento mientras Alessio me estudiaba fijamente. Sus ojos se movían lentamente por mi cuerpo, dejando un rastro de fuego manando a su paso. De repente, me arrepentí de llevar un vestido corto. Necesitaba esconderme, cubrir cada centímetro de mi piel porque temía que pudiera ver lo que me estaba haciendo.

Mis dedos se enroscaron en mi palma, las uñas clavándose en mi piel, mientras luchaba contra el impulso de cubrirme. Estaba tranquilo y sereno mientras yo ardía con un ansia que amenazaba con convertirme en cenizas. Un pulso palpitaba entre mis piernas, haciendo que mis muslos se apretaran.

La mirada de Alessio parpadeó y supe, simplemente supe, que se había dado cuenta de mi movimiento. Cuando sus labios se inclinaron hacia arriba, obtuve mi confirmación. Me leía como un libro abierto. Algo oscuro y ardiente se escondía en sus iris tormentosos que, de repente, ya no parecían tan fríos.

Tragué saliva, intentando calmar mi acelerado corazón.

Casualmente, aunque apostaría mi vida a que fue a propósito, Alessio se reclinó y apoyó el brazo detrás de mí. No me había tocado, pero sentí un cosquilleo en la piel. El calor de su cuerpo serpenteaba por el espacio que nos separaba. Su aroma especiado a sándalo me envolvió e incluso eso me excitó. Los fuegos artificiales estallaron en mi torrente sanguíneo.

Aunque fingí que no me afectaba, el corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que todos podían ver cómo se me salía del pecho.

Diablos, ¿por qué no me senté al otro lado de Branka?

Alessio era una fruta prohibida. Mi padre, exagente especial, y mi *maman* nunca aprobarían a alguien como él. Querían que conociera a alguien seguro y con los pies en la tierra, no oscuro y devorador como el engendro de Satanás.

Después de todo, Padre llamó al papá de Alessio el verdadero Satanás. No es que alguna vez explicara por qué le asignó ese nombre. Parecía apropiado considerando lo temible y cruel que era.

—Entonces, ¿cuáles son sus planes para la noche? —Luca preguntó.

—Nada —murmuramos mi amiga y yo.

—No parece como nada —expresó el tercero. ¿Qué les pasaba a estos hombres? ¿El requisito para ser amigos era ser “superguapos” o algo así?

—Y tú ¿quién eres? —inquirió Branka, mirando al tercer hombre.

—Branka, ese es Nico Morrelli —aclaró Alessio.

El nombre no significaba nada para mí, pero sí para Branka, porque se burló y murmuró en voz baja:

—Otro maldito mafioso.

Fleur volvió en ese momento con nuestras bebidas.

—Caballeros. —Puso sus bebidas delante de ellos—. Autumn y Branka, agua mineral para ambas.

—Teníamos mejores bebidas en la universidad —refunfuñó Branka. Estuve de acuerdo, no

obstante, con la cercanía de Alessio estaba tan sedienta que agarré mi bebida y me la tomé de un trago.

—¿Tienes sed? —Sentí el aliento caliente de Alessio en el cuello y necesité todo mi control para no saltar.

La ansiedad y algo desconocido me zumbaban bajo la piel.

Tenía que salir de aquí. O caería en la tentación. Mi control pendía de un hilo, necesitaba tocar a ese hombre que me había estado consumiendo durante tanto tiempo. Parecía uno que prometería el cielo y lo cumpliría. Eso o el pecado más delicioso.

Me levanté de un salto, incapaz de soportar más la tensión. Si me quedaba un segundo más, estallaría en llamas y haría algo de lo que no habría vuelta atrás.

La atención de todos se posó en mí, pero miré a Branka.

—Se está haciendo tarde. —Me excusé.

Y como si fuera mi imán, mis ojos volvieron a Alessio. Aquel rostro perfectamente cincelado y simétrico que ansiaba explorar con la boca. Me pregunté si debajo de ese traje estaría pulcro o se escondería algunos tatuajes de chico malo. Como su amigo Cassio.

—Cassio, ¿puedes llevar a Branka a mi casa? —preguntó Alessio.

—*Ugh*, esperaba pasar la noche con Autumn —objetó Branka secamente.

—Esta noche no.

Deslicé una mirada hacia mi amiga; lamentablemente, parecía decidida a aceptar la exigencia de su hermano mayor.

—Nos pondremos en contacto mañana. —Se despidió Branka.

—Suena bien.

Cuando salí del bar, Cassio ya se había dirigido a dejar a Branka. Luca y Nico se quedaron atrás, mientras Alessio me seguía el paso.

Me atreví a echarle una mirada de reojo.

Alessio se movía silenciosa y letalmente a mi lado, la oscuridad se tragaba cada uno de sus movimientos. Su presencia dominaba el espacio que nos rodeaba y parecía robarse el oxígeno. No le molestaba en absoluto.

—¿Por qué me estás siguiendo? —inquirí, con un tono ligeramente jadeante. Mi objetivo era poner distancia entre nosotros, no tenerlo conmigo hasta que apareciera mi Uber.

—Te llevaré a casa —explicó sin detenerse.

Mis pasos vacilaron y le entrecerré los ojos.

—No te lo he pedido.

—No lo hiciste. —Era obvio que el hombre nunca había tenido que darle explicaciones a nadie. Hizo una pausa y se dio la vuelta, arqueando una ceja—. ¿Vienes?

Inmediatamente me vinieron a la cabeza imágenes obscenas de Alessio y de cómo me haría venirme. Mis mejillas se tiñeron de carmesí. Tenían que estar totalmente derretidas. Lo único que me salvó fue la oscuridad de la noche.

Una risa oscura salió de sus labios.

—No te preocupes, Autumn. Cuando *te vengas*, no tendré que pedírtelo. Lo sabré por tus gritos.

Santa. Madre. De. Dios.

Mis mejillas ardieron y un rubor cubrió cada centímetro de mi piel. Olvídate de Jaymes Young. La voz y las palabras de Alessio serían el sueño de cualquier mujer. Se acercó un paso más y su aroma me envolvió. En medio de un estacionamiento, la ligera brisa cálida azotaba el aire, pero lo único que podía sentir y oler era a él.

Especias. Sándalo. Calor.

Este hombre me devastaría si no tenía cuidado. Y aun así, como una polilla a una llama, fui a él.



Mi madre siempre decía que la vida estaba hecha de momentos que tú elegías.

Tú hacías que tu vida sucediera. Nadie más lo haría por ti. Fue justo en ese momento cuando tomé mi decisión.

—Vamos, Autumn. —Alessio me empujó hacia su coche deportivo. Me abrió la puerta como un verdadero caballero, y tuve que tragarme un pequeño suspiro. Esa era la diferencia de los universitarios, no tenían modales, y a mí me encantaba un caballero.

—*Ugh,* Alessandro —murmuré mientras entraba en su deportivo—. ¿No puedes tener un coche normal que se levante del suelo?

Le tembló el pecho mientras se le escapaba una risita.

—Me gusta mi automóvil.

—Creo que tienes los neumáticos planos —reviré en voz baja.

Cerró la puerta y dio la vuelta para sentarse en el asiento del conductor. Cuando su el motor empezó a rugir, estaba en el lujoso *Maserati* rojo junto al hermano mucho mayor de mi amiga y solo podía olerlo. Su coche olía a cuero costoso y a él. Y la proximidad hizo que mi mente se nublara con una intensidad de deseo que nunca había probado.

—Abróchate el cinturón —ordenó, poniéndose el suyo.

—De acuerdo, *papi* —murmuré, poniendo los ojos en blanco y agarrando el cinturón de seguridad. Por supuesto, no le admitiría que siempre lo usaba. Me ponía nerviosa y me dejó babeando tras él—. No sabía que eras un viejo agente de la ley.

—Si soy viejo, tú eres una bebé —se burló—. Y si no te abrochas el cinturón, me veré obligado a darte una lección que ningún agente de la ley podría darte jamás.

No me gustó su tono burlón. Ya casi me estaba abanicando y él me llamaba bebé.

—Como ¿qué? —lo reté sarcásticamente—. ¿Ponerme un castigo?

—Mi castigo sería que te inclinaras sobre la cama con el trasero desnudo para darte nalgadas.

Mi centro se apretó y me froté las piernas conmocionada por semejante respuesta. La imagen que pintaba aquel cuadro tenía mis bragas empapadas. Debería avergonzarme ante semejante reacción.

No lo estaba. Quería seguir oyéndolo hablar sucio.

Observé aquellos dedos fuertes y venosos apoyados en el volante. Intenté concentrarme en el extraño anillo que llevaba. La letra “A” con una calavera, pero mis ojos volvían una y otra vez a sus antebrazos y luego a sus manos, que sabía, simplemente sabía, que se sentirían tan bien.

Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no estirar la mano y ponerlos sobre mis muslos desnudos. Era una necesidad carnal que exigía sentirlo en mi piel. En cada centímetro de mi cuerpo.

—Nunca podrías seguirme el ritmo, viejo. —Respiré, con el corazón retumbando.

Al cruzar las piernas, lo vi echarles un vistazo a mis extremidades desnudas.

—Estás jugando con fuego, amor —advirtió, con un toque de deliciosa oscuridad en su voz. Un músculo de su mandíbula se tensó, como si luchara por controlarse.

Me removí en el asiento y la falda se me subió aún más.

—*Uups* —murmuré.

Aquellos hermosos labios se curvaron en una sonrisa devastadora.
—Voy a divertirme jugando contigo, mi juguetito.

Capítulo Seis



Alessio

J*ódeme.*

O me la jodería. Sí, ese era un plan *mucho* mejor.

Ella me había dado un vuelco de ciento ochenta grados.

Siempre supe que terminaríamos así. Aunque no había previsto que Autumn fuera la seductora.

No tenía mucha experiencia. Me había asegurado de que los chicos se mantuvieran alejados de ella durante sus últimos cuatro años en la universidad. Porque la quería para mí. Mi cerebro dejó de funcionar en el momento en que la vi cuatro años atrás. Una tentación semidesnuda enviada para destruirme.

Los movimientos de Autumn eran demasiado nerviosos cuando movía esas preciosas piernas, no obstante, me excitaba más de lo que había experimentado en mi vida.

Su aroma era delicioso. A canela, manzanas y hojas frescas caídas. Como el otoño. Su nombre le sentaba bien.

Era difícil dejar de mirarla. Llevaba una minifalda roja que apenas le cubría los muslos y un *top* negro ceñido que dejaba entrever sus pechos cada vez que se movía.

—¿Es cierto que mantienes una licorera en tu traje? —preguntó Autumn de la nada. Arqueé una ceja. ¿Cómo lo sabía la pequeña descarada? Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa —. Branka me lo dijo.

—¿Y cómo lo sabe mi hermana? —inquirí. No era que fuera un secreto. Entonces recordé que durante un tiempo mis licoreras seguían desapareciendo—. ¿Tú y mi hermana me las robaban?

Se encogió de hombros.

—Quizás una o dos veces.

Sacudí la cabeza y mis labios se elevaron. Debía de ser la única mujer, aparte de mi hermana, que no parecía tenerme miedo. La atracción que crepitaba entre nosotros la asustaba, pero por lo demás, no parecía temerme en absoluto.

Saqué mi licorera y se la di.

—¿Hasta el fondo? —Sonrió y guiñó un ojo.

—No lo recomendaría —refunfuñé. Era un coñac centenario y bastante fuerte.

Autumn inclinó la cabeza hacia atrás y tragó. Observé cómo su garganta se movía mientras pasaba la bebida y mi verga palpitó contra la cremallera de mis pantalones.

Me pregunté cuántos hombres habrían probado aquellos labios carnosos. Apreté con fuerza el volante. La sola idea de que otro hombre la tocara me daba ganas de empezar una matanza. La obsesión por esa mujer sería mi perdición.

¿Me detuvo? Demonios, no lo hizo.

Era consciente de sus ojos estudiándome, curiosidad y excitación en esos verdes avellana. El verde equivalía a lujuria. Tomé nota.

Volví a concentrarme en la carretera y, mientras tanto, sentí su mirada clavada en mí.

—Autumn, si tienes algo que decir, mejor hazlo.

Desde mi periferia, noté que sus mejillas se teñían con un rubor rosa. No pude evitar imaginarme hasta dónde podía hacer que se extendiera ese sonrojo. Se mordisqueó el labio inferior. Aunque parecía un hábito nervioso, era demasiado *sexy*.

—¿Has tenido muchas mujeres? —soltó la pregunta como si temiera perder el valor a medio camino.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Te diré mi número si me dices el tuyo.

Mis dientes se apretaron y mi mandíbula palpitó. Si sabía su número, exigiría los nombres y luego cazaría a esos chicos. Los celos me carcomían. ¿Quién carajo se había atrevido a tocarla? Me aseguré durante los últimos cuatro años de que todas sus citas no fueran a ninguna parte.

No hizo falta mucho para disuadir a esos chicos de que se mantuvieran alejados de Autumn.

—Mejor no —pronuncié entre dientes.

—Tienes un *penthouse* a la vuelta de la esquina, ¿no? —Curioseó.

—¿Y cómo sabes de mi apartamento en la ciudad?

Su suave risita llenó el coche.

—Branka y yo nos escabullimos una vez.

Eso sí que era nuevo para mí.

—¿De verdad?

Sus ojos almendrados me observaron con una mirada atrevida.

—Sí, lo hicimos. Convencimos a tu portero de que nos habías enviado a recoger tu cartera.

—¿Y les creyó?

Sonrió con picardía.

—Podemos ser bastante convincentes cuando queremos.

—Apuesto a que sí —murmuré, deteniéndome en un semáforo en rojo. Me giré para verla de frente. A pesar de la belleza de Autumn y de que jugaba a ser seductora, la inocencia se desprendía de ella en oleadas, y eso me convertía en un desgraciado por querer tomar lo que tenía que ofrecer.

Si giraba a la derecha, la llevaría a su casa. Si giraba a la izquierda, iría en dirección a mi *penthouse*. La izquierda era el camino al delicioso pecado.

Sostuvo mi mirada, como si pudiera leer mis pensamientos, mientras luchaba contra el deseo que sentía por ella.

—Llévame a tu casa —musitó suavemente.

—¿Quién dijo que te quiero ahí?

Se encogió de hombros y se giró para observarme. Maldición, me contemplaba como si fuera un dios. Desgraciadamente, era un demonio. Un salvaje disfrazado. ¿Me querría si conociera mi

historia?

Nunca podría contarla. Ni a ella. Ni a nadie.

—Tú —afirmó. Era valiente. Eso me gustaba. No había mucho que no amara sobre ella. Su boca atrevida. Su increíble cerebro. Su compasión. Todo, joder—. Por la forma en la que me estás mirando.

—No hago el amor, Autumn. —Ofrecí una última advertencia—. Follo. Y una vez que cruzamos esa línea, no habrá vuelta atrás.

Ladeó la cabeza, sus ojos de ese verde avellana que me fascinaba.

—Crucemos la línea, entonces, Alessandro.

Maldición, cuando decía mi nombre así, me daban ganas de abalanzarme sobre ella de inmediato.

El semáforo se puso en verde y, sin pensarlo dos veces, giré a la izquierda. El resto del trayecto lo pasamos en silencio; sin embargo, el aire estaba cargado de las ansias de ambos.

En los rincones oscuros se escondían secretos.

Suyos. Míos. Nuestros.

Capítulo Siete



Autumn

Le pedí a Alessio Russo que me llevara a su *penthouse*.

Oh. Dios. Mío.

Ocultando la agitación que llevaba dentro, caminé en dirección al ascensor. Con su metro noventa, no tardó en caminar a mi lado. O más bien tuve que seguirle el paso. Con apenas un metro setenta, era mucho más baja que él y aun así nuestros pasos estaban perfectamente sincronizados contra el piso de mármol.

Su altura ya no era una nube imponente y amenazadora. Era una manta de seguridad que me envolvía y resguardaba.

Nos detuvimos junto a los elevadores y nos observamos mutuamente. Había secretos que permanecían en aquellos ojos grises, provocando un leve caso de falta de aliento que hacía que cada centímetro de mí lo deseara.

Ding.

El ascensor se abrió y entramos. Nunca había hecho algo así. Nunca había sido la seductora, nunca lo había intentado hasta este hombre. Los chicos normalmente se me acercaban, deseándome. Por lo tanto, sí, había llegado a muchas primeras y segundas bases. Nunca pretendí ser una santa. Simplemente nunca llegué hasta el final.

Santos cielos. ¿Debería frotarme contra él? ¿Inclinarme para besarlo?

Su cuerpo me calentaba la piel y aún no nos habíamos tocado. La anticipación me zumbaba bajo la piel, las palpitaciones de mi corazón se disparaban mientras la adrenalina corría por mis venas.

Ding.

El elevador se abrió a un lujoso *penthouse*. Era como lo recordaba, decorado con un diseño impecable y caro. Los muebles negros y elegantes, las paredes blancas impolutas, ni un solo efecto personal. Sin embargo, todo era él.

Oscuro. Impecable. Impersonal.

Aunque la forma en que me observaba era bastante personal. Como si ya fuera suya.

—¿Has cambiado de opinión? —Giré la cabeza en su dirección y me di cuenta de que no me había movido. Los dos seguíamos parados en el ascensor.

—No.

No había vacilación en mi voz ni en mi corazón. Lo deseaba.

—Buena chica.

Sus ojos y sus palabras me provocaron escalofríos de excitación. En mi estómago revoloteaban mariposas salvajes ante la expectativa. Un calor abrasador me recorrió la espalda como un volcán a punto de entrar en erupción.

Así que di un paso, y sentí algo casi simbólico al cruzar el umbral.

Su mano se acercó a mi espalda, luego me rodeó la cintura y el calor se extendió por cada parte de mi cuerpo. Desde los dedos de los pies hasta la cabeza . El corazón me latía tan fuerte que me preocupaba que se me rompiera una costilla.

Entonces, en un movimiento rápido, como si se le hubiera fragmentado el control, Alessio me agarró las dos muñecas, me las inmovilizó con una mano por encima de la cabeza y me empujó contra la pared.

El calor abrasaba mi piel y su boca rozó la mía. Se me escapó un suave gemido y sus labios se movieron contra los míos, exigiendo más. Me sujetaba las muñecas con una mano y con la otra recorría mis curvas.

Separé mis labios de los suyos, respirando agitadamente. Quería decir una cosa, antes de perderme en él. Hundió su cara en mi pecho y mordió mi piel.

—*Jesucristo.* —Jadeé. El filo de sus dientes fue sustituido por su lengua y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Ahora te he marcado —murmuró contra mi piel—. Para que todos sepan que eres mía.

Oh. Mi. Dios.

Su boca se aferró al punto que marcó y chupó.

—Rómpeme el corazón y te joderé. —Respiré, ladeando la cabeza para acomodarlo. Una simple advertencia. No significaba que no lo quisiera.

Se enderezó y me miró.

—Te lo advierto —reconoció—. Rómpeme el corazón y seré tu peor pesadilla.

Un asentimiento breve.

—No lo haré —prometí, su boca caliente y hambrienta volvió a estar sobre la mía.

Voy a hacer esto.

Capítulo Ocho



Alessio

Traer a Autumn a mi apartamento fue una idea deliciosamente mala. Estaba poniendo a prueba mi control con esos luminosos ojos almendrados. Sin embargo, me importaba un bledo porque era mía.

En cuanto toqué su suave piel, perdí el control y la puse de espaldas contra la pared. Tomé su boca, deslizando mi lengua entre sus labios suaves y exquisitos. Su aroma era tranquilizador. Olía como si *ya* me perteneciera, calmando las piezas rotas de mi interior.

Joder.

Apreté la nariz contra su cuello, mordisqueando y lamiendo su suave piel. Gimió y el sonido llegó directamente a mi verga dura. Inhalé profundamente, memorizando su esencia.

Era tan dulce y receptiva.

Sus suaves gemidos llenaron el oscuro *penthouse* y fueron música para mis oídos. Moviéndome, mi polla se apretó contra ella y gimió en mi boca. No podía decidir si estaba siguiendo sus instintos o si ya lo había hecho antes. Envolví una de sus piernas a mi alrededor y repitió el gesto con la otra.

Su pequeña falda se amontonó en su cintura y los tacones de sus zapatos *sexy* se clavaron en mi trasero.

Metí la mano en su cabello y le incliné la cabeza para que me mirara a los ojos.

—Última oportunidad, amor.

Sus ojos avellana se abrieron de par en par, contemplando claramente si debía cruzar esa línea. *Verdes*. Eran verdes y me encantaban. Sus labios carnosos estaban ligeramente separados mientras me observaba con la mirada entrecerrada.

Si bien quería esto tanto como yo, claramente, era más inteligente. No quería detenerme, pero ella al menos se dio cuenta de que *debería* detenerse.

Nuestras respiraciones resonaban, un tamborileo errático zumbaba en mis oídos.

—Quiero más —demandó suavemente.

Me arañó la nuca con las uñas y me jaló más cerca. Sus labios se encontraron con los míos y, en cuanto su suave boca rozó la mía, introduje mi lengua en su cavidad ligeramente abierta. Su suspiro era una bendita melodía. Su lengua bailó al compás de la mía.

Sabía exquisito, mejor de lo que alguna vez había imaginado.

La cargué en brazos, la llevé a mi dormitorio, cerré la puerta con el pie y la bajé.

—¿Qué...? —Su protesta fue débil, su voz sonaba entrecortada mientras apoyaba las palmas de las manos en mi pecho para mantener el equilibrio.

—Vas a quitarte todo menos las bragas y vas a subirte a la cama. —Sus ojos se abrieron con sorpresa y deseo mezclados en esos orbes verdes—. Ahora.

Mi control y necesidad por ella se tambaleaban al límite. Debió de verlo en mi cara porque se alejó un paso de mí. Por una fracción de segundo, pensé que saldría corriendo. Sin embargo, se dirigió a mi gran cama, agarrando el dobladillo de la camisa. Dudó un segundo, observando hacia atrás por encima del hombro. Sus ojos se encontraron con los míos y sus labios se curvaron en una suave sonrisa.

Había encontrado mi paraíso, y era ella.

Giró la cabeza y levantó lentamente la camisa por encima de su cabeza. Vi cómo sus delgados músculos se desplazaban con cada movimiento, tentándome a lamer cada centímetro de su cuerpo.

Tiró la prenda y el sujetador al suelo, y se dio la vuelta para verme.

Jesucristo. Era hermosa.

Luego se quitó la falda y unas diminutas bragas blancas cubrían su trasero perfecto.

—Voy a arrancarte esas bragas y comer ese coño de postre.

Su cuerpo se estremeció en respuesta y un profundo rubor coloreó sus mejillas. Aun así, siguió sin moverse.

«Buena chica».

Me quité la chaqueta y la dejé en la silla. Luego dejé las mancuernillas sobre la cómoda. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, al igual como yo lo hice mientras se desnudaba para mí. A continuación, me desabroché la camisa, la puse encima de la chaqueta y después siguieron mis pantalones.

Se mordía el labio inferior, con la respiración entrecortada y los ojos ardientes. Sus pezones se endurecieron, ansiando que los tocara.

Parados frente a frente, su cabeza apenas me llegaba a la barbilla. No obstante, había algo en esa mujer que la hacía parecer más alta y más fuerte.

Mis grandes palmas alcanzaron su ropa interior, mi pulgar se deslizó por debajo de la cintura y luego las bajé por sus delgadas piernas. Me arrodillé y la ayudé a quitárselas. Levantó la pierna izquierda y luego la derecha. La visión de su coño reluciente y el aroma de su excitación que perfumaba el aire hicieron que mi polla palpitara por ella.

—Estás empapada para mí. —Un gemido tortuoso salió de mis labios—. Me las voy a quedar —indiqué, alcé la vista para ver su expresión llena de lujuria enfocada en mí y su boca entreabierta. No tenía ni idea de por qué demonios quería quedarme con sus bragas. Pero mataría a cualquiera en ese instante si hubiera intentado quitármelas.

Deslicé la palma entre sus piernas y la acuné antes de arrastrar un solo dedo por sus pliegues. Echó la cabeza hacia atrás y emitió un gemido.

Hice girar la punta de mi dedo alrededor de su abertura, provocándola. Sus gemidos eran la mejor droga. Cada sonido que emitía me llevaba a un nuevo nivel, y sabía que sería mi adicción para el resto de mi vida.

Se apretó contra mi mano y mi dedo la llenó. Cerró los ojos y suspiró profundamente. Joder, solo por oír sus sonidos, haría esto toda la noche.

Saqué el dedo y sus párpados se abrieron de golpe.

—Todavía no, cariño. Tenemos toda la noche.

Sus labios se entreabrieron, sus iris se nublaron al mirarme. La levanté del suelo y la arrojé suavemente sobre la cama. Le agarré las rodillas y las llevé sobre mis hombros. Estaba completamente expuesta ante mí, el espectáculo más glorioso que jamás había visto.

Era el altar, y me había puesto de rodillas para adorarla.

Enterré la cabeza entre sus muslos. Mi lengua lamió su centro empapado y perdí el control. Era el único postre que tendría a partir de ese momento.

—Por favor. —Jadeó, con su coño moviéndose contra mi cara. Aplasté su clítoris con la lengua y lo mordisqueé, luego alterné entre lamidas largas y lentas con rápidas y fuertes. Sentía cómo le temblaban los muslos mientras la devoraba como si estuviera poseído. Mis dientes tiraban de su clítoris y luego le pasaba la lengua por el sensible nódulo.

Me di un festín con ella como si tuviera años que no comía.

—Alessandro. —Sus gemidos apenas penetraban en mi mente mientras su cuerpo se estremecía debajo de mí. Se empujó contra mi boca, su coño ávido de más. Entonces introduje un dedo en su vagina resbaladiza, y mi nombre salió de sus labios en un grito mientras el orgasmo desgarraba su cuerpo.

Temblaba debajo de mí y cada escalofrío era la sumisión más dulce.

—Sabes tan bien —gruñí, sorbiendo cada gota mientras se estremecía. Con la cara enrojecida por el orgasmo, nos sostuvimos la mirada y me observó a la par que seguía lamiéndola, hambriento por más de sus jugos.

Mientras me deslizaba por su cuerpo, ella seguía cada uno de mis movimientos con los párpados pesados. Cada centímetro de su piel estaba sonrojada por la excitación y el placer que acababa de experimentar. Si fuera pintor, la dibujaría tal y como estaba en ese momento. Con el cabello negro alborotado a su alrededor, cada palmo de su cuerpo desnudo y su piel enrojecida.

Acerqué mi miembro a sus empapados pliegues y, de un fuerte empujón, la penetré, llenándola hasta el fondo.

Su doloroso gemido y sus uñas clavándose en mis hombros me hicieron detenerme. Nuestros ojos se cruzaron. Estaba apretada, su centro se cerraba en torno a mi verga y la comprensión se abalanzó sobre mí.

Era virgen.

—Cómo... Qué... —Me quedé sin palabras.

No tenía sexo con vírgenes. Si bien sabía que era inexperta, por cómo hablaba mi hermana, Autumn tuvo chicos suspirando por ella durante toda la preparatoria. Y ninguna fue tímida a la hora de tener citas. Eso me hizo estar seguro de que Autumn ya no era virgen.

Mierda, no follaba con vírgenes. Se me subió la bilis a la garganta mientras los recuerdos me subían por la espalda.

«Apagones. Habitaciones dando vueltas. Llantos».

—Alessio. —Una voz y un toque suave—. Oye, Alessio. Está bien. —Labios suaves rozaron mi cuello—. No me duele. Es solo que no esperaba que fueras tan grande. —Su boca rozó la comisura de la mía y su lengua barrió mi labio inferior—. ¿Estás bien?

Cada palabra era suave. Cada toque. Era diferente. *Ella* era diferente.

Parpadeé, la niebla se disipó y apareció el rostro que me había obsesionado durante esos últimos cuatro años. Sus ojos seguían siendo verdes y una expresión de preocupación sustituía la de lujuria.

Sus palmas recorrieron mi espalda, tranquilizándome. Arriba y abajo. Su toque suave como una pluma. Mis fantasmas se escondieron, asustados de ella.

—¿Estás bien? —pregunté con voz ronca, mi polla exigiéndome que me moviera y la follara

hasta el olvido mientras mi mente protestaba con los malditos recuerdos que había mantenido a raya durante décadas.

—Sí. —Movió ligeramente las caderas, apretando su pelvis contra la mía, y sus iris se volvieron todavía más verdes de lo que alguna vez había visto—. Deja que me acostumbre a ti.

El sudor arrugó mi frente. No me querría si supiera...

No podía ir allí nuevamente. En lugar de eso, me centré en la mujer que tenía debajo. La que me veía como si yo fuera un dios al que podía corromper, sin embargo, era yo quien la estaba corrompiendo.

Mi verga palpitaba mientras se movía lentamente, apretando sus caderas contra mí y su coño latiendo alrededor de mi longitud.

La sangre me zumbaba con fuerza en los oídos, el instinto más básico en mi interior me exigía que la tomara con fuerza y rapidez. Mi polla nunca había conocido mejor placer que en este momento, mientras estaba siendo agarrado por el coño de Autumn Corbin. Apenas podía respirar, toda mi necesidad se concentraba en la mujer que tenía debajo.

Tardé unos instantes en calmarme.

—¿Quieres que me detenga?

Que Dios me ayudara si quería parar. No estaba seguro de ser capaz.

—No, estoy bien. —«*¡Gracias a Dios!*». Su voz fue un suave golpe contra todos mis sentidos.

Retrocedí lentamente y volví a deslizarme dentro, inclinándome para alcanzar su punto G. Sus músculos internos se tensaron y se aferraron a mi polla. Necesité todo mi autocontrol para detenerme de no penetrarla como una bestia. Salía y volvía a embestirla. Sus gemidos me animaron y me hicieron saber que el placer había sustituido al dolor.

—¡Maldición!, me estás tomando tan bien —gruñí.

Seguí cogiéndola con movimientos largos y seguros. Sus músculos internos se aferraban a mi verga, mientras me clavaba las uñas en los hombros, aferrándose. Y todo el tiempo observé la felicidad en su rostro. Sus ojos verdes mirándome. Su boca entreabierta me tentaba.

Empujé con fuerza y rapidez, sus gemidos se convirtieron en gritos y su coño se aferró a mi polla con fuerza.

—¡Joder! —Un empujón más y estaba perdido. Me derramé dentro del coño más dulce que jamás había tenido.

Nuestros ojos se cruzaron y su mirada brilló como estrellas en el cielo.

—Fue perfecto —musitó suavemente, rozando sus labios con los míos.

No me había dado cuenta hasta ese momento. Había estado hambriento de ella. De esto. De nosotros.

Aunque en el fondo, siempre lo supe. Fue la razón por la que fui a ver a sus abuelos cuatro años atrás. Para asegurarme de que nadie más volviera a probarla.

Autumn era la única mujer que podía quebrarme.

En más de un sentido.

Tardé tres minutos en darme cuenta.

No usamos condón.

Capítulo Nueve



Cuatro años atrás

Alessio

Eché un terrón de azúcar en mi espresso y después miré mi reloj Patek Philippe.

En cualquier momento.

En cuanto aterricé en Philadelphia, esperaba que apareciera el primo de mi medio hermano, tan complicado. Priest DiLustro dirigía esta ciudad. Su hermano mayor, Dante, dirigía Chicago y luego estaba el mayor imbécil de todos, Basilio DiLustro, quien dirigía New York.

Los tres eran unos malditos idiotas si me preguntabas. Por supuesto, tenían una vida mucho más larga por delante que la de Cassio y mi grupo. No ayudaba que la mayoría de nosotros tuviéramos padres imbéciles, así que nos sentíamos muy por encima de nuestra edad.

Sin embargo, ese no era el punto.

Lo más importante era que había encontrado a mi futura esposa. Autumn Corbin en su sencillo sujetador de algodón y tanga, sus hermosos y suaves labios reprendiéndome y echándome de su dormitorio, era un sueño hecho realidad.

Sabía que Branka era amiga de la nieta del hombre que dirigía la mafia corsa. No me había interesado por la mejor amiga de mi hermana hasta el momento en que puse mis ojos en ella. Cuando lo hice, cualquier cosa podría pasar.

Era a la que quería. Así que empecé a conspirar. Conocía el acuerdo entre los padres y abuelos de Autumn. Ella debía gobernar la mafia corsa o casarse con alguien que lo hiciera en su nombre. Así que después de su decimoctavo cumpleaños, sus abuelos tenían derecho a arrastrarla al bajo mundo. Ese cumpleaños fue tres días atrás.

Puse en marcha mi plan. Y el jefe de Blanchet estaba más que encantado de escuchar mi propuesta. Ayudó que hubieran violado un acuerdo con los Russo en el pasado. La madre de Autumn debía ser la esposa de mi padre. ¿Qué irónico que en ese minuto yo fuera quien cobrara esa deuda?

El karma era realmente una perra.

Tomé un sorbo de mi espresso, con la imagen de Autumn todavía rondando por mi mente. Branka había mencionado a su mejor amiga muchas veces a lo largo de los últimos cuatro años.

Nunca le presté mucha atención, aunque en ese momento me arrepentía.

Novios. Fiestas. Era popular. Amaba cantar.

Necesitaba más información.

—¿Qué carajos estás haciendo aquí? —La voz de Priest interrumpió mi disfrute de un buen café. Como dije, un maldito imbécil.

Devolví la pequeña taza a su plato blanco. La maldita cosa parecía ridícula en mis manos. Frágil. Rompible.

¿Autumn sería demasiado frágil para mí? No lo creía. Había una fuerza silenciosa en esos ojos color avellana.

—Hola a ti también —saludé.

Vine a propósito al hotel de Priest. Un poco para molestarlo y hacerle saber que no tenía intención de venir por su ciudad. Tenía mucha mierda que dirigir.

Al encontrarme con su mirada, tan azul y distinta a la del resto de los DiLustro, lo observé en silencio. A diferencia de sus primos, Priest tenía el cabello claro y unos ojos que no se parecían a los de nadie de su familia. Me pregunté si el pobre chico sabría lo que eso significaba. Aunque nadie hablaba de ello; era bastante obvio.

—¡Ve al grano, Russo! —espetó Priest, con la mirada entrecerrada—. Será mejor que tú, Cassio y todo tu grupito de viejos no estén teniendo ideas en esta ciudad.

Me encogí de hombros.

—Bueno, ahora que lo has sugerido...

Permitiendo que el significado perdurara, dejé que mis labios se curvaran hacia arriba. Era demasiado divertido joder con la generación más joven. Por supuesto, Cassio, los demás y yo fuimos en un momento como ellos. Érase una vez. Sí, aún estaba esperando mi final feliz de cuento de hadas.

Mis ojos recorrieron el lujoso restaurante. Tenía que admitir que el chico lo hacía bien. Para lo joven que era, estableció su presencia en Philly y dirigió sus actividades del bajo mundo sin problemas, encubriéndolo con sus negocios legales. Un chico listo.

—No te alteres —dije finalmente—. Es un aviso de cortesía. Estoy visitando a los corsos.

Priest se metió las manos en los bolsillos, pero no se me escapó que empuñaba las manos. Probablemente listo para golpear a alguien, incluso vistiendo ese traje de tres piezas.

—¿Para qué demonios? —bramó.

El chico tenía que trabajar en su cara de póquer. Era más joven que su primo y su hermano por varios años, pero aun así. Las caras de póquer eran imprescindibles en nuestro negocio. Aunque podía sentir que debajo de todo eso, Priest tenía problemas de ira. Podía detectarlos a kilómetros, porque yo solía tenerlos cuando era más joven. Mierda, todavía los tenía.

Por lo que mi padre me había hecho.

—Un contrato de matrimonio —respondí—. Y nada que ver contigo. Como dije, es una visita de cortesía.

Porque pretendía poseer a la belleza de cabello negro con la piel del color de la crema espesa y una boca tentadora que se entreabriría cuando le separara deliberadamente las piernas para exponerme su sexo.

Con su mirada inquebrantable observándome mientras mi lengua exploraba su coño.

Aunque tuviera que esperar cuatro años para tenerla. De ninguna manera dejaría que nadie más viera ese culo. Aquella imagen de ella agachada, con el trasero en tanga a la vista, se me grabó en la memoria.

Era la única para mí. Hermosa. Inteligente. Mía.

Dos horas más tarde, me senté en el lujoso y azulísimo salón que Blanchet utilizaba como despacho. El desgraciado debería plantearse matar a su decorador.

—¿Conociste a nuestra nieta? —Marcel Blanchet exigió saber.

Ni él ni su mujer tenían información sobre su hija y su nieta. El padre de Autumn sabía cómo ocultar su rastro, y no tenía intención de revelarlo. Sin embargo, su último desastre de reunión los dejó con un acuerdo a regañadientes.

Asentí con la cabeza.

—¿Es recta como ese idiota de su padre o más como su madre? —No podía ignorar la amargura tras su pregunta. Odiaban a Corbin por haberles quitado a su hija. Era una de sus asesinas más eficientes.

Decidí no responder a su pregunta y pasé directamente a negociar.

—Por el contrato matrimonial, te permitiré pasar tus armas y distribuir drogas por Canadá. Nada de trata de blancas. —Abrió la boca para protestar, pero lo callé—. Esa parte no es negociable. Se está limpiando toda la Costa Este y no me arriesgaré a que algo así pase por mi territorio.

—Bien —refunfuñó—. Sin comisión sobre envíos o beneficios, ¿verdad?

—Así es. —Acepté. Maldito desgraciado codicioso.

—¿Qué más? —requirió saber.

—Una vez firmado, ninguno de ellos serán ya de tu incumbencia, y permitiré tu distribución a través de Canadá con efecto inmediato. Considerarás cumplido el acuerdo entre tu hija y tú, y Autumn quedará vinculada a mí.

—¿Tienes intención de casarte con Autumn de inmediato? —indagó.

—Me casaré con ella cuando ambos estemos listos; no obstante, en lo que a ti concierne, está casada —advertí—. Y ya no te incumbe.

Se burló.

—¿Lo saben sus padres?

Lo miré fijamente y permanecí en silencio hasta que empezó a retorcerse. El viejo tenía más de ochenta años y necesitaba jubilarse. Aun así, se negaba a pasar la antorcha a alguien que no fuera su hija o su nieta. Por desgracia para él, una no quería y la otra ni siquiera sabía que existía.

Con ese matrimonio, me permitiría tomar el control de sus negocios tras su muerte. Tenía sobrinos dispuestos que eran muy capaces de hacerse cargo. Podría dejárselos a ellos. No quería ese territorio o conflicto con los DiLustros.

—La madre de Autumn prometió que te permitiría casarla con tu aliado más ventajoso —comenté fríamente—. Pero si no tienes nada que ver en el matrimonio de Autumn, iré a negociarlo con sus padres.

Eso hizo que se enderezara en su asiento. Odiaba no tener poder sobre su hija. Sospechaba que eso lo enorgullecía y enfurecía al mismo tiempo. Comparada con mis propios padres, la familia Blanchet era bastante decente.

—Firmemos el contrato.

Era así de fácil conseguir una esposa en esos días.

Capítulo Diez



Presente

Autumn

Me desperté, envuelta en el aroma que se estaba convirtiendo rápidamente en una familiaridad y el suave resplandor de la luna. Era tarde. O temprano, no estaba segura.

Me dolía el cuerpo. Un dulce dolor de agotamiento del que no me importaría tener más. Después de que se derramara dentro de mí, quedé adolorida y no podía moverme. Alessio desapareció en el baño, volvió con un trapo y me limpió suavemente mientras yo lo miraba.

Y algo en el fondo de mi pecho se calentó. Sí, estúpido, pero qué importaba. Me encantaba.

Alessio estuvo increíble, y me alegré mucho de haber esperado hasta ese momento para hacerlo.

Pasé una mano por el lado de la cama donde dormía Alessio; sin embargo, las sábanas estaban frías. Sentada, subí la sábana para cubrirme el cuerpo desnudo y parpadeé. Aunque la habitación estaba a oscuras, podía oler algo. Podía sentir a alguien.

—Soy yo.

Mis ojos se desviaron en la dirección de la voz, y solo entonces pude distinguir una silueta sentada en una silla en la esquina derecha con el parpadeo del borde rojo del cigarro encendido.

—No sabía que fumabas —murmuré.

—Lo dejé.

Algo no estaba bien, mas no sabía qué. Tal vez no disfrutó del sexo conmigo tanto como yo con él. Quizá me había quedado demasiado tiempo. Me pasé la mano por el cabello largo y enredado.

Si bien no tenía tanta experiencia como él, mi sexto sentido me decía que lo disfrutó. Sentí sus músculos estremecerse, sus gruñidos aún vibraban en mi interior y su boca me devoraba como si fuera su última comida en la tierra. Sí, estaba segura de que lo había disfrutado.

Lo que solo dejaba una conclusión. Debí de haber abusado de su hospitalidad. Me levanté de la cama y mis pies golpearon la madera sin hacer ruido.

—Me vestiré y me iré —musité, levantándome.

—Ni se te ocurra.

Me quedé inmóvil, con la duda deslizándose por mis venas. Mi atención se centró en la

silueta oscura. El cigarro encendido proyectaba una sombra sobre el rostro de Alessio. Mi respiración se entrecortó cuanto más lo veía. Llevaba unos *jeans* rotos, la parte superior del torso completamente desnuda, y la visión era hermosa.

Me dieron ganas de tomar una foto y memorizarlo para siempre. Tal y como estaba en ese instante. La mezcla de oscuridad y chico malo, pero también algo más profundo. Algo vulnerable.

Antes, o fue el día anterior, cuando se desnudó, me fijé en los tatuajes que marcaban la parte superior de su pecho y sus brazos; no obstante, estaba tan concentrada en él que no llegué a estudiarlos. Aunque seguía siendo difícil distinguirlos en la oscuridad, sería imposible pasar por alto lo hermoso que era. Cada centímetro.

—Ven aquí. —Una orden y mis piernas ya se movían hacia él, la sábana arrastrándose detrás —. Y suelta la sábana.

Mi agarre de la tela se aflojó y cayó sin hacer ruido, arremolinándose alrededor de mis pies. Algo pesado parpadeó en su mirada, tirando de mí con hilos invisibles.

Un paso. Dos pasos. Acorté la distancia que nos separaba en el tercer paso y me metí entre sus muslos abiertos, su aroma único a madera y especias mezclándose con el de los cigarros.

No se movió, pero sus ojos se convirtieron en líquido caliente, más oscuros de lo que nunca los había visto antes.

Su mano se acercó al interior de mi muslo, mientras la otra aún sostenía el cigarro. Con movimientos perezosos, su áspera palma subió más y más, hasta que me acunó el sexo y se me escapó un suspiro entrecortado.

—¿Tomas anticonceptivos?

Asentí. Tendría que cambiar a otra cosa que no fuera la píldora antes de irme a Kuala Lumpur. Mirena o inyección Depo. Cualquier cosa con tal de eliminar la necesidad de la toma diaria mientras estuviera de viaje. Aun así, Alessio no tenía por qué saberlo.

—¿Puedes dejar el cigarro? —Respiré mientras mis manos se posaban en sus hombros. Su calor me quemaba las yemas de los dedos de la mejor manera posible.

—Tan exigente. —Carraspeó, apagándolo en un cenicero de la mesita auxiliar.

Me burlé suavemente y abrí un poco más los muslos para sentirlo más dentro de mí. Sus manos se acercaban cada vez más a donde quería mientras mis dedos rodeaban sus hombros y luego bajaban por sus antebrazos. Su piel era más áspera allí, como si tuviera cicatrices bajo esos tatuajes.

—Ya emitiste tres demandas y yo solo una.

Mi mano se detuvo sobre uno y noté que se ponía rígido. Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero no quería arruinar el momento. Esta noche. Así que continué explorando su cuerpo, observando más cicatrices similares. Todas bajo tatuajes.

—Eres hermoso —susurré. Lo era, con cicatrices o sin ellas. Con tatuajes o sin ellos. Cada centímetro era duro, cálido y simplemente hermoso.

Sus nudillos rozaron mi coño y mi cabeza cayó hacia atrás mientras un gemido se deslizaba por mis labios.

—¿Estás adolorida?

Quería mentirle. Quería más de él dentro de mí. Mas sabía que se daría cuenta de que estaba mintiendo.

—Un poco.

Sin previo aviso, deslizó un dedo dentro de mí y gemí.

—Estás más que un poco adolorida.

Mi vagina se apretó alrededor de su dedo, hambriento de esa sensación que solo él podía darme.

Fue a sacar el dedo y mi mano rodeó su muñeca.

—Por favor, Alessandro, quiero más. —Nuestras miradas se cruzaron, su dedo en mi entrada y mi coño palpitando por la necesidad de tener más—. El placer supera al dolor.

Levanté la pierna y apoyé la rodilla en su muslo, apretándome contra su mano. Su dedo se deslizó aún más dentro de mí y un gemido se me escapó de entre los labios. Su otra mano me rodeó el cuello y me jaló hacia él, manteniendo nuestros rostros a unos centímetros. El cigarro ardía en el cenicero a su lado.

Como nosotros. ¿Nos quemaríamos al final?

Porque sentir algo tan intenso cuando alguien te tocaba no podría durar. *¿Verdad?*

—Desde el momento en que te vi en medio de esa ridícula habitación femenina, con el culo al aire, he fantaseado con *esto*. —Su confesión me sorprendió e hizo que el pecho se me calentara de satisfacción. No me había olvidado—. Retorciéndote debajo de mí, como una diosa, rogándome que te folle.

Este hombre hirvió todos mis pensamientos en una palabra. *Querer. Necesidad. Placer.*

—¿Vas a besarme, Alessandro? —provoqué, con mis labios rozando los suyos, mientras su dedo permanecía en mi coño. Me lo metió hasta el fondo y mi gemido vibró contra su boca.

—Alessio —pronunció entre dientes—. Nadie me llama Alessandro.

—Alessandro —objeté, tomando su labio inferior entre mis dientes—. Me gusta ser la única que te llama por ese nombre.

Lo hacía especial. Lo hacía nuestro.

Le mordí suavemente el labio y pasé la lengua por encima para aliviar el escozor. Y todo el tiempo, mi cuerpo se mecía contra su mano. Otro dedo se unió, estirándome.

—Oh, mierda.

—Así es —siseó, y luego me besó fuertemente mientras sus dedos entraban y salían de mi apretado canal—. Ahora eres mía.

No podía pensar cuando me hacía sentir así. Como si me fracturara, me hiciera pedazos y luego me volviera a unir.

El beso de Alessio fue dominante e intenso, pero no esperaba menos. Mis labios se amoldaron a los suyos, y toda su dureza me robó el aliento y la cordura. Me acomodó la cabeza hacia atrás y me devoró con la necesidad que sentía en lo más profundo de mí, lo único que podía hacer era sentir. Entregármele.

Su lengua entraba y salía de mi boca, en sincronía con sus dedos, y el intenso placer se encendía en la boca de mi estómago. Mis pechos se agolparon en su cara y rodeó un pezón con los labios. Su ligera barba creaba una fricción contra mi piel suave mientras succionaba, mordisqueaba y mordía, al tiempo que sus dedos entraban y salían de mí.

Mis dedos se apretaban en sus hombros, desesperados por encontrar algo de equilibrio y control, pero él lo tenía todo. Lo deseaba tanto que temía consumirme si no podía tenerlo.

Mi sexo estaba resbaladizo de jugos, palpitante, y mi orgasmo al alcance. Me rodeó el clítoris y su gemido de agradecimiento mandó vibraciones hasta la boca de mi estómago.

—Estás tan mojada. —El tono de su voz era apreciativo y la mirada de sus ojos hambrienta.

—Por favor, Alessandro. —Respiré—. T-te… quiero dentro.

El sonido de la cremallera me produjo un escalofrío. Era un eco seductor que prometía placer. Apenas tuve tiempo de asimilar lo que estaba haciendo, cuando me agarró por las caderas y me penetró de golpe, con mis dos piernas a horcajadas sobre él.

Grité y exploté sobre su dura longitud enterrada en lo más profundo de mi ser, mientras unos puntos negros se agolpaban en mi vista. Mi cuerpo se estremeció y me mantuvo cerca, con su enorme verga llenándome y mi pecho apretado contra el suyo.

Corazón a corazón.

—Recuerda que te lo buscaste. —Su voz áspera y ligeramente desquiciada me hizo estremecerme. Y entonces perdió cualquier atisbo de control. Sus dedos se clavaron en mis caderas suaves y me penetró con urgencia.

Mis muslos chocaban contra los suyos y el placer se agolpaba en lo más profundo de mi estómago con cada fuerte embestida. Sus gemidos y los míos se mezclaban, completamente adictivos y dejándonos persiguiendo el mismo placer.

—Ahhh. A-Alessandro... —Mi voz se volvió aguda, mezclándose con gemidos mientras el segundo orgasmo se gestaba en mi interior.

—Mía. —*Nalgada.* El escozor contra mi trasero desnudo me tomó desprevenida y, sorprendentemente, pude sentir el ardor de su azote extenderse hasta mi núcleo y mi coño palpitó con la necesidad de más.

—¡Más! —exigí. *Nalgada. Nalgada. Nalgada.*

Mi estómago se tensó y mis dedos se curvaron, las uñas se hundieron en su piel. Lo estaba marcando igual que él a mí. Estaba tan cerca. La sensación crecía y crecía, aumentando con cada embestida.

—No te contengas, amor. —Me penetró más fuerte, golpeando mi punto G. Alessio no solo me estaba follando, me estaba poseyendo—. Sé que quieres gritar mi nombre.

Dominaba cada célula en mi interior. La forma en que me agarró por la cintura, tuve la sensación de que lo sentiría durante meses.

Mi orgasmo detonó y me hundió con tanta fuerza que casi me olvidé de respirar. Sus caderas se movieron bruscamente hacia adelante, su miembro follándome a través de mi orgasmo y los ojos se me pusieron en blanco.

Las estrellas estallaron tras mis párpados mientras jadeaba y luchaba por respirar. Pensé que moriría y no sería una mala manera de hacerlo. Apoyé la cabeza en el pliegue de su cuello e inhalé su aroma hasta lo más profundo de mis pulmones.

Con un último empujón, Alessio me siguió por el precipicio, derramándose dentro.

—¡Maldición! —gruñó con la cara hundida en mi cabello.

Su semen caliente me llenó y pude sentirlo resbalándose por el interior de mis muslos.

Nos quedamos así, sus brazos envolviéndome protectoramente, ambos respirando con dificultad.

Capítulo Once



Alessio

Esa intensa reacción hacia Autumn no era normal.

Desperté con su cara apretada contra mi pecho. La mayor parte de su rostro estaba cubierto por gruesos mechones oscuros y supe que estaba jodido.

Mi verga convenció a mi corazón para jugar. Y terminé a sus pies. Sentí sus labios en los míos, sus dedos en mis cicatrices, y supe que era algo sin lo que no podría vivir. Era así de fácil enamorarme de ella.

Envolví con mis dedos aquellas hebras sedosas para ver su cara dormida.

Serena. Feliz. Hermosa.

Tan diferente a mí. *Sucio. Retorcido. Feo.*

Y, aun así, no pude resistirme. Perdí todo el control y derramé mi semilla dentro de ella. No me arrepentí. Lo único que lamentaba era que tomaba anticonceptivos. Quería mantenerla conmigo.

Tenía que atarla a mí antes de que se enterara de todo. Toda la retorcida historia que me corrompía. Si supiera lo que había hecho, me despreciaría. Ella quería salvar el mundo; yo lo arruinaba.

Esa fue exactamente la razón por la que hice un contrato matrimonial con sus abuelos. Era mi plan de respaldo en caso de que me rechazara. Sí, resultó que era un idiota egoísta como el desgraciado de mi padre. Pero la idea de perderla era tan insoportable.

Si tuviera conocimiento de lo que hice, me rechazaría.

Algo en mi pecho se retorció ante la idea de perder a Autumn. O tal vez ante la idea de obligarla a hacer algo y ver dolor en sus ojos.

Nunca quise ser el motivo de que sus verdes avellanas se volvieran marrones.

Durante los últimos cuatro años, mantuve a todos los universitarios y hombres de California alejados de Autumn. Como a mis amigos les gustaba señalar, era un poco exagerado. ¿Y qué? Habían hecho lo mismo, o peor, por sus mujeres. Cassio tramaba cómo conseguir a su mujer. Luciano obligó a su mujer a casarse con él en su complot para vengar a su madre y a su hermana. Los hombres Nikolaev acechaban a sus mujeres y ellas ni siquiera lo sabían. Bueno, excepto Sasha. Cualquier mujer que ese psicópata pusiera en su radar, sentía pena por ella.

Engañábamos, robábamos y matábamos por lo que queríamos.

Y luego estaba el hecho de que odiaba que la gente observara lo que era mío, por no decir que se atreviera a tocarlo.

Era la razón por la que en ese momento estaba de vuelta en el bar de Fleur, justo después de dejar a Autumn en casa.

De madrugada, antes de que saliera el sol, nos vestimos en silencio y, fiel a mi palabra, me quedé con sus bragas. Protestó un poco, sin embargo, cedió después de que me arrodillara y le comiera el coño, con sus dedos agarrándome del cabello como si temiera que parara.

Autumn no tenía ni la más mínima puta idea de que solo hizo falta una vez para que me volviera adicto a ella.

Me quedé mirando el antiguo edificio del bar de Fleur. Por fuera, parecía muy viejo. Por dentro, se habían hecho las últimas remodelaciones.

Fleur y yo teníamos un acuerdo. Financiaba el cincuenta por ciento de su negocio, y podía usar su búnker en el sótano. Era único, utilizado en 1642 por los comerciantes para pasar de contrabando sus mercancías.

Uso mejorado, cámara de tortura. También era una forma conveniente de deshacerse de un cuerpo.

Fleur comprendía la necesidad de tenerlo. Había visto de primera mano los distintos tonos de gris necesarios para sobrevivir en este mundo. Una vez fue víctima. El sistema legal no pudo salvarla. Hizo falta un desgraciado gris como yo para finalmente hacerlo.

No obstante, mis pecados aún permanecían. No habría forma de eliminarlos.

Fiel a mi palabra, el idiota que se había atrevido a tocar a mi mujer perdió los dedos. Tuvo suerte de que no acabara con él. Desgraciadamente, eso estaba a punto de cambiar. El mundo sería un lugar mejor sin el imbécil.

La puerta se cerró detrás de mí con un clic silencioso.

A primera hora de la mañana, antes incluso de que saliera el sol, el suave chasquido sonó como un disparo. El hijo de puta dio un respingo en su asiento, incluso con las cadenas que lo mantenían apresado y sus palmas apoyadas en las rodillas.

Sus ojos se dirigieron hacia mí, con el miedo claramente reflejado en su rostro. Llevaba aquí desde la noche anterior.

Mi fría mirada lo recorrió. Camiseta sucia y en ese segundo ensangrentada. Cabeza calva.

Le faltaban dedos de la mano izquierda, los cuales yacían en el suelo, embarrados de sangre y suciedad. No había forma de salvarlos. Su rostro palideció de miedo. No el suficiente.

La noche anterior apenas había empezado. Decidí investigar los antecedentes del desgraciado antes de dejarlo ir, y resultó que al idiota le gustaba tocar a las niñas. Así que dejarlo ir ya no era una opción.

Me ardía la sangre al pensar en sus sucias manos sobre Autumn, aunque fue por una fracción de segundo.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunté, con tono frío y el labio curvado con desdén.

Saqué la navaja del bolsillo y los ojos del idiota se abrieron de terror. Empezó a resollar, jadeando.

—Por favor, por favor, no más —suplicó.

Lo ignoré, agarrando el mango de la navaja mientras me inclinaba hacia delante.

—Tocaste lo que es mío —dije con frialdad, y luego le clavé la cuchilla en la mano y directamente en la parte superior del muslo. La carne y el hueso cedieron mientras un aullido inhumano en el tono más alto salió de su garganta y vibraba contra las paredes de cemento de la habitación.

La sangre se acumuló a su alrededor y sentí un placer sádico al hacerlo sufrir. Le incrusté la navaja en la mano y la hoja se hundió aún más en su muslo.

El olor a orina llenaba el aire mientras me miraba fijamente, con los ojos vidriosos por el dolor.

Apreté los dientes. Menos mal que la habitación era toda de cemento. No soportaba las malditas manchas de orina en la madera o el azulejo.

—¡Por favor, basta! —rogó, con las lágrimas mojándole la cara.

—Maldito cobarde —espeté entre dientes.

Entonces, como sabía que se echaría a llorar y probablemente se cagaría encima, decidí acabar con él. Saqué mi pistola y los disparos rasgaron el aire.

Bang. Bang. Bang.

Vi cómo la luz se extinguía de sus ojos, luego su cuerpo se desplomó sobre las cadenas, la sangre goteando de su cráneo.

Goteo. Goteo. Goteo.

Una parte me salpicó las botas. Menos mal que había optado por unos *jeans* y una camiseta negra lisa. Me enfadaría si la sangre me manchaba el traje o los mocasines.

Guardé la pistola en la parte trasera de mis pantalones, me acerqué al pequeño lavabo y me lavé las manos.

No había suficiente jabón para lavar todos mis pecados.

Dejé el cadáver para que uno de mis hombres se encargara de él, salí al pasillo y me topé con Byron, recostado contra la pared.

—¿Acosándome? —musité en tono sarcástico.

No mostré mi sorpresa. A decir verdad, ya nada me sorprendía de aquel desgraciado persistente. Aunque a regañadientes tuve que admitir que mi medio hermano menor era tan testarudo como yo.

—No eres difícil de encontrar —replicó Byron secamente—. ¿Has acabado con él? —preguntó. Todo el sótano estaba insonorizado, así que no había riesgo de que oyera nada de lo que ocurrió adentro.

—¿Qué quieres, Byron? —respondí con mi propia pregunta en su lugar—. ¿Buscas algo con que amenazarme para que podamos jugar a ser una gran familia feliz?

Su mandíbula se tensó.

—No es una gran familia feliz —reviró secamente—. Pero me gustaría que estuvieras de mi lado.

—¿Por qué? ¿Para que puedas conseguir fondos extra para la campaña de tu padre?

—También es *tu* padre —comentó.

Apenas terminó la frase y me le puse en su cara.

—No. Es. Mi. Padre —aseveré entre dientes, con la mandíbula palpitando. Un maldito padre no dejaba que su hijo fuera criado por un monstruo sádico. Un padre no dejaba que su hijo viviera en el infierno. Aunque sabía que mi madre estaba embarazada, no quería que su preciada carrera política se viera arruinada por un hijo ilegítimo, así que me mantuvo en secreto y me ignoró.

Una parte de mí quería abalanzarse, destruir a mi padre y su pequeña y brillante vida. Mas sabía que ese no era el momento. Tendría que contenerme con un fino hilo de autocontrol y conservar mi fría lógica. Lo destruiría cuando la presidencia estuviera a su alcance. La tendría tan cerca, justo en la punta de sus dedos, solo para ser arrebatada. Por mí.

—Piérdete, Byron —pronuncié mientras me alejaba de él—. La próxima vez que te vea, lo

tomaré como que te estás metiendo furtivamente en mi territorio y tendrás una guerra.

—Adelante, hermano.

Como dije, un hijo de puta testarudo.



Me senté en mi despacho, en el edificio de mi propiedad, lejos del *padre* que me dio mi apellido. Fue prácticamente lo único que me dio, maldición.

Eran solo las diez de la mañana. Habían pasado seis horas y treinta y ocho minutos desde que dejé a Autumn y ya la extrañaba. Tanto que tuve que pensar si tenía fiebre.

Saqué mi teléfono y miré el *Instagram* de Autumn. A menudo publicaba fotos y actualizaciones. Ese día no fue la excepción. Tenía que ser viejo o ella demasiado joven, pero esa chica vivía en las redes sociales. Me había servido de mucho en los últimos cuatro años.

Me quedé observando la foto.

Las sábanas rojas arrugadas y la melena negra se extendían sobre la almohada como un abanico. Si bien no se le veía la cara, sabía exactamente lo que significaba.

Ya no era virgen.

No sentí el ácido habitual. En su lugar, una extraña sensación se encendió en mi pecho. Me dio una gran parte de ella, pero también se llevó algo de mí. Solo que no podía entender qué.

Revisé sus otras fotos, aunque ya las había visto antes. Había estado acechando su *Instagram* durante los últimos cuatro años. Desde un teléfono desechable y una cuenta anónima. Sí, era demasiado mayor para acosar a una veinteañera.

Sin embargo, aquí estaba. Aunque eso no se comparaba con la jodida forma de acechar de los hermanos Nikolaev. Especialmente Sasha cuando estaba a punto de matar. Así que yo era definitivamente mucho mejor.

Un golpe rompió el silencio y dirigí la mirada hacia Branka, que entraba sin esperar respuesta.

—¿Por qué llamas a la puerta si vas a entrar de todos modos? —refunfuñé.

Al igual que su amiga, puso los ojos en blanco. ¿Acaso no se daban cuenta de que había matado a hombres por menos?

—Lo que sea.

Me recosté en la silla y fijé la vista en mi hermana menor, que ya no era tan pequeña. Nico hizo el día anterior un comentario interesante en el que no había pensado hasta ese momento. A menos que la emparejara con una familia que pudiera protegerla, Branka podría acabar en el punto de mira solo por compartir el mismo apellido que el imbécil de nuestro padre. Tenía la mala costumbre de traicionar a hombres poderosos, y no lo pensarían dos veces antes de acabar con ella por sus pecados.

Mis enemigos no dudarían en hacerlo también. Tendría que encontrar la forma de protegerla antes de que mi padre hiciera un trato con otro sádico idiota para vender a mi hermana.

Dejé de lado la idea por ese momento y esperé a que Branka expresara lo que había venido a decir. La conocía lo suficiente como para saber que necesitaba hablar. De lo contrario, nunca pisaría mi oficina.

Me recordó a Mia. Nuestra hermana muerta. Branka no la recordaba mucho. Era joven cuando Mia se suicidó. Sobrevivió a nuestros padres. Se metió en una maldita guerra y salió viva. No obstante, se necesitó un grupo de idiotas para llevarla al suicidio. Fue una puta píldora amarga de tragar.

Irónicamente, fue Sasha Nikolaev quien acabó con ellos. Casualmente estaba en una rotación similar y encontró a esos desgraciados violándola. Lo único que lamentaba era que Sasha los matara antes que yo.

Mi expresión se ensombreció al recordar aquel funeral. Mi madre no lloró. Mi padre se acercó a la tumba mientras bajaban el ataúd de Mia a la tierra. No lloré, pero me ardían los ojos; me dolía demasiado el maldito pecho.

Branka fue la única que lloró aquel día. Tenía la mano apretada contra el pecho. En cuanto vi la quemadura de cigarrillo descolorida en su mano, una niebla roja descendió sobre mí. No tenía ni idea de cómo había terminado encima de mi padre, dándole una paliza justo sobre el ataúd de Mia.

Después de que alguien me apartara, alejé a Branka de él y de nuestra madre, y la llevé a vivir conmigo.

—¿Debería irme? —La voz de Branka me sacó del pasado.

—No.

Me dirigió una mirada nerviosa y se sentó en la silla vacía frente a mí, mi escritorio era lo único que nos separaba.

Una profunda exhalación llenó el aire.

—¿Estás molesto? —soltó.

—Vas a tener que ser un poco más específica —indiqué secamente. Me preguntaba si Autumn le había contado lo que había pasado entre nosotros la noche anterior. Quizá yo debía preguntarle a mi hermana si estaba enfadada porque me había follado a su mejor amiga.

Pero no lo haría, porque eso implicaría que me detendría si se enojaba, y no tenía intención de parar.

Branka dejó escapar otro profundo suspiro.

—Que no te pregunté acerca de ir con Autumn en su aventura de fotografía por el mundo.

—¿Cuándo lo decidieron? —indagué.

—De camino al bar de Fleur, Autumn y yo nos pusimos a hablar. Le conté lo mucho que odiaba estar en la misma ciudad que Padre, y me invitó a acompañarla —explicó—. Si no puedo usar mi dinero, incluso se ofreció a ayudarme con los gastos. —Los dedos de Branka se enroscaron alrededor de su muñeca. Era su hábito nervioso. Demasiadas muñecas rotas en su infancia—. También se lo pagaré.

—Tenemos el dinero —aseguré—. No hace falta que ella pague.

Sus iris grises me recordaban a la lluvia. No tenía ni maldita idea de por qué, aun así, siempre me apuñalaban un punto sensible en el corazón. Tal vez porque me sentía culpable por no haberla protegido antes. O quizá porque veía mi dolor en el suyo.

—Debería quedarme por ti, pero soy una cobarde —murmuró, con una expresión de culpa en su rostro.

—No eres una cobarde —gruñí—. No vuelvas a decir eso. Eres una superviviente, Branka. Mi hermana y mi familia. Me destruiría si alguna vez te viera herida. No importa cuándo, qué o cómo, siempre estaré aquí para ti. ¿De acuerdo?

Una sonrisa de felicidad se dibujó en su cara, y fue el mejor de los regalos. Ver a mi hermanita sonriendo y feliz.

Me levanté, me ajusté la manga del traje y me le acerqué. Apoyado en la mesa, la estudié. No nos parecíamos mucho, aparte de los ojos. Ambos los habíamos heredado de nuestra madre. Me parecía más a mi padre biológico y ella más a su familia paterna. Pero en el fondo, éramos iguales.

—¿Es algo que quieres hacer? —pregunté.

Antes de que terminara la pregunta, asintió con entusiasmo.

—Así es.

—¿Por qué estudiar redes sociales y *marketing* si ahora quieres dedicarte a la fotografía? —inquirí en voz baja.

Sonrió.

—No haré fotos para *Nat Geo*. Eso será todo de Autumn. Estamos pensando en empezar un sitio *Web* de *influencer* y *blogging* sobre viajes.

Mis labios se levantaron.

—Interesante.

No sabía absolutamente nada al respecto y me parecía algo que haría la generación más joven; no obstante, si la hacía feliz, a mí también.

Branka sonrió.

—¿Verdad? —El entusiasmo en su cara era contagioso, así que me limité a asentir. Mientras fuera feliz, me daba igual lo que hiciera. Nunca le faltaría dinero, así que más le valía disfrutar de la vida—. ¿Así que estás de acuerdo si me voy con Autumn?

—No diría exactamente que me parece bien —admití, sonriendo—. Pero quiero verte feliz. Y no te sorprendas de las frecuentes visitas de tu hermano mayor —advertí.

Saltó de su asiento y se lanzó a mis brazos. Como solía hacer cuando era pequeña.

—Gracias, Alessio —murmuró en mi pecho—. Eres mucho mejor que yo. Hui de nuestro padre, y sigues luchando contra él de frente.

Su padre, no el mío. Aunque no lo sabía. Nadie además de los Ashford, yo y el cruel imbécil que me crio lo sabíamos. Mi madre, por supuesto, lo sabía; sin embargo, en ese momento estaba a dos metros bajo tierra.

—Siempre podría matarlo por ti —bromeé a medias.

Sacudió la cabeza, con la cara aún pegada a mi pecho.

—No, hermano. Tendrá lo suyo. Eventualmente.

No lo suficientemente pronto, joder.

Capítulo Doce



Autumn

Me senté en el suelo de mi habitación con mis *boyshorts* y una camiseta verde, rodeada de mis notas, fotos y más notas. Unos días más y estaríamos de camino a Asia. Nuestro primer destino: Kuala Lumpur.

Excepto que después de la noche anterior, tenía algo, o más bien alguien, que me hacía querer quedarme. Todo mi cuerpo seguía envuelto en el más dulce agotamiento, e incluso después de ducharme, podía olerlo en mi piel.

Quería embotellar el aroma y conservarlo conmigo para siempre.

La puerta de mi habitación se abrió de golpe, chocando contra la pared y gemí.

—¡Branka! —la regañé.

Mi mejor amiga estiró el brazo por encima de la cabeza y se apoyó en el marco de la puerta mientras con el otro sostenía una taza de café helado.

—Aquí estoy —anunció.

—Ya lo veo —repliqué. De acuerdo, quizá la actividad de la noche anterior me había dejado un poco cansada y de mal humor. Agarré la taza de café que sostenía en una mano. Branka odiaba el café helado, así que tenía que ser para mí. Me lo puso en la mano y bebí un sorbo.

—No hay nada mejor que un buen café. —Ronroneé.

—El sexo. —Se rio—. Si tan solo le dieras una oportunidad.

Aunque negué con la cabeza, me ruboricé porque enseguida me vino a la mente su hermano. Tenía toda la razón. El sexo era cien veces mejor que el café.

—¿Lo has intentado? —Solté una risita, sabiendo muy bien la respuesta.

Se encogió de hombros.

—Estuve cerca, pero durante nuestras nuevas aventuras, encontraré un hombre exótico y tendré sexo alucinante. Tú también lo harás.

Sonreí, mas la duda y la exigencia de conocer los planes de Alessio para nosotros luchaban en mi interior. No me dijo que quería volver a verme. De acuerdo, no lo cuestioné, aun así, ¿por qué no podía al menos demostrar que quería volver a verme?

Me dejó en casa, muy *sexy* con *jeans* rotos y su camiseta negra, sin darme ni un beso. Al menos podría haberme dado uno en la mejilla.

—Mi hermano está de acuerdo —mencionó Branka y parpadeé confundida. ¿Su hermano le

dijo que debería haberme dado un beso de despedida?

Me encontré con sus ojos tan parecidos a los de Alessio, brillantes como la plata fundida.

—¿Lo está? —pregunté sorprendida.

Dios, quería volver a acostarme con él. Una y otra vez. Quería explorar todo su cuerpo, besar cada centímetro de su piel y, sobre todo, estudiar los tatuajes que marcaban su pecho y sus brazos. Quería besar las cicatrices que se escondían bajo ellos. Quería conocer la historia que escondía.

—Sí, Alessio cree que será una buena experiencia para nosotras —explicó, e ignoré la sensación de decepción que me invadió. Le parecía bien que siguiera mi camino. Lo que pasó entre nosotros no significaba tanto para él como para mí. Probablemente tenía mujeres en marcación rápida—. Dios mío, vamos a hacerlo de verdad —continuó, emocionada.

Apartando a Alessio de mi mente y volviendo a mi objetivo, me centré en nuestro inminente viaje.

Mis labios se inclinaron hacia arriba.

—Vamos a hacerlo de verdad —afirmé.

Los ojos de Branka recorrieron el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

Me encogí de hombros.

—Preparándome.

—¿Dónde están tus padres? —exigió saber—. Deberíamos salir todos a celebrarlo. Un almuerzo más tarde.

Volví a prestarle atención a mis notas.

—Mamá está de compras y papá se reunió con un viejo amigo o algo así.

—Entonces vámonos —sugirió—. Tus favoritos. Kebabs.

Gemí.

—¿Por qué me tientas?

Sonrió de oreja a oreja.

—Porque soy malvada. *Muaajajaja.*

Intentando soltar un sonido malvado, lo arruinó totalmente con su risa contagiosa. Me esforcé mucho por mantener la cara seria, mordiéndome el interior de la mejilla. Pero la expresión de mis ojos debió de estropearlo, porque se lanzó al suelo, tirándome hacia atrás. Aparté mi café helado, apenas evitando el desastre sobre mi alfombra blanca afelpada.

—Sé que quieres reírte —bromeó, haciéndome cosquillas—. Enséñamela. Enséñamela.

Nos reímos en mi piso durante la siguiente media hora. Igual que en nuestros años de preparatoria.



Sintiéndome más ligera y con Alessio fuera de mi mente, entramos en el restaurante del centro de Montreal dos horas más tarde. Llevaba un sencillo vestido verde claro que me llegaba un poco por encima de las rodillas. Cada vez que me lo ponía, recibía cumplidos de que resaltaba el verde en mis ojos. Branka tomó prestado mi vestido rojo del mismo diseño, lo que nos hacía parecer como hermanas.

Nos reímos y charlamos sobre nuestros grandes planes, esperando a que la *hostess* viniera a sentarnos.

El cabello me caía por la espalda en suaves ondas y opté por no maquillarme. Me hacía

parecer más joven, pero en realidad no tenía que impresionar a nadie. Porque el hombre al que le di mi virginidad pensó que era una buena decisión que siguiera adelante. Aunque, *no* estaba amargada. *En absoluto*.

—Cuánto tiempo sin verlas, chicas.

La *hostess* nos saludó y ambas dirigimos nuestra atención hacia ella.

—Hola, Jasmine. ¿Cómo estás?

—Mejor pregunta es: ¿cómo están ustedes? —Sus ojos nos estudiaron—. He oído que te vas en una semana a Asia, Branka. —Mis cejas se alzaron al enterarme. Jasmine debió de leer mi expresión porque añadió—: Alessio.

—*Ohhh* —soltamos Branka y yo al mismo tiempo mientras el pequeño monstruo verde se deslizaba a través de mí.

«¿Están durmiendo juntos?», me pregunté. Un bocado irracional de celos se abalanzó sobre mí y me supo a ácido, mas tuve que tragármelo. No era como si Alessio y yo hubiéramos tenido citas antes de lanzarme sobre él.

—Hija. —Una voz fría que no quería escuchar llegó hasta nosotras, y me puse rígida al mismo tiempo que Branka palideció.

Ambas nos giramos lentamente en la dirección de aquella voz y encontramos al padre y al hermano de Branka sentados a la mesa con otros dos hombres. Tragué saliva cuando mis ojos los recorrieron, pero acabaron en Alessio.

Mi mirada siempre volvía a él. Tenía una oscuridad a la que era imposible resistirse.

—Deberíamos haber ido a otro sitio —murmuró Branka. No podía estar más de acuerdo.

—¡No necesitan una mesa, Jasmine! —bramó el padre de Branka, atrayendo la atención de todos hacia las dos—. Se sentarán con nosotros.

«Niégate», exigía mi razón. Mis padres se pondrían furiosos al saber que me senté en la misma mesa que el padre de Branka. No importaban los otros mafiosos.

—No me dejes —susurró, con un tono desesperado.

Dejé escapar un fuerte suspiro. Si mis padres no se enteraban, no les haría daño. Además, no quería armar una escena, así que seguí a Branka con pasos pesados.

Mi ritmo cardíaco se aceleraba con cada paso que daba hacia la mesa. Desgraciadamente, era provocado por el hombre que hizo arder mi cuerpo la noche anterior, no por el claro peligro que acechaba en aquella mesa. Con su traje negro y sus rasgos fuertes, Alessio pertenecía a la revista *GQ*, no a un restaurante, junto al desgraciado de su padre.

Dejé escapar un suspiro tembloroso, intentando calmar mi acelerado corazón. Alessio nunca indicó que quisiera una relación. No es que hubiéramos hablado mucho la noche anterior.

«No pienses en eso», murmuró mi mente. «*No pienses en eso*».

De lo contrario, me derretiría en un charco. En cambio, me encontré con las cejas fruncidas de Alessio, quien se levantó y me observaba fijamente. Algo en su mirada me erizó la piel y hacía que me temblaran los dedos. Uno pensaría que después de lo que pasó, la reacción se calmaría, lamentablemente, no. Por el contrario, reaccioné con más intensidad.

Era tan alto que tenía que estirar el cuello cuanto más me le acercaba.

Apartando la mirada de él, mis ojos recorrieron lentamente a los hombres y me tragué un nudo en la garganta. Gritaban peligro. Igualmente Alessio; sin embargo, no despertaba miedo en mí. Solo lujuria.

Su padre, en cambio, me ponía nerviosa. Y esos otros dos hombres daban miedo. Tenían el cabello rubio más inusual que jamás había visto. Su atención se centraba en Branka y en mí, pero lo aterrador era su tamaño. Incluso sentados, parecían más altos de algún modo y succionaban

todo el oxígeno del restaurante. Alcé la vista hacia sus caras y parpadeé. Luego volví a parpadear para asegurarme de que veía bien el color de sus ojos. Eran de un azul muy pálido.

Wow. Simplemente, *¡wow!*

Ambos se levantaron y casi deseé que no lo hubieran hecho, porque se alzaban como nubes oscuras y amenazadoras. Branka y yo dimos al instante un pequeño paso atrás, nuestros instintos poniéndose en modo de autodefensa.

Los ojos de Branka me veían como si se preguntara si los conocía. ¡Sí, cómo no! Le di un encogimiento de hombros apenas perceptible y ambas volvimos a mirar a los dos hombres. A pesar de su enorme tamaño, estaría totalmente ciega si no me diera cuenta de que ambos eran guapos. Extremadamente.

—Señoritas, les presento a Vasili y Sasha Nikolaev —indicó Alessio y mi atención volvió inmediatamente a él. Como si fuera mi imán, el corazón me dio un vuelco. Solo una noche de sexo y estaba perdida por este hombre. *Ugh*—. Caballeros, mi hermana Branka Russo y su mejor amiga, Autumn Corbin.

Solo había dos asientos disponibles. Uno junto a Sasha Nikolaev y el otro junto a Alessio. ¿Era malo que quisiera dejarle a Branka el asiento junto a Sasha Nikolaev? Debió de haber tenido la misma idea, porque le lanzó un vistazo a la silla junto a su hermano y ambas la contemplábamos con añoranza.

Era el modo de autopreservación para ambas.

—Encantado de conocerlas —saludó Sasha, sus ojos azul pálido mirando de Branka a mí, y luego se posicionaron en Branka. Me sentí aliviada. Una mujer inteligente no quería llamar la atención de aquel tipo.

«Alessio Russo es mucho mejor», mi cerebro se burló de mi corazón.

—No sabía que las damas se nos unirían —comentó Sasha.

—¿Es nuestra discusión apropiada para las damas? —Vasili inquirió, con el ceño fruncido—. Si fuera mi hermana, no me gustaría que se preocupara con estos temas.

Bueno, esa era la primera vez.

—Podemos irnos. —La voz de Branka era apenas audible, ambas permanecíamos rígidas y temblorosas sobre nuestros pies. Las dos queríamos salir corriendo y no mirar atrás.

—¡Ambas se quedarán! —exigió su padre.

Sonó un trago de saliva. Podría haber sido el mío.

Sasha acercó una silla a su lado, sus ojos pálidos clavados en Branka. ¡Gracias a Dios! Aunque no se movió, él siguió esperando a que se sentara mientras su mirada no dejaba de parpadear hacia la silla vacía junto a su hermano.

—¡Siéntate, Branka! —bramó su padre—. Tú también, Autumn.

Ambas nos sobresaltamos inmediatamente y nuestras piernas se movieron por voluntad propia.

Alessio sujetó la otra silla y ambas nos hundimos en los asientos que nos ofrecían. La ansiedad me zumbaba bajo la piel. Miré de reojo a Alessio casi como si fuera a salvarme, lo cual era absurdo. Que tuviéramos sexo no significaba que fuera a salvarme.

—¿No es esto agradable? —siseó el padre de Branka, mirándome lascivamente. Un escalofrío recorrió mi espalda, y me costó todo lo que tenía no buscar la mirada de Alessio en busca de ayuda—. Ya era hora de que Autumn Corbin se sentara conmigo, ¿no?

Mi columna se puso rígida y un presentimiento se deslizó por mis venas. Mis padres siempre hacían hincapié en mantenerse alejados de los Russo. No hacía falta ser un genio para saber por qué. Solo había que ver a la madre de Branka.

—¿O debería llamarte Autumn Blanchet? —Le dirigí una mirada confusa a Alessio y luego a Branka, que puso los ojos en blanco y soltó una risita. Aunque tenía miedo de su padre, cuando su hermano estaba cerca, ella demostraba su valentía—. ¡Muestra un poco de respeto, Branka! —rugió y ambas nos sobresaltamos en nuestros asientos—. ¡O veremos quién pone los ojos en blanco al último!

Sonó otro trago de saliva. Ni idea de si era mío o de Branka, o quizá de las dos, mas tenía un mal presentimiento. Debería haber secuestrado a Branka y salir corriendo. Al diablo con su padre. No obstante, mi cuerpo estaba tan rígido que se negaba a moverse.

La tensión era palpable; casi podía saborearla. El silencio era denso, aunque parecía afectarnos solo a Branka y a mí. Sasha sacó un chicle de la nada y el crujido del envoltorio llenó el aire. Le dirigí una mirada incrédula, pero me ignoró. Su hermano, Vasili, parecía despreocupado por su hermano o por el padre de Branka. Alessio tampoco parecía preocupado en absoluto. O quizá ambos lo disimulaban muy bien.

Sasha se lanzó el chicle a la boca con una sonrisa que prometía algo cruel, aunque no pude distinguir bien a quién iba dirigida. Reventó el chicle mientras aplastaba el envoltorio en la mano.

La mano que, estaba segura, había matado a mucha gente. Me quedé con la vista fija en los símbolos tatuados en sus dedos, que no podía leer. Mi atención regresó con Alessio, que observaba a Sasha con disgusto dibujado en su rostro. Entonces su mirada se cruzó con la mía e instantáneamente el frunce entre sus cejas se relajó y me ahogué en sus iris grises.

—Has estado jugando con fuego, *¿eh?* —expresó el padre de Branka, y la atención de ambos se clavó en él. Nos estaba estudiando a Alessio y a mí. Siguió su sonido de desaprobación, con una sonrisa desagradable en su feo rostro. Parecía una serpiente a punto de tragarse un ratón. Malicioso y dispuesto a atacar.

Una mesera se acercó, interrumpiendo el tenso e incómodo silencio. Ni Branka ni yo parecíamos capaces de abrir la boca, así que Alessio hizo la orden en nuestro nombre. Y durante todo el rato, los ojos del viejo Russo no se apartaron de mí.

—¿Cómo está tu madre, Autumn? —indagó el señor Russo, con un brillo cruel acechando en sus ojos. No me agradó. Me sentía vulnerable bajo su mirada oscura y amenazadora.

Observé la mesa y luego volví a poner la atención en el anciano. A diferencia de su hijo, quien era alto y guapo, el señor Russo era bajo, calvo y tenía una barriga que avergonzaría a una mujer embarazada.

—Bien —respondí apretando los dientes.

Se frotó la barriga, con cara de satisfacción.

—¿Y tus abuelos maternos?

Mis cejas se fruncieron y la confusión invadió mi expresión.

—Están muertos.

A decir verdad, ni siquiera sabía sus nombres. Mi madre nunca hablaba de sus padres. Solo dijo que estaban fuera de nuestra vida. Lo dejamos así. Tuve a mis abuelos paternos, que fueron una parte importante de nuestras vidas hasta que ambos fallecieron.

Se rio entre dientes.

—No es posible. ¿Murieron en el último mes? —se mofó y parpadeé.

Me pasé la lengua nerviosamente por el labio inferior y me encontré con la mirada de Branka. Parecía no tener idea como yo.

Mis ojos se desviaron hacia Alessio, pero su rostro era ilegible. Una máscara de indiferencia. Salvo por el leve músculo que se tensaba en su mandíbula y su expresión que se ensombreció.

Vasili y Sasha Nikolaev mostraban una expresión similar. Aunque no estaba segura de si iba dirigida a mí o al padre de Branka.

Se sentía como si me arrojaran a los lobos sin posibilidad de escapar.

El padre de Alessio soltó una carcajada espeluznante y oscura. Conocedora. Mis dos manos yacían en mi regazo bajo la mesa y no me había dado cuenta de que tenía las uñas clavadas en la palma hasta que una mano grande y cálida cubrió la mía.

Me quedé tranquila un momento, sin moverme. Un apretón reconfortante y fue una infusión de fuerza que necesitaba.

—Por lo que sé, llevan muertos mucho tiempo —aclaré, con voz engañosamente calmada.

El padre de Alessio golpeó el puño en la mesa. Branka y yo nos sobresaltamos en nuestros asientos. Los cubiertos se sacudieron.

—¡Eso sí es una mentira! —espetó, con el veneno coloreando su voz. —Tus abuelos están muy vivos. Dirigen la mafia corsa. Y tu madre era su asesina más eficiente.

Debía estar loco. Lunático. Delirante.

—Se equivoca —insistí con una risita incrédula—. Mi madre es cantante. Una artista.

Se rio. Fuerte y estridente. Aunque las miradas parpadeaban en nuestra dirección, mantuve mis ojos en la mayor amenaza. El viejo Russo.

—Cantante. —Se rio—. Sí, siempre le gustó cantar. La recuerdo paseándose con su faldita católica y tocando el piano. Los hombres jadeaban por esa imagen de niña buena.

La furia me corría por las venas.

—Me importa una mierda por lo que jadeen los hombres —protesté, mirándolo fijamente—. Confunde a mi madre con otra persona. Es una artista sin conexión con esta mafia corsa.

—Eres la viva imagen de ella —continuó, como si no hubiera hablado—. Solo había una Alessandra Blanchet. El cabello negro viene de familia. Sin embargo, tus ojos no se parecen. Tienen que ser de tu padre.

La última palabra sonó como una maldición en su lengua.

—Por última vez, confunde a mi madre con otra persona —reviré entre dientes—. Mi padre nunca se relacionaría con alguien como *usted*.

Esa vez, echó la cabeza hacia atrás y se rio. Una risa sarcástica, amenazadora, como si te hubiera atrapado.

Mi padre era un exagente especial. Habría arruinado su carrera. Excepto que mi padre nunca explicó realmente cómo o por qué la dejó. Siempre supuse que fue porque decidió convertirse en asesor y jubilarse pronto para poder verme crecer.

—Pero tu padre renunció a esa carrera. —Cacareó como una maldita bruja—. O lo echaron —se mofó, con los labios curvados de forma repugnante.

Mis dedos se enroscaron en la manga de la chaqueta de Alessio, como si fuera mi balsa. En ese momento, era mi salvavidas.

—No lo despidieron —aclaró Alessio, con voz gélida—. Renunció y crio a su hija.

—¿Cómo sabrías eso? —cuestionó Branka con los ojos muy abiertos, mirando a su padre, a Alessio y a mí.

Su padre se rio con suficiencia y me dieron ganas de arañarle la cara. Con razón Branka no lo soportaba.

—¿Qué clase de padre sería si no supiera con quién andaba mi hija?

No conocía al padre de Branka. La primera vez que lo vi fue en el funeral, sin embargo, en ese instante me arrepentía de haber ido. Su padre no me caía bien antes y mucho menos en ese segundo. De hecho, lo detestaba.

—Las conexiones de Autumn no son relevantes —afirmó Alessio realistamente y con voz fría. ¿Por qué parecía que Alessio sabía algo que yo ignoraba?

—¿Sin relevancia? —escupió el señor Russo, salpicando saliva por toda la mesa. Mi nariz se arrugó y mi apetito desapareció de repente—. Podría estar espiando para ellos.

Alessio se rio, mostrando claramente que no lo creía.

—Me parece que los padres de la señorita Corbin quisieron evitarle la dura realidad de este tipo de vida —intervino Vasili, con voz fría—. Ahora, ¿podemos concluir nuestro acuerdo o vamos a discutir más?

No tenía ni idea de quién era Vasili Nikolaev, pero de repente me cayó muy bien.

Durante los treinta minutos siguientes, se cerró cualquier trato en el que estuvieran trabajando los Nikolaev. Todos los hombres hablaban en clave mientras Branka y yo permanecíamos sentadas en silencio, fingiendo que comíamos, cuando en realidad solo empujábamos la comida en nuestros platos.

Y en ese transcurso reflexioné sobre la revelación de mis abuelos maternos.

Capítulo Trece



Alessio

Los secretos nunca permanecían enterrados por mucho tiempo.

El hecho de que Autumn no conociera la identidad de sus abuelos maternos durante todo ese tiempo era un milagro. Lo había sabido desde la primera cita de juegos que tuvieron esas dos. Siempre investigaba a todos los amigos de Branka.

No obstante, esa pésima excusa que tenía por padre no se molestó en investigar a Autumn hasta que la vio en el funeral de mi madre. Branka no le importaba para nada. Era una hija, una mercancía desechable que tenía en contra de mi madre. Tanto mi difunta hermana como Branka eran prescindibles para él.

Ante los ojos de mi padre, era culpa de mi madre no poder darle un heredero.

Padre no sabía que vigilaba todas sus actividades. Sus recursos no eran nada comparados con los míos. Nico Morrelli era mi principal fuente para cualquier información que necesitara y siempre cumplía.

Nadie sabía que Autumn sería la heredera de la mafia corsa una vez que su abuelo falleciera.

También sabía que mi padre había intentado arreglar un contrato para casarse con la madre de Autumn. Sin éxito.

Mujer inteligente. Mujer afortunada.

En resumen, sabía que ese día llegaría. En cuanto mi padre viera a Autumn, sabría quién era por su parecido con su madre. La mujer que se le negó. El hijo de puta odiaba eso.

Y en ese instante estaba mirando a su hija. Demasiado tarde, imbécil. Era mía y el contrato que había firmado con el abuelo de Autumn cuatro años atrás lo garantizaba. Si Padre se atrevía siquiera a tocarla, las calles de esa ciudad se teñirían de rojo porque lucharía contra él y todos sus malditos hombres hasta acabarlo. De una vez por todas.

Le envié un rápido mensaje de texto a mi mano derecha para que prendiera fuego a uno de los almacenes de mi padre. Estaba harto de lidiar con el desgraciado. Ricardo solo tardó diez minutos en hacerlo. Por eso era insustituible.

El teléfono de mi progenitor emitió un pitido, mas siguió observando lascivamente a mi mujer. Luego volvió a sonar y lo miró. Eso lo hizo correr.

Mis labios se elevaron al verlo salir tambaleándose, con sus hombres rodeándolo en cuanto puso un pie afuera. Era tan paranoico que lo hacía por si un francotirador le disparaba mientras

caminaba hacia su coche.

—Por fin, ¡maldición! —exclamó fríamente Sasha Nikolaev. Ninguno de los hombres Nikolaev querían tratar con el viejo idiota de todos modos—. Deberían eliminar a ese imbécil. Puedo ayudar con eso.

—Estoy de acuerdo —murmuró Branka en voz baja—. Dejemos que el ruso cargue con la culpa. —Todas nuestras cabezas se giraron hacia ella y sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Dije eso en voz alta?

Asentí. Tal vez mi hermanita era un poco más despiadada de lo que pensaba. Lo necesitaría para sobrevivir en este mundo.

—Solo dame una fecha y hora. —Sasha sonrió, observándola calculadoramente. No me gustaba en absoluto—. Y está hecho.

—Puedo manejar a mi padre —intervine.

Autumn se removió incómoda, sus ojos se movían entre todos nosotros, probablemente preguntándose si estábamos bromeando o no.

—¿Podemos Autumn y yo ir al bar? —Mi hermana pequeña no perdía el tiempo.

Asentí y las dos nos abandonaron sin mirar atrás, dejándome para finalizar el trato con los hombres Nikolaev.

— Puedo hacerlo desaparecer hoy mismo. —Ofreció Sasha por última vez. El desgraciado era persistente—. Como ha señalado tu preciosa hermanita, los rusos tendrán la culpa —continuó, pero algo desquiciado acechaba en aquellos ojos. Todos los hermanos Nikolaev los tenían del mismo color. No me gustaba que un par de esos azules pálido estuvieran enfocados en mi hermana, sentada en el bar, a solo cuatro metros de nosotros—. Lo único que tienes que hacer es entregarme a tu hermanita —añadió Sasha con una amplia sonrisa, y de repente me entraron ganas de quitársela de la cara a golpes.

—Sasha —advirtió Vasili.

—Permíteme aclarar una cosa —espeté, mi voz mortalmente calmada—. Mi hermana menor no está a la venta. Nunca lo estará. ELLA. ESTÁ. FUERA. DE. LOS. LÍMITES. Y si tengo que matarte para demostrarlo, lo haré.

Mucho más tarde, me daría cuenta de que esas palabras convirtieron a mi hermana en una fruta prohibida para Sasha Nikolaev.



Tardamos otros veinte minutos en terminar los detalles de la siguiente distribución. Las armas y las drogas eran mis negocios preferidos. No tocaba el tráfico de personas, pero por desgracia no podía decirse lo mismo de mi padre.

Los dos hermanos se marcharon, dejándome a solas con Branka y Autumn. Por un momento, vi cómo susurraban entre ellas mientras el dedo de Autumn recorría su teléfono.

—Si logramos que imágenes como esta lleguen a la gente… —explicaba Autumn con su voz suave—. Lograríamos concientizar. Haría que la gente ayudara.

Elaboraba estrategias para salvar el mundo y yo acababa de hacer un trato que lo corrompería aún más. Las diferencias entre nosotros eran tan marcadas. ¿Se quedaría conmigo si supiera exactamente con qué clase de mierda traficaba? Mejor aún, ¿lo dejaría por ella?

Branka se acercó y cambió a otra pantalla.

—La próxima vez que te envíe un mensaje, Branka… —le dije a mi hermana con calma—. Léelo.

Si lo hubiera hecho, no se habrían cruzado con el viejo. Ambas se movieron hacia mí, sus ojos se desviaron a mi espalda. Como si quisieran asegurarse de que Padre se había ido.

Mi hermana no necesitaba ninguna reprimenda adicional. Su tez estaba tan pálida como la de Autumn y solo se recuperaron tras la marcha del anciano. Los hermanos Nikolaev podían intimidar a quienes no los conocían y, hasta ese momento, había mantenido a Branka alejada del bajo mundo. Al igual que los padres de Autumn la habían mantenido fuera también.

—Volvamos a la mesa para que puedan comer —sugerí. Vi cómo el cuerpo delgado de Autumn se deslizaba del taburete y se agachó para levantar el bolso que había tirado al suelo sin cuidado.

Demonios, tenía un trasero precioso. Mi polla se endureció y tuve que ignorar la necesidad de arrastrarla a la habitación del fondo y follármela.

Le hice una señal a Jasmine, quien apareció inmediatamente.

—Despeja esto, por favor. Y tráeles sus platos favoritos.

Con su eficacia habitual, Jasmine desmontó la mesa hasta dejarla sin nada, luego la limpió y la puso con platos y cubiertos limpios mientras yo tecleaba un mensaje para mi mano derecha, Ricardo. Una vez enviado, volví a guardar el aparato en el bolsillo y estudié a Autumn.

Su mano seguía alisando las arrugas inexistentes sobre el mantel. El marrón de sus iris empezó a desvanecerse lentamente hasta su color avellana, y de repente me di cuenta de que ese tono se había convertido en mi nuevo color favorito.

—Lo siento, Alessio. Estábamos muy emocionadas. —Branka rompió el silencio—. Ni siquiera pensé en revisar el teléfono.

—No importa —aseguré. Jasmine volvió con la comida—. Coman. Luego vendrá Ricardo para llevarte a casa, Branka. —Cuando sus ojos se llenaron de terror, añadí—: Mi casa. Siempre allí. Ya no volverás a él.

Más de diez malditos años habían pasado desde que la mansión Russo fue su hogar y aún temía volver allí. Nunca la abandonaría. Ya tenía que saberlo. ¿Cierto?

—De acuerdo. —Asintió. Autumn se sentó rígida en su silla, con la mirada ligeramente desenfocada.

—Autumn, come algo —ordené.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Es verdad lo que dijo tu padre? —inquirió, observándome fijamente a los ojos.

—Sí.

—¿Lo sabías? —interrogó en voz baja.

Podría mentir. Debería mentir. No podía mentir.

—Sí.

—¿Quieres algo? —Maldición, era una pregunta capciosa. La quería. Conmigo. Por su propia voluntad. Aunque en el fondo, una parte de mí sabía que cada mal que había hecho haría que eventualmente ella se alejara. Así que establecí un contrato con su familia.

—¿De? —cuestioné en su lugar.

—De ellos. De mí.

—De ellos, no. De ti, sí —confesé con toda la sinceridad que pude. Sus mejillas se tiñeron de carmesí y supe exactamente por dónde iba su mente.

—Come algo —insistí. Branka estaba ensimismada, viendo su teléfono.

—No lo entiendo —murmuró Autumn—. ¿Por qué mis padres me ocultarían algo así?

Porque eran mejores personas que la mayoría de las que conocía. No podía culparlos por no querer que Autumn estuviera cerca de hombres como yo. Destruíamos la inocencia y dejábamos

sangre a nuestro paso.

—Te protegieron —comenté.

«Y yo te protegeré».

Capítulo Catorce



Autumn

Un presentimiento me recorrió la espalda sin saber por qué.

Sabía que la forma en que el padre de Alessio me observaba no sería un buen augurio para mí. Llámalo intuición. En retrospectiva, desearía haber huido y nunca mirar atrás. Aun así, no lo hice. Era demasiado valiente para mi propio bien y quería más de Alessio.

Así que, en lugar de levantarme y marcharme, permanecí en mi asiento, confiando en que, llegado el momento, Alessio me protegería.

Ah, si lo hubiera sabido.

El hombre de Alessio llevó a Branka a su casa mientras nosotros nos encontrábamos en su *penthouse*. En cuanto entramos, sus manos estaban sobre mí. Hambrientas y urgentes.

La sangre rugía en mis oídos y lo ahogaba todo, excepto mi corazón y el suyo y el suave susurro de nuestros movimientos mientras nos desnudábamos frenéticamente el uno al otro.

Su chaqueta. Corbata. Camisa. Cinturón.

Me temblaban los dedos mientras intentaba desabrocharle los pantalones.

El sonido de la cremallera se mezclaba con nuestra respiración superficial. El vestido se me amontonaba en los pies. La mirada de Alessio recorrió mi cuerpo, la plata fundida de sus ojos hizo arder cada molécula de mi cuerpo.

Y el cuerpo de Alessio era un espectáculo para la vista. Con la luz que entraba por todas las ventanas del *penthouse*, parecía un dios de la guerra. Sus anchos y musculosos hombros marcados con tatuajes que sus sofisticados trajes solían ocultar. Esos abdominales esculpidos y un *sexy* corte en V.

Se me secó la boca al ver el largo, duro y grueso miembro de Alessio. Me pasé la lengua por los labios, humedeciéndolos. La anticipación de lo que estaba por venir retumbaba en mi interior. Ya sabía cómo se sentía y eso no hacía más que aumentar la necesidad que latía entre mis muslos.

—¿Suave o duro? —Parpadeé confundida. Su mirada desprendía tanto calor que me abrasaba —. ¿Quieres que te folle suave y despacio o duro y rápido?

El oscuro ronroneo de su voz prometía que ambas serían placenteras. Y había algo muy caliente en que me dejara elegir. Lo quería todo. Fuerte. Lento. Rápido.

Quería experimentarlo todo. Solo con él.

Sus dedos se deslizaron por mi clavícula, su toque suave pero áspero. Bajó por mis pechos y un escalofrío me recorrió, mientras la lujuria me quemaba. Bajó más y más, hasta que su dedo rozó mis bragas húmedas.

—Duro —gemí.

Me arrancó la ropa interior de un tirón y su boca se aferró a mi cuello. Jadeé, incliné la cabeza y me aferré a su cabello con los dedos. Su palma me recorrió las costillas hasta la cintura. Sus labios subieron por mi cuello y me mordisquearon la mandíbula antes de llegar a mi boca.

Me estaba deshaciendo con su simple toque. Quería hacerle lo mismo. Me agarró por la nuca y me besó con fuerza. Húmedo y descontrolado. Salvaje y duro. Así era Alessandro Russo.

Y me encantaba. Quería hacerlo sentir bien. Quería ver cómo se deshacía por mí y una idea apareció en mi cerebro. Le di un suave codazo para que se apartara. Se detuvo de inmediato, su pecho subía y bajaba y su respiración agitada coincidía con la mía.

—¿Estás bien? —La nota de preocupación en su voz me hizo sentir calidez en el pecho.

Mis manos se deslizaron por sus abdominales y cada uno de sus músculos se tensó bajo mi contacto. Tocar a Alessio era un pecado carnal en sí mismo. Su suave piel, cálida bajo mis dedos, me tentaba a probarlo.

—Sí. —Respiré—. Qui-quiero hacer algo.

La insinuación flotaba pesada en el aire, el significado era inconfundible cuando mis dedos se enroscaron alrededor de su dura longitud. Su atención se posó en mi rostro y su aroma se filtró en mis pulmones. Fue suficiente para embriagarme.

—No tienes que hacerlo. —Sus ojos se oscurecieron, recordándome a las nubes justo antes de una violenta tormenta. Era emocionante, estimulante y tentador perderse en él. El aire que nos rodeaba se transformó en algo más denso, más pesado, más condensado, y el corazón me retumbó con tanta fuerza que temí que se me saliera del pecho.

—Quiero hacerlo.

Antes de que pudiera protestar, aunque no parecía que deseaba hacerlo, me arrodillé ante él y su mirada se inundó de agitación y tensión que irradiaba de cada centímetro de su cuerpo.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó entre dientes apretados, con voz rasposa. Su control a punto de quebrarse y me hizo sentir como una seductora tentadora.

Mis labios se curvaron.

—No dije que fuera una santa —murmuré, observando su verga, ya gruesa y goteante con presemen. Mis palmas se acercaron a sus muslos y mis dedos se curvaron con anticipación. Quería hacerlo sentir bien. Sí, lo había hecho antes, aunque nunca con alguien como Alessio.

Nadie se comparaba con Alessio.

Me agarró el cabello con los dedos y tiró con tanta fuerza que me ardió el cuero cabelludo. Dios, hasta eso se sentía bien con él. Con la mano libre se acarició la polla una, dos veces, y se me hizo agua la boca.

Este hombre estaba hecho para el sexo.

—¡Mírame! —exigió, obligándome a levantar la cara. El calor de su mirada prometía castigo a cualquiera que me hubiera atrevido a chupársela antes—. Quiero sus nombres —demandó entre dientes.

—No. —Mis labios se separaron—. ¿Vas a cogerme la boca o vamos a hablar?

Sus iris ardían, se le estaba escapando el control, y me encantaba. Esa podría ser mi *kryptonita* definitiva. Ver cómo se deshacía ante mí. Me pasó la punta de su longitud por los labios y mi lengua salió para lamerla, saboreando su presemen.

El calor floreció entre mis muslos apretados y pude sentir la humedad mojando mi piel.

Separé la boca y la metí lentamente hasta la garganta. Nuestras miradas se sostuvieron mientras lo tomaba más profundo, deteniéndome cada pocos segundos para ajustarme. Sentía sus músculos temblar bajo mi palma y su control quebrarse lentamente con cada centímetro que introducía en mi garganta.

Su agarre se apretó en mi cabello.

—Joder, Autumn. —Su gemido torturado vibró a través de mí. Me froté los muslos tratando de aliviar el dolor palpitante. Empecé a moverme y fue entonces cuando Alessio perdió todo el control. Enredó mi cabello alrededor de su puño y me sujetó la cabeza mientras entraba y salía de mi boca. Fuerte y rápido.

Sus hombros estaban rígidos. Las líneas de su rostro tensas. Y observé, hipnotizada por la lujuria en sus ojos, cómo seguía metiendo y sacando su miembro de mi boca. Un hormigueo me recorrió la columna vertebral y la humedad se deslizó por el interior de mis muslos.

—Esa boca es mía. —Empujó hasta el fondo—. No tienes permitido usar esos labios con nadie más. ¿Entendido?

Asentí, con los dedos zumbando por la necesidad de tocarme y aliviar el dolor que sentía entre las piernas. Mas no lo hice. Porque esto era para Alessio.

Lamí y chupé, acomodándome a su ritmo. Aplasté mi lengua y lo lamí como si fuera la última cosa que haría en mi vida. Volvió a deslizarse hasta el fondo de mi garganta.

—Demonios. —Su gemido vibró a través de su *penthouse* y tarareé de satisfacción—. Eres un juguetito tan bueno —alabó y el dolor se hizo más profundo—. Puedo oler tu coño mojado, hambriento por mi polla.

Dios, podría correrme solo con sus sucias palabras.

Nuestras miradas se cruzaron y mis ojos se humedecieron por tomarlo tan profundo. El dolor entre mis muslos era insoportable y finalmente cedí a la tentación. Deslicé la mano entre mis piernas y rocé con los dedos mi empapado clítoris. Luego ejercí una firme presión sobre él y me moví contra mi mano.

Gemí, con el sonido amortiguado por su verga entrando y saliendo de mi boca. Me observaba con los ojos entrecerrados y respiraba con dificultad. El placer subía cada vez más alto y más tenso con cada segundo que pasaba, hasta que Alessio abruptamente me alejó de él.

Me limpié la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué...?

Antes de que pudiera terminar la frase, me levantó y me empujó contra la ventana, con toda Montreal extendiéndose frente a nosotros.

—Me voy a correr con mi polla enterrada hasta el fondo de tu coño —anunció con voz ronca y su boca caliente contra mi oreja. Rudo. Exigente.

El cristal enfriaba mi piel caliente, mas no aliviaba el ardor en mi interior. Entonces me penetró de un fuerte empujón y grité su nombre.

Se detuvo y sus dientes rozaron el lóbulo de mi oreja.

—¿Te hice daño?

Mi coño se apretó a su alrededor mientras me llenaba hasta el fondo. La sensación de estiramiento me escocía, pero se sentía muy bien. A pesar de nuestra diferencia de tamaño, encajábamos perfectamente. Estaba tan dentro de mí que podía sentirlo en el estómago.

—Se siente tan bien. —Respiré—. Quiero más.

Sus dedos me agarraron salvajemente por las caderas y se retiró lentamente, para continuar embistiéndome con fuerza.

—Tu apretado coño está ahogando mi verga —pronunció con tono ronco—. Tan codicioso.

Otra embestida, y absorbí cada sacudida de sus caderas con gemidos y quejidos incoherentes de su nombre. Con las palmas de las manos contra el cristal, la respiración agitada y empañando la ventana, me quedé con la vista fija en la ciudad mientras me follaba.

Salvajemente. Brutalmente. Consumiéndome.

—Alessandro —supliqué—. Dios. Mío.

Nuestros ojos se encontraron en el tenue cristal. Era surrealista, apenas visible. Sin embargo, allí estaba. Mientras me cogía profunda y duramente, mis gritos llenando cada rincón de su *penthouse*, observé su rostro en el cristal.

Su expresión era posesiva.

—Te estoy follando —gruñó—. No Dios. Grita mi nombre.

Y lo hice. Sus dedos se clavaron en mis caderas, su longitud estiró mis músculos internos mientras lo tomaba cada vez con más fuerza. Mis pezones rozaron el frío cristal y observé su expresión desmoronarse por mí en el vidrio a través de mis ojos entrecerrados.

Respiraciones agitadas. Gemidos necesitados. Piel contra piel.

El deslizamiento de su miembro empujando dentro de mí.

—Me tomas tan bien —halagó, sus brutales embestidas hacían difícil procesar sus palabras —. Tu coño está hecho para mí. Solo para mí.

Mi respiración entrecortada empañaba la ventana y mis párpados se cerraban mientras Alessio me follaba brutalmente. Cada vez llegaba más alto hacia el placer que solo él podía darme.

—Alessandro, necesito... —Otro gemido surcó el aire. Me agarró el cabello con la mano y tiró de mi cabeza hacia atrás, de modo que no tuve más remedio que girar la cara. Su boca se estrelló contra la mía, y todo ese tiempo, no dejó de embestirme.

Capturó mi labio superior entre los suyos, besando y mordisqueando con un dulce tirón. Un gemido vibró en lo más profundo de su pecho y directo al mío. Sus ásperas manos me sujetaban exactamente cómo me quería. Me sentía vulnerable ante él. Pero también protegida.

—Por favor... por favor... —El placer dulce y caliente crecía. Estaba tan cerca—. Necesito...

—¿Qué necesitas? —Su respiración agitada coincidía con la mía.

—A ti. —Su boca abandonó la mía y apretó su cara contra mi garganta mientras un gemido de satisfacción salía de su pecho. Inclinó su verga y fue más profundamente en mi interior, alcanzando el punto más placentero—. Oh... ohhh... voy...

Lo hizo de nuevo y mi espalda se arqueó, sus dedos se aferraron a mis caderas y me penetró una y otra vez, golpeando mi punto G. Aumentó la sensación cada vez más, avivándola con cada embestida hasta que vi estrellas. Y como un crescendo, mi orgasmo se descontroló. La sangre de mis venas se iluminó con chispas y me envió una oleada de electricidad hasta la punta de los dedos de los pies.

Grité su nombre y el placer se prolongó hasta que me sentí mareada. Mi vagina se apretó alrededor de su miembro mientras siguió penetrándome a través de mi orgasmo. Una vez. Dos veces. Sus músculos se tensaron contra mi espalda y se corrió con un fuerte gemido, derramándose dentro.

Mi cuerpo seguía flotando en algún lugar entre su *penthouse* y el cielo mientras su longitud palpitaba dentro de mí.

Los brazos de Alessio me rodeaban por detrás, su frente se apoyaba en mi hombro y su boca en mi piel.

Me sentí como si me hubieran jodido. Literal y figuradamente.

Con la frente pegada a la ventana y la respiración agitada, murmuré en voz baja:

—Si hubiera sabido que el sexo era así de bueno, lo habría tenido antes.

Me jaló del cabello y me agarró por la garganta.

—El sexo es así de bueno porque somos *nosotros* —me susurró acaloradamente al oído—. Porque me perteneces.

Su reclamación debería haber enviado una alerta a través de mí. Aunque no fue así. Todo lo que sabía era que cada toque y cada probada de él se hundían tan hondo en mí que tal vez ya se había alojado en mi corazón.

—Si te pertenezco… —Jadeé, con mi cuerpo flexible entre sus brazos—. También me perteneces.

Una pausa.

—Muy bien. —Me dieron escalofríos y un deseo, *una necesidad*, creció en mi pecho. Rápidamente se estaba convirtiendo en alguien importante.

Me dio la vuelta, me levantó en brazos y me llevó al baño. Quería quedarme con él para siempre. No obstante, había una vida esperándome, la que siempre quise. Excepto que en ese momento ya no me parecía tan tentadora.

Divisé un vistazo de nosotros en el baño. Ambos desnudos. Él, tan imponente. Yo, pequeña en sus brazos, con el cabello revuelto y una expresión en la cara que decía que me habían follado a fondo y lo había disfrutado.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo y se me cortó la respiración. Algo suave y vulnerable parpadeó en sus pozos grises.

—Me gustas —susurré, aunque en el fondo pensaba que podría ser mucho más profundo que eso. Lamentablemente, no estaba preparada para admitírmelo, y mucho menos a él.

Me bajó suavemente sobre la encimera. Sus labios rozaron los míos, suavemente y en contraste con nuestro sexo rudo y desenfrenado de antes.

—También me gustas.

Mis labios se curvaron en una sonrisa mientras presionaba nuestras bocas juntas. Luego se apartó y abrió el grifo. Vertió un líquido en el agua de la bañera y pronto todo el cuarto de baño olía a eucalipto. Estaba claro que nunca se había preparado un baño porque vertió toda la botella.

—¿Es de tu última novia? —interrogué secamente, con los celos mordiéndome.

Se le escapó un soplo sardónico.

—No, el regalo de Navidad de Branka —replicó irónico—. Pensó que querría cosas de baño de mujer aquí.

Se me escapó una risa ahogada.

—No es mala idea. Ahora empiezan a ser útiles.

—Me dio esa mierda hace dos años —refunfuñó—. Esperemos que no nos salga un sarpullido.

—Bueno, acabas de hacer que me *apetezca* bañarme contigo —bromeé. Su expresión se tornó divertida, pero no dijo nada.

Me ayudó a meterme en la bañera y luego se deslizó detrás de mí para que me sentara entre sus piernas largas y musculosas. Me recosté en su pecho y suspiré.

—¿Mejor?

—Mucho, gracias.

Sus manos se acercaron a mis hombros y sus dedos empezaron a masajear. Cerré los párpados y disfruté de su ternura. Mis músculos se aflojaban a cada segundo que pasaba, disfrutando de ese momento íntimo con él.

Dejé caer la cabeza contra su hombro y cerré los ojos. Sus manos bajaron a mis caderas y

luego al interior de mis muslos.

—Deberíamos haberlo tomado con calma —pronunció contra mi oído—. Eres nueva en esto.

No abrí los ojos.

—No me estoy quejando. ¿Y tú?

Su pecho retumbó contra mí.

—Definitivamente no.

Sus manos se introdujeron entre mis piernas, que se separaron por sí solas. Sus fuertes dedos masajeaban mis muslos adoloridos, haciendo círculos y presión sobre ellos. Se acercaba cada vez más a mi núcleo sensible, pero cuando pensaba que me tocaría allí, se detenía. Luego reanudaba a un ritmo más lento.

—¿Cuándo tienes que irte por tu trabajo? —Su pregunta me sorprendió y, por un momento, permanecí en silencio.

—En unos días más.

Sus dedos subieron y acariciaron mi sexo.

—Esto no ha terminado.

Giré la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—¿Qué exactamente?

La intensidad de sus rasgos oscurecidos debería haberme advertido de que tuviera cuidado. Sin embargo, no fue así.

—Tú. Yo. Nosotros. —Su dedo frotó mi clítoris, luego se deslizó dentro de mis pliegues y un gemido bajo llenó el aire, vibrando contra los azulejos—. Quiero tu itinerario. Iré a verte en tus días libres.

Santos cielos, me estaba derritiendo. Ya fuera por sus palabras o por su dedo que entraba y salía perezosamente de mí.

—De acuerdo. —Acepté. Tal vez debí hacerme la tímida, mas no le veía sentido. Lo deseaba. Quería ver más de él—. ¿Me das tu número de teléfono?

La sonrisa que me dedicó hizo que mi corazón aleteara como una mariposa recién nacida.

—Te mandaré un mensaje cuando salgamos de la bañera. Guarda ese número y memorízalo.

Si bien puse los ojos en blanco, fingiendo enfado, mi sonrisa de felicidad lo estropeó. La mano de Alessio seguía acariciándome el coño y sus dedos me frotaban el clítoris con destreza.

—Estás adolorida. —Sus palabras parecían más para sí mismo que para mí.

—Pero me encantan tus manos sobre mí —admití suavemente. Podía verlo por sí mismo. No era algo nuevo, y con cada gemido y apretón de mis muslos lo demostraba.

—¿Estás emocionada? —Su boca en mi cuello y sus manos en mi figura me impedían pensar. Su mano ya no estaba en mi centro, no obstante, seguía acurrucándome entre sus brazos.

—Ante la perspectiva de volver a tener sexo o...

Su risa profunda me tomó por sorpresa y torcí el cuello para verla en su cara. Dios, ese hombre debería tener bebés porque era tan *sexy*.

—Quiero decir, ¿estás emocionada de viajar y tomar fotografías?

Sonreí y me giré, luego me apoyé en él.

—Lo estoy. Me encanta hacerlo. Congelar momentos en algo que todo el mundo pueda apreciar. Tengo suerte de que haya surgido esta oportunidad. Es única en la vida.

Siguió el silencio y me pregunté qué estaría pensando.

—¿Siempre quisiste ser...? —No sabía cómo preguntar—. *Ummm.* ¿Querías ser bombero cuando eras niño o algo así?

Volvió a reírse. Dios, me encantaba hacerlo reír. Quizá lo haría mi propósito el hacerlo reír

más. *#goals*, toma eso, redes sociales.

—Bombero, *¿eh?*

De acuerdo, quizá no lo veía como bombero.

—¿Piloto? ¿Doctor? No sé. ¿Qué sueñan los chicos con llegar a ser?

Contuve la respiración, esperando. No sabía por qué. Era una simple pregunta, aun así, parecía algo mucho más. Tocar una herida o ir a un lugar que nadie tenía permitido.

—Solo quería seguir vivo. —Una respuesta tan simple, pero que decía mucho. Y me dolió el corazón por él. Branka insinuó una infancia dura. Tenía la sensación de que la de Alessio lo fue aún más. Mis manos se enroscaron en las suyas y tiré de ellas con más fuerza.

—Me alegro de que estés aquí —agregué, girando la cabeza para darle un beso en el cuello. Dios, qué bien olía. Incluso con esa loca esencia de baño de eucalipto, seguía oliendo a él. Sándalo y especias.

Permanecimos en la bañera unos minutos más antes de que ambos empezáramos a impacientarnos. Salimos juntos de la tina y me envolvió primero en la toalla. Luego me dejó en la encimera antes de rodearse la cintura con otra.

Un suspiro pesaroso me abandonó, mientras la diversión entraba en sus ojos.

—¿Qué?

—Me encanta verte desnudo.

Se rio. Una risa cálida y profunda, tan *sexy* que hizo que los dedos de mis pies se encorvaran de felicidad.

—Me gusta más verte desnuda —declaró. Mis mejillas enrojecieron, pero no hice ademán de deshacerme de la toalla. No era tímida, aunque tampoco era de las que se paseaban desnudas por el *penthouse*.

Así que me senté en la encimera, mientras se ponía delante del lavabo y empezaba a aplicarse crema de afeitar en la cara. Me apoyé en las manos y observé su seguridad en todo lo que hacía. Sus músculos se movían elegantemente con cada uno de sus actos.

—¿Quieres que te ayude? —Ofrecí y la sorpresa brilló en sus ojos. Cuando no se negó, lo atraje suavemente hacia mí y coloqué las piernas a ambos lados de su cuerpo. Me entregó la rasuradora y me incliné hacia él, acercándole la hoja a la garganta. Se tensó—. No te preocupes, Alessandro. Me gustan demasiado tu garganta y tu pulso como para dejar que te pase algo.

Una comisura de sus labios se levantó.

—Eso es reconfortante —bromeó, apenas moviendo los labios. No parecía preocupado, así que empecé a afeitarlo.

—Me gusta tu barba incipiente —expresé mientras bajaba suavemente la cuchilla por su mandíbula—. Te da un aire de chico malo. —Repetí el movimiento, concentrada en la tarea que tenía entre manos y con cuidado de no cortarlo.

—No me gusta ver las marcas que deja mi barba en tu piel.

Mi movimiento se detuvo y mi vista se desvió hacia arriba.

—¿Deja marca?

—Sí, marcas rojas. Como si alguien te hubiera herido.

Reanudé el afeitado, con las cejas fruncidas.

—Me mordiste en el hombro. Eso deja marca, no tu barba.

—Te mordí para marcarte, para que todos sepan que soy quien te folla y que no te toquen. Eso es diferente.

Mis labios se elevaron.

—No tienes que marcarme. No es como si fuera a correr hacia otro hombre.

—Si lo haces, es hombre muerto.

Puse los ojos en blanco; no obstante, la verdad era que me encantaba su posesividad.

—Tus tatuajes, ¿significan algo? —pregunté, cambiando de tema. Su respiración se detuvo un segundo antes de reanudarse—. Parece un león y una corona. —Mis dedos bajaron hasta la zona de su ombligo. Un tatuaje de una calavera con alas de águila.

Quería preguntarle por las cicatrices, mas no quería evocar recuerdos dolorosos. Así que me mantuve con los tatuajes, y si quería contármelo, lo haría a su tiempo.

—Sí. —Aunque nunca detuve mi movimiento, mi corazón detuvo su latido, esperando—. Un león derribará a los enemigos que lleven la corona. Es el rey de la selva, aun así, siempre adorará a su leona.

Quería ser su leona, pero no me atrevía a admitirlo. No ante él.

—¿Eres el león? —indagué en su lugar.

Se encogió de hombros.

—¿Quién lleva la corona? —continué en voz baja. Permaneció callado; sin embargo, no se me escapó la tensión en sus músculos. Mi primera suposición sería que tal vez tenía algo en contra del reinado de su padre, pero no podía estar segura—. ¿Quieres llevar la corona?

—La verdad no. —Le creí.

—¿Y la calavera? —murmuré, trazándola con los dedos.

—Representa la muerte.

—¿Tienes muchos enemigos?

—Solo dos que importan.

Terminé de rasurarlo y luego se enderezó, encontrándome con su mirada cautelosa sobre mí.

—Me sorprende que algún enemigo tuyo siga respirando —dije despreocupadamente mientras me deshacía del rastrillo y agarraba una toalla de mano para limpiar los restos de crema de afeitar.

Mis dedos bajaron hasta sus costillas, que no tenían tatuajes, solo piel lisa y bronceada.

—Algún día —pronunció, y luego me besó, mordiéndome ligeramente el labio inferior y dejándome sin aliento. Se apartó y me pasó el pulgar por la mejilla—. Me gusta que estés en mi hogar.

Se me calentó el pecho. Me acerqué más a él, sentí su erección y ese dolor familiar se instaló entre mis muslos. Me incliné hacia delante, mis labios se separaron de los suyos y su lengua se rozó contra la mía.

—Te deseo otra vez. —Respiré mientras un escalofrío me recorría la espalda.

—Insaciable —afirmó, con la voz ronca.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, empujó dentro de mí tan profundamente que un grito ahogado salió de mi garganta.

Esta vez me folló lenta y detenidamente, con nuestros labios a unos centímetros de distancia. Me penetró profundamente, su puño en mi cabello, sujetándome. Lo hizo sentir más íntimo y crudo. Expuesto.

—Eres de mi maldita propiedad —demandó con voz ronca al oído y mi pecho se infló—. Voy a arruinarte para cualquier otro hombre. —Mi cuerpo se estremeció con sus labios pegados a mi oreja, su voz enviando un escalofrió por mi columna—. Tu coño está estrangulando mi polla. Mi paraíso personal.

Fue todo lo que necesité para que mi cuerpo se deshiciera y el placer estallara en mí. Nunca sería capaz de sacar a este hombre de mi sistema. No con sus sucias palabras resonando en mis oídos. Ni con el ansia que sentía dentro de mí.

Después, me llevó a la cama y hablamos de planes. Los suyos. Los míos. Los nuestros. Me encontraría en cada país, me llevaría a cenar. Visitaríamos un templo. Todo lo que quisiera, dijo.

—¿Alessio?

—*Hmmm.*

—No creo que debamos contarle a Branka —susurré. Me arrodillé entre sus piernas abiertas y noté que se tensó. Mis manos se acercaron a sus mejillas—. No es lo que piensas. —Cuando levantó las cejas, le expliqué—: No quiero que Branka piense que va a tener menos de ti o menos de mí.

No sabía si lo que decía tenía sentido. Pero asintió.

—De acuerdo. —No obstante, algo en su mirada me decía que no estaba contento.

Se levantó de la cama mientras me quedaba en mi sitio, envuelta en el edredón y observando cómo se vestía. Cada uno de sus movimientos me parecía *sexy* y fascinante.

Cuando tomó su característico traje negro como el carbón, lo detuve.

—Ponte *jeans*. —Su mano se congeló en el aire y sus ojos de nubes tormentosas se encontraron con los míos. Levantó una ceja como si esperara una explicación—. Tu trasero se ve muy bien en ellos —añadí sonriendo y mirándole sus nalgas.

Con paso poderoso, se dirigió a su armario, sacó unos *jeans* y se los puso.

—¿Estos están bien? —preguntó con un toque de humor en su voz.

Sonreí.

—Mucho mejor.

Sacudió la cabeza, dejando escapar un suspiro sardónico entre los dientes. A lo mejor pensaba que era ridícula. Pero me estaba complaciendo, así que no podía ser eso.

A continuación, se puso una camiseta. Siguió el reloj.

Nunca pensé que ver a un hombre ponerse un reloj fuera sensual, sin embargo, con Alessio Russo lo era. Sus manos eran tan *sexys* como el resto de su cuerpo y no me cansaba de verlas. Desvié la vista hacia su cara y me encontré con que me estaba mirando.

—¿Qué? —inquirí.

La sonrisa devastadoramente hermosa que se extendió por su rostro hizo que algo caliente y vacilante cobrara vida en mi estómago y pecho. Deseaba desesperadamente que volviera a besarme. Era como un imán, como una adicción de la que no podía tener suficiente y no estaba segura de que eso fuera a ser bueno para mí.

Dio cinco largas zancadas y estaba de nuevo junto a la cama. Al sentarse, el colchón se inclinó y me hizo rodar hacia él, sus brazos me rodearon.

—Envíame tu itinerario ahora —exigió—. Voy a reservar a mi piloto de inmediato. Esto está lejos de terminar.

Una sonrisa estúpida apareció en mi cara y una emoción como de colegiala me invadió.

Mucho más tarde en la vida, le echaría la culpa a mi ingenuidad y a mis ideales románticos. Pero por ese momento, brillaba como el sol.

Capítulo Quince



Autumn

Nos sentamos en el McLaren de Alessio, estacionado una calle más allá de la de mis padres. Eran casi las diez de la noche y me preocupaba que ellos aún estuvieran despiertos. No podía saciarme de él, así que, como una adolescente cachonda, me senté a horcajadas sobre sus caderas, con el volante a mi espalda.

—¡Un beso más! —supliqué.

Dejó escapar un suspiro grave, observándome con pereza. Mas me apaciguó, su mano agarró mi nuca y apretó mi boca contra la suya.

—Me vas a arruinar.

Sonreí contra sus labios.

—Lo mismo digo —murmuré, apretándome contra él. La fricción entre nuestros cuerpos era tan intensa que solo necesitábamos un cerillo para encenderla—. Ahora bésame.

Le pasé las manos por el pecho, por el cuello y por su espesa melena, enredando los dedos en su pelo. Mis uñas rozaron su cuero cabelludo.

Agarrándome por las caderas, me acercó más y su dura erección presionó mi entrada caliente.

Ambos gemimos. Lo miré a los ojos, esos firmes charcos de metal. Y entonces me besó. Perezosa y lentamente. Metió la lengua en mi boca y me mordió el labio inferior. Su beso fue tan profundo y avasallante que me dio vueltas la cabeza.

Su mano en mi nuca se tensó y la avalancha brumosa de la lujuria se agolpó en mi vientre bajo. Gemí en su boca. Terminó el beso demasiado pronto.

—Maldición. —Su voz era áspera, ronca, como si estuviera a punto de perder el control. Sus manos se movían por todas partes: por mi columna, por mis caderas, por mis pechos—. Acabaremos follando en el coche si nos quedamos aquí —advirtió con voz ronca, mordiéndome el lóbulo de la oreja—. Te acompañaré a la puerta.

Me mordí el labio inferior. Quería prolongar nuestro tiempo juntos y, al final, mis padres se darían cuenta de con quién estaba saliendo. Pero tenía que hablarles de la mafia corsa y de esa supuesta conexión que teníamos con ellos.

Suspiré. No estaba preparada.

—No puedes evitarlo para siempre —apuntó suavemente, enrollando mis mechones alrededor de su dedo.

No me sorprendió que me leyera tan bien.

—No hace falta que me acompañes a la puerta —musité rozando mis labios.

—No te dejaré caminar sola en la oscuridad —objetó.

Me aparté de él y me bajé el vestido. Me ayudó a ajustármelo, con un toque suave. Luego abrió la puerta y me ayudó a salir del auto. Me siguió de cerca.

Tomando mi mano entre las suyas, como si lo hubiéramos hecho miles de veces, nuestros dedos se entrelazaron y caminamos por la calle en silencio.

Nos detuvimos a tres metros de la valla blanca de mis padres.

—¿Guardaste mi número? —exigió saber.

—Lo hice. —Me puse de puntillas y me acerqué a su boca—. Será mejor que tengas el mío guardado también. Con pequeños símbolos *sexys* junto a mi nombre.

Su risa retumbó y me hizo sonreír.

—Símbolos *sexys* junto a tu nombre. Tomo nota.

Un beso más.

Luego me apresuré a entrar con una última mirada por encima del hombro. Estaba en el mismo sitio, con las manos metidas en sus bolsillos, mirándome. Lo despedí con la mano.

—Autumn. —La voz de mi madre me sobresaltó y me di la vuelta para encontrarla mirándome—. ¿A quién estás saludando?

—Nadie.

—¿Se la pasaron bien Branka y tú? —preguntó mientras cerraba la puerta tras nosotras.

El recuerdo de nuestro infructuoso almuerzo hizo que se me cayera la sonrisa.

—¿*Maman*?

—Sí, *ma chérie*.

—¿Estamos conectados con la mafia corsa? —Mi madre se quedó congelada en su lugar. De acuerdo, podría haberlo hecho mejor.

—¿Dónde oíste eso? —cuestionó, con voz baja.

No quería decirle que me enteré por el padre de Alessio. La molestaría si supiera que hablé una palabra con ese imbécil.

—¿Así que es verdad?

—¡Derek! —gritó, con un ligero pánico en la voz.

—*Maman*, son las diez de la noche —la regañé en voz baja—. Probablemente papá está durmiendo.

—No, aquí. Bien despierto. —Apareció en la puerta de la cocina—. Hay sobras de la cena, cariño. ¿Tienes hambre?

Sacudí la cabeza. Ya había cenado con Alessio, pero claro, no podía decir eso. Me moví sobre mis pies, de un lado a otro, evitando observar a papá a los ojos. Siempre era muy perspicaz y estúpidamente me preocupaba que viera en mi mirada la verdad. Que estaba loca por Alessio Russo.

—¡Tu hija preguntó sobre nuestra conexión con la mafia corsa! —le informó *Maman* intencionalmente.

El aire se detuvo y ambos intercambiaron una mirada. El silencio se prolongó, la tensión aumentó.

—Dios mío, es verdad. —Jadeé en voz baja—. ¿Cómo...? —Me pasé las manos por el cabello—. ¿Qué...?

—¿Quizás sea mejor que nos sentemos? —recomendó *Maman*.

Dios, ¿tan mal estaban las cosas que teníamos que sentarnos? Aunque la cara de papá era

más difícil de leer que la de *Maman*, ninguna de sus expresiones calmó los nervios que llevaba dentro.

Los tres entramos en la sala. Fotos de mi infancia feliz nos miraban desde todos los rincones de la habitación. Los tres en la playa. Los tres en una granja de caimanes. Visitando París, el lugar favorito de *Maman* en el mundo.

Me senté en un sillón y crucé las piernas.

—¿Se te acercaron? —Padre rompió el silencio.

—¿Quiénes? —pregunté, confusa.

—Los Blanchet. —Sacudí la cabeza.

—¿Están vivos? —Mis ojos seguían desviándose entre mis padres, tratando de leer lo que se avecinaba.

Maman inhaló profundamente y dejó escapar un suspiro pesado.

—Quizá deberíamos empezar por el principio —sugirió.

—Maldita sea, no quería que nuestra hija se preocupara por mierda como esta —protestó papá. Los dos estaban sentados juntos, como siempre, Padre agarrando la mano de mamá. Su mirada, tan parecida a la mía, se dirigió a mí—. Supongo que empezaremos con que sí, es verdad. El padre de *Maman* era jefe de la mafia corsa.

—Todavía lo es —señaló ella.

Padre puso los ojos en blanco y habría sido cómico si el tema hubiera sido otro.

—Sí, todavía lo es. De todos modos, eran mi caso. Para capturarlos por la distribución de droga que tenían entre Francia y Estados Unidos. —Esperé pacientemente. *Maman* siempre decía que se conocieron mientras ella cantaba en un bar—. Había vigilado a la familia Blanchet durante semanas. Una noche, vi a una chica que trepaba por la pared y saltaba antes de desaparecer en la noche. —Los ojos de papá se desviaron hacia los de *Maman* y se suavizaron al instante. Siempre era así con ellos—. La seguí hasta un bar. Resultó que tu madre tenía un trabajo, con un nombre falso, tocando el piano y cantando en un bar. Nos enamoramos, pero sabía que no podría mantener mi trabajo y conseguir a la mujer de mis sueños. Así que dejé mi trabajo y mantuve todas las herramientas que me ayudaron a hacerlo.

—*¿Eh?*

—Cariño, desarrollé un *software* que me permitía acceder a la casa del presidente. Era una herramienta útil para mantener a salvo a tu madre.

—Creo que estoy impresionada —murmuré.

—No lo estés, porque una vez que tu madre y yo decidimos fugarnos, trajimos problemas a nuestra puerta. No solo del bajo mundo, sino también del Servicio Secreto.

Mis ojos parpadearon hacia sus manos. Siempre se tocaban, se tomaban de la mano, se besaban. Como si no tuvieran suficiente el uno del otro. Mas, en ese instante, al ver cómo los nudillos de mi madre se ponían blancos al agarrar la mano de mi padre, me di cuenta de que también era su fuerza.

—¿Qué pasó? —cuestioné por lo bajo, como si temiera que alguien nos oyera.

—Dejamos ese mundo —dijo papá—. Dejé mi trabajo. Y huimos. Tus abuelos no se lo tomaron a la ligera. Tampoco mis superiores. Nos persiguieron. Al principio, nos fue bien perdiéndolos. Nos movíamos cada semana de un lugar a otro. No obstante, en cuanto fuiste concebida, bajamos el ritmo. —*Maman* y papá compartieron una mirada angustiada—. Me volví demasiado engreído. Creía que los tenía controlados. Monitoreaba tanto a los criminales como a los agentes especiales que venían por mí. Me creía invencible, pero entonces, los hombres de tu abuelo nos alcanzaron.

Un suave gemido salió de los labios de mamá y mi atención se desvió hacia ella. Cuando ninguno de los dos habló, casi no quise saber qué pasó después.

—¿Y después? —pregunté vacilante.

Mamá tragó saliva, abrió la boca y luego la cerró. Sacudió la cabeza.

—No… no puedo.

Papá asintió como si lo entendiera.

—Es la razón por la que naciste en agosto, en lugar de noviembre, cariño.

Maman palideció visiblemente y sus labios temblaron, mientras mis ojos se abrían de par en par entre mis padres.

Parpadeé.

—No entiendo.

—Indujeron el parto de tu madre y luego la abrieron. Para poner sus manos sobre ti, Autumn. —La voz de mi padre resonó en mis oídos. Comprendí las palabras, aunque no pude procesarlas.

—Pero ¿por qué?

—Para asegurarse de que cumpliera sus exigencias —explicó—. Retuvieron a la mujer que amaba y a mi hija nonata. Tenía información sobre ellos que podía hundir a toda su organización. La primera información que envié al fiscal general fue lo que los llevó al límite. Fue lo que los hizo abrirla para hacernos pagar.

Había una cosa segura. Nunca quería conocer a mis abuelos. ¡Jamás!

—Si nos tenían a *Maman* y a mí, ¿cómo nos recuperaste? —analicé con voz ronca.

Papá se pasó la mano por el cabello oscuro con unas cuantas canas.

—Aposté. —Al ver que no comprendía, continuó—: No tenía nada que perder. Sin tu madre y sin ti, no había nada para mí en la vida. Así que los amenacé. O me devolvían a las dos o volcaba todos sus crímenes, detalles y pruebas, en la prensa. Si bien tenían contactos con funcionarios del estado, no con el público. Si la gente veía los crímenes que cometieron, habría un alboroto.

—No es un mal chantaje —murmuré—. Inteligente.

Papá negó con la cabeza.

—En realidad no, mas era todo lo que tenía. Sabían que, si lo filtraba todo, también afectaría a tu madre. Había negocios ilegales a su nombre, así que también la impactaría.

Mis ojos se desviaron hacia *Maman*.

—¿También eras una criminal? —Jadeé de asombro.

—Ayudé a mi padre una o dos veces en algunos tratos —admitió, con vergüenza en el rostro —. Estaba en línea para hacerme cargo de su imperio, y sintió que debía ser fuerte y despiadada. Como un hombre.

Con la boca abierta, me quedé mirando a mi madre. La madre amable a la que le encantaba cantar y siempre se lanzaba a ayudar a cualquiera. No podía ver a la mujer letal y despiadada que podía dirigir una organización criminal.

Debió de verlo en mi cara.

—Ojalá no fuera así, *ma chérie* —musitó suavemente—. Lamentablemente, ese era el mundo en el que nací. Era lo que había visto al crecer. Podía matar a un hombre de nueve maneras diferentes a los quince años y hacer que pareciera un accidente.

Tictac. Tictac.

—Pe… pero ni siquiera sabes cocinar —dije sin motivo. Papá se rio suavemente, y palmeó la mano de *Maman* como si le preocupara que mis palabras la molestaran.

—Ahora, *chérie*, estoy mejorando con los huevos —protestó—. Y el pan tostado ya no se me

quema. —Medio asentí con la cabeza. Eso era cierto, sin embargo, la gente no podía sobrevivir a base de pan tostado—. Cocinar no era algo que se considerara importante en mi mundo. Al menos no para mí, que estaba en línea para tomar la organización de mi padre.

—¿Qué te hizo querer irte?

Los ojos de *Maman* se desviaron hacia mi padre y había tanto amor en ellos que sentí que me ahogaba. Siempre había pensado que mi padre mataría por mi madre. En ese minuto me di cuenta de que también era al revés. *Maman* mataría por él.

—Tu padre —confesó suavemente—. En sus ojos, vi lo que podía ser mi vida. Más que la violencia en la que crecí. Más que un matrimonio arreglado.

Parpadeé.

—¿Un matrimonio concertado?

Asintió.

—Sí. Mis padres formaron una alianza a través de un matrimonio concertado. Lo mismo hicieron sus padres antes que ellos. Es una forma de vida. Los maridos tienen muchas aventuras. Algunos son más violentos que otros. *Maman* tuvo suerte. Mi padre no era tan brutal con su esposa como otros hombres, aunque se le iban los ojos detrás de otras mujeres.

—¿Era real la historia de cómo se conocieron? —pregunté. Esto era una sobrecarga de información.

—Sí, nos conocimos en el pub en el que tocaba. Allí no me conocía nadie. Siempre me gustó tocar y cantar. Fue algo que heredé de mi *maman*. El resto de mí fue moldeado por papá. No obstante, en el momento en que vi a tu padre, todo se convirtió en ruido de fondo. Fue como si la vida volviera a empezar y él me amó a pesar de todas las cosas feas que hice. Me mostró cómo podía ser, para nosotros, para nuestro futuro.

—Jesucristo, no sé si es una historia de amor o... —Me pasé los dedos por el cabello, como hacía mi padre cuando estaba estresado—. O tal vez una historia de terror.

Maman sonrió suavemente.

—Definitivamente es la mejor historia de mi vida.

Se me calentó el pecho al ver el amor que se profesaban. No me extrañaba que no pudieran quitarse las manos de encima. Pasaron por muchos obstáculos para estar juntos.

—¿Y cómo nos trajiste de vuelta a *Maman* y a mí, papá? —cuestioné, volviendo a la historia.

Maman y papá fruncieron el ceño al mismo tiempo y, por primera vez, vi que el miedo se reflejaba en sus miradas.

Fue *Maman* quien contestó.

—Quiero que recuerdes que nunca tuvimos la intención de dejar que te tuvieran. ¡Jamás!

Sus palabras no tenían sentido, pero asentí de todas maneras.

—Hicimos un trato, *ma chérie* —informó *Maman*, con los dedos agarrando a papá. ¿O era él el que apretaba los suyos? Ya no lo sabía, aunque una cosa era segura. Solos eran débiles, pero juntos eran como una roca. Fuertes.

—¿Qué clase de trato?

—Cuando cumplieras dieciocho años, empezarían a prepararte para que te hicieras cargo de la mafia corsa. O la gobernarías tú o lo haría alguien que ellos designaran para que te casaras.

Me paré disparada de mi asiento como si alguien me hubiera quemado.

—¡¿Qué?! —exclamé—. ¡No pueden decidir con quién me casaré! —Entonces comprendí todo el significado—. ¿En mi decimoctavo cumpleaños? Pero eso fue hace cuatro años. —Ambos asintieron. Sentí que me faltaba algo—. ¿Están muertos?

—No —alegó *Maman*—. Dicen que no están listos.

—No están preparados —repetí lentamente. Esa conversación era cada vez más extraña.

—Creo que después de todos estos años, mi padre se dio cuenta de que es mejor dejar gobernar a sus sobrinos.

—¿Mis primos? —murmuré. *Maman* asintió—. Supongo que eso está bien. —Me hundí de nuevo en mi asiento. No sabía qué pensar de todo eso—. ¿Y si cambian de opinión y exigen que...? —Busqué las palabras—. No puedo ser una criminal —musité—. No sabría ni por dónde empezar.

Maman se levantó de un salto y se acercó a mi asiento. Como cuando era pequeña, se sentó a mi lado y me abrazó.

—Si vienen por ti, entonces desapareceremos. Sabemos cómo hacerlo. No te tendrán. Amo la mujer en la que te has convertido. La niña que siempre quiso salvar el mundo por fin está en marcha y no dejaré que nadie te detenga. Por favor, no me odies, *chérie*.

Se me hizo un nudo en la garganta y me ardían los ojos. La rodeé con mis manos.

—Nunca podría odiarte ni a papá.

En todo caso, los apreciaba aún más.

Capítulo Dieciséis



Alessio

Tap. Tap. Tap.

Golpeé el escritorio con los dedos mientras estudiaba las fotos que Autumn había publicado en su *Instagram*. Estaba en Afganistán.

Durante los dos últimos meses, la había seguido por todo el mundo.

Kuala Lumpur. Sydney. Tokio. Taiwán. Camboya. Y, en ese minuto, Afganistán.

Imágenes del amanecer desde lo alto de las Torres Gemelas Petronas. Ópera de Sídney. Sensō-ji en Tokio. Comida callejera en Taiwán. Angkor Wat en Camboya. El contraste del desierto y las montañas en Afganistán.

Fui a cada destino cada fin de semana. Para verlas a ambas. Mi hermana y Autumn vivían su mejor vida y disfrutaban cada minuto de ella. Yo, no tanto. Había envejecido unos cinco años en los últimos dos meses preocupándome por las dos.

Sentado en mi despacho de Abu Dhabi, contaba las horas para ver a Autumn. Estaba previsto que ella y mi hermana llegaran esa noche. Ya tenía todo listo para que las pasaran a recoger y le había ordenado a mi chofer que llevara a Autumn a mi habitación. Conociendo a Branka, estaría demasiado cansada para verme o hablar conmigo hasta el día siguiente.

Mi teléfono emitió un pitido, señalando un mensaje de texto, y lo abrí.

—Demonios —refunfuñé. El mensaje era de Padre. ¿Qué demonios hacía aquí?

No debería haber ninguna razón para que estuviera aquí. Yo tenía negocios en Abu Dhabi, él no. Apenas se aferraba a sus conexiones en Montreal.

Ignorando su mensaje, volví al trabajo. Ni loco lo vería esta noche. Tenía otros planes más emocionantes.

Estaría viendo a mi chica.

Capítulo Diecisiete



Autumn

Los dos últimos meses habían sido una dicha.

Era hora de admitirlo, estaba enamorada de Alessandro Russo. Fuerte y rápido. No había vuelta atrás.

Fiel a su palabra, Alessio se reunía conmigo casi todas las semanas.

Sábanas arrugadas. Manos sobre la piel. Sudor brillante.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Solo de pensar en él me consumía un deseo ardiente por las venas. Hacía dos semanas que no lo veía y se sentían como dos años. Ansiaba sus caricias cada noche y su sonrisa cada mañana.

Cada país que había visto hasta ese momento era increíble, mágico y hermoso. Porque Alessandro Russo estaba presente. Incluso cuando solo podía pasar veinticuatro horas conmigo, hacía un viaje de larga distancia para venir a verme. Éramos solo nosotros.

Había estado ocupada con el trabajo, aun así, los fines de semana él encontraba la manera de llegar a donde estuviéramos y pasaba tiempo con su hermana y conmigo. Sin embargo, las noches eran solo para mí.

No había nada que me gustara más que ver a Alessio desnudarse mientras yo permanecía sentada en el borde de la cama. Se desabrochaba aquel reloj costoso y lujoso y lo dejaba en la cómoda del hotel. Luego venían sus mancuernillas. Después su corbata y contenía la respiración mientras él aflojaba el nudo. Sus fuertes dedos empezaban a desabrochar los botones de la camisa y era entonces cuando me rendía y lo ayudaba.

Mis movimientos no eran tan elegantes como los suyos. Tanteaba los botones, ansiosa por ver sus abdominales. Apoyaba la boca en su pecho, rozando su piel con los labios. Cuando sentía sus cicatrices, ya no se ponía rígido. Pasaba más tiempo en ellas, las besaba, las lamía.

Lo amaba tanto que casi me dolía. Pero era un dolor bueno. Así que dejé que me doliera. Incluso en ese momento podía sentir sus manos sobre mí. Sus dedos se enredaban en mi cabello mientras besaba cada centímetro de su piel. Bajaba más y más, hasta que lo tomaba en la boca.

Y ver a Alessandro desarmarse para mí se había convertido en mi nueva adicción.

Junto a los momentos robados que habíamos compartido por todo el mundo.

Los dos bajo un árbol de cerezo en Tokio. Ambos en la Ópera de Sídney. Los dos en Batu Caves, y luego comiendo en el Mercado Central de Kuala Lumpur rodeados de ambiente al aire

libre.

Las mujeres lo miraban donde fuéramos. No obstante, sus ojos nunca vacilaban y permanecían fijos en mí. Si pensaba que a Alessio le quedaban bien los trajes o los *jeans*, no era comparable con la forma en que se veía con unos *shorts* negros y una polo blanca. Resaltaba su cuerpo alto y musculoso, dejaba entrever su aire de chico malo y sus tatuajes ocultos bajo la camiseta blanca.

Se pusiera lo que se pusiera, siempre completaba el *look* con unas gafas de estilo aviador negras.

Observé a mi alrededor para asegurarme de que Branka no había cambiado de opinión y decidió seguirme. Tendía a desaparecer durante nuestros ratos libres. Probablemente hacía de casamentera para todas las personas que conocíamos, pero funcionaba a la perfección. Me daba más tiempo con su hermano. El resto de nuestro grupo de trabajo se alojó en otro hotel. Tuvimos el lujo de alojarnos aquí gracias a Alessio.

Una punzada de culpa me recorrió las venas. Mis padres aún no lo sabían. Branka tampoco. Debería decirle a mi mejor amiga que me acostaba con su hermano. O salía. Definitivamente estábamos saliendo. Mis labios se curvaron en una suave sonrisa. ¿Quién iba a decir que Alessio era del tipo de salir en citas?

Me apresuré a atravesar el vestíbulo del Hotel Shangri-La de Abu Dhabi, que bullía de vida. Y de tantas nacionalidades diferentes. Era como una meca en la que se mezclaban personas de distintas culturas y orígenes. Algunas mujeres se cubrían el cabello con un *hiyab*, otras lo llevaban suelto. Algunos hombres llevaban *kandura* y *ghutra* largos tradicionales, mientras que otros vestían traje.

Entré en el elevador, la excitación aumentaba con cada piso. *Bing.* En algún rincón lejano de mi mente, me di cuenta de que sonaba música. Música suave de ascensor. *Bing.* Mis labios se curvaron en una suave sonrisa.

La última vez que sonó música suave, Alessio y yo bailamos en las calles de Kioto, en Japón. *Maman* siempre predicaba que París era la ciudad del amor. Para mí era Kioto. A pesar de que en algún lugar a lo lejos sonaba una música tradicional triste en tonos suaves, nunca había sido tan feliz como en aquel momento. El paisaje montañoso que rodeaba la ciudad bañaba las calles empedradas de rojos, amarillos y naranjas otoñales. Nos movíamos por los tranquilos caminos, con una ligera llovizna cubriéndonos el cabello.

Alessio era tan alto que su cabeza rozaba algunos tejados. Lloviznaba y la calle estaba vacía, pero las melodías sonaban en perfecta armonía con la lluvia. Sin darme cuenta, mis manos rodearon la cintura de Alessio y lo hice bailar.

—Para mi foto de *Instagram* —avisé, mientras tomaba una fotografía de nuestros pies contra el suelo mojado, las hojas de otoño y los pétalos de cerezo.

Bing.

Era para mí. Para nosotros. Me tranquilizaba, nuestros cuerpos se balancearon lentamente. Bailábamos mientras las gotas de lluvia rodaban por su rostro y mi corazón se estremecía de felicidad.

Bing. Estaba en el piso de Alessio.

Salí corriendo del elevador con impaciencia. Mi corazón flotaba en una nube y una sonrisa de felicidad bailaba en mi rostro. Mi ceja se frunció, normalmente Alessio me esperaba en la puerta del ascensor.

Porque no puedo perder un segundo más para verte, me dijo.

No importaba. Me apresuré por el pasillo. Solo había una habitación aquí arriba. La *suite*

presidencial.

Sin embargo, a cada paso que daba, el temor crecía y crecía en la boca de mi estómago. Ignorándolo, di otro paso. Y otro más.

Puerta de hotel abierta.

Contuve la respiración. ¿Y si alguien había venido tras Alessio? Me advirtió de sus enemigos. De su padre. De sus amigos.

Nada de eso me disuadió.

Otro paso suave y empujé la puerta de par en par.

Parpadeé una vez. Dos veces. Tres veces.

Bastó una fracción de segundo para que el corazón se me rompiera en millones de pedazos. Para que la sangre empezara a correr. Se me revolvió el estómago. Un cuchillo invisible clavó sus puñales en mi pecho y se negó a soltarme. Me desangraba. Aturdida, bajé la mirada al suelo, casi esperando ver los trozos de mi corazón a mi alrededor. Pero no había nada.

Sin embargo, el dolor no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Me arañaba el pecho, me abrió y dejó sangrando. Aunque un grito burbujeó en mi garganta, no tuve fuerzas para emitirlo.

«Tus ojos se vuelven marrones cuando estás triste», comentó Alessio una vez, las estúpidas palabras resonando en mi mente mientras las lágrimas calientes picaban y quemaban.

Me quedé helada al ver a Alessio, tendido en el suelo, y a una mujer entre sus piernas, que movía la cabeza de arriba a abajo. El cabello negro le caía por la espalda. Alessio no la agarraba como lo había hecho cuando me arrodillaba frente a él.

Me subió la bilis a la garganta. Era una estúpida. Había sido solo otro cuerpo suave, mientras que él lo era *todo* para mí. ¿A cuántas mujeres se había follado desde que empezamos a salir? Esa vez, me reí ante la idea. Nunca habíamos salido. Solo era una mujer estúpida.

Haz caso de las advertencias de tus padres. Mi madre explicó que no quería formar parte de ese mundo. Los hombres en él mentían, engañaban y mataban. Su padre se lo había hecho a su madre, *Maman* quería algo mejor. Y yo también lo quería.

Excepto que Alessio se sentía correcto. Como una extensión de mí. Cuando me tocaba, mi cuerpo se derretía. Cuando estaba a mi alrededor, me sentía completa. Pero al parecer la única tonta fui yo.

No podía seguir siendo testigo de aquello. No podía estar allí.

La luz de mi alma se debilitó. El dolor en mi corazón me impedía pensar. Sentir cualquier otra cosa. Lo único que sabía era que tenía que salir de ese lugar.

Giré sobre mis talones y me dirigí hacia el elevador. No podía quedarme mirando a ese hombre ni un segundo más.

No quería volver a ver a Alessio Russo.



No fue hasta que volví a mi habitación que todo mi ser se derrumbó.

Los sollozos sacudieron mi cuerpo mientras me deslizaba por la puerta del hotel y caía al suelo. El torrente de lágrimas y mi pecho se apretaron tanto que me costaba respirar.

Me atormentaba la imagen de la cara de Alessio mientras aquella mujer le daba placer. Mandíbula floja. Los párpados cerrados. Parecía tan relajado mientras el dolor me arañaba el pecho viendo la boca de otra mujer sobre el hombre que amaba. Se sintió como si alguien me arrancara pedazos de corazón y me destrozara el alma con una trituradora.

Apreté los ojos intentando borrar la imagen del rostro de Alessio tendido en el suelo.

La agonía me desgarraba por dentro. Mi corazón se había fragmentado en mil pedazos afilados, cortándome por dentro. Me dolía tanto que esperaba que la sangre manchara mi piel en cualquier momento.

Me llevé las rodillas al pecho y enterré la cabeza contra ellas.

Pensar en él, solo unos pisos más arriba, me produjo un escalofrío.

«Estúpida, estúpida, estúpida. Soy estúpida», coreaba mi mente. «*Soy tan estúpida*».

Sabía que la diferencia de edad entre nosotros eventualmente nos acabaría; lamentablemente, me dejé llevar por la emoción de enamorarme. Por primera vez.

Desde el día en que irrumpió en mi dormitorio rosa y con volantes, lo había esperado. Nadie había hecho vibrar mi cuerpo con su mera presencia. Bastó una sola mirada para despertar algo dormido en mi interior y ya era suya.

Para siempre suya.

Entre llantos ahogados, intenté llevar oxígeno a mis pulmones. No lo lograba.

Tenía tanto miedo de ahogarme con mis propios sollozos. Me temblaba el cuerpo. Me dolían las costillas. Y la garganta se me apretó tan dolorosamente que no podía respirar.

Alguien tocaba la puerta.

Al instante me tragué mis lamentos. ¿Y si era Alessio? ¿Me había visto?

Tocaron de nuevo.

—¿Autumn? —Oí la voz de Branka. Otro toquido siguió—. Abre la puerta, Autumn. Puedo oírte.

No quería moverme. No podía explicarle lo que había visto. Esta pena me estaba tragando entera. Tenía que salir de aquí.

La puerta tembló y me aparté de ella para que Branka pudiera entrar. Cada fibra en mi dolía. Mis músculos. Mis órganos. Todo.

Pero sobre todo mi corazón y no sabía nada sobre cómo arreglarlo.

—Dios mío. —Los brazos de Branka me rodearon, haciendo círculos relajantes en mi espalda—. ¿Qué pasó? Creí que habías ido a ver a tu misterioso desconocido.

Apoyé la cabeza en su pecho y me sobrevino otra oleada de sollozos ahogados. No podía respirar. Lo necesitaba. Mi estúpido corazón lo deseaba incluso después de lo que acababa de ver.

Desgraciadamente, no había suficiente pegamento en el mundo para recomponer mi corazón. Sin embargo, Alessandro Russo estaba muy equivocado si pensaba que me largaría de Abu Dhabi sin venganza. Le iba a salir muy caro.

Capítulo Dieciocho



Alessio

Me desperté con un sabor familiar en la boca.

Del tipo que no había tenido que soportar en casi dos décadas.

Pánico. Vergüenza. Asco.

Parpadeé, el entumecimiento de mis extremidades y la laguna mental de mi memoria confirmaron mi sospecha de que me habían drogado.

Cuando encontrara a quienes tuvieron la osadía de hacerlo, los mataría. Los desgarraría extremidad por extremidad.

No podía ser mi padre. No se atrevería. Además, no lo había visto.

Esperé a que se me despejara la vista para mirar el reloj.

Las mil novecientas horas. Hora militar. Eran las siete de la noche.

Autumn. Ya debería haber llegado. Inhalé profundamente. No había olor a ella. Normalmente su aroma otoñal permanecía en el aire mucho después de que se hubiera ido. Permanecía en mi piel, en mi ropa y en mi cabello.

Nada. Solo un pesado Chanel No. 5 que desprecié.

Un presentimiento se apoderó de mí. Junto con un terror absoluto.

Salí disparado, con la bilis quemándome la garganta como ácido. Rodé justo a tiempo para vomitar todo lo que me quedaba en el estómago. Igual que antes.

Hice una pausa, dejando que la habitación se asentara a mi alrededor. El cabello de la nuca se me erizó en señal de advertencia. Di dos pasos hacia el dormitorio de la *suite* del hotel. No se encontraba allí. Ni en el baño. No estaba.

Ignorando los puntos negros de mi visión, me apresuré hacia el piso de Branka y Autumn. Durante todo el trayecto en ascensor, el pánico ciego se deslizó por mis venas como veneno. En mi mente se reproducían todo tipo de escenarios.

¿Se llevaron a mi mujer? ¿A mi hermana?

Golpeé la puerta del hotel.

—¡Autumn! —Nada. La puerta de Branka estaba justo al lado—. ¡Branka!

Todavía nada.

Golpeé de nuevo.

—¡Abre la maldita puerta!

Porque la alternativa era inimaginable.

La puerta de Branka se abrió. Mis ojos recorrieron la baja estatura de mi hermana. Me miró con desconfianza, pero estaba ilesa. Sentí un gran alivio. Estaba a salvo.

—¿Qué estás haciendo, Alessio? —Branka siseó—. ¡Se suponía que íbamos a comer, no a cenar! Me dejaste plantada. A tu propia hermana.

La niebla de mi cerebro tenía que desaparecer. Almuerzo con Branka. Eso era al día siguiente. Esta noche se suponía que iba a ser mi noche con Autumn.

—Nuestro almuerzo es mañana. —Mi voz salió más calmada de lo que me sentía.

Mientras los ojos de mi hermana analizaban mi estado, podía sentirlo todo. Mi corbata estaba torcida. Mi cabello era un desastre. No tenía chaqueta. Mi camisa estaba medio afuera de mis pantalones.

La cara de preocupación de mi hermana menor no presagiaba nada bueno.

—No, Alessio. Eso fue hoy.

Mi mandíbula se flexionó.

—¿Dónde está tu amiga?

Branka echó un vistazo a la puerta de al lado de su habitación.

—Se fue hoy. Va a quedarse con nuestra tripulación.

—¿Dónde?

Branka frunció las delicadas cejas.

—En realidad no importa —dijo—. Aceptó una misión extra y voló hoy.

Se me apretó el estómago. ¿Qué demonios había pasado el día anterior?

Dejé que la quietud me invadiera. No le haría ningún bien a Branka que perdiera los estribos.

—¿Quieres que cenemos juntos? —Ofrecí, esperando que dijera que no.

Las cenas en Abu Dhabi eran más tarde en la noche debido al calor extremo. Aún nos quedaban otras dos horas antes de que empezaran a servirla.

—Claro.

—Restaurante de abajo —pronuncié—. Dos horas.

Me di la vuelta para marcharme cuando la mano de Branka se cerró alrededor de mi muñeca. O la mitad de ella.

—Alessio, ¿qué pasó? —Mi hermana me estudió con expresión preocupada—. Nunca te había visto así.

Porque aún era una bebé la última vez que alguien me había drogado.

—Te veré abajo —repliqué.

En cuanto volví a la habitación del hotel, marqué el número del teléfono de Autumn.

No hubo respuesta.

Tenía que oír su voz. Entonces sabría que estaba a salvo. Sabría que estaba bien. La desesperación por escucharla se apoderó de mi pecho. Casi como si alguien se sentara en mi torso con la intención de acabar con mis pulmones.

Volví a llamar. Luego otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

—¿Qué quieres, Alessio? —Me quedé helado al oírla. Era diferente a antes. Su voz vaciló al decir mi nombre.

—¿Estás bien? —Era mi roca. Llevaba cuatro años obsesionado con Autumn Corbin y el miedo se anudaba en mi pecho al pensar en perderla en ese momento.

Su risa sin gracia fue una puñalada en mi corazón, aunque no contestó.

—Necesito verte —confesé con voz desesperada. Una extraña sensación me ardió en el pecho y detrás de los ojos.

—Yo no necesito *verte.* —Sus palabras me atravesaron el pecho. Un cuchillo en el corazón hubiera dolido menos.

El corazón se me hizo añicos a mi alrededor, y esta vez, no habría Autumn para remendar los pedazos.

—Por favor, Autumn. —Mi voz estaba retorcida por la crudeza de mis emociones.

—Después de lo que pasó, no quiero volver a verte, Alessio. —Sus palabras me partieron el corazón. El cuchillo en mi pecho se retorcía cada vez más. Me pareció oír un pequeño sollozo a través de la línea, mas debí de escuchar mal, porque sus siguientes palabras fueron tranquilas—. No me llames. No me mandes mensajes. No me sigas en redes sociales.

La línea se cortó junto con mi corazón.

Estaba solo hasta ella. A partir de ese instante estaría solo el resto de mi vida.

Capítulo Diecinueve



Alessio

Me quedé mirando el mensaje.

Tres meses de nada y en ese instante esto. Quería verme.

> Autumn: ¿Podemos vernos, por favor? Es importante. Estoy en Europa por una semana. Solo déjame saber dónde.

Tres malditos meses de nada. Silencio sepulcral. Y de repente me mandaba este maldito mensaje.

Y como un cachorro enamorado estaba listo para correr hacia ella. Me mataba no responder. Llevaba dos horas releyendo el mensaje.

Patético.

Le eché un vistazo a mi calendario. Tenía un *negocio*, más bien una cacería, en Londres dentro de dos días. Podía engañarme pensando que no la vería, pero si ese día me pidiera que fuera a una maldita zona de guerra, lo dejaría todo y saldría corriendo.

Le respondí con la dirección de mi casa en Londres.

Salí de mi despacho y fui en busca de una bebida. Necesitaba un trago fuerte. Mis pasos resonaron contra los suelos de mármol negro que reflejaban mi alma y mi estado de ánimo. Odiaba mi habitación. En la mesita de noche aún quedaban algunas cosas de la última vez que pasó la noche en mi *penthouse*: una liga para el cabello, su anillo y un perfume pequeño de viaje.

—Quizá quiera recuperar sus pertenencias —murmuré ante el vaso vacío. No tenía ni una jodida idea de cuándo me había servido alcohol. Observé cómo el líquido marrón se movía alrededor del hielo. Me recordaba a sus ojos cuando estaba triste o asustada. Ese maldito color. Tendría que cambiar a otro *veneno*. Tal vez alguna puta bebida rosa para chicas.

Me tragué la bebida, con el líquido amargo en la garganta. O tal vez era yo. La amargura y el entumecimiento me invadieron entero.

Era irónico lo que unos meses podían hacerle a un hombre. Trajo una luz a mi vida y luego la apagó, llevándose mi corazón y mi alma con ella.

—Una pequeña ladrona —refunfuñé. No le fue suficiente el haberme dejado esa maldita cuenta de cinco millones de dólares. Sino que también tuvo que llevarse mi corazón. La pequeña Autumn Corbin me dejó una sorpresa al salir del hotel de Abu Dhabi. Al parecer, convenció al

personal de que había insistido en pagar la maldita cuenta de todos.

«Como agradecimiento porque el personal ha sido tan complaciente con sus necesidades», la recepcionista sonrió; no obstante, un destello de preocupación residía en sus ojos. Podría haberlos mandado a todos a la mierda, pero estaba demasiado cansado. Así que pagué la cuenta.

Cinco millones de dólares por unos cabrones que no conocía.

Y aun así no podía enfadarme con Autumn.

La puerta de mi habitación se abrió sin hacer ruido y me hundí en la misma silla que utilicé para verla dormir nuestra primera noche juntos. El dormitorio estaba a oscuras, su suave aroma aún flotaba en el aire. O tal vez era mi estúpida imaginación jugándome una mala pasada.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos.

Podría obligarla a casarse conmigo. Tenía ese contrato con sus abuelos. Podría imponerlo y sería mía. ¿Por qué no lo había usado? La única respuesta que se me ocurrió fue que me había convertido en un perdedor sentimental y patético que quería hacer lo correcto por ella.

Quería que me *eligiera*. ¡Demonios!

Mi memoria seguía jodida por aquella noche tres meses atrás. Fuera lo que fuera, tenía que ser malo, a juzgar por la reacción de Autumn. Había estado indagando y rebuscando para encontrar la información sobre quién demonios metió esa droga en la bebida.

Por fin tenía un nombre. Dos nombres. Y ambos estaban en Londres.

Hablando de karma.



Dos días después, estaba en un sótano de Londres, examinando al imbécil y a su mujer. Ambos estaban colgados con esposas, con los brazos abiertos en posición de V. Me sentí un poco creativo, así que les puse clavos en las palmas.

Mis oídos no me lo agradecieron porque gritaron como pequeñas perras. Todavía podía escuchar el zumbido en ellos. Menos mal que el sótano de mi casa adosada en el corazón de Chelsea Barracks, en el centro de Londres, estaba insonorizado.

Desvié mi atención hacia sus pies manchados con sangre. Me sentí generoso y los dejé colgando, solo para que pudieran sentir el clavo que les hacía un agujero en la palma de la mano. Aunque antes de eso les rompí las rótulas.

Después de todo, no podía ser demasiado bondadoso.

—Deberían haberse puesto a dieta —comenté, chasqueando la lengua.

Estaba muy agitado, contando las horas que faltaban para la llegada de Autumn. Cuatro horas más.

Mis ojos recorrieron sus cuerpos, pintados de moretones negros y azules. Nunca me gustó torturar a una mujer. De hecho, nunca había torturado a una. Aunque había una primera vez para todo.

Ella *me* costó todo.

—De acuerdo, vamos a intentarlo otra vez. —Empecé, poniéndome un par de guantes y dirigiéndome a la mesa con las herramientas. Cuchillos. Destornilladores. Nudillos de latón. Pistola de clavos.

Cualquier cosa que necesitara, la tenía.

Ricardo estaba conmigo, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de aburrimiento en la cara. Él quería empezar la sesión de tortura hacía más de horas atrás. Yo quería que reflexionaran un poco. La tortura psicológica era mucho peor cuando se dejaba que

supurara en la mente de alguien.

—Elegiría una pistola de clavos —sugirió Ricardo—. Hazle un *piercing*. O dos.

Sonreí. Ricardo podía ser sádico cuando quería.

—Usémosla para cada respuesta incorrecta —propuse—. Quiero hacerte feliz. Sé que estás deseando usar esa pistola de clavos.

—Hombre, eres el mejor jefe. —Ricardo la tomó y se aseguró de que contenía los clavos necesarios mientras yo seleccionaba un cuchillo. Era más fácil cortar a una persona con un cuchillo que con una pistola de clavos.

Me enfrenté al desgraciado golpeado y sonreí.

—Empecemos, ¿de acuerdo? —No esperé a que contestara y le clavé la punta del cuchillo en el cuello—. ¿Tu nombre y quién te envió?

—¡Vete a la mierda! —espetó.

Miré a Ricardo.

—¿Quieres usar la pistola de clavos y luego lo corto? —Fingí una expresión pensativa—. ¿O puedes meterle la pistola de clavos a la zorra y que él mire?

Ricardo se encogió de hombros.

—¿O la abres y él mira? Si no responde, la remiendo con la pistola de clavos.

Ricardo y yo sonreímos con maldad. Esa era la mierda que pasaba cuando la gente te traicionaba.

—Un buen plan. —Apreté la punta del cuchillo contra su esternón y la miré mientras temblaba de miedo. No dejaba de observar al hombre, esperando que la salvara.

—¿Te di permiso para tocarme en Abu Dhabi? —pregunté con calma. Pero todo era un disfraz. Por dentro, ardía la furia y algo oscuro se enraizaba en mi pecho—. Dime qué pasó y quién está detrás.

Aunque sus ojos se abrieron de par en par, siguió negando con la cabeza. No estaba lo bastante asustada. De mí, al menos. Así que apreté más la hoja contra su piel y arrastré el cuchillo por su torso. Gritó mientras la sangre brotaba y se deslizaba por su cuerpo.

Y no sentí nada. Nada, maldición.

Estaba a punto de clavarle la cuchilla en el vientre, sin embargo, su hombre gritó la respuesta.

—¡Fue tu padre! —soltó—. Quería que mi esposa te follara. Pagó un millón por adelantado y otro millón una vez hecho el trabajo. Quería a la chica fuera.

Algo helado se arraigó en mis pulmones. Todos en esta habitación sabían quién era *la chica*. Ese desgraciado no podía dejar florecer algo bueno. Era destructivo por naturaleza. Todo lo que tocaba se convertía en cenizas.

—¡¿Hasta dónde llegó?! —bramé con la rabia enroscada en mi pecho. Cuando ambos guardaron silencio, rugí—: ¡¡¿Hasta dónde llegó?!!

—Hasta el final.

Tres palabritas.

Fueron esas tres palabras las que convirtieron la bilis de mi garganta en ácido y vomité sobre ella. El mero hecho de que me pusiera las manos encima me provocó arcadas.

Ricardo le puso la pistola de clavos en las tripas y apretó el gatillo. Pero todo el tiempo me zumbaban los oídos y me imaginaba a Autumn viéndolo todo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al hombre.

—E… Ernest Sizzling. —Sus ojos parpadearon hacia la mujer—. René.

La rabia animal me desgarró el pecho. El pensamiento de que Autumn lo hubiera visto todo.

La idea de que podrían haber herido a Autumn.

—¿Lo vio? —inquirí, mi voz se escuchaba apagada a mis propios oídos.

—Sí.

—No es culpa de mi esposa. —Intentó defender su marido—. Si no lo hubiera hecho, tendría que hacérselo yo a la chica. Si nos negábamos, tenía a otros. Eran peores.

Fue entonces cuando perdí el control. La rabia explotó, cegándome. La idea de que tocara a Autumn, apagando esa luz que siempre brillaba en sus ojos.

La mujer a la que le encantaba bailar bajo la lluvia. La mujer que besó mis cicatrices. La mujer que empezó a curarme.

Clavé la afilada hoja en el vientre de la mujer y luego le di un puñetazo a él. Alterné las cuchilladas entre ellos. De algún modo, la pistola de clavos estaba en mi mano y alterné entre apuñalarlos y dispararles con la pistola de clavos. Le perforé el pecho a él, luego a ella, y vi cómo se ahogaban con su propia sangre.

Un aullido agónico desgarró el aire.

De ella. De él.

No tenía ni puta idea de cómo llegué, y para cuando me detuve, me jadeaba el pecho y sus gargantas estaban degolladas, sus cabezas colgaban sueltas a los lados y yo estaba cubierto de sangre.

Me quedé observando la masacre que había cometido.

—No me diste una oportunidad. —La voz tranquila de Ricardo me hizo girarme hacia él. No había piedad en su voz. Solo una leve curiosidad.

—Es la primera mujer que mato —murmuré. En unas horas me encontraría con la primera mujer que amé.

Me invadió una extraña sensación de calma. Era chocante el contraste con la locura y la rabia que había experimentado hacía unos minutos.

Nunca me dejaría tenerla. Si se lo explicaba, suponiendo que me creyera, y la mantuviera conmigo, podríamos huir. Pero mi padre nos perseguiría. Nunca se rendiría, hasta que uno de nosotros estuviera muerto.

Moriría por ella. Recibiría una bala por ella. Sin embargo, no podía soportar que Autumn sufriera daños. Eso era algo que nunca podría perdonarme.

Vi los intestinos colgando de las dos personas que acababa de masacrar, y lo supe.

Simplemente lo sabía.

No había ninguna posibilidad de mantener a Autumn conmigo. Incluso sabiendo que era mi única oportunidad de ser feliz.

Tenía que dejarla ir.

Capítulo Veinte



Autumn

Me quedé mirando mi reflejo en el espejo.

Llevaba un vestido de suéter que ocultaba mi pequeña barriguita. La pequeña vida que creamos en algún lugar de Asia; tal vez fue en Kioto. Eso me gustaría. Era donde me sentí más feliz cuando bailé con él bajo el cielo lluvioso, los dos riendo.

Alessio me había enamorado. Revolvió mi mente. Me hizo perder todos mis sentidos. Me fui de Canadá sin ponerme la inyección Depo. Y sin pastillas. Por Dios. Tuve meses de sexo con Alessio sin pensar ni una vez en protección.

Eso era lo que pasaba cuando perdías la cabeza. Mas no podía lamentarlo.

Incluso después de todas esas semanas, meses, el cuerpo me temblaba cada vez que pensaba en él. El vacío desde que me había marchado persistía en mi pecho y en mi piel. Lo extrañaba tanto que cada latido me dolía, demonios. Me dolía el corazón por algo que pudimos haber tenido, pero que en ese momento nunca tendríamos.

Hubo tantos días y noches que quise llamarlo. Mi amor por él creció demasiado grande para mi pecho, listo para explotar. Para rogarle que me amara. Quería ser suficiente para él, como lo era para mí.

Afortunadamente, mi orgullo se mantuvo firme. Era mejor que eso. Sobreviviría. Un día los recuerdos ya no me causarían dolor. *Algún día.*

Mis ojos marrones me devolvían la mirada, fija. Odiaba ese color. Odiaba que traicionara lo que sentía. Quería ocultarle mi dolor al mundo. Especialmente a Alessio. Llenó mis grietas tan perfectamente, solo para usar un mazo y causar un daño irreparable.

Una lágrima corrió por mi mejilla y me la sequé con un suspiro frustrado. Las lágrimas no ayudaban. Solo me harían parecer más patética. Me pasé la mano por el vientre bajo y mi pecho se agitó. Un bebé. *Nuestro bebé.*

Mis ojos recorrieron mi cuerpo. Estaba igual, pero al mismo tiempo no lo estaba. ¿Lo notaría Alessio? Se me hizo un nudo en el estómago. El pecho se me oprimió. Dios, aún no lo había visto y ya me estaba desmoronando.

¿Quizá debería cambiarme?

Me puse cinco conjuntos. Empecé con unos *jeans*, sin embargo, acentuaban mi barriguita. Tenía tres meses. Era curioso cómo un pequeño signo *positivo* en color rosa podía cambiar tanto

la vida.

Lloré. Luego lloré un poco más. Nunca había llorado tanto en mi vida.

Nunca dejó de dolerme el pecho. La felicidad se convirtió en amargura. Y entonces volví a llorar.

Pero sabía que no podía ocultarle ese secreto a Alessio. Merecía saberlo. *Debía* saberlo. Antes de que pudiera volver a cambiarme mi estúpida ropa, salí de la habitación del hotel con la determinación que no sentía.

Cada paso que daba en camino a su dirección me parecía más pesado que el anterior.

Temía verlo. El dolor aún estaba en carne viva. Fresco. Pasaban las semanas y esperaba que se aliviara. Sin embargo, no fue así. El embarazo me había vuelto aún más emocional. La lluvia me hacía llorar. El sol me hacía llorar. Ver *jeans* rotos me hacía llorar. Todo me hacía llorar, maldición.

Antes de darme cuenta, estaba en la puerta de la dirección que me había dado Alessio. Estaba a diez minutos de mi hotel. Ojalá hubiera estado más lejos. Ojalá hubiera estado más cerca.

Tenía que ser otro síntoma del embarazo y las hormonas. La indecisión.

Dios, estábamos condenados desde el principio.

Era demasiado ingenua para tener esperanzas. Para querer lo que mis padres tenían. Para soñar con él.

Inhalé profundamente y luego exhalé lentamente, formando pequeñas bocanadas blancas en el aire. Apreté más el abrigo y di el primer paso hacia la lujosa casa adosada en el centro de Londres. Febrero en esa ciudad no era una ocasión tan alegre. El frío y el clima sombrío reflejaban mi estado de ánimo.

Antes de que pudiera llamar al timbre, se abrió la puerta.

Alcé la vista para encontrar al hombre de Alessio, Ricardo, de pie frente a mí. Fruncía el ceño. Una expresión oscura en su rostro.

Nunca hablaba mucho cuando lo veía. La mayoría de las veces, acompañaba a Alessio en sus viajes. Era su guardaespaldas o algo así. Afortunadamente, nunca vino a nuestras citas.

—*Umm*, hola —murmuré—. ¿Está Alessio?

Si bien la expresión de Ricardo era cautelosa, algo en la oscuridad de sus ojos me inquietó. Inclinó la barbilla hacia las escaleras.

—En el dormitorio.

Parpadeé y eché un vistazo vacilante hacia las escaleras.

—¿En el dormitorio? —repetí lentamente, con el cuerpo repentinamente caliente. El maldito cuerpo traidor que pensaba en una sola cosa.

Ricardo murmuró algo en voz baja. Volví a observarlo, pero la única palabra que siguió fue:

—Sí.

Quería interrogarlo sobre si Alessio había sido feliz esos últimos meses. Si me echaba de menos. Afortunadamente, mi nivel de estupidez aún no había llegado a ese punto. Por suerte, Ricardo me rodeó y se marchó antes de que mi determinación flaqueara.

—De acuerdo —musité a su espalda en retirada.

Entré en el amplio y lujoso vestíbulo. El mármol resplandecía. El candelabro brillaba. De las paredes colgaban cuadros que valían millones. Pero no pude concentrarme en nada. La puerta se cerró tras de mí con un suave chasquido cuando llegué al segundo escalón.

Miré por encima de mi hombro, sabiendo que Ricardo ya no estaba allí. El hombre se movía rápida y silenciosamente. Devolví la atención al frente. Di otro paso, y otro. Hasta que me encontré en lo alto de la escalera. Una puerta entreabierta

Ignoré el dolor que florecía en mi pecho con el recuerdo de la última vez que me asomé por una puerta entreabierta. Tenía que hacerlo. Por el bebé.

Exhalando pesadamente, me dirigí hacia la puerta con una seguridad que no sentía.

Toc. Toc.

Contuve la respiración mientras esperaba.

—Adelante.

Dios, esa voz. El pulso me retumbaba en los oídos. Mi corazón tropezó en anticipación. Mis pensamientos se convirtieron en un ruido blanco indiscernible cuando empujé la puerta y me encontré cara a cara con él.

Mi demonio. Mi salvaje. Mi caballero.

Estaba sentado en el pequeño escritorio y, en cuanto sus ojos se cruzaron con los míos, me olvidé de respirar durante unos segundos. La oscuridad de su expresión sobria me consumió. Me quemó.

Iris de acero fundido me devolvieron la mirada.

Mi piel se encendió como un cable de tensión y mi corazón se llenó con un zumbido desesperado. Se abrió paso a través de mi pecho para volver a él. Sus pecados ya no los percibía. Su traición fue olvidada por una fracción de tiempo. Quería correr hacia él y arrojarme a sus brazos. Como había hecho cada vez que venía a verme a otra ciudad, a otro país.

Excepto Abu Dhabi.

Mi corazón se fracturó otro centímetro. Mis pies permanecieron inmóviles.

Se levantó y se pasó una mano por la corbata, observándome con esos iris que podían iluminarme o destruirme. Tenía tanto poder sobre mí. ¿Lo sabía?

Algo profundo parpadeó en sus ojos, no obstante, fue sustituido por una fría mirada de acero. Una máscara.

«Te amo», quería gritar. «*Me heriste»,* quería gritar. *«Prometiste no romperme el corazón»*.

Ninguna de esas palabras salieron de mi boca. En lugar de eso, me quedé inmóvil mientras el corazón me tronaba y el agujero en mi pecho se hacía cada vez más grande. No habría parche lo bastante grande para vendar aquella herida.

—Autumn. —Se dirigió al pequeño minibar. Sus movimientos eran suaves y seguros mientras llenaba su vaso—. ¿Quieres algo de beber?

—No —contesté con voz ronca mientras mi corazón empezaba a resquebrajarse de nuevo. No sabía lo que esperaba. Tal vez una disculpa. Tal vez algo de arrepentimiento. *Algo*. Pero no ese silencio incómodo y desaire—. No, gracias.

—Siempre tan correcta —masculló—. Excepto cuando me dejaste esa cuenta del hotel.

Se bebió la copa y se sirvió otra.

«¿Estaba bebiendo porque me extrañaba?». Era un pensamiento estúpido. La esperanza que centelleó en mi pecho ante esa posibilidad era aún más tonta.

—Te lo puedes permitir —murmuré en voz baja.

—¿Y cómo lo sabes?

—Una suposición —repliqué secamente, observando sus anchos hombros y su espalda tensa.

No se molestó en prestarme atención y apenas me dedicó una mirada cuando pasó junto a mí de vuelta a su silla, con el aroma a sándalo y especias flotando en el aire. Cada vez que respiraba se me oprimían los pulmones al ver cómo se desabrochaba la chaqueta y volvía a sentarse.

Sus ojos volvieron a mí. Imposibles de leer.

Fue entonces cuando lo oí. El jalar de la cadena en el baño. Agua corriendo. Me pasé la lengua por el labio inferior y miré en la dirección del ruido. Tenía que ser el baño.

—¿Por qué estás aquí? —La fría voz de Alessio atrajo mi atención hacia él.

—T-tengo algo que decirte —balbuceé.

Esos orbes grises se clavaron en mí. Solía pensar que eran de plata fundida. Pero en ese minuto eran grises como la piedra. Mi pecho se agitó mientras mi corazón se retorcía.

—No quiero escuchar lo que tengas que decir —respondió fríamente.

Un cuchillo en el corazón debía doler menos que esto. Tenía miedo. Lo quería en mi vida por el bebé. Nuestro bebé merecía lo mejor. Sin embargo, en ese momento, no estaba tan segura de qué lo fuera.

—Salimos durante dos meses —le recordé, con un nudo en la garganta—. Lo menos que podrías darme son dos minutos.

—No salimos juntos —alegó en un tono tan frío que me congeló hasta la médula—. Fue follar. Te follé. A pesar de mi buen juicio, no pude resistirme a una buena follada. Eso es todo lo que fue.

El dolor, crudo y devorador me agarró por la garganta. Debería haberme dado la vuelta, allí mismo. Debería haberlo abofeteado y haber seguido mi camino. Lamentablemente, no lo hice. La desesperación y la esperanza me robaron el orgullo.

—Es importante. —Me atraganté con un hipo—. Lo que tengo que decirte... es importante.

Nos quedamos viendo fijamente. Su rostro seguía siendo el mismo, apuesto e hipnotizador, pero en su mirada persistía aquella crueldad letal. De repente, dejé de sentir calor. Algo en el fondo de sus ojos me heló el alma y el corazón.

—Díselo a alguien a quien le importe una mierda.

Otra grieta en mi corazón. Excepto que esta lo partió en dos.

Tono helado. Mirada dura. Palabras sencillas. Y, sin embargo, calaron hondo. Me acuchillaron. Me rompieron. Me temblaron las rodillas y temí que no me sostuvieran. Ese escenario no lo había previsto. Ese agujero en mi pecho se expandió hasta que temí que me tragara y me ahogara en este dolor.

—¿Algo de eso fue real? —inquirí con voz ronca, con la garganta ardiendo.

Su mandíbula se tensó.

La puerta del baño se abrió y obtuve mi respuesta. Salió una mujer. Con un camisón revelador. Cabello largo y rubio. Desordenado. Del tipo que te quedaba después de que te cogieron a fondo.

Mi corazón se convirtió en cenizas. Como si me lo hubieran arrancado del pecho y rebanado con un cuchillo.

Nada de eso fue real. Había sido una follada para él. No necesitaba esto. Quería más. Podía tener más.

Excepto que lo quería. Lo amaba.

—Adiós, Alessandro.

Me di la vuelta y forcé un pie delante del otro. Me fui sin mirar atrás. No corrí.

No fue hasta que estuve afuera y vi a mi madre que un sollozo me desgarró. Una lágrima corrió por mi mejilla. Luego otra. Hasta que mi cara estaba mojada, las frías temperaturas azotaban mi cara. Me fallaron las piernas. Antes de que mis rodillas tocaran el frío suelo, *Maman* me atrapó.

Los sollozos sacudían mi cuerpo. El corazón se me retorcía en el pecho mientras mis llantos jadeantes llenaban el capullo de los brazos de *Maman*.

Y todo el tiempo me abrazó, susurrando palabras que solo una madre podría decir.

—¿Quieres que lo mate?

Y entonces lloré más fuerte, porque Alessio muerto sería el último infierno en esta tierra. Me enamoré de un hombre malvado. Me prometió el cielo y me entregó el infierno.

La vida sin él era un infierno y solo acababa de empezar.

—No lo mates, *Maman* —gemí. Debería sorprenderme que lo supiera, mas no fue así—. ¿Dónde está papá?

—Solo yo —aseguró sobre mi cabello.

El corazón me sangraba, a la par del torrente de lágrimas. El hombre del que me enamoré no existía. La plata fundida se convirtió en un metal frío.

—Está bien, *ma chérie*. —La boca de *Maman* se movió contra mi cabello—. Déjalo salir todo.

—N-no me a-ama, *Maman* —balbuceé. Fue una estupidez. Era una mujer adulta y lloré como una bebé. Me dolía tanto el pecho que pensé que me moriría.

—No te merece. —Su voz era dura. Fría. Levanté la cabeza de su pecho y la miré. Y por primera vez vislumbré a la mujer que era antes de encontrar a mi padre. Me acunó las mejillas y me dio un beso en la nariz—. No es lo bastante bueno para ti, *ma petite*.

—Estoy embarazada —susurré.

No parecía sorprendida.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —Negué con la cabeza—. *Bien*. Cuando quieras hablar, nos lo cuentas. Por ahora, cuidaré de mi bebé. Y papá, tú y yo cuidaremos de tu bebé.

Enterré la cara en su pecho y mi corazón se hizo añicos. El dolor crudo en mi pecho era insoportable. Las náuseas me revolvieron el estómago. El corazón se me apretó tanto que estaba segura de que dejaría de latir.

No fue hasta ese momento cuando su pérdida me caló por completo hasta los huesos.

Alessio me rompió el corazón, y no pude encontrar la fuerza para joderlo.

Capítulo Veintiuno



Cuatro años después

Autumn

New York City.

El mundo a través de mis ojos. Mi propia exhibición de fotografías que había tomado durante los últimos cuatro años.

Era angustioso, emocionante, surrealista y totalmente euforizante.

Años de capturas, momentos inolvidables, rincones impresionantes de esta tierra, niños en países asolados por la guerra, familias en países con hambruna, el mundo del que nadie quería hablar. Un niño hambriento ofreciendo su pan a otro que no tenía nada que comer. Un hombre compartiéndole su abrigo a un niño. Eran los momentos que ofrecían esperanza a nuestro mundo.

En cada foto se reflejaban emociones crudas. O puede que solo fuera yo, porque me acordaba de todo lo que sentía cuando capturé el momento en las imágenes.

Asombro ante la belleza de este planeta. Tristeza. Felicidad. Conciencia.

Estaba orgullosa de cada fotografía. Así era como veía el mundo. Un reflejo de mis emociones.

Corazón roto. Sanar. Sobrevivir.

De pie en un rincón de la galería, me apoyé en la pared y observé cómo la gente estudiaba cada pieza. Susurros suaves. Ojos críticos. Más examinaciones.

Estudié cada rincón de la gran galería. Ni en un millón de años había soñado que tendría mi propia exposición en New York. Esto era lo más cerca que me atrevía a aventurarme. Había evitado Canadá durante los últimos cuatro años. Incluso New York estaba demasiado cerca de Montreal, pero no podía dejar pasar la oportunidad.

Si bien sabía que aún me quedaba mucho por aprender, estaba tan orgullosa de lo que había conseguido. Nadie podía arrebatármelo. Viví cada momento de esas fotografías.

—Estamos muy orgullosos de ti. —*Maman* y papá vinieron a mi lado. Mi madre se veía tan hermosa como siempre con su largo vestido rojo. Papá no podía apartar sus ojos de ella el tiempo suficiente para estudiar mis fotografías.

Me hizo sonreír. Me hizo feliz. Incluso después de tantos años juntos, se amaban. Me dio esperanzas a pesar del dolor que aún sentía en el pecho. Incluso después de todos esos años.

—Gracias, *Maman*. —Me dio un beso en la mejilla—. Y gracias por venir hasta New York para cuidar a Kol.

Mi mayor tesoro. Mi hijo.

—Por supuesto —contestó papá, con un brillo en sus ojos—. Nuestro trabajo es cuidar de nuestra hija y nuestro nieto.

Mi familia. No habría sobrevivido sin ellos.

—¿Cómo te sientes sobre tu exhibición? —preguntó *Maman*—. Creo que todas las fotografías son magníficas. ¡Y pensar que has estado en algunas de esas zonas! De tan solo pensarlo me asusta.

Mis padres habían sido increíbles en esos últimos años. Cada vez que tenía que ir a lugares remotos o potencialmente peligrosos, se reunían conmigo en cualquier parte del mundo, se llevaban a Kol y cuidaban de él hasta que volviera.

No había regresado a Montreal ni una sola vez. Kol aún no había pisado Canadá, aunque había visitado casi todos los continentes. Era mejor prevenir que lamentar. Sobre todo teniendo en cuenta la amenaza.

Mis padres nunca me presionaron para saber qué había pasado. Papá no había exigido saber quién era el padre. A veces me preguntaba si lo sospechaba. Porque su mirada se teñía de preocupación cuando hablaba de los Russo. Como si dijera demasiado. O quizá no lo suficiente.

—Espero que a la gente le guste —comenté—. Pero si no, tampoco pasa nada. Disfruté tomando cada una de esas fotos.

Era verdad. La fotografía era algo que hacía para mí. Me hacía feliz. A veces sentía como si viera un mundo completamente nuevo a través de una lente. Un mundo más rico y detallado.

—He escuchado a escondidas a algunos de los visitantes —informó mi padre—. Todavía no he oído ningún comentario negativo. Aunque si se atreven a decirlo, les romperé el cuello.

Maman echó la cabeza hacia atrás y se rio, luego le dio unas palmaditas en la mano. Era difícil imaginar a mi papá como un asesino. Aunque tuvo que haber matado a alguien durante su carrera. No era que me lo contaría.

—Vamos, asesino —murmuró mamá, con voz cariñosa—. Vamos a quitarle a nuestro nieto de las manos a Branka para que también pueda disfrutar un poco de su velada.

Con otro beso en mi mejilla por parte de ambos, me dejaron, mientras los observaba con nostalgia.

Eso era todo lo que quería. Envejecer con alguien que me mirara como mi padre miraba a mi madre. Desafortunadamente, me había dado cuenta de que lo que mis padres tenían era tan raro como los diamantes rojos.

Un dolor sordo seguía siendo una presencia hueca en mi pecho. Tal como prometió *Maman*, mejoró, mas nunca se curó. Alessio era un susurro constante en mi alma.

Una carcajada recorrió la galería y mi mirada se dirigió hacia ella. Como era de esperar, se trataba del equipo de *National Geographic* que me acogió bajo su protección cuatro años atrás. Insistieron en venir a mostrarme su apoyo. Eran el grupo más increíble que jamás había conocido.

Al igual que yo, no se molestaron en arreglarse. Cuando pasabas meses viajando, acababas prefiriendo la comodidad a la elegancia. Opté por unos *jeans*, unos *flats* color esmeralda y una blusa verde de cuello redondo. Todo encajaba con el ambiente veraniego de New York.

Los cuatro miembros del equipo llegaron hasta mí.

—¿Cómo está nuestra estrella? —exclamó Loren, y no pude resistir poner los ojos en blanco —. ¿Qué? Eres una estrella. Ninguno de nosotros había tenido una exhibición antes en una

galería. Y llevamos unas tres décadas en esto más que tú.

—A lo mucho dos décadas, tres podría ser exagerado —repliqué, sonriendo—. No son más mayores que yo.

—*Pfft*. Eres una bebé —agregó Loren.

—Intenté comprar una de tus fotos, pero me dijeron que está todo vendido —se quejó Alex y mis ojos se clavaron en él, sorprendidos.

—¿Qué?

El evento acababa de empezar. Esperaba que a mis padres no se les hubiera ocurrido la brillante idea de comprar toda la exposición. Quedarían en bancarrota. *Quedaríamos* en bancarrota.

—Sí —intervino Sarah—. ¿Cómo demonios nos perdimos la oportunidad? Apenas pestañeé, y *puff*, todo vendido.

Una sensación me recorrió el cuello y giré la cabeza. Por un momento, me quedé inmóvil. Reconocí aquel rostro.

Cassio King.

Apartando la vista de él, miré frenéticamente a mi alrededor, buscando los ojos grises que rondaban en todos mis sueños.

Nada.

Excusándome del grupo, me acerqué al mafioso. Dios santo. Debería estar corriendo en dirección contraria, no en dirección a Cassio King. Hasta que no estuve a medio metro de él vi a una mujer de su brazo y a otra pareja a su lado.

Una cita doble. Qué dulce.

Mis ojos recorrieron a los cuatro. Al parecer, Cassio y su amigo preferían a las pelirrojas.

La pelirroja del brazo de Cassio tenía los ojos azul océano. Pero la otra tenía los más insólitos que jamás había visto. A menos que la luz me confundiera, eran violetas. Nunca había visto nada parecido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exclamé, guiando mi atención nuevamente a Cassio y fulminándolo con la mirada. Sí, no ganaría el premio a la hospitalidad.

—Hola, Autumn —saludó Cassio, sin inmutarse por mi rudeza—. Me alegro de volver a verte.

—No puedo decir lo mismo —refunfuñé, luego me regañé. Había sido una grosería. Y aun así, ninguna disculpa salió de mi boca—. Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Valiente o estúpida. Aún estaba por debatirse.

—Este lugar es mío —respondió Cassio.

—Oh. —¿En serio? ¡De todos los edificios de New York, mi exhibición acabó en el de Cassio King! El maldito mafioso—. Lo siento —me disculpé entre dientes—. No quise decir que no me alegro de verte.

Tan mentirosa.

La mujer del brazo de Cassio rio suavemente.

—Sí, lo hiciste. —Me ardían las mejillas. Posiblemente se me estaban derritiendo—. No te preocupes. Ocurre más a menudo de lo que crees. —Mi ceja se arqueó. *Interesante*.

—Bonita exhibición —felicitó la otra mujer.

Mis ojos recorrieron las paredes.

—Gracias. —Entonces, dándome cuenta de que no tenía ni idea de quién era, extendí mi mano—. Soy Autumn. —Luego hice lo mismo con la otra mujer.

—Autumn, esta es mi esposa, Áine. Y mi amigo Luciano Vitale y su esposa, Grace. —Nos

presentó Cassio y nos dimos la mano. No podía decidir quién daba más miedo. Cassio o Luciano. No era que fuera una competencia.

Volví la mirada hacia Grace y Áine. Eran una alternativa más segura y, por el momento, nos estudiamos con curiosidad. Ambas parecían tan pulcras para alguien tan tatuado como sus maridos. Pero Alessio también escondía muchos tatuajes. Los recuerdos me sonrojaron la cara, aunque siempre iban acompañados de amargura. Esa última parte era la que odiaba.

—Escuché que toda tu exposición se vendió —indicó Grace, con sus ojos violetas fijos en mí —. Felicidades. Son los dos millones ganados más rápido que he visto alguna vez.

Me quedé boquiabierta en conmoción. No había pensado en lo que significaba para mí una exhibición con todo vendido. Dos millones.

—¿La compraste toda? —le pregunté a Cassio.

Sacudió la cabeza.

—No, Áine compró una.

—¿Cuál? —inquirí distraídamente. Nuevamente, una sensación me recorrió el cuello. Desvié la vista a la izquierda, luego a la derecha, detrás de mí. Había gente a nuestro alrededor, mas los ojos de todos estaban fijos en las fotografías. No en nosotros.

Había un único espejo en la pared del fondo e incluso ese reflejo confirmó que nadie nos observaba.

Devolví mi atención a los cuatro.

—La pieza que llamaste *Mujer con ojos rotos* —respondió Áine.

Era una de mis piezas favoritas. Y una de las más desgarradoras. Las emociones de la mujer se reflejaban tan vívidamente en sus ojos: tortura, dolor, horror, pero también fortaleza. Ella prevaleció. El hombre que se atrevió a avergonzarla, a destrozarla porque se atrevió a amar fuera del matrimonio, no ganó.

Sentía un nudo en la garganta.

—Es una de mis favoritas. —Concedí con voz ronca.

—Pagué extra —mencionó Áine—. Tuve que ganarle a ese idiota que pensó que debía quedarse con todas tus fotos.

No tenía ni idea de quién era ese idiota. Si era Alessio, no creía que Cassio le permitiera llamarlo así.

—Gracias —manifesté. Y lo decía en serio—. Cada centavo que pagaste por esa fotografía será donado a la mujer y al refugio que fundó.

—Qué coincidencia —señaló Grace—. Áine tiene todo un asunto con rescatar mujeres y colocarlas en refugios.

No era algo que esperaba oír.

—*Hmmm*. Qué pequeño es el mundo, *¿eh?*

Esas dos mujeres parecían tener un propósito.

Algunos días sentía que tenía uno. Otros días, mi propósito parecía ir a la deriva porque siempre volvía a él. Sin Alessio, iba a la deriva por la vida.

La retroalimentación del micrófono onduló en el aire y las tres nos giramos en su dirección. Los pasos de todos se detuvieron y la multitud guardó silencio.

¿Qué diablos hacía Branka ahí arriba?

Subió al escenario usando un vestido rosa con vuelos, con el cabello brillando bajo las luces, dándole tonos de rojo, dorado y castaño. Cruzamos miradas y me sonrió con esa expresión traviesa que había llegado a conocer tan bien. Sus ojos me recordaban tanto a los de su hermano que a veces me dolía.

—Damas y caballeros, quería tomarme un momento y anunciar que todo se ha agotado. —Un murmullo de decepción recorrió la sala—. Pero... —Branka hizo una pausa para el efecto o algo así, sonriendo a todos como una perfecta anfitriona—. Pero si están interesados en más impresiones, no duden en visitar nuestra página *web* o nuestras publicaciones en redes sociales.

Sonrió y sus ojos recorrieron la habitación. Mientras a mí me gustaba pasar desapercibida, a ella le encantaba brillar. Sin embargo, nuestras personalidades encajaban bien. Cuando tomaba las riendas en el campo, ella me apoyaba. Cuando llegaba el momento de vendernos y a nuestra marca, tomaba las riendas y yo la apoyaba.

—Espero que sigan a Autumn en su próxima exposición. La anunciaremos con mucha antelación en nuestro sitio *web*.

Después, bajó con elegancia del escenario y saludó con la cabeza a un hombre que estaba en una esquina. Juntos se dirigieron hacia nosotros.

—¿Quién es ese? —Grace indagó con curiosidad.

—Ni idea.

Le eché un vistazo a la cita de Branka. Al menos pensé que era su cita. Delgado. Alto. No era su tipo.

—Hola —saludó sonriendo—. ¿Adivina a quién tengo aquí?

Miró a su derecha y todos seguimos esa dirección. Enarqué una ceja y seguí con la mirada a su cita. Actuaba como si lo conociera. No recordaba haberlo visto antes.

—*Hmmm*, ¿tu cita? —Adiviné.

Negó con la cabeza.

—No, este es Jaymes Young. —Parpadeé y volví a parpadear—. Autumn, *este es Jaymes Young*.

—Dios mío —musité, intercalando la vista entre Branka y él. Luego, en un intento de recomponerme, le tendí la mano para estrechársela—. Encantada de conocerte. —Se me escapó una risita. Me sentía como una adolescente—. No puedo creer que te esté dando la mano.

—Lo mismo digo —replicó sonriendo—. Branka me acorraló al entrar e insistió en que debía hablar contigo sobre unas fotografías que me interesaban.

Me llevé la mano a la mejilla.

—Sí, sí. Por supuesto. Cualquier cosa que te guste.

Sentí un cosquilleo en la nuca y me di la vuelta, mas no había nadie detrás de mí.

Branka soltó una risita y volví a mirarla.

—Bueno, no todo lo que te guste. —La miré con el ceño fruncido—. Como ciertas impresiones que dijiste que nunca venderías. Así que... —justificó. Frunció los labios—. Eso significa que no puede tener todo lo que le guste. No puede tenerte a ti.

Fruncí el ceño. Branka se comportaba como si yo quisiera salir con este tipo. Normalmente no era tan sabelotodo cuando se trataba de hombres. Ni interfería si quería tener relaciones con alguno. No es que quisiera a este tipo. Alessio me arruinó para cualquier otro. Comparaba a todos los hombres con él: demasiado bajo, demasiado alto, demasiado rubio, demasiado cabello, poco cabello, demasiado feliz o no lo suficiente.

Ya había usado todas las malditas excusas disponibles.

Así que no, no estaba interesada en este tipo. Más allá de emocionarme como una colegiala conociendo a su ídolo.

—Me encantan tus canciones —confesé.

—Y a mí me encantan tus fotos.

—¿Quién es Jaymes Young? —susurró Áine lo bastante alto como para que todos la oyeran.

La miré de reojo y capté a Grace encogiéndose de hombros. Su expresión indicaba claramente que no tenía ni idea de quién era.

—Hay algunas fotografías en particular que me interesaban —explicó Jaymes.

—Por supuesto. También tengo algunas cosas en el teléfono que puedo enseñarte —solté—. Fotos en bruto de algunas de las cosas en las que todavía estoy trabajando. Están guardadas en mi memoria externa.

Asintió y le dirigí una mirada a Cassio y sus invitados.

—Con permiso. —Dirigí mi atención a Branka—. ¿Quieres venir?

Se limitó a negar con la cabeza.

—Ve tú.

Los dos nos dirigimos a la esquina de la exposición con la ventana que daba a la calle.

La gente parecía no darse cuenta de quién estaba a mi lado. A decir verdad, tampoco lo habría reconocido. Fueron tantas las noches que Branka y yo pasamos tocando pianos oxidados y cantando en lugares apartados de este mundo. Cuando el único entretenimiento que teníamos éramos nosotras.

—Branka me dijo que eres una cantante talentosa —expresó Jaymes y me costó todo lo que tenía no empezar a abanicarme.

—La verdad es que no —admití—. Mi madre es mucho mejor. Lo ama. Me encantan los recuerdos que vienen con eso.

—Pareces muy unida a tu familia —agregó.

—Lo soy.

«Ahora más que nunca», pensé solemnemente. Era Branka quien siempre me recordaba en silencio que era una chica afortunada por tener a mis padres. Las dos habíamos aprendido a tomar lo que necesitábamos la una de la otra. Su relación con su madre era agridulce. *Trágica*, la llamaba.

No podía estar cerca de alguien que no la protegiera cuando ella no podía protegerse a sí misma. Por lo poco que me había dicho, sus hermanos nunca recibieron lo que necesitaban de sus padres. Dijo que eso perjudicó a Alessio, aunque no dio más detalles.

Su hermano.

Alessio nunca abandonó mi jodido corazón, por mucho que intentara echarlo. A esas alturas, era un inquilino reacio. Era parte de cada aliento y cada latido de mi corazón.

Mis pensamientos parecían desviarse a menudo cuando se trataba de Alessandro. Dolor. El crujido de mi corazón.

—¿Y tú? —Intenté cambiar de tema, dándole un vistazo a mi alrededor. ¿Por qué tenía la sensación de que alguien me observaba? Mucha gente deambulaba por allí, no obstante, nadie nos prestaba atención—. ¿Coleccionas fotos?

—Solo unas cuantas —dijo—. Me gusta tu estilo poco convencional. Captas sentimientos con tus fotografías. Eso me gusta.

Un grupo de gente deambulaba cerca de nosotros, riendo y bebiendo.

—¿Quieres enseñarme cuáles te interesan? Y puedo mostrarte algunas más que aún no he publicado.

Sonrió.

—Me encanta la idea de tener algo que nadie más ha visto.

—Me encantaría que tuvieras un álbum secreto que nadie más haya escuchado —mencioné esperanzada—. Aunque te advierto que no podría resistirme a compartirlo con algunas personas.

—La próxima canción que escriba, haré que la escuches primero —bromeó. O quizás no, no

estaba segura.

—De acuerdo, volvamos a lo nuestro —animé—. Así no te entretengo.

Revisamos algunas fotos. Mis pensamientos se desviaron hacia Alessio. Siempre parecían girar en torno a él. Incluso después de cuatro años.

—Estas tres —concluyó Jaymes—. Quedarán muy bien en mi estudio.

Mis ojos se desviaron hacia la ventana, la calle estaba llena de peatones, cuando los latidos de mi corazón se detuvieron. Una figura alta. Cabello oscuro. Hombros anchos. Perfil familiar.

Parpadeé. Y se había ido.

—Sí, sí. Dale tu dirección a Branka —murmuré, mis pasos ya me llevaban fuera de la puerta —. Las enviaremos.

Entonces me abrí paso entre la multitud y salí corriendo por la puerta principal hacia la cálida noche de verano. La brisa veraniega me revolvió el cabello contra la mejilla. Mis ojos buscaron frenéticamente. El resplandor de las luces de New York. El sonido de la ciudad: coches tocando el claxon, gente hablando, música sonando. Aunque todo era ruido de fondo.

Se había ido.

—Lo vi —susurré para mí—. *¿Verdad?*

Cuatro años era mucho tiempo. Cuatro años sin él parecía toda una vida.

Una vida muy solitaria.

Capítulo Veintidós



Alessio

Vi cómo bajaban a mi padre al suelo frío cubierto por la escarcha de noviembre y no sentí nada. Absolutamente nada. Escuchaba resoplidos, llantos suaves, y supe a ciencia cierta que todos eran falsos. Mi padre era odiado por la mayoría, si no por todos.

Los únicos que ni siquiera se molestaron en fingir lágrimas fuimos Branka, yo y mi medio hermano. Y los padres de Autumn. Me sorprendió verlos. A menos que estuvieran allí por Branka, ya que Autumn no pudo venir.

Autumn. *Otoño.*

Mi estación favorita. La única mujer que amé. Y perdí. La última vez que la vi hice que sus ojos se volvieran marrones. No la había visto en cuatro años. No a menos que contara mi actividad de acecho.

No había habido un solo día en el que no hubiera pensado en ello. Mil cuatrocientos sesenta días. Arrepintiéndome de esas últimas palabras. Nunca fue una simple follada, pero sabía que si no terminábamos, el desgraciado de mi padre nunca habría dejado de perseguirla.

Así que se convirtió en mi pasado, sin dejar de estar en mi presente. En mi futuro.

Se había hecho un nombre por sí misma. Intentaba salvar el mundo, mientras yo lo corrompía al mismo tiempo. Sus fotos eran buscadas y vendidas por mucho dinero. No solo capturaba momentos que *National Geographic* reservaba. Se convirtió en *freelance*. Visitó los rincones del mundo que otros fotógrafos dudaban en ir. Sus imágenes dieron a conocer al público temas de los que nadie hablaba.

Niñas maltratadas en Afganistán. Hambre en Ghana. Maltrato infantil. Discriminación.

Una imagen valía más que mil palabras.

Ella y Branka acabaron abriendo un *blog* y ese era su lema. Era tan apropiado que mi hermana y el amor de mi vida se propusieran salvar el mundo, mientras yo lo depravaba distribuyendo armas y drogas.

Sí, no me extrañaba que nuestra historia acabara de la manera en que lo hizo. Una tragedia. Una mierda total.

Hojas coloridas cubrían el terreno a nuestro alrededor, creando un bello entorno, lamentablemente, ese momento no tenía nada de sereno. La brisa otoñal soplaba y levantaba las hojas del suelo, creando una danza en el viento.

Giraban alrededor del senador Ashford, como brujas lanzando hechizos alrededor del fuego. También deseaba que le hubieran lanzado un deseo de muerte a ese imbécil.

Si hubiera podido dispararle a mi padre biológico aquí y en ese segundo, lo habría hecho. Me ahorraría tiempo. Dos funerales a la vez. Haría mi maldito año. Pero eso no les agradaría a mis medios hermanos.

La atención de Branka no dejaba de dirigirse hacia los padres de Autumn. Quería ir con ellos. Honestamente, no me importaba. Éramos un desastre de familia, cortesía del hombre al que estábamos enterrando.

El hombre que maté. Debería haberlo hecho hacía años. Nos habría ahorrado a todos mucho dolor. El empujón final fue saber que estaba a punto de cambiar a mi hermana por un cargamento de drogas.

Todo lo que hizo falta fue un disparo limpio en el cerebro de mi padre para acabar con él. Cortesía de mi medio hermano, Royce Ashford. Byron planeó la logística; Royce apretó el gatillo. Era tan increíble lo que unía a la gente.

A partir de ese momento, estaba en deuda con ellos. A regañadientes. Aún no éramos amigos, y no los consideraba familia.

—¡Autumn! —La suave exclamación de Branka me tensó antes de seguir su mirada.

Fue entonces cuando la vi. Estaba de pie a un lado, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Debía de acabar de llegar. Respiré hondo, casi esperando oler su aroma único. Manzanas, canela y hojas frescas caídas. Aunque la necesidad de inhalar su esencia me subió por el pecho, en lugar de eso el oxígeno me quemó los pulmones. Su fragancia nunca llegó hasta mí.

Cuatro malditos años. El sonido de sus gemidos y su suave cuerpo debajo de mí nunca dejaron de atormentarme. *Ella* nunca dejó de atormentarme.

Observé a la mujer que parecía la misma, aunque diferente.

Fuerte. Suave. Hermosa. Tan perfecta.

Como polillas atraídas a una llama, las miradas de los hombres la seguían. «*Algunas cosas nunca cambian*», pensé amargamente. Me daban ganas de arrancarles los ojos a todos y tirarlos a la tierra para que no volvieran a ver a mi mujer.

Como no podía gritarle a todo el mundo que apartara la vista, descargué mi mal humor con mi medio hermano.

—Deja de mirar a mi mujer antes de que te dé un puñetazo en la cara —siseé en voz baja.

Sí, *mi mujer*. Autumn era *mía*. Si tenía que esperar otros cuatro años, lo haría porque no había nadie más para mí. La mayor amenaza para ella finalmente se había ido. Desde ese instante, quería otra oportunidad. Una manera de que volviéramos a como eran las cosas antes.

Observé con amargura al ataúd del desgraciado. Merecía morir desde hacía mucho tiempo.

Fue quien me costó mi mujer. Fue quien me costó mi infancia, mi madre y el bienestar de mis dos hermanas. Lo único que lamentaba era no haber matado al viejo hacía décadas.

Regresé la mirada a la mujer que por fin había regresado y dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo. Su sencillo vestido negro abrazaba sus curvas y le llegaba por encima de las rodillas. Cada vez que la brisa recorría el cementerio, dejaba entrever sus hermosas curvas.

Maldición, si solo trajera su esencia hacia mí. Necesitaba una dosis de ella para llevarme hasta que la tuviera de vuelta. En mi cama. En mi casa. En mi vida.

La voz del sacerdote penetró en mis pensamientos.

Cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

«Espero que ardas en las llamas eternas del infierno, padre», añadí en silencio mientras el puñado de tierra caía sobre su ataúd.

Observé cómo los rizos de Autumn bailaban con la brisa, enmarcando su pálido rostro. Su cabello era más corto, pero lo bastante largo para envolverlo en mi mano. Era algo que echaba de menos en todas sus publicaciones. Rara vez aparecía en sus fotos y, cuando lo hacía, nunca era solo ella. Era difícil ver su cuerpo, su cara y sus ojos.

Sin embargo; en ese momento, podía ver esos iris color avellana.

Se dedicó a buscar entre la multitud hasta que divisó a sus padres a un lado. La observé como un depredador mientras se deslizaba por el cementerio para llegar hasta allá. Sus rostros se iluminaron en cuanto vieron a su única hija, Autumn los abrazó y les dio un beso en la mejilla.

Entonces se arrodilló y cada centímetro de mí se congeló. Un niño de cabello negro azabache le tomó la mano. Le susurró unas palabras. El niño sonrió y abrazó también a sus padres.

«¿Tuvo un hijo?».

La vigilancia de Nico sobre ella nunca dijo nada acerca de un niño. ¿Que. Demonios? Cuando le pusiera las manos encima a mi amigo, lo estrangularía hasta quitarle la maldita vida.

—¿La mejor amiga de tu hermana? —Byron musitó. Estaba tan embelesado contemplando a Autumn que ni siquiera me di cuenta de que Branka nos había dejado para ir a ver a su amiga—. Solo un consejo, nunca es bueno follarse a la mejor amiga de tu hermana.

Le lancé una mirada fulminante y volví a observar a Autumn. Cuatro años sin ella eran demasiados. Vivir sin su toque era tortuoso. Y dormir era un tormento especial. Mis pesadillas eran sustituidas por sueños de ella. Era un alivio temporal, solo para despertar y darme cuenta de que ya no la tenía. Era como perderla de nuevo, cada día que pasaba. Así que me quedaba despierto hasta muy tarde y me cansaba mucho para no soñar con ella.

No obstante, Autumn Corbin siempre encontraba su camino en mis sueños. Como lo había hecho en mi corazón.

Las dos mujeres se abrazaron con fuerza y luego Branka se arrodilló para abrazar al niño, quien le sonrió ampliamente y le devolvió el abrazo. Mi hermana nunca mencionó que Autumn tuviera un hijo. No es que se lo preguntara, pero ¡demonios! ¿No podía depender de nadie?

No era que le preguntara a mi hermana los secretos más profundos y oscuros de Autumn. Sin embargo, tener un hijo era de dominio público. Debió habérmelo dicho. Y el idiota de Nico debió haberlo incluido en la comprobación de antecedentes que le había pedido unos meses antes.

Los padres de Autumn besaron a Branka y la abrazaron con fuerza para consolarla. Estaba seguro de que sabían que la muerte de nuestro padre no era para tanto. No con esa crueldad. Su muerte fue una bendición.

Mi hermana le murmuró algo a su amiga y Autumn asintió, luego se arrodilló y le susurró unas palabras al niño. No podía oír lo que decían, aun así, por la forma en que movía los labios, sabía que las decía en voz baja. Igual que solía murmurar palabras suaves cuando me la follaba.

Autumn se volvía más dócil después de un orgasmo. Era mi momento favorito con ella, cuando me susurraba palabras dulces y me besaba el cuello mientras sus dedos rozaban mi piel y mis cicatrices. Era la única mujer que me ofrecía ese tacto suave, y lo aceptaba con avidez.

Lo que sea que haya dicho Autumn, el niño alzó la vista y miró a su alrededor. Sus ojos se cruzaron con los míos durante una fracción de segundo. Grises con manchas verdes.

En el fondo de mi mente, algo me avisaba. Una voz susurró, pero la aparté y me centré en la cara del chico. Aunque tenía el cabello y los ojos de su madre con esas motas verdes, su estructura facial era diferente. Debía de ser de su padre. Ya odiaba a ese idiota con suerte.

Un niño no era algo que hubiera previsto.

Mataría a Nico por no mencionar al niño. ¿Para qué carajos le pagué?

Autumn agarró suavemente la barbilla de su hijo y volvió a acercar el rostro del pequeño a ella. Una suave sonrisa apareció en sus labios mientras volvía a hablar. Lo que dijo provocó una sonrisa de felicidad en el rostro del niño, que asintió con entusiasmo. Se inclinó para besarle la mejilla y él la rodeó con sus regordetes brazos.

Se enderezó y asintió hacia sus padres. El chico tendió la mano a sus dos abuelos y los tres se marcharon, dejando atrás a Branka y Autumn.

Poco a poco, la gente empezó a acercárseme para darme el pésame, mas seguía concentrado en Autumn. Incluso después de cuatro largos años, ansiaba su calor, su suavidad, su sabor. Me quedé quieto, sin atreverme a moverme o arriesgarme a perder el control.

Por fin había vuelto y no iba a perderla de vista. Estaba a punto de cobrar una deuda. Tenía un contrato que cumplir.

Con hijo o sin hijo.

El desgraciado que suponía una amenaza para ella estaba a dos metros bajo tierra. Para siempre.

Y joder si la dejaría ir esta vez. A partir de ese segundo, era mía.

Capítulo Veintitrés



Autumn

La situación no salió exactamente como la había planeado.

El objetivo era llegar a casa de mis padres antes del funeral y que se quedaran con Kol. Lamentablemente, los mejores planes salían mal. Nuestro vuelo se retrasó y, cuando por fin aterricé, era perderme el funeral o encontrarme con mis padres allí.

A decir verdad, me importaba una mierda el padre de Branka o su funeral. Pero quería estar allí para mi mejor amiga.

En cuanto bajé del taxi, sentí los ojos de Alessio en mí. Me obligué a no mirar, me centré en mi hijo e intenté ralentizar los latidos de mi corazón. Cuatro años atrás, juré que no volvería a verlo.

Sin embargo, el hombre seguía visitando mis sueños. Y todos los días lo veía en el rostro de mi hijo.

Lo único que tenía que hacer era ver a mi niño y darme cuenta de que todo el dolor había valido la pena. Me dio al ser humano más hermoso del mundo. Kol. Solo por eso, soportaría cientos de humillaciones y desamores.

Me hizo más fuerte. Y podía resistirme totalmente a Alessio Russo. En ese momento era mayor y más sabia. Sabía lo que era y el dolor que venía con él.

Vi a mis padres caminar hacia su coche con mi hijo entre ellos. Sabía que Kol giraría la cabeza una vez más para asegurarse de que seguía allí. Y lo hizo, en cuanto llegaron al auto del abuelo. Se detuvo y miró por encima del hombro. Se me calentó el pecho y lo saludé con la mano, sonriendo tranquilizadoramente. Era el vivo retrato de su padre, sin el cabello negro como el carbón y las pequeñas manchas verdes en los ojos.

Pero era mío. Todo mío. Alessio perdió su oportunidad.

—Él es tan especial —murmuró Branka en voz baja.

«Sí, lo es. Mi mejor tesoro».

Un último saludo mientras mi padre se alejaba y me volví hacia Branka.

—¿Cómo te sientes?

Me abrazó de nuevo y se lo devolví.

—Ahora que estás aquí, genial. Te extrañé.

Incliné la cabeza.

—Solo ha pasado una semana —señalé.

En el momento en que su padre fue declarado muerto, por misteriosas circunstancias, Alessio le envió un mensaje y voló mientras yo terminaba la sesión de fotos. El último encargo nos llevó a África Central, y llevábamos allí tres meses. La edición de la vida salvaje. Nos habíamos divertido mucho con ella, tanto para *National Geographic* como para la edición de nuestro *blog.*

Había sido un sueño hecho realidad, aunque con el pequeño Kol creciendo cada día, había llegado el momento de pensar en un lugar más permanente para criar a mi hijo. Sin el viejo Russo, Montreal era en ese instante una posibilidad. Si tan solo Alessio no estuviera aquí.

—Deberías volver a tu sitio, Branka. —La insté suavemente—. Te esperaré aquí.

—No quiero —se quejó. Pero sabía que era lo correcto—. Ven conmigo.

Eso sí que sería una ironía. Pararme sobre la tumba del hombre que vino tras de mí e intentó matar a mi hijo. Quería bailar sobre la tumba del hijo de puta, no mantener una cara seria.

—Te esperaré aquí —insistí con firmeza, sonriendo alentadoramente, y luego la empujé hacia delante.

Observé a Branka ocupar su lugar junto a su hermano. Y, como un imán, mis ojos se posaron en su rostro. Ninguna preparación hubiera sido suficiente para acostumbrarme a Alessio Russo.

Hermoso pero duro. Despiadado. Letal.

«Díselo a alguien a quien le importe una mierda».

Las últimas palabras que me dijo. Las palabras que lo cambiaron todo. Aún las escuchaba en los susurros del viento. A veces en el calor de un sol abrasador. Las palabras dejaron una marca permanente en mi corazón y en mi mente.

Quizás era el mejor escenario para nuestro final, porque todas las historias que había leído sobre él en los últimos cuatro años lo pintaban con colores oscuros. Tampoco me pareció que estaban exagerando. El criminal de Montreal quien dirigía el bajo mundo junto a Cassio y Luca King, Nico Morrelli, Raphael Santos y otros mafiosos.

El único rasgo bueno: todos estaban en contra de la trata de seres humanos.

El único problema en torno a ese hombre era mi cuerpo traidor que aún reaccionaba ante el hombre que me destrozó el corazón. Un escalofrío me recorrió la espalda. El tipo que puso mis expectativas sexuales tan altas que era imposible que alguien las alcanzara. Tuve que soportar un período de sequía durante los últimos cuatro años.

Tantas noches largas y solitarias.

Mi mente sabía que era malo para mí. Me dejó en el infierno después de esas palabras, no obstante, a mi cuerpo no le importaba. Era adicto a Alessandro, a su toque, su oscuridad y su boca. Si hubiera una cura para esta maldita atracción, la tomaría. Sin preguntas.

Alessio apartó la vista de la persona con la que estaba hablando y nuestras miradas se cruzaron. Su mandíbula se tensó y sus ojos ilegibles se clavaron en mí. Mi estúpido y tonto corazón tambaleó en mi pecho.

Era tan hermoso y crudo, enviando lava fundida por mis venas.

Pero él no era mío. Nunca lo fue. En realidad, no.

En ese momento era más inteligente. Tenía que pensar en mi hijo.

Meses de lágrimas y un corazón roto me habían enseñado a no soñar con lo imposible. Alessio siempre estuvo fuera de mi alcance. Honestamente, no lo quería a mi alcance. No era el tipo de relación por la que aspiraba.

Cuando los meses en que el dolor era demasiado y la terrible sensación de que había perdido algo irremplazable abrumaba la razón, escuchaba la suave respiración de Kol. Una pequeña vida que dependía de mí. Era todo mi centro de atención. Mi vida.

Ese era el mejor escenario para mi hijo. «*Nuestro hijo*», corrigió mi corazón.

No, Kol era todo mío.

Branka, su hermano y otro tipo empezaron a caminar en mi dirección y parpadeé. La ceremonia había terminado. La mayoría de la gente se había retirado mientras estaba perdida en mis pensamientos.

Al ver a Alessio avanzar hacia mí a grandes zancadas, más alto y oscuro de lo que lo recordaba, tuve que detener la necesidad de huir. En lugar de eso, me encontré con ellos a medio camino.

—Hola, Autumn. —La voz de Alessio seguía siendo la misma. Suave. Profunda. Atrayéndome a sus profundidades ámbar. Otro escalofrío me recorrió la espalda.

—Alessio. —Mi voz era apenas un susurro. Parecía más grande, más alto—. Siento tu pérdida.

Su expresión se ensombreció. Su mandíbula se tensó tanto que los músculos de su cuello se resaltaron. Su respiración se hizo más agitada. Avanzó un paso hacia mí y tuve que luchar contra el impulso de dar uno atrás. Estaba demasiado cerca. La electricidad crepitó entre nosotros mientras me sostenía la mirada. Durante una fracción de segundo, una lujuria carnal brilló en esos pozos de acero.

En respuesta, sentí un cosquilleo en la piel. El deseo y la lujuria me recorrieron las venas.

Las últimas palabras que me había dicho susurraban en mi mente. «*Díselo a alguien a quien le importe una mierda*».

Era el recordatorio que necesitaba.

—¿Alguien va a presentarme? —Una voz desconocida penetró el silencio.

Parpadeé. Toda la expresión de Alessio volvió a ser una máscara. Una máscara inexpresiva. Mas sus ojos seguían fijos en mí y parecía que no iba a presentarme.

—Esta es mi mejor amiga, Autumn. —Branka terminó haciéndolo—. Autumn, este es Byron Ashford.

Mis cejas se alzaron.

—¿Senador Ashford? —inquirí, estudiándolo. Traje costoso hecho a la medida. Cabello oscuro. Ojos azules penetrantes. Santos cielos, era guapo—. Supuse que eras mayor.

El tipo se rio.

—Ese es mi padre.

Me tendió la mano y acepté el apretón. No me sorprendió que la familia Russo tuviera conexiones en la política. La corrupción era profunda en todos los niveles del gobierno. Aunque algunos de mis ideales murieron, luchaba por otros.

—Quizá puedas indicarle a tu padre que su voto en los asuntos de Medio Oriente significa la vida y la muerte para algunas personas —repliqué secamente—. Pero entonces parece más preocupado por hacer campaña y aceptar sobornos de delincuentes.

Siguió un silencio incómodo. De acuerdo, fue una falta de tacto y un mal momento. Pero por otro lado, era improbable que me volviera a encontrar con él nuevamente.

Los labios carnosos de Byron se curvaron en una sonrisa dura.

—Tomo nota y me aseguraré de transmitir el mensaje. O puedes decírselo tú misma. —Por la expresión de su cara, era difícil saber si estaba enfadado—. Admiro mucho tu trabajo.

Levanté las cejas. Branka no le había dado mi nombre completo. Debió de leer la sospecha en mi cara.

—Vi una foto tuya durante tu exhibición de hace unos meses —explicó—. La fotógrafa que salvará al mundo.

No sabía si se estaba burlando de mí o no. En cualquier caso, mi sexto sentido me advirtió de que aquel hombre era igual de bueno ocultando sus emociones y pensamientos. Miré a Alessio, luego a Byron, y fruncí el ceño. A excepción de los ojos, los dos hombres se parecían mucho.

Estructura facial similar. La misma nariz. La misma boca carnosa. Ojos diferentes.

—¿Era tu hijo? —La pregunta de Byron fue casual, aun así, una alerta se disparó a través de mí. Asentí—. Es un niño muy guapo.

—Gracias.

Branka se movió sobre sus pies, su mirada vacilante viajando entre Byron, Alessio y yo. Como si esperara que estallara una bomba. Tampoco la culpaba. La forma en que Byron me observaba daba a entender que conocía todos mis secretos. Bueno, *un* secreto. El que protegería a toda costa. Después de Londres, decidí que permanecería como mi secreto.

Tal vez estaba paranoica. Sí, probablemente era eso.

—Byron, ¿puedes llevar a Branka a mi casa? —preguntó Alessio, sin apartar su atención de mí.

Cada vez que estaba cerca de este hombre, le ordenaba a alguien que llevara a Branka a casa.

—Branka y yo podemos tomar un taxi —sugerí—. A mi casa.

—No.

Parpadeé. ¡Oh, no se atrevió!

¿Se daba cuenta de que no tenía nada que opinar en nuestras vidas? Ambas éramos adultas y llevábamos cuatro años viviendo solas. Bueno, Branka recibía dinero de su hermano, pero aun así. No podía mandarla así.

—Está bien, Autumn —aseguró Branka, probablemente sintiendo la tensión en el aire—. ¿Por qué no vienes a nuestra casa? —Su pregunta sonaba esperanzadora. Quería decir que no; necesitaba decir que no—. Por favor, Autumn.

Con un gran suspiro y sabiendo que estaba cometiendo un error, respondí:

—Sí, claro. Solo un rato.

Di un paso para seguirlos cuando la voz de Alessio me detuvo.

—Te llevaré.

Mi cabeza se giró hacia él.

—Eso no es necesario.

—Sí, lo es.

Apreté la mandíbula.

—No iré contigo, Alessandro —objeté.

Me di cuenta enseguida de mi error. Nadie llamaba a Alessio por su nombre completo. Branka nos observaba con curiosidad y diversión en sus ojos. A veces me recordaba tanto a su hermano que ni siquiera tenía gracia.

—Tenemos cosas que discutir —afirmó, con voz tranquila y serena.

Tenía en la punta de la lengua decirle que fuera a discutirlo con alguien a quien le importara una mierda. Mas no lo hice. En vez de eso, lo miré con odio. Enfadada con él por estar tan tranquilo. Molesta conmigo por estar tan alterada a los pocos minutos de verlo.

—Tengo un coche deportivo, así que probablemente sea mejor que vayas con Alessio —añadió Byron. Maldito traidor.

—Está decidido, entonces —concluyó Alessio con una sonrisa burlona.

—Nos vemos allá. —Se despidió Branka, dándome un beso en la mejilla.

Branka y Byron se marcharon, dejándome cara a cara y a solas con Alessio.

Un Alessandro más duro, más áspero.

Una cosa estaba clara. Haber estado alejada de Alessio durante cuatro años no había sido suficiente. No lo había olvidado y todavía lo extrañaba. A pesar de eso no lo había perdonado. No podía. No fue como que si alguna vez me pidiera perdón.

Esa fuerza invisible, que me jalaba hacia él, sería mi fin. Incluso después de todo ese tiempo, los recuerdos de ambos eran agridulces.

Estábamos lo bastante cerca como para que su aroma único a sándalo y especias invadiera mis sentidos.

Durante los últimos cuatro años, intenté olvidar su toque. Su olor. Sus manos ásperas. Su deseo ardiente. Las dulces palabras que susurró. Sin embargo, todo era mentira.

El hombre del que me enamoré no existía.

Permaneció inmóvil, como una estatua de piedra. Como si estuviera esperando algo. Pero sus iris ardían con palabras que entendía demasiado bien. Mas su mirada me engañaba. No podía permitirme caer de nuevo en su trampa. Lo que estaba en juego era más importante.

Fui a dar un paso atrás, para poner distancia entre nosotros. En un momento había espacio entre los dos y al siguiente, metió una mano áspera en mi cabello y me echó la cabeza hacia atrás. Se me escapó un suave jadeo y abrí los ojos de par en par.

Su otra mano me rodeó la cintura y me apretó contra su cuerpo. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, su boca descendió sobre la mía. Estaba a un suspiro de distancia y mi cuerpo zumbó con esa sensación familiar. Las partes de mí que habían estado muertas durante cuatro años volvieron a la vida. Como gotas de lluvia en el desierto.

Separé la boca y sus labios rozaron los míos cuando la razón irrumpió en mi mente. Llevé las palmas a su pecho y di un paso atrás.

—No. —Una palabra tan simple, pero con tanta fuerza. Sí, la dije, aunque no impidió que la decepción me invadiera.

La mirada feroz y posesiva de sus ojos me hizo estremecer. Sabía cómo besaba. Duro. Áspero. Salvaje.

—Quieres esto, Autumn —declaró con anhelo en su voz. O tal vez mi mente me estaba jugando una broma—. Lo quiero. Deja que ocurra.

Su mano me rodeó la cintura y tiró de mí para acercarme. Mis palmas se apoyaron en la pared de piedra de su pecho, pero en lugar de apartarlo, mis dedos se aferraron la chaqueta de su traje, apretándolo con fuerza hacia mí.

Me odiaba por ello. Lo odiaba por ello. A mi cuerpo le encantaba y a mi estúpido corazón también. A pesar del dolor, seguía latiendo por él.

—Esto, tú y yo. Lo nuestro, tiene sentido —pronunció con voz ronca.

Mi mente gritaba. Mi razón protestó. No obstante, mi cuerpo me traicionó, amoldándose a él.

Sacudí la cabeza. Necesitaba mantenerme fuerte.

—No —repetí, con voz firme a pesar de que las entrañas me temblaban por la necesidad de tenerlo—. Te deseaba hace cuatro años y dejé que sucediera. Los dos sabemos cómo acabó. No puedes volver a empezar algo que has roto.

Nos quebró. Destruyó lo que podríamos haber tenido.

El corazón me latía con fuerza y rapidez contra el pecho, amenazando con romper mi caja torácica y saltar hacia él. Sentía que me arañaba las entrañas para llegar hasta él.

Siempre lo había deseado. Lo era todo para mí. Hasta que dejó de serlo.

Mi perdición. Mi felicidad. Mi caída.

Capítulo Veinticuatro



Alessio

Autumn estaba callada mientras conducía, dejando atrás aquel maldito cementerio.

Apenas se había sentado en mi Bugatti y su aroma otoñal ya llenaba el coche. Olía tal y como la recordaba. Mi verga se endureció. Era todo lo que necesitaba cuando se trataba de ella. Quería mirarla fijamente. Follármela. Tenerla en cada uno de mis espacios.

Algunos hombres querían espacio y límites. Yo solo la quería a *ella*.

Mi corazón había estado congelado durante esos últimos cuatro años. Se había convertido en un bloque de hielo en el momento en que sus ojos se volvieron marrones por mi culpa, por lo que le hice a propósito para salvarla. Si bien me convertí en su villano por necesidad, los años no habían sido suficientes para permitirme seguir adelante. Nunca iba a poder seguir adelante. Desde que la probé por primera vez, no había vuelta atrás para mí. Me había consumido desde el momento en que cruzamos caminos.

Su toque era todo lo que necesitaba. De repente, no podía concebir la vida sin ella. En mi mundo de violencia, tortura y dolor, Autumn era la prueba de que había vida fuera del bajo mundo. Una vida feliz.

Ofrecía mucho más que un cuerpo caliente. No era un santo, pero nunca me gustó la cercanía física. Ni el toque. Era la razón por la que siempre follaba a las mujeres por detrás. Ver sus caras era demasiado personal. Los fantasmas, al menos los que recordaba, volvían demasiado rápido.

Sin embargo, con Autumn, quería ver esa felicidad en su rostro. Quería su placer antes que el mío. Y quería darle todas mis piezas rotas. Eso era lo esencial, ¿no? Mi padre me rompió incluso antes de que me convirtiera en un hombre, pero con ella, no recordaba nada de eso.

Con ella me sentía vivo. Completo.

Sin ella, solo la frialdad residía en mi pecho. Sin ella, no era nada. Con ella, lo era todo.

Quería cada maldito pedazo suyo. Ser la razón de sus sonrisas. Para secar sus lágrimas. Ser el dueño de su lealtad.

Sacudí un poco la cabeza. Estaba muy jodido.

Hablando de ironía. No quería estar cerca de mí y yo estaba obsesionado con ella. Había puesto mi mundo de cabeza desde el momento en que me echó de su habitación. Me decía a mí mismo que solo era una molestia, pero ¿por qué no podía dejarla ir? No la primera vez que la vi. Y ciertamente no ahora.

Debía aprovechar que el imbécil estaba muerto.

Había hecho añicos los muros que formaban mi vida y los había vuelto a unir poco a poco durante esos dos meses. Me hizo completo. Pero entonces, *puff*. Se había ido y mi presión sanguínea nunca volvió a ser la misma.

—¿Qué has estado haciendo en los últimos cuatro años? —Jesucristo, ¿realmente acababa de entablar una conversación trivial?

También debió darse cuenta porque soltó una risita.

—¿Y qué has estado haciendo, Alessandro? —Me fulminó con la mirada, aunque sus iris no eran marrones. Eran de un color intermedio—. ¿O debería decir a quién? —Casi gruñó.

—He estado ocupado. —Tuve la tentación de responder con algo sarcástico, mas no me serviría de nada. No con la bomba que le soltaría antes de que acabara el día. La necesitaba de buen humor.

—Me lo imagino —se burló—. Sé lo que significa para ti *estar ocupado*.

Mis labios se tensaron ante su burla. Autumn no era exactamente una gata salvaje, pero definitivamente no era un tapete.

—Recuerdo cuando eras dócil y más amable con nuestras charlas —musité, sin ganas de discutir con ella—. O mejor aún, cómo conseguía derretirte mientras te chupaba...

—Y recuerdo vagamente cuando no eras un imbécil —reviró, cortándome. Aunque no se me escapó el rubor de sus mejillas.

Me dio la espalda, y su terquedad se hizo evidente en la manera que apretaba la mandíbula.

—He visto tus exhibiciones. —Cambié de tema. Giró la cabeza hacia mí, con los ojos llenos de sorpresa. Esos impresionantes fanales que tenían tanto poder sobre mí. Todo lo que tenía que hacer era mirarme y me ponía de rodillas. Mi corazón latía solo por ella. A pesar del dolor y de toda la mierda, no podía evitar latir porque la estaba esperando. Tenía tanto poder sobre mí y ni siquiera lo sabía—. Tus fotos son muy buenas —continué.

—*Hmmm*.

—¿Qué? ¿No estás de acuerdo? —desafié.

Puso los ojos en blanco de esa forma tan familiar, no obstante, sus labios carnosos no estaban curvados por la picardía.

—Me sorprende que te gusten, eso es todo —contestó secamente.

—¿Por qué?

—Oh, no lo sé. —Fingió confusión, pero me miró con fastidio—. ¿Podría ser porque muchas de mis fotos tratan de armas ilegales, tráfico de mujeres y drogas? Y todos sabemos lo buen ciudadano que eres.

—No he cambiado —me burlé, sin querer que supiera que sus palabras habían dado en el blanco deseado—. Mi negocio no ha cambiado. Antes no te molestaba. —Sus ojos se entrecerraron y sus labios se afinaron con desagrado. Odiaba que le recordara nuestro pasado. Así que, naturalmente, continué provocando más recuerdos—. De hecho, recuerdo que antes estabas encantada conmigo. Gritando mi nombre en lo alto de un monte...

—Por Dios, ¿quieres parar? —siseó, con el rubor extendiéndose por su cuello y desapareciendo bajo su vestido.

—Intento entablar una conversación, Autumn —aclaré con calma—. Quiero saber cómo has estado. Quiero saber sobre tu hijo. —*«Y de su padre»*, pensé con amargura—. El mundo que has visto. Quiero saber todo lo que me he perdido en los últimos cuatro años.

—No tengo ni idea de por qué te importa, teniendo en cuenta cómo nos despedimos la última vez que te vi —siseó. Apretó las manos sobre su regazo, con los nudillos blancos—. He visto

mucho del mundo. Mi hijo no es de tu incumbencia y tampoco lo que pasó después de que tú...

Se interrumpió. Tenía las cejas fruncidas, la boca apretada y respiraba entrecortadamente. Tuve la maldita tentación de acercarme y pasarle una mano por la frente. Nunca quise ver angustia en su rostro. Por desgracia, fue lo único que le había traído.

—Lo siento —pronuncié.

Nunca comprendería del todo cuánto lo sentía. Lo duro que fue renunciar a ella. Aunque podría haber aceptado riesgos para mí, nunca para ella. Mi muerte era aceptable, la suya no.

Era la cura a todo mi dolor.

Sus ojos se encontraron con los míos. Marrones. Joder, odiaba ese color.

—Lo sientes ¿por qué? —exigió saber con su voz suave. Incluso cuando estaba enojada, hablaba suavemente. Demonios, ¿por dónde empezaba?

Siento que no consiguiera a alguien mejor que yo. Siento haberla herido. Siento no haber podido mantener a mi padre a raya para que su vida no corriera peligro. Siento haberle fallado.

Lamentablemente, ninguna de esas palabras salieron de mi boca.

—Sentirlo no es suficiente, Alessio —susurró, y luego volvió a mirar por la ventana, dando a entender que nuestra conversación había terminado.

Ella no sabía que nunca terminaría. No para nosotros. Era inútil sin ella, así que la tomaría en ese momento. Cuidaría de Autumn y de su hijo, quien fuera que sea su padre. El odio se deslizaba por mis venas al pensar que alguien más había tocado su suave piel, oyera sus gemidos o sintiera su apretado coño. Pero nunca sería como mi padrastro. Nunca le causaría dolor a un niño que no tenía control sobre su paternidad. Era mejor que eso.

Dios, esperaba ser mejor hombre que el desgraciado que me crio.

Llegamos a mi casa, situada en hectáreas de terreno y rodeada de protección. Hacía décadas que la había construido para mi hermana, para darle una cierta apariencia de seguridad. Un día esperaba que fuera un lugar feliz para su familia, mi familia. *Nuestra familia*.

Autumn saltó del coche y subió corriendo las escaleras de mármol sin mirar atrás.

—Por supuesto, entra —refunfuñé en voz baja.

No me oyó, porque cuando apagué el motor ya había salido. Me tomé un momento para admirar sus cuerpo. Seguía siendo delgada, pero había más suavidad en sus curvas. Suponía que era el resultado de tener un hijo.

Cuando descubriera qué idiota se atrevió a tocarla, sería hombre muerto. Ya le había enviado una nota a Nico.

Mi teléfono emitió un pitido, señalando un mensaje de texto, y le eché un vistazo.

—*Ah,* hablando del diablo —murmuré, y luego le marqué.

—¿Por qué demonios tu investigación no incluyó a su hijo? —exigí. No tenía sentido perder el tiempo y andarse con rodeos.

—Dijiste que querías saber de ella, no de su familia y su hijo —respondió Nico imperturbable.

—¿Por qué demonios no querría saber nada del niño? —bramé. Ya podía imaginarme a Nico encogiéndose de hombros y bebiendo a sorbos su coñac o su *whisky*. Cualquiera que fuera su veneno—. Quiero el nombre del padre —demandé, con los dientes rechinando—. ¡Ahora!

De fondo sonaban voces agudas de niños y niñas.

—Niñas, basta ya. Ustedes también, chicos. O hoy no habrá película —advirtió Nico. Tenía dos pares de gemelas. Sinceramente, no sabía cómo diablos mantenía Nico la cordura. Su casa siempre zumbaba con la vida, los llantos, gritos y rabietas de los niños.

—¿De verdad quieres saber quién es el padre del niño? —inquirió Nico. Debió haber puesto

a sus hijos en orden.

—Pregunté, ¿no?

—Mírate en el espejo, Alessio. —Parpadeé y mis ojos se desviaron hacia el espejo retrovisor —. Eres el padre del niño.

Mis oídos zumbaron y el mundo entero se movió sobre su eje.

Era el padre. Y la había abandonado. Joder.



Entré en mi casa y me encontré a Branka y Autumn sirviéndose una copa de mi mejor *whisky*. Por si eso no fuera lo suficientemente malo, mi hermana sirvió otro vaso generoso, demasiado grande, y se lo ofreció a Byron.

—Toma, esto es por traerme —dijo Branka secamente—. Fue el viaje a casa más aburrido.

—Apuesto a que el mío supera al tuyo —murmuró distraídamente Autumn. Parecía cansada. Sus oscuras pestañas formaban un abanico oscuro contra sus mejillas mientras bebía un trago de mi *whisky*.

Branka se bebió su propio vaso. No creía que a ninguna le importara que fuera un *whisky* casi bicentenario por la forma en que se lo tragaban. Se suponía que había que saborearlo. Byron al menos lo sorbió. No debía de estar de humor para socializar, porque desapareció en mi despacho.

—¿Es malo que me alegre de que ese hombre esté muerto? —soltó Branka.

Autumn puso su mano suavemente sobre la de mi hermana.

—Olvídalo. Probablemente sea lo mejor.

No tenía ni idea. Ese hijo de puta había puesto tantas vidas a pasar por un infierno.

—Estaría bien quedarse aquí un tiempo. —Branka sonrió.

—Por ahora. —Autumn bebió otro trago de *whisky*.

—¿Qué quieres decir con por ahora?

—Veré cómo va. —Observó el líquido en su vaso—. Me gusta estar en el campo.

—Pero no puedes seguir haciendo eso con Kol.

Autumn suspiró profundamente. Kol. Mi hijo. Branka no había mencionado ni una sola vez que su mejor amiga tuviera un bebé. ¿Lo sabía mi hermanita? ¿O era algo que Autumn se guardaba para sí misma? Nos mantuvimos a escondidas de Branka durante esos dos meses.

—Lo sé —musitó—. *Maman* ya me consiguió una cita para inscribirlo en unas horas de guardería. Dijo que es bueno para socializar. —¿En serio? Tendría que investigarlo. Jesucristo, sabía muy poco de niños. ¿Tendría que aprender a cambiar pañales?—. Dios, no puedo creer que volví a casa. *Maman* mantuvo mi cuarto exactamente como estaba.

—¿El mío también? —Branka estaba conmocionada.

—Sí. —Autumn pasó la mano por su espesa melena—. Deberíamos haber vuelto antes, pero... —Se detuvo—. De todos modos, no estoy segura de cuánto durará esto.

—¿De qué quería hablarte Alessio? —agregó Branka con curiosidad.

Se encogió de hombros.

—Mis fotos.

La expresión de Branka mostraba claramente que no le creía.

—Sí, porque todos los hombres quieren hablar de artes y oficios.

Autumn le lanzó una mirada molesta.

—Bueno, supongo que tu hermano sí. Tal vez tenga alma de artista.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Sí, sus artes y oficios terminan en hacer muebles y torturar... —Branka sería mi muerte—. De todas maneras, le gusta hacer muebles. Aunque no recuerdo la última vez que lo vi hacerlo.

—¿Construye muebles con sus propias manos? —cuestionó Autumn, con la incredulidad claramente reflejada en su rostro. Branka asintió—. *Wow*, no sabía que fuera tan bueno con sus manos.

—Deberías probar sus manos —sugirió Branka—. Al menos que ya lo hayas hecho.

—¿De qué demonios estamos hablando? —refunfuñó Autumn.

—Las manos de mi hermano —indicó inocentemente, con esa expresión en la cara que tan bien conocía. Tenía escrito problemas por todas partes—. ¿Y qué pasa con ustedes? No puedo decidir si no se soportan o quieren foll...

—Será mejor que no lo digas —siseó Autumn su advertencia—. Sé que enterramos a tu padre hoy, pero si lo dices, te juro que voy a perder la cabeza.

Branka sonrió. Era todo el desafío que necesitaba.

—¿Qué? ¿Te sientes un poco cachonda? Tu última cita no salió muy bien.

¿Su última cita? Me invadió la furia.

—Branka...

—Solo quiero saber qué está pasando —refunfuñó Branka—. Tiene que haber algo más detrás de que mi hermano insistiera en que viajaras con él.

—Bien, habló de mis fotografías y quería saber qué hemos hecho los últimos cuatro años.

—¿Quizás esté buscando información? —Branka reflexionó y mi instinto me advirtió de que había algo que mi hermana menor ocultaba—. ¿Qué le dijiste?

—Nada. —Autumn sonaba demasiado a la defensiva—. No había nada que contar.

—¿En serio? —Branka la observó críticamente—. ¿Absolutamente nada que contar?

—¿Debería haberle contado todos mis sueños y deseos? —replicó sarcásticamente Autumn.

Esa vez Branka se rio.

—Sí, como ese sueño que tuviste en la preparatoria.

Autumn puso los ojos en blanco.

—Tendrás que ser un poco más específica. Esos sueños cambiaban semanalmente. A veces a diario.

Ambas se rieron entre dientes.

—Cierto —asintió Branka—. La vez que insististe en que solo te casarías con un chico de aquí porque querías estar cerca de tus padres. Y luego ese idiota te llamó mente cerrada y tuve que darle un puñetazo por ti.

Ciertamente esperaba que Branka estuviera bromeando, sin embargo, la forma en que Autumn se atragantó con su bebida me dijo que no era así.

—Corrió hacia su mami llorando. —Las dos se rieron—. La única razón por la que no se dijo nada fue por quién era tu hermano.

Branka negó con la cabeza.

—No, no llamaron a nadie por quién era mi padre. Alessio da miedo, pero siempre me hace hacer lo correcto. Mi padre era otra historia diferente.

Ambas permanecieron calladas un momento.

—¿Por qué no te casas con Alessio? —sugirió.

Esta vez Autumn se atragantó con su bebida.

—*Sí*, eso sería un contundente no.

Aunque no había vacilación en la voz de Autumn, sus mejillas sonrojadas no se me escaparon.

Branka se rio.

—De alguna manera sabía que dirías eso. —Ambas se sirvieron otra copa, chocaron los vasos y siguieron bebiendo—. Sí, no es realmente tu tipo —comentó Branka, aunque detecté sarcasmo en su tono.

«Te equivocas, hermana». Era totalmente su tipo y ella era el mío.

—Supongo.

Branka ya había rellenado su vaso. Y el de Autumn. Esa botella desaparecería esta noche, a menos que la guardara bajo llave.

—¿Qué quieres decir con *supongo*? —preguntó mi hermana mientras dejaba la botella y bebía otro sorbo.

Autumn se rio.

—Vamos, Branka. Es *sexy*. Da bastante miedo, pero *sexy* de todos modos.

—¿Te lo cogerías?

—¡Branka!

—¿Qué? Es una buena pregunta. —Branka se defendió mientras las mejillas de Autumn se sonrojaban.

—Algo está definitivamente mal en esta conversación. Si tuviera un hermano, no querría saber si te lo cogerías.

Branka se encogió de hombros.

—El hecho de que estés evitando la pregunta, me dice que lo harías.

Autumn exhaló.

—No, no lo haría. Y no estaba evitando la pregunta. Simplemente señalaba lo inapropiada que era.

—Deberías follártelo.

—¿Ves?, por eso no te digo cuando los hombres están guapos —señaló Autumn—. Te pones en modo casamentera. Honestamente, deberías empezar ese negocio. Te encanta emparejar personas.

Branka sonrió e inclinó la cabeza hacia atrás.

—Lo sé. Hasta ahora lo he hecho bastante bien. Gracias a mí, dos miembros de nuestro equipo se han casado.

—Sí.

—¿Así que Alessandro es tu tipo? —Branka lo intentó de nuevo.

—¡Jesucristo, me estás matando! —exclamó Autumn molesta—. No, no es mi tipo. Actualmente, nadie es mi tipo.

—De acuerdo, está bien. No es tu tipo. —Branka rellenó sus bebidas—. Hasta el fondo, hermana.

Ambas se rieron, se lo bebieron todo y se sirvieron otro.

Dejándolas a su suerte, fui en busca de mi medio hermano. Byron y yo habíamos llegado a una tregua a regañadientes después de que me ayudara a deshacerme del viejo.

La puerta de la oficina se cerró tras de mí con un silencioso chasquido. Encontré a Byron cómodamente sentado en la zona de estar de mi despacho, sorbiendo su *whisky*.

Crucé la habitación, con pasos lentos y pausados, hasta llegar a mi escritorio. Me senté detrás, con un músculo en la mandíbula palpitando. Décadas de resentimiento eran difíciles de superar y, la verdad, Byron me había hecho un gran favor. Le debía uno y odiaba estar en deuda con alguien.

—Es bella —expresó Byron con indiferencia. Si bien no hice ningún comentario, apreté los

dientes—. La esposa perfecta para un político prometedor. Y más cercana a mi edad que a la tuya.

La rabia me quemaba en el pecho. Byron era dos años más joven que yo, pero él y Autumn eran más compatibles. Solo sobre papel. Ambos eran rectos. Ambos tenían ideales. No obstante, había algo en ver a Byron y Autumn juntos que me hacía querer aplastar la cabeza de mi medio hermano contra la pared más cercana. Byron, al igual que Autumn, quería salvar el mundo. Era la razón por la que trabajaba a espaldas de su padre, limpiando el desastre de negocios corruptos que había dejado a su paso.

—Te das cuenta de que estás gruñendo, ¿verdad? —Byron dio un perezoso sorbo a su bebida. Mi maldita bebida.

—Y *tú* me estás molestando. —La inquietud zumbaba bajo mi piel. Estaba ansioso por poner en marcha mi plan, y después de enterarme de que Kol era mío, me obsesionaba con ponerlo en juego. Jesucristo, era mío. Tenía un hijo. Una persona más inteligente estaría furiosa porque me lo había ocultado, mas mi lado obsesivo y ligeramente psicótico estaba encantado de que hubiera algo que nos uniera. Un lazo que no podía romperse.

Aquella maldita última escena de ambos juntos cuatro años atrás se manifestaba en mi mente. Una y otra vez. Como un disco rayado. Me buscó para hablar conmigo y la callé. ¿Iba a contarme lo del bebé cuando fue a verme? Nunca le di la oportunidad. Otra cosa que añadir a mi lista de cosas que lamentar.

¿Me perdonaría?

Porque dejarla ir no era una opción.

«Debería haber estado ahí para ella».

Me centré en lo positivo. Autumn hizo un buen trabajo ocultando a mi hijo de mi padre. Me hizo amarla aún más, si eso era posible. Lo protegió de ese viejo desgraciado durante esos últimos cuatro años.

No podía esperar a tenerla en mi *penthouse*. En mi cama. Porque había otro órgano que funcionaba solo para ella. Mi polla se negaba a contemplar la idea de cualquier otra mujer. Solo ella.

Cuatro años era mucho tiempo para la abstinencia y la masturbación constante.

—Te das cuenta de que es tu debilidad, ¿verdad? —No había necesidad de preguntar de quién estábamos hablando. Autumn Corbin, muy pronto Russo, era mi debilidad. Y ni siquiera podía encontrar la voluntad de que me importara. La mantendría a salvo.

A ella y a nuestro hijo.

Era el rompecabezas que mis latidos echaban de menos. Ese órgano solo funcionaba correctamente cuando *ella* estaba cerca.

Dejé a un lado por el momento mis pensamientos sobre rizos negros y ojos color avellana. No había necesidad de transmitir mi debilidad.

—Métete en tus malditos asuntos, Byron.

—Y yo que pensaba que me querrías y serías amable conmigo para siempre por haber matado a tu padre por ti. —Byron fingió dolor, el sarcasmo pesaba en su voz—. Y tienes ese trato de armas con mi primo Dante.

—Sí, me encantaría que te alejaras para siempre de mi vista —gruñí, y luego mis labios se curvaron en una sonrisa sardónica—. Apuesto a que una mujer en concreto también te exige que te alejes de su vista —espeté suavemente.

La sorpresa se apoderó de sus ojos, seguida de fastidio y una pizca de furia.

—No pensabas de verdad que tu hermano mayor no conocería tus secretos, *¿eh?* ¿Qué clase

de hermano sería?

—Es la primera maldita vez que me llamas hermano, y lo has hecho dos veces en menos de un segundo —siseó entre dientes.

Pude ver su ira latiendo en su yugular. No era contra mí, era contra otro tipo de mujer. Si Autumn era mi debilidad, esa mujer pelirroja era la suya.

Byron, a pesar de su apariencia pulcra, era tan despiadado como yo. La última persona que se atrevió a tocar algo suyo, una mujer para ser exactos, acabó en coma con los dedos de las manos y los pies cortados y una cara que nunca se recuperaría.

Eso debió de arruinar las ganas de conversar de Byron, porque se levantó, abotonándose su costoso traje Brioni. Odiaba que a los dos nos gustaran esos malditos trajes. Tal vez me cambiaría permanentemente a los *jeans* porque Autumn había mencionado que mi trasero se veía *sexy* en ellos. Así le resultaría más difícil resistírseme.

¿Verdad? ¡Demonios! Acabaría llegando a una etapa insegura en los cuarenta. *Encantador.*

—Russo, ya tengo hermanos molestos —refunfuñó Byron, con expresión irritada—. No necesito otro.

Estábamos a mitad de camino en el gran vestíbulo cuando ambos nos detuvimos, el sonido de la risa de Branka y Autumn nos alcanzó desde la terraza.

—Creo que ya soy peso ligero —anunció Branka, balanceándose sobre sus pies y soltando una risita ebria—. Antes podía beberme una botella entera y no sentir este impacto.

—Bueno, el alcohol escaseaba en la selva —reflexionó Autumn, con un tono ligeramente arrastrado.

Desde aquí podía ver perfectamente a Autumn. Tanto ella como Branka estaban sentadas en el suelo de mármol de la terraza, con las cabezas inclinadas hacia atrás contra las barandillas. Los rayos plateados de la luna brillaban contra sus rostros. Mi hermana parecía más feliz. Pero era mi mujer la que me hacía incapaz de apartar mis ojos.

Su piel de marfil se reflejaba perfectamente en la oscuridad. Sus rizos oscuros se mezclaban con la noche, dejando su cuello al descubierto. Ansiaba succionarle el pulso, lamer su piel para poder saborearla... como lo hice cuatro años atrás.

Era tan hermosa que dolía verla.

—Tene-mos que de-jar de beber —sugirió Autumn, hablando más despacio, como si estuviera demasiado cansada para hablar. Incluso con el habla arrastrada, su voz seguía siendo melodiosa—. Si me emborracho, podría hacer algo estúpido. Como desnudar a tu hermano. —Luego, como si se diera cuenta de lo que había dicho, sacudió un poco la cabeza—. Eso estaría muy mal.

Me quedé inmóvil ante aquella confesión. Mi hermana tardó unos latidos en darse cuenta de lo que había dicho Autumn.

—Así que *síííí* te gus-ta —balbuceó Branka, sonriendo estúpidamente.

Como si Autumn se hubiera dado cuenta de su error, intentó dar marcha atrás. Abrió los ojos y miró a su mejor amiga.

—No. Cualquier hombre lo haría, en realidad.

—Esa es la razón por la que tu vida sentimental es tan abundante —respondió Branka. Mientras intentaba distinguir si mi hermana estaba siendo sarcástica o no, preguntó—: ¿Sigues hablando con el padre de Kol?

Autumn se encogió de hombros, mas no le contestó. Así que mi hermanita tampoco sabía que era el padre. Me gustaría pensar que me lo habría dicho. Branka era joven, sin embargo, ferozmente leal y, a la hora de la verdad, prefería la familia a los amigos. Pronto, Autumn

también sería su familia.

—Quizá debería ir y ofrecerme de voluntario para ser su hombre —pronunció Byron a mi lado.

—*Quizá* debería matarte de un tiro ahora mismo —objeté sombríamente.

La risita de Byron sonó mucho mientras salía por la puerta.

Capítulo Veinticinco



Autumn

Era el momento perfecto para confesar mi secreto.

No obstante, las palabras se negaban a salir de mis labios. Nunca me había dado cuenta de lo ciertas que eran las palabras de *Maman*. Cuanto más tiempo retenías la verdad, más difícil era admitirla.

Y le había ocultado la verdad durante mucho tiempo. Cuatro años para ser exactos. El problema era que, si se lo decía, sabía que se lo contaría a su hermano. Branka y Alessio eran cercanos. Era el hermano mayor que la protegió de su padre, que era obscenamente cruel con su familia.

La mirada que me dirigió me puso nerviosa.

—¿Por qué no quieres hablar del padre de Kol?

No era la primera vez que me lo preguntaba. A veces me cuestionaba si lo sabía, pero quería que lo admitiera. Aunque pensaría que si lo supiera, se lo diría a su hermano. Y no podría culparla si corriera hacia Alessio en cuanto supiera quién era el padre de Kol. Si tuviera un hermano, también lo haría.

—Porque no hay mucho que decir. Follamos. No quiso nada más. Luego ni siquiera quiso eso —expliqué, luego agarré mi teléfono, me senté en la barandilla de mármol y miré la hora—. ¡Mierda! —murmuré, poniéndome en pie. El mundo daba vueltas y vueltas—. Demos por terminada la noche.

—Quédate esta noche —protestó Branka débilmente.

—¿O podrías volver a casa de mis padres? —sugerí.

Era la primera vez que estaba aquí. En casa de Alessio. Cuatro años atrás, nos quedamos en su *penthouse* en el centro de la ciudad. Además, lo último que quería era quedarme bajo el mismo techo que Alessio Russo.

—Creo que debería quedarme con Alessio —expresó Branka—. Para asegurarme de que está bien.

Asentí. Tenía sentido. Aunque el hombre no parecía muy disgustado por haber enterrado ese día a su padre.

—¿Estás segura de que no puedo convencerte para que te quedes esta noche? —Branka lo intentó una vez más.

—No quiero que Kol se despierte sin mí —me disculpé suavemente—. Llamaré a un taxi.

Ya no tenía mi coche. Para empezar, era viejo, y no había vuelto desde que me fui. Mis padres se reunían conmigo en distintas ciudades de Europa para celebrar la Navidad, ver a Kol y pasar tiempo con nosotros.

Todo porque me negaba a volver a Montreal y encontrarme con mi primer amor. El padre de mi hijo. El hombre que me traicionó. Pero, sobre todo, para no volver a ver al padre de Alessio.

—Te llevaré a casa. —La voz grave y perezosa me produjo escalofríos.

Lentamente, como si necesitara tiempo para adaptarme, me di la vuelta y arqueé el cuello hacia su metro noventa. Pómulos cincelados y ojos color acero. Pecado y crueldad envueltos en un costoso traje negro.

Incluso después de todos esos años y sabiendo lo que había hecho, mi cuerpo seguía anhelando su tacto. Tuve que preguntarme a dónde se había ido mi orgullo. Sentí que en cuanto volviera a ver a Alessio, mi feminismo se iría por la maldita ventana.

Alessio miró a su hermana.

—Branka, será mejor que vayas a dormir mi *whisky* de doscientos años. Llevaré a Autumn a casa.

Cuando no se movió, dejó escapar un suspiro.

—¡No te vayas! —ordenó. Dio tres poderosos pasos y alcanzó a Branka, luego la empujó suavemente en dirección a la gran escalera que conducía a los dormitorios.

Durante unos instantes, ambos desaparecieron de mi vista, y me quedé de pie en medio del gran vestíbulo, con el candelabro sobre mi cabeza, pensando si debía quedarme o marcharme. La verdad era que no quería quedarme a solas con Alessio.

Era demasiado arriesgado para mis muslos traidores no abrirse y darle la bienvenida. Especialmente bajo la influencia del alcohol.

—No montar nada bajo la influencia —musité en voz baja—. Especialmente no a Alessandro Russo.

—Lástima. —El timbre profundo y suave de su voz me produjo un cálido escalofrío por mi columna vertebral—. Creo que ambos lo disfrutaríamos.

Mis puños se apretaron y me obligué a aflojar los dedos a la vez que exhalaba. Las cosas que me hacía este hombre.

Al igual que antes, me moví lentamente, consciente de su calor contra mi espalda. Encontrarme con su mirada era siempre una sacudida para mi organismo. La adrenalina corría por mis venas junto con un deseo constante que nunca se calmaba.

Excepto cuando estaba cerca de él.

—¿Tu hijo nunca ha pasado la noche lejos de ti? —Su pregunta surgió de la nada y, por un momento, me quedé confundida y mirándolo fijamente.

Tu hijo, dijo. *«¡Nuestro hijo!»*, gritó mi mente. Era nuestro hijo. Pensaba en él como nuestro hijo. No obstante, por segunda vez esa noche, no pude conseguir que la admisión saliera de mis labios.

—Lo ha hecho —dije en voz baja—. Ha pasado la noche con Branka y mis padres. Solo con ellos. —Se me calentó el pecho, como siempre que pensaba en Kol—. Kol es bastante exigente. Como su padre.

Era lo más cerca de la verdad que me atrevía a llegar. Dos latidos y Alessio asintió, con la comprensión en sus ojos.

—Vamos a mi coche —agregó finalmente, poniendo su mano en la parte baja de mi espalda y guiándome hacia la puerta.

Un vehículo ya nos esperaba. Diferente de su elegante carro deportivo.

—¿Qué pasó con el otro? —inquirí.

—Hay más espacio en este.

Me preguntaba para qué, pero no me molesté en cuestionarlo. En realidad no importaba.



En cuanto me hundí en los costosos asientos de cuero, la puerta del coche se cerró y Alessio le dio la vuelta al carro. Se deslizó hasta el asiento del conductor con aquella gracia letal que me hacía desmayarme.

Ya no. Sí, *totalmente* ya no lo hacía.

El vehículo olía a él. La colonia especiada y ese aroma a madera que llegué a asociar solo con Alessio Russo.

Sin mediar palabra, puso el coche en marcha y atravesó su lujoso camino de entrada, transportándolo fuera de su propiedad.

Conducía con firmeza y control. Al igual como respiraba, hablaba y follaba. Sí, eso último no necesitaba recordarlo. Inspiré profundamente y exhalé lentamente, luego me maldije por haber sido tan estúpida como para dejar que me llevara a casa.

Ese estúpido *whisky* tenía más grado de alcohol del que esperaba. No ayudó que me tomara dos vasos. ¿O fueron tres? En un momento dado, empecé a tirar el contenido de mi vaso por encima de la barandilla. Branka ya no se daba cuenta.

Las ganas de tocarlo eran tan fuertes que tuve que obligarme a mantener las manos sobre mi regazo. Vi cómo sus dedos se enroscaban alrededor del volante y mi memoria se aferró a las imágenes de ambos la última vez que los sentí sobre mí.

Camboya. Justo antes de Abu Dhabi.

—¿Adónde vamos en esa cosa? —le pregunté a Alessio, mirando fijamente la pequeña motocicleta.

—Vamos a ver el campo de Camboya. En todo su colorido esplendor —explicó. Se comportó como si un viaje campestre por Camboya fuera algo cotidiano—. Dijiste que necesitabas una fotografía para tu blog y no has sido capaz de encontrarla.

Puse las manos en mis caderas y lo fulminé con la mirada.

—Pero ¿qué pasa con el sexo? Ha pasado una semana entera.

Su boca se movió.

—Tendremos tiempo para eso.

Lo miré con desconfianza.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro. —Hizo rugir la Honda y esbozó una amplia sonrisa. Lo observé de pies a cabeza. Polo negra lisa. Jeans. Dios, le quedaba tan bien esa prenda. Y botas de combate—. ¿Lista?

Extendió la mano y apoyé los dedos en su palma.

—Nunca puedo resistirte cuando usas jeans —murmuré—. Esa es la única razón por la que te los pusiste, ¿no?

No contestó.

—¿Necesitamos cascos?

—No iré rápido. —Sus ojos me recorrieron. Llevaba una camiseta rosa y shorts de jeans. Al igual que él, opté por botas. Excepto que las mías eran rosas—. Nunca dejaré que le pase algo a mi mujer.

Mis mejillas se sonrojaron. Amaba cuando me llamaba suya.

—¿Quieres ver un templo o algunos paisajes dramáticos?

—Paisaje —pedí. Siempre prefería el paisaje—. Pero necesito mi equipo.

Palmeó la bolsa que colgaba de la moto.

—Lo tengo todo aquí.

—De acuerdo, entonces —suspiré—. Allá vamos.

Enganché la pierna sobre la moto y me deslicé detrás de Alessio, rodeándole la cintura con mis brazos. Estábamos en la ciudad ribereña de Battambang y nos dirigíamos al sur. Al anochecer llegamos a las exuberantes montañas de Cardamomo.

—¿Dónde vamos a dormir? —inquirí cuando nos estacionó. Me dolían los muslos de pasar tanto tiempo en esa posición y el terreno abrupto. Estiré las piernas.

—Hay una cabaña en esa colina.

Alessio agarró la bolsa de la moto, me tomó de la mano y subimos la colina. Los sonidos de la noche vibraban en el aire. Seguimos el sendero, iluminado por la luz de la luna. Mis dedos se entrelazaron con los suyos.

Éramos solo nosotros en ese momento. Nadie más.

Cuando llegamos a la cima de la colina, vi la cabaña. Simple. Pequeña. Perfecta.

—Hogar, dulce hogar —murmuré.

Me cargó en brazos y se me escapó un suave chillido mientras soltaba una risita emocionante.

—¿Qué haces? —Curioseé mientras él abría la puerta de una patada y entraba—. ¿No vamos a disfrutar de las vistas?

—Mañana, vistas —gruñó contra mi boca—. Hoy pediste sexo, y tengo la intención de cumplir.

Me colocó en una pequeña cama individual con sábanas limpias que olían a frescos manantiales de montaña.

Se me apretaron las entrañas y se me calentó el pecho cuando se inclinó sobre una rodilla para desabrocharme las botas. Cuando me las quitó, las dejó al lado de la cama y se deshizo de las suyas. Siguió la funda que llevaba atada al tobillo con un cuchillo.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo.

—Desnúdate para mí.

Así que lo hice. Siempre me sentí más atrevida con él por la forma en que me miraba. Con admiración. Como si fuera su salvación.

Me quité la camiseta por la cabeza. Mis pechos subían y bajaban, mis ojos se empapaban de su expresión. Llevaba un sujetador blanco de encaje. Sabía que era para él. Una vez dijo que fue mi sujetador y mis bragas blancas los que lo hicieron perder la concentración cuando nos conocimos. Me di cuenta de que lo recordaba por la forma en que respiraba. El hambre primitiva de su mirada me encendió. Me tendió la mano y le di la camiseta. La colocó cuidadosamente sobre la única silla de la cabaña. Siguieron mis shorts. Me los quité y se los entregué.

—También el sujetador y las bragas —ordenó con voz ronca.

—También te quiero desnudo. —Respiré. Se quitó la camisa. Siguieron los jeans y se quedó gloriosamente desnudo delante de mí. El parpadeo de las velas proyectaba sombras sobre él, sin

embargo, ni siquiera la oscuridad podía ocultar su belleza.

Metí la mano por detrás y me desabroché el sujetador. Luego me bajé las bragas por los muslos, dejándolo ver mis pliegues. Brillantes y húmedos.

Apenas me había quitado la tanga cuando Alessio me agarró de los muslos y enredó mis piernas alrededor de su cintura.

—¡Ahhh! —gemí, sintiéndolo en mi entrada caliente. Rocé mi sensible clítoris en las crestas de su dura longitud. Vio la punta de su verga desaparecer dentro de mí y los dos gemimos al mismo tiempo.

—Te he extrañado. —Ronroneó. Le rodeé el cuello con las manos y jalé para acercarlo.

—Te he extrañado más —murmuré contra sus labios. Entonces su boca tomó la mía, áspera y húmeda. Mis senos rozaron su pecho. Me empaló de un fuerte empujón y mis uñas se clavaron en los musculosos hombros de Alessio.

—Maldición. —Su boca rozó mi mandíbula, mi cuello—. Te sientes tan bien.

Las paredes de mi vagina se cerraron en torno a su miembro, ávida de que empezara a moverse. Rugió cuando comenzó a penetrarme dentro y fuera. Fuerte y profundo. El placer me apretaba. Cada implacable golpe suyo me hacía subir más y más. Me estremecía, la necesidad de liberación formaba parte de cada grito y gemido.

Alessio atrapó mi pezón en su cálida boca y mis ojos se pusieron en blanco mientras mis gemidos se volvían roncos.

Su ritmo se volvió más duro y rápido, convirtiéndome en un desastre sollozante, mientras su lengua me acariciaba los pezones.

—Alessandro, ¡por favor! —supliqué. Estaba tan cerca del orgasmo. Los párpados se me cerraban, la emoción crecía con cada caricia.

—¡Mírame, Autumn! —exigió.

Abrí los ojos de golpe y lo miré con adoración mientras mi cuerpo estallaba en un orgasmo avasallante. Siguió empujando, penetrándome con fuerza y su pelvis rozándose contra mi clítoris. Un estremecimiento tras otro me recorrieron el cuerpo.

Una vez que toda mi energía se esfumó, la polla de Alessio se deslizó fuera de mi coño empapado y la inseguridad me golpeó. Seguía duro como una roca.

—No hemos terminado. —Su voz era ronca; sus ojos llenos de lujuria—. En cuatro patas. Ahora.

Me moví para obedecer, con las manos y las rodillas golpeando el pequeño colchón. Su mano me apartó el cabello y ladeé la cabeza. Vi cómo sus manos se acercaban a mis caderas y sus elegantes dedos se aferraban a mi piel. Mi vagina se contrajo cuando tiró de mis caderas hacia arriba, de modo que mi trasero se elevó en el aire.

—Fuerte y rápido, ¿verdad? —La nota áspera de su voz hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

—Sí. —Apenas pronuncié la palabra cuando volvió a penetrarme de golpe. Grité su nombre, mi sexo apretándose alrededor de su longitud. Lo sentí más profundo que nunca. Su otra mano se acercó a mi cabello y lo agarró en una coleta. Me jaló de él para acercarme a su boca. Sus labios se abalanzaron sobre los míos, su lengua invadió mi boca bruscamente mientras su miembro entraba y salía de mí.

Otro orgasmo se acercaba rápidamente. Fuegos artificiales en mi torrente sanguíneo. Sus gruñidos llenaban la cabina. Un sudor resbaladizo cubrió mi piel. Golpeaba dentro de mí con tanta fuerza que los resortes chirriaban. Joder, podría ser que toda la cabina se estuviera moviendo.

Cada centímetro suyo me llenaba hasta el fondo. Moví las caderas, ávida de más, provocando fricción.

—¿A quién le perteneces? —rugió mientras las llamas del deseo ardían cada vez más en mi interior. Sus dedos se clavaron en mi piel—. ¿A quién?

Su voz rozaba el límite del control. Sus embestidas adquirieron un ritmo acelerado.

—¡A ti! —grité—. S-siempre a ti. —Su respiración agitada se mezcló con la mía. Golpeó ese punto que hizo que mi espalda se arqueara. Y, mientras tanto, Alessio me retorcía el cabello. El orgasmo se apoderó de mí a la par que Alessio me follaba con más fuerza y más profundamente. Mis gritos me dejaron la garganta en carne viva. El placer tomó todo mi cuerpo, Alessio me mordió el hombro, mientras su cuerpo se estremecía al liberarse. Su verga palpitante chorreaba esperma caliente dentro de mí y me perdía en él.

Esto debía ser lo que se siente al estar en medio de un huracán. No me quedaba ni un gramo de fuerza. Mi cuerpo temblaba entre sus brazos y me pasó una mano por la espalda, siguiendo con su áspera palma el recorrido de mi columna vertebral.

—Te tengo —me susurró al oído, moviéndonos para tumbarse boca arriba conmigo bien acurrucada entre sus brazos—. Siempre te tendré.

Aquella noche dormí en sus brazos, con su cuerpo pegado al mío, soñando con nuestro futuro.

El futuro que se hizo cenizas poco después de que tomara las fotos del paisaje más impresionante y el hombre que era tan salvaje como las exuberantes montañas de Cardamomo.

—Autumn. —La voz de Alessio ahuyentó el recuerdo, mientras mis uñas se clavaban en las palmas de mis manos. Al menos fui lo suficientemente inteligente como para no tocarlo—. ¿Autumn?

—*Hmmm.*

—¿Me escuchaste? —preguntó.

El enfado se disparó a través de mí.

—Sí. —Mierda, ¿qué dijo? No estaba escuchando en absoluto, los recuerdos me arrastraban. A veces la amnesia sería bienvenida.

La niebla empezó a levantarse, ocultando el brillo de la luna. Me recordó a nosotros.

Alessio detuvo el coche con un chirrido de neumáticos y me tensé. No creí haberme perdido nada importante. ¿No?

Siguió el silencio. No podía descifrar si era ominoso o simplemente tenso. Tal vez angustioso.

—¿Qué? —Finalmente solté de golpe, con la piel tensa.

No podía soportar tanta tensión. Y ese jodido auto era demasiado pequeño para los dos. Gracias a Dios que no conducía su Bugatti. Ese era aún más pequeño que el Land Rover.

—Te vas a casar conmigo. —Siguió un silencio ominoso. Con el canto de algunos grillos, como puñales que prometían la muerte—. Respira. —No me di cuenta de que había aguantado la respiración hasta ese mismo momento. Un fuerte silbido de aire abandonó mis pulmones de una manera totalmente poco favorecedora. Respiré hondo y volví a soltarlo, mis pulmones se expandieron con oxígeno.

—¿Estás. Loco? —siseé. Desde luego, jamás me imaginé que un hombre me pediría matrimonio de esa forma. Si es que podía llamarse proposición—. En primer lugar, Alessandro, tus habilidades de propuesta apestan. Bastante —reviré—. Y en segundo lugar, preferiría cortarme el cuello antes que casarme con alguien como tú.

Sus ojos, partes iguales de hielo y fuego, se llenaron de furia y un músculo de su mandíbula se tensó. Esos pozos grises se oscurecieron y algo amargo atravesó su expresión.

Cuando no dijo nada, continué:

—*Díselo a alguien a quien le importe una mierda* —pronuncié fríamente, repitiendo las palabras que me expresó cuatro años atrás—. Esas fueron las últimas palabras que me dijiste hace cuatro años. Y ahora crees que voy a olvidarlo todo.

Una risita salió de mis labios. Alessio cerró los ojos durante una fracción de segundo, con expresión de dolor.

La parte mezquina y estúpida de mí se llenó de satisfacción por haber llegado hasta él. El hecho era que me lastimó y ni siquiera le importó lo suficiente como para disculparse. Y de la nada pensaba que me casaría con el infiel.

No, gracias.

—Si te niegas a mudarte conmigo y casarte conmigo, violas el contrato.

Me quedé quieta y le lancé una mirada confusa. Gran error, porque una sonrisa de autosatisfacción hizo acto de presencia. Aquella era la sonrisa de chico malo, de las que me encantaban y con las que pegaba mis labios a los suyos para sentir su sonrisa.

—Vienes de la mafia corsa. Hice un trato con tus abuelos.

Eso no podía ser bueno.

—¿Y?

Mi voz sonaba extraña ante mis propios oídos. Recordé las palabras de mi madre. El acuerdo que hicieron con mis abuelos. Mas nunca vinieron a cobrar.

—Hice un trato con ellos —explicó, y la expresión de suficiencia en su rostro me puso en alerta—. Para asegurar su presencia en Philadelphia, los he suministrado con el producto que necesitaban. Su mayor deseo es que gobiernes la mafia corsa, así como tu madre fue educada para hacerlo. Como careces de habilidades, lo mejor era que te casaran. Ahí es donde entré en juego. Así que firmé un contrato matrimonial que te unía a mí.

—¿Un contrato? —repetí estúpidamente, mi mente incapaz de comprender.

—Sí, un contrato. Me costó cerca de mil millones, pero me sobran muchos más —comentó, satisfecho con su victoria.

Se me escapó una risa ahogada.

—Estás loco, ¿lo sabías? —gruñí—. Mis abuelos no tienen ningún derecho sobre mí. Ni siquiera los conozco. Y segundo, si crees que honraría algo tan ridículo, es que no me conoces en absoluto.

Ahí estaba otra vez. Esa maldita sonrisa arrogante que tanto odiaba. O amaba. No podía decidirme.

Se recostó despreocupadamente en su costoso asiento de cuero, sacó un cigarrillo y lo encendió, inhalando profundamente. Observé su boca, recordando aquella primera noche con él. En su *penthouse*. Después de entregarle mi virginidad.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué ninguno de los chicos se te acercaba en la universidad? —preguntó con indiferencia. Parpadeé. El repentino cambio de tema me estaba provocando mareos. Me costaba seguirle el ritmo—. Porque eres mía desde la primera vez que te vi. Porque si un solo hombre te hubiera tocado, lo habría despellejado vivo.

—Definitivamente estás demente —siseé.

—No tienes idea —replicó secamente—. Tú y yo vamos a pasar mucho tiempo juntos. Así que acostúmbrate.

Una risa ahogada llenó el espacio entre nosotros.

—Este es un país libre y soy una mujer libre. Así que, gracias, pero no, gracias. Seguiré mi alegre camino y *no* pasaré tiempo contigo.

—¿Alguna vez te lo has preguntado? —inquirió.

Enrosqué los dedos en mi regazo, molesta y enfadada. Con él. Conmigo.

—Vas a tener que ser un poco más específico. Me pregunto muchas cosas.

—¿Te preguntaste alguna vez dónde estaríamos hoy si las cosas hubieran acabado de otra manera hace cuatro años?

¿De verdad lo dijo?

—¿Por qué estás haciendo esto? —Había una pizca de vulnerabilidad en mi voz. Él la causó. Lo odiaba.

—Me lo he preguntado cada maldito día —agregó con voz ronca—. Todas las jodidas noches que pasaba despierto en la cama y todas las mañanas que despertaba. —Tragué saliva, las emociones me dominaban. No podía dejar que me afectara. No podía dejar que me rompiera el corazón otra vez. Aunque sentí el maldito órgano agitándose en mi pecho. El corazón traidor, frágil y quebradizo que lo anhelaba desde hacía cuatro años—. Te deseo, Autumn. Y haré lo que sea necesario para retenerte esta vez.

—¡No soy un objeto! —bramé—. No puedes obligar a alguien a hacer lo que quieras. Solo porque *tú* lo quieres.

—Pero *tú* también lo quieres. —Sonaba tan seguro de sí mismo que me hizo odiarlo y a mi estúpido corazón—. Nada se ha sentido tan bien como tú y yo juntos. Tú tienes sentido. Juntos tenemos sentido.

—No tenemos ningún sentido, en absoluto —protesté, con la voz demasiado suave. Demasiado baja. Debería estar gritándole. Decirle que ardiera en el infierno. Desgraciadamente, no pude.

—Te mientes a ti misma y a mí. Me deseas. Al menos tu cuerpo lo hace. —Maldito fuera por cambiar de táctica conmigo—. Por ahora, me quedaré con eso. Hasta que pueda arreglar todo lo demás.

—No hay arreglo para nosotros.

Su mano se acercó y me colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Sus dedos se detuvieron allí, rozando mi piel sensible, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Aún recuerdo cómo tu coño estrangulaba mi miembro. Cómo te estremecías debajo de mí, suplicándome que fuera más fuerte y más rápido. Recuerdo cada momento contigo. Puedo hacer que se sienta tan bien para ti otra vez.

De repente, solo escuchaba el tamborileo de la sangre en mis oídos. Cada centímetro de mi piel zumbaba y se encendía como si estuviera en llamas. La necesidad vibraba bajo mi piel, su cálido aroma adormecía todos mis sentidos razonables. Una sensación de pesadez se instaló entre mis piernas y tuve la tentación de rogarle que la aliviara.

Estaba tan tensa que creía que iba a explotar o a quemarme hasta las cenizas como aquel maldito cigarro. Cuatro años sin sexo era mucho tiempo.

—No. —Mi voz era gutural, traicionando lo mucho que me afectaba—. No a todo. Al matrimonio. A ti. A mí. A nosotros. No a todo.

Emitió un áspero sonido de enfado o tal vez de decepción.

—Te casarás conmigo, Autumn Corbin. —Su voz profunda finalmente rompió el momento —. ¿Quieres saber por qué?

«No caigas en la trampa. No caigas en la trampa».

—¿Por qué? —Respiré, mientras su mirada me quemaba.

—Porque destruiré todo lo que amas si te niegas. —Volvió a poner el coche en marcha y se apartó del lado del camino—. Confía en mí, amor, tengo los medios para hacerlo. —Me mostró esa sonrisa de chico malo que prometía problemas y, como una tonta, le creí—. Empaca tus cosas esta noche. Los llevaré a ti y a Kol a mi casa.

Y por eso era más seguro odiarlo. Prefería destruirme a amarme. Ya me lo había demostrado una vez. Como si necesitara un recordatorio.

Capítulo Veintiséis



Alessio

No había forma de escapar de mí.

Esta vez no.

Me detuve frente a la casa de los Corbin y Autumn salió del coche dando un portazo.

Mientras se alejaba de mí, me mostró el dedo medio por encima del hombro. De acuerdo, estaba enfadada.

Lo superaría. Con el tiempo. Bueno, eso esperaba.

Entró en casa de sus padres y su madre tardó un segundo en aparecer en la puerta.

Para ser una mujer que creció rodeada de lujos y una maldita fortaleza, la señora Corbin bajó considerablemente de categoría. Aunque por lo que parecía, no le importaba ni un poco.

La encantadora casa de dos plantas y doscientos setenta y ocho metros cuadrados estaba rodeada por una valla blanca. Había un gran huerto a un lado, con árboles frutales esparcidos por el patio, mientras que en el lado opuesto se apreciaba una amplia extensión de césped verde de una hectárea, cada centímetro cubierto de hojas. Era el paraíso del otoño.

Sin duda, el padre de Autumn cambió su estilo de vida. De ser un tipo que perseguía y encerraba a delincuentes pasó a ser un consultor de seguridad que pasaba la mayor parte del tiempo cuidando de su jardín junto a su esposa.

El señor y la señora Corbin eran una de esas parejas entrañables y su propia felicidad se proyectaba en todos los que los rodeaban. No era de extrañar que Branka cayera rendida ante sus encantos. Quizá la señora Corbin entendía a mi hermana mejor que la mayoría. Crecer en la mafia corsa la expuso a la crueldad del bajo mundo. Joder, a veces luchó contra los DiLustros y otros criminales junto a su padre.

Salí del vehículo y la madre de Autumn me esperaba en la puerta.

—Señora Corbin —saludé al llegar a la residencia.

—Alessio Russo. —Su voz era fría y me observó con los ojos entrecerrados—. ¿Qué está pasando?

—Su hija y Kol se quedarán conmigo —expuse fríamente.

—Así que eres la razón por la que nunca regresaron —afirmó con naturalidad.

No me molesté en contestarle. Podía ir a preguntarles los detalles a sus padres en la mafia corsa. Lo único que me importaba era que Autumn y Kol estuvieran conmigo.

Sus ojos oscuros, a diferencia de los de su hija, se desviaron hacia el horizonte. Tardó un segundo en volver a mirarme.

—Escúchame, Alessandro Russo. —Me puse rígido ante su advertencia. Nunca nadie se había atrevido a advertirme—. Dejé atrás esa vida. Pero si vuelves a hacer llorar a mi hija, o a mi nieto, no dudaré en usar por última vez las habilidades que me enseñó mi padre.

Mis labios se elevaron. Me agradaba la madre de Autumn.

—Está bien.

Su marido apareció, con expresión sombría. Me sorprendió que tardara tanto. Aunque su esposa no era precisamente un corderito indefenso. Tampoco parecía feliz. Qué lástima. Autumn era mi mujer y ese niño era mi hijo.

Jesucristo, tomaría un tiempo acostumbrarse a decir eso. *Mi hijo*.

Sin embargo, cada vez que lo pensaba, una sonrisa se me dibujaba en los labios y el pecho se me ensanchaba. Acababa de descubrirlo y ya moriría por él. Por los dos.

No obstante, era mejor si Autumn no lo sabía todavía. Podría acelerar mi muerte.

—¿Qué crees que estás haciendo? —bramó el padre de Autumn. Bueno, eso no tomó mucho tiempo en absoluto.

—Derek, así no tratamos a los invitados —reprendió su esposa. Por lo visto, había olvidado que hacía unos segundos ella misma me había amenazado.

—Señor Corbin, estoy aquí para llevar a Autumn a casa.

—¡No me llames señor Corbin, Russo! —reviró. Nunca supe que el hombre ecuánime tenía esa actitud en él—. Ya está en casa. —No esperó mi respuesta—. ¿A dónde llevas a mi hija y a mi nieto?

—A mi casa —respondí con calma—. Allí estarán a salvo y podrán visitarlos cuando quieran. Y ellos podrán visitarlos siempre.

—¡Este es su hogar! —espetó.

—Su hogar está conmigo —siseé—. Y no dudaré en hacer pagar a *quien sea* que intente arrebatármelos.

Sonaba como una amenaza. A sus padres. La verdad era que nunca les haría daño porque Autumn los amaba mucho. Pero un pequeño incentivo nunca le había hecho daño a nadie.

—Tenía que pasar —murmuró la señora Corbin, luego tomó la mano de su esposo y la acarició suavemente. Compartieron una mirada, una silenciosa comprensión pasó entre ellos—. Si nos hace daño, nosotros lo herimos también. No importa. Mientras Autumn haya elegido y aceptado ir con él, tenemos que respetar su decisión. Aun así, si la hace llorar, entonces lo eliminamos.

Por Dios. ¿Así era como se veía un matrimonio normal?

Ni idea. No había visto una sola relación normal en toda mi puta vida. La única normalidad en mi vida fue ese corto período con Autumn.

—Será mejor que seas bueno con ella —amenazó en voz baja el padre de Autumn—. Con ella y con Kol. —*O de lo contrario* flotaba en el aire. No podía culparlo y eso me hizo respetarlo más—. Si veo llorar a mi hija, iré por ti, Russo. Me da igual quiénes sean tus amigos.

Mis labios se levantaron. Dos veces en menos de cinco minutos. Eso debía ser un récord.

—Anotado, señor Corbin.

Autumn apareció detrás de sus padres con Kol en brazos y una gran bolsa de viaje. Los ojos despiertos de Kol me estudiaron con curiosidad. Se me hinchó el pecho con tantas emociones. Temía convertirme en un idiota sentimental, y me importaba una mierda.

Era mi niño. Mi hijo. Y era tan perfecto. Mientras me estudiaba, yo lo observaba a él. Tenía

el cabello de su madre, pero definitivamente mis ojos. Mi rostro también. De las pocas fotos que había visto de mí cuando era niño, Kol era mi viva imagen.

—Hola, Kol —saludé, manteniendo la voz baja. Mi propio padre siempre rugía y lo odiaba —. Soy Alessio.

—Hola. ¿Eres amigo de *Maman*?

Tragué saliva. Dios mío, ¿era normal sentirse tan emocionado? No parecía adormilado. Apenas eran las siete de la noche. Pensé que era un poco pronto para irse a la cama, no era que supiera mucho de niños.

—Sí, soy amigo de tu *maman* —confirmé. Desvié mi atención hacia Autumn, quien nos miraba con expresión cautelosa. Sus iris brillaban y se mordía el labio inferior. Como si intentara mantener la compostura.

Agarré las correas del bolso de Autumn y sentí un temblor en la mano. Me temblaba la maldita mano por la necesidad de tocar a mi hijo. La cerré rápidamente y deslicé la gran bolsa de viaje del hombro de Autumn.

—¿Necesitas que agarre algo más? —inquirí, sin dejar de ver a Kol.

—Nuestras maletas aún están empacadas —informó—. Quiero dejar algunas cosas aquí.

El pulso de su cuello latía desbocado y me pregunté si ya estaba pensando en escapar. Sentí una amarga diversión. Ni siquiera había pasado una noche conmigo y ya planeaba huir.

—Déjalas, entonces. —Cedí, con voz calmada mientras mis entrañas hervían—. Pediré todo lo demás.

Investigaría qué necesitaba un niño de tres años.

—Alessio, puedes quedarte con mi silla de carro para Kol. —Ofreció la señora Corbin y se ganó una mirada fulminante de su esposo y su hija—. No se preocupen, queridos. Sabe que pondré su cabeza en una estaca si le pasa algo a mi hija o a mi nieto.

—Gracias. —De acuerdo, empezaría por comprar la silla de coche más segura esa noche.

Cinco minutos después, Kol estaba bien atado en su sillita y los padres de Autumn se quedaron en el porche mientras cerrábamos la puerta.

Abrí la puerta de mi Land Rover, y antes de que pudiera entrar en el coche, mi mano rodeó su delgada muñeca.

—Si huyes, quemaré este maldito mundo para encontrarte —declaré con voz suave, manteniendo el tono bajo—. Tú y Kol me pertenecen.

A partir de ese momento eran míos. Nunca los dejaría ir.

Capítulo Veintisiete



Autumn

Alessio me estaba chantajeando.

El desgraciado me estaba *chantajeando.* Primero las amenazas de su padre y ahora esto. Fui libre por cinco malditos minutos y luego Alessio me atrapó de nuevo. *Un maldito contrato*. Pero si pensaba que aceptaría, estaba muy equivocado. Me importaba una mierda lo que mis abuelos habían acordado. No eran nada para mí. Dos extraños que nunca había conocido.

Llegamos al *penthouse* de Alessio y nos enseñó la habitación de Kol.

Se dio la vuelta para irse, cuando mi voz lo detuvo.

—¿Dónde está mi habitación? —exigí, manteniendo la voz baja.

Su mirada me encontró y un escalofrío me recorrió la espalda. Dios, tal vez el alcohol aún persistía en mi organismo. O tal vez era solo él. Este maldito hombre.

—Ya sabes dónde está nuestra habitación —manifestó.

—Quiero mi propia habitación —insistí.

—No. —La agitación se apoderó de mí; sin embargo, antes de que pudiera decir algo más, desapareció en su oficina.

¡Maldito sea!

Durante la hora siguiente, Kol deambuló por el *penthouse* de Alessio, explorando con curiosidad cada centímetro. Y yo con él. El lugar estaba tal como lo recordaba. Era como si no hubiera cambiado ni una cosa en todos esos años.

«¿A cuántas mujeres había traído desde entonces?», pensé con amargura.

Preparé una cena sencilla para Kol y para mí. Su platillo favorito, macarrones con queso y guisantes, mientras para mí fue sándwich de queso a la plancha. A Kol le gustaba tomarse su tiempo para comer, así que aproveché para editar unas cuantas fotos en mi *laptop* mientras comía, haciendo un desastre en su asiento.

Después, tuve que llevarlo al baño como un saco de papas y todo el tiempo chillaba feliz, dejando un rastro de guisantes y macarrones a nuestro paso.

—Alessio no va a estar contento que su prestigioso piso de madera de bambú se ensucie —le avisé a mi hijo en voz baja—. Pero entonces él fue quien exigió que nos quedáramos aquí, así que se lo buscó. ¿Verdad? —Sonreí cuando soltó otro chillido agudo de felicidad.

En cuanto entramos en el baño, cerré la puerta y lo dejé deambular mientras llenaba la bañera. Después le quité la ropa y lo metí en la tina con las burbujas. Tan pronto su dedo del pie tocó el agua, empezó a chapotear y a chillar alegremente.

Esos eran mis momentos favoritos del día. Momentos sencillos en los que me arrodillaba junto a la bañera mientras Kol balbuceaba y chapoteaba emocionado. Siempre era algo nuevo y emocionante para él.

Kol agitó las manos y las bajó, provocando otro chapoteo y mojándome por completo. Me hizo reír a carcajadas y con despreocupación.

—Estás haciendo un desastre, Kol —regañé suavemente—. Alessio nos va a echar.

No era mala idea. Era una forma de acortar nuestra estancia.

—No hay ninguna posibilidad de que eso alguna vez ocurra. —Detrás de mí se oyó una voz grave y, al mirar hacia atrás, vi a Alessio apoyado en el marco de la puerta, con los ojos fijos en el pequeño Kol, quien agitaba las manos con entusiasmo.

Alessio dio dos pasos y se colocó sobre la bañera, observando a Kol. Era como si lo estudiara. Seguí la dirección de su mirada hasta mi hijo. Alessio analizó la cicatriz de Kol. Justo encima del corazón. Cada vez que la veía, me recorría una punzada de terror.

Los gritos. El dolor. El humo. Todavía podía saborearlo.

—Es una cicatriz —susurré, con la voz ronca y el corazón atascado en la garganta.

El recuerdo. El terror. Todavía podía saborearlo en mi lengua.

El grito agudo de mi bebé resonó en mis oídos durante días después de aquello.

El padre de Alessio empujó el cigarro encendido hacia mi bebé y un grito recorrió la habitación del hospital. El de Kol. El mío.

—¡Aléjate de él! —Me lancé sobre él, mis puños golpeando su espalda.

Me empujó con facilidad, y mi espalda y cráneo golpearon los fríos azulejos del hospital. Mi visión se llenó de puntos negros. Mi cuerpo estaba débil, pero lo pateé y arañé, intentando llegar hasta mi hijo.

Me empuñó el cabello con los dedos, me ardía el cuero cabelludo cuando lo jalaba, luego me levantó la cabeza y la golpeó con fuerza contra la baldosa. El humo me llenó los pulmones. Mi mano rodeó su muñeca y mis uñas se clavaron en su piel.

Mi cabeza volvió a golpear el frío suelo y, esta vez, torcí la cabeza y mordí su mano. Con fuerza.

Me dio una fuerte bofetada en la cara y mi cuerpo voló por el suelo hacia la cunita del hospital.

—Atrévete a tocarlo y te mataré —amenacé con un nudo en la garganta, con el sabor metálico de la sangre y el miedo pesando en mi boca. Era la única que se interponía entre él y mi hijo. En realidad, arrodillada, ya que mis piernas eran demasiado débiles para sostenerme en pie—. Me aseguraré de que mis padres y mis abuelos sepan lo que le has hecho a su heredero. ¿Eres capaz de luchar contra la mafia corsa?

Me estaba agarrando a un clavo ardiendo. No tenía ni idea de dónde vino ese pensamiento. Pero lo asustó. Podía verlo en su cara.

—Así que al final lo aceptaste, ¿eh? —Se rio—. Tu madre habría sido como la cabeza de esa familia. Letal y eficiente. Escúchame, pequeña Autumn. Acércate a Alessio y quemaré a toda tu familia hasta los cimientos. Empezando por tu padre y terminando con tu pequeño hijo bastardo.

Con esa amenaza final, nos dejó atrás a Kol y a mí.

—¿Quién le hizo eso a Kol? —La voz de Alessio era tranquila, pero dejaba entrever un atisbo de vehemencia.

El hombre estaba muerto. Ya no era una amenaza. ¿Debía decírselo? En el fondo de mi alma, confiaba en que Alessio nunca lastimaría ni a Kol ni a mí. Mi corazón era una cosa completamente diferente.

A veces era mejor dejar a los fantasmas donde pertenecían. En el pasado.

Ya era más grande. Con suerte, un poco más lista. Finalmente, reconocí las cicatrices de Alessio porque la de Kol era exactamente igual. Colillas de cigarros. Se me retorcía el corazón al pensar en lo que Alessio tuvo que soportar de niño.

Era producto de una familia jodida. Me hizo apreciar aún más a la mía. La confesión de que Kol era suyo me ardía en la garganta. Había algo en ver a Alessio en la misma habitación con su hijo que me hacía querer confesarle que era suyo.

No era algo que pretendiera ocultarle. Quería que Kol nos tuviera a ambos; sin embargo, las cosas salieron de otra manera.

Me invadió una punzada de culpa.

Debería decírselo en ese preciso instante. Sabía que debía hacerlo. Mas esas últimas palabras que me dijo en Londres me detuvieron. Me hirió. Me rompió el corazón. Nunca lo había admitido ni se había disculpado. Era una calle de doble sentido. No le debía nada.

Sin embargo, mantener a su hijo lejos de él se sentía mucho peor. A menos que no quisiera un niño.

Nunca fue como que hubiéramos hablado de ello.

—¿Alguna vez vas a confiar en mí, Autumn?

Una pregunta sencilla. Una respuesta complicada.

—Confié en ti una vez —le recordé con voz suave, dándole la espalda—. No estoy dispuesta a volver a hacerlo. Además, nunca confiaste en mí.

Era verdad. Me hizo feliz cuatro años atrás. Mi corazón fue suyo, y mientras tanto, él se mantuvo encerrado detrás de un muro.

Pasé los dedos por el cabello mojado de Kol, esa cara inocente que me devolvía la mirada con tanto amor. Me gustaría pensar que Alessio tenía al menos eso cuando tenía esa edad.

—¿Necesitas ayuda? —Alessio se ofreció, con la voz ronca.

Giré la cabeza para observarlo por encima del hombro, ligeramente sorprendida por su ofrecimiento. Me quedé mirándolo con la boca entreabierta. Sin esperar mi respuesta, se desabrochó la chaqueta, se la quitó de los anchos hombros y la tiró contra la encimera del baño.

Se unió a mí en el suelo de mármol, con los ojos fijos en Kol.

—Hola, amigo —lo saludó suavemente—. ¿La estás pasando bien?

Kol asintió con una amplia sonrisa.

—Tendremos que construirte un dormitorio muy *cool* aquí —expresó Alessio en voz baja—. Hace tiempo que no hago muebles. Pero ¿quizás una cama con forma de coche? —¿Alessio haciendo muebles? Eso sí que tenía que verlo. Kol negó con la cabeza—. Está bien, un coche no. ¿Qué tal una cama con forma de avión?

Kol soltó un chillido de emoción y empezó a salpicar agua con las manos y piernitas.

—De acuerdo, entonces. —Alessio sonrió y me quedé observándolo, hipnotizada. Nunca lo había visto tan relajado. Feliz—. Te construiremos la mejor cama de avión que cualquier chico tenga en esta ciudad.

Nos quedamos allí sentados un rato más, sin hablar ninguno de los dos mientras Kol seguía balbuceando en tono infantil. Fue un momento familiar perfecto y todos los sentimientos que

había enterrado tan profundamente en mi interior empezaron a liberarse.

Las alas se agitaron. El amor que me convencí de que no sentía se abrió paso. Lamentablemente, no podía perdonarlo. Aquellas palabras que me escupió me cortaron profundamente.

—Bueno, amigo. —Empecé, levantándome a mi altura completa—. Es hora de salir.

Rápidamente, Alessio se levantó.

—Permíteme. —Se ofreció y sacó a Kol, sin importarle el agua que goteaba por todo su costoso traje.

Lo secamos juntos y le pusimos su pijama con avioncitos y trenes por todas partes. Después le leímos un cuento. Con cada página que pasaba, Kol le pedía a Alessio que leyera otra.

«Así de fácil era que tu hijo te destituyera», pensé irónicamente.

Kol tenía los ojos caídos, pesados por el sueño.

—De acuerdo, última página —le susurré suavemente a Alessio. Bajó la vista hacia Kol y, por un momento, me pareció ver un destello de orgullo en su expresión.

Orgullo y amor. Del tipo que te haría sacrificar el mundo por un niño.

Se me cortó la respiración y me quedé inmóvil, esperando. Por qué, no lo sabía.

Alessio finalmente se encontró con mi mirada. En sus ojos había algo crudo y vulnerable. Esos pozos grises ya no quemaban, pero se aferraban y se mantenían firme.

Se inclinó sobre el pequeño cuerpo de nuestro hijo y me jaló suavemente de la nuca.

Un beso suave. Corazón pesado. Posesión oscura como el pecado.

—Nunca te dejaré ir. —Una simple declaración envuelta en tantas capas de complicación.

Se marchó de prisa, dejándome sin habla y mirándolo fijamente. ¿Me dolió que se fuera en mi primera noche de vuelta? Insistió en que viniéramos esa noche. En ese mismo instante. Sin huir.

¡Qué. Demonios!

Capítulo Veintiocho



Alessio

La música sonaba suavemente de fondo mientras caminaba por un pasillo de la tienda. Tenía a dos hombres vigilando el *penthouse* para asegurarme de que Autumn y Kol estaban a salvo. Y que no se marchara. Tenía que dejarlos para conseguir algo de espacio y, lo que era más importante, obtener todo lo que necesitábamos para mi hijo.

Nuestro hijo.

Ricardo insistió en acompañarme.

—Sabes que uno de los hombres podría haber hecho esto —refunfuñó.

No me importaba. Kol era mío y llevaría lo que necesitáramos.

Con el teléfono en una mano y una aplicación abierta, añadía cosas a mi carrito de compras en línea mientras empujaba un carrito por el pasillo. Era seguro decir que nunca en mi maldita vida había empujado un carrito por el pasillo de una tienda.

—¿Así que esta vez se quedará? —Ricardo no dejaba el tema. Podía ser un hijo de puta persistente.

—Si dices te lo dije, te voy a noquear con esta maldita sillita de coche —farfullé.

Cuatro años atrás, se fue de mi casa justo cuando apareció Autumn. Tenía planeado dejarla libre. Él no estaba de acuerdo. Pensó que debíamos cortar lazos con mi padre. Estaba a favor de matar a mi padre excepto que eso pondría a Autumn en aún más peligro. Sus socios la seguirían. La habríamos puesto en medio de todo.

Mi padre no dudó en enviar a alguien tras ella una vez. Si me la hubiera quedado, no habría parado.

—No iba a decirlo —anunció—. Tú acabas de hacerlo.

A esas alturas, el carro estaba lleno. Sillas de coche, puertas para bebés, fundas de seguridad para recipientes, ropa, juguetes, más ropa. Y al mismo tiempo, seguía pulsando el botón de "Comprar" de las cosas que necesitaría para construirle una cama a mi hijo como lo había prometido.

—Nunca te lo dije, ese día me quedé afuera de tu casa —narró. No había necesidad de preguntar qué día. Cuando volvió, no había ni un solo objeto en la casa que no estuviera dañado. La rubia salió corriendo por la puerta trasera. Le pagaron para interpretar un papel y nada más. Nunca la toqué.

—Si te apetece rememorar los malos tiempos, te voy a meter a empujones en esa sillita de coche —advertí, ocultando la agitación que sentía en mi interior. Ese fatídico día en Londres me perseguía todos los días. Fui quien provocó la tristeza en sus ojos aquel día. Le temblaba el labio, aunque intentaba mantenerse fuerte. Estaba tan llena de orgullo.

Ignoró mi amenaza y continuó:

—Cuando salió de tu casa, la seguí por un rato. Quería asegurarme de que volviera sana y salva a su hotel. Se vino abajo. —Se me retorció el corazón—. Su madre estaba allí para atraparla. —Con razón la mujer me odiaba. Me sorprendió que no viniera a acabar conmigo. Ese mismo día. Después de todo, no me cabía duda de que su padre la había enseñado a matar y a hacer que pareciera un accidente—. Autumn estaba en muy mal estado.

Y fui quien lo causó. Me dijo que tenía algo importante que compartir conmigo. ¿Era que estaba embarazada? Si lo hubiera sabido, habría cambiado todo. Habría ido tras mi padre, sin importar las consecuencias.

Mas esa era la cuestión. No se podía cambiar lo que había pasado. Solo nuestro presente y nuestro futuro.



Dos horas más tarde, pasé junto a dos de mis hombres en el vestíbulo y tomé el ascensor a mi *penthouse*. Al día siguiente les pediría que me subieran las cosas. No quería despertar a Kol intentando desempacar las bolsas y cajas que llenaban mi Land Rover. Si conocía a Autumn, probablemente querría ir a visitar a sus padres.

Una vez dentro del *penthouse*, fui directamente al bar y me serví un vaso de *whisky*. El lugar estaba envuelto en la oscuridad, y el único resplandor provenía de las luces de Montreal que se colaban por las ventanas del suelo al techo.

La inquietud me recorría la espalda. La tensión se me enroscaba bajo la piel y sabía que tenía algo que ver con la mujer de cabello negro que estaba en ese momento en mi cama.

Bueno, esperaba que estuviera allí. No la merecía. Lo jodí todo cuatro años atrás. Pero todavía la quería. Siempre había sido ella.

Me bebí la copa de un trago y fui a ver a Kol a su habitación. Dormía plácidamente, desparramado sobre toda la cama y con una suave sonrisa en sus labios. Debía de tener buenos sueños.

Otra cosa que Autumn hizo bien.

Le permitió a nuestro hijo tener sueños tranquilos. Nada de malditas pesadillas para él. Sinceramente, no recordaba haber dormido tan pacíficamente cuando era niño. Durante esos cortos meses, dormí profundamente cuando Autumn estaba en mis brazos. Kuala Lumpur. Japón. Camboya. No importaba, mientras estuviera conmigo.

Kol se movió en la cama y se rio en sueños. Mis labios se curvaron suavemente. Dios, lo amaba. Tanto que me daba miedo. Mataría a cualquiera que intentara manchar una sola pizca de su inocencia. Las cortinas estaban entreabiertas y la luna ofrecía la luz natural de la noche.

Me dolía el pecho ante aquella hermosa visión. Me agaché, le besé la frente y lo tapé para que no le diera frío. Las temperaturas otoñales podían ser brutales en Montreal.

Dejando la puerta ligeramente entreabierta, fui a mi dormitorio. La cama estaba vacía. No me sorprendió. Decepcionado, pero no sorprendido.

Fui a la siguiente habitación libre. Y luego a la siguiente. La encontré en la quinta, durmiendo profundamente de lado mirando hacia las ventanas. Recordé cuando también le

encantaba dormir de cara a la ventana en mi cama. Y en todos los hoteles en los que dormíamos juntos.

La levanté con cuidado y la llevé a mi *suite*, colocándola en el mismo lado en el que había dormido antes. Apenas se movió mientras la tapaba.

Estiró un pie, dejando un muslo fuera de las mantas. Tenía los labios ligeramente entreabiertos. Su respiración era uniforme y suave, sus pestañas oscuras abanicaban sus mejillas y la hacían parecer una Madonna caída en mi cama.

La satisfacción me inundó y mi pecho retumbó con una sensación que no había sentido en cuatro años.

Allí era donde pertenecía.

En mi cama. En mi hogar. En mi vida.

Aunque no creía que Autumn estuviera de acuerdo. Incluso dormida, intentaba poner distancia entre nosotros. Se movió de nuevo y se acercó tanto al borde de la cama, que si se movía un centímetro más, se caería.

Entré en el armario, me desnudé hasta los bóxers, me lavé y me metí bajo las sábanas.

Con la mirada fija en el techo oscuro, inhalé profundamente, dejando que su olor a otoño se filtrara en mis pulmones. Ese aroma ya estaba por todas partes.

En mi coche. En el *penthouse*. En mi baño. En mi cama.

Giré la cabeza y observé su pequeña silueta acurrucada de lado, de espaldas a mí. Aquel cabello negro se desparramaba por las almohadas y me picaban los dedos con la necesidad de tocarla.

Solo un toque.

Extendí la mano y enrollé un sedoso mechón negro azabache alrededor de mi dedo. Era tan suave como lo recordaba.

Joder, era perfecta. Y me puse duro inmediatamente.

Dejé que el mechón se deslizara de mi dedo y rebotó en la suave almohada de plumas. Debería irme a dormir, pero con mi polla dolorosamente dura, tensa por ella, sería imposible conciliar el sueño.

Quizá no debería haber insistido en que durmiera en mi cama.

En efecto, el karma era una perra.

El deseo se apoderó de mí, quemando todo pensamiento razonable hasta que solo me quedó su cálido aroma y las visiones de cómo se retorcía debajo de mí. Su respiración cambió ligeramente, aunque mi cerebro no pudo procesar eso.

La ingle me palpitaba, exigiendo liberación.

Estaba demasiado cerca de mí. Mas no lo suficiente.

Autumn llevaba tanto tiempo enterrada en lo más profundo de mi alma que era lo único que quería. La única mujer que me había vuelto a poner duro. Los últimos cuatro años habían sido un infierno sin ella. La posibilidad de vivir el resto de mi vida así me hacía querer acabar con todo. En lugar de eso, seguí sus fotografías y su carrera.

La aceché en las plataformas sociales. La tentación era demasiado grande y necesitaba estar seguro de que estaba bien. Cada foto que publicaba me daba esa seguridad. Branka también, aunque mi hermana pequeña era tacaña con la información.

Miré hacia Autumn. Seguía sin moverse. Demonios, era una tortura. Si la giraba boca arriba, podría deslizarme entre sus muslos. Probar su coño. ¿Me daría la bienvenida?

Volví a ver al techo, intentando calmar los latidos de mi corazón y dejar de pensar para poder dormir un poco. «*Quizá debería contar ovejas*», me dije, pero ya sentía que mi mente se iba a la

deriva.

Cerré los ojos y me rodeé la polla con la mano. Estaba dura e hinchada, gotas de presemen ya la manchaban. Recordé sus dóciles gemidos. Su cuerpo suave. Su ansia y cómo se agitaba debajo de mí, pidiendo más.

Un gemido grave vibró en mi pecho mientras me agarraba la verga con el puño y me acunaba los huevos, como solía hacerlo ella. Mi agarre se tensó y una respiración agitada atravesó la niebla de mi cerebro. No era mi aliento.

Mi movimiento se detuvo y mis ojos se abrieron para encontrar la mirada de Autumn clavada en mi mano alrededor de mi longitud.

Tenía las mejillas sonrojadas y la boca entreabierta. Sus fanales eran tan verdes que podía perderme en ellos.

Mi verga palpitó, reconociendo a la mujer que tanto placer me había proporcionado.

—Hueles tan bien —gruñí, reanudando. Bombeé arriba y abajo. Duro y áspero. Maldición, la necesitaba tanto. Si sintiera una fracción de esto, estaría enterrado profundamente dentro de ella en ese mismísimo instante.

—Lo mismo digo. —Exhaló y alzó esos hermosos ojos, encontrándose con los míos. Fue entonces cuando lo vi. Su propia lujuria reflejada en sus profundidades color avellana.

Nuestras miradas se cruzaron y se inclinó hacia mí, apenas un centímetro, aun así, lo acepté. Inhalé profundamente y la observé con los ojos entrecerrados.

—Cuatro años masturbándome contigo en la cabeza —siseé, apretándome cada vez más rápido.

Se acercó y, antes de que me diera cuenta de lo que hacía, su mano se acercó a la mía, la retiró y envolvió mi polla con su pequeña mano.

—Demonios. —Un fuerte gemido vibró en la oscura habitación y mi cabeza cayó hacia atrás. Empezó a bombear, arriba y abajo. Su suave mano se sentía mucho mejor que la mía. Mis párpados se cerraron y mi respiración se agitó—. Eso es, amor.

Detuvo sus movimientos. Maldita sea, tenía tantas ganas de tocarla. Me arañaba el pecho. Su toque era una cura que me haría aún más adicto a ella.

Abrí los ojos y nuestras miradas se encontraron. Necesidad. Deseo. Dolor.

Todo lo que sentía por ella, reflejado en sus propios iris. O tal vez mi mente estaba proyectando.

No obstante, había algo más en sus orbes. Algo que antes no estaba allí.

Dolor. Muros. Se contuvo.

—No te perdono. —Y ahí estaba mi confirmación del daño que había hecho—. Nada de lo que hiciste. —Asentí. Había tanto que decir y ninguna palabra lo suficientemente buena para explicarlo—. Solo eres un gusto que quería probar.

Un soplo sardónico me abandonó. De acuerdo, eso dolió.

—Entonces pruébame, amor.

—S-solo quiero correrme. —Se pasó la lengua por el labio inferior—. Y resulta que estás aquí.

—Entonces úsame —ordené con voz ronca—. Te daré lo que necesites. Todo. —Observé cómo se balanceaba su delicado cuello mientras tragaba, y luego le tomé el labio entre los dientes. Aún recordaba lo bien que se sentía su boca alrededor de mi miembro—. Aceptaré cualquier migaja que me tires, Autumn.

Parpadeó, con la confusión y el deseo luchando en sus ojos.

—También quiero que te sientas bien —murmuró. Y esa era la razón por la que era diferente a mí. Yo tomaba y tomaba. Ella tomaba y daba. Así era.

—Cualquier cosa que me hagas se sentirá bien —aseguré mientras mi polla palpitaba dolorosamente. Solo verla era suficiente para derramarme. Su mano sobre mí ya me tenía listo para venirme. Solo necesitaba otro bombeo y, como un adicto, estaba dispuesto a suplicárselo.

—¿Puedo sentarme a horcajadas sobre ti? —Fue una petición apenas audible, mas mis manos la registraron antes que mi mente.

La agarré por la cintura y la coloqué encima de mí, con las rodillas abiertas, una a cada lado.

Podía sentir su coño caliente tan cerca de mi verga. Todo lo que tenía que hacer era apartarle las bragas y empujar adentro. Se me formaron gotas de sudor en la frente, un temblor me recorrió con la necesidad de enterrarme dentro de ella.

Pero no podía hacerle eso. No a menos que ella lo quisiera. A menos que estuviera lista.

—¿Pu… puedes tocarme? —suplicó, con los ojos fijos y nuestras caras a escasos centímetros.

Le aparté las bragas al mismo tiempo que su mano volvió a rodear mi longitud. Su gemido y mi gruñido se mezclaron.

—No tardaré mucho —gruñí—. Solo tengo que pensar en tu coño caliente ahogando mi polla.

—Alessandro —gimió, y sus caderas se balancearon al contacto conmigo mientras le frotaba el clítoris.

Nuestros movimientos se sincronizaron de algún modo. Nuestras miradas bajaron entre nuestros cuerpos, mi mano acariciando su coño y metiéndole los dedos. Su pequeña mano envolvía mi longitud brillante, masturbándome. Bombeando más fuerte y más rápido.

Podía sentir su coño caliente apretándose por mi dedo o miembro, al igual que mi longitud palpitaba por su coño. Mi codiciosa mujer se movía contra mi verga. Sus movimientos eran erráticos y descontrolados, y mientras su mano seguía subiendo y bajando, mi polla se rozaba contra su entrada caliente.

Levanté las caderas y un gemido se deslizó por sus labios carnosos y rosados.

—Dios, más. —Jadeó.

Así que lo hice otra vez. Estaba tan duro que estallaría en cualquier momento, pero me negué a correrme antes de que tuviera su placer. Quería ver esa expresión de felicidad en sus ojos cuando llegara al orgasmo, sabiendo que yo se lo había provocado.

Sus bragas se interpusieron en mi camino, agarré mi otra mano y se las arranqué. Ni siquiera detuvo sus movimientos. Yo tampoco. Nuestras respiraciones agitadas y nuestros gruñidos eran los únicos sonidos que llenaban la oscuridad.

Rozó mi pene con su coño y la toqué cada vez con más fuerza. Su humedad goteaba por mi muñeca. Mi mano libre la agarró por la nuca y la acercó a mi cara.

—Mía —gruñí, frotando su clítoris como si mi vida dependiera de ello—. Tu boca es mía. Tus pechos son míos. Tu coño es mío.

—¡Demonios! —gimió. Su coño estaba empapado.

—Este culo es mío. —Su clítoris estaba resbaloso mientras la tocaba más rápido, mi semen chorreaba sintiendo como me masturbaba con más fuerza—. Di que eres mía.

—¡Por favor! —suplicó sin aliento—. Por favor, necesito...

Sus ojos bajaron entre nosotros y seguí su mirada. Viéndonos masturbarnos mutuamente. Bajó su cuerpo apenas unos centímetros y mi eje se deslizó dentro de su entrada caliente.

—¡Maldición! —No tenía idea de quién lo había dicho. Ella. Yo. Tal vez ambos.

Sus estremecimientos la empujaron aún más hacia abajo y la cabeza de mi polla presionó su entrada. Gimió. Largo y fuerte. Yo gruñí. Duro y brutal. Su cuerpo se estremeció cuando eyaculé sobre su coño y nuestros jugos se mezclaron. Hacía años que no me corría tan fuerte masturbándome.

Y todo el tiempo ambos mirábamos nuestros cuerpos casi conectados.

Pero no unidos.

Me levanté de golpe, me dolían las pelotas. Y mi maldita verga estaba dura como el metal.

Autumn debió de darse la vuelta, porque estaba frente a mí. Seguía profundamente dormida, con los labios ligeramente entreabiertos y la respiración uniforme y superficial. Parecía tan tranquila. Todo lo contrario a mí. Mis sueños siempre eran imágenes inconexas de cosas que había hecho. Cosas que no podía recordar despierto. Cosas que probablemente nunca recordaría.

Se me hizo un nudo en la garganta y volví a mirarla. Ese dolor familiar en mi pecho, el dolor que siempre vivía allí, se calmó lentamente.

Autumn curó mis cicatrices invisibles y ni siquiera lo sabía.

No había una buena versión de mi vida sin ella.

Capítulo Veintinueve



Autumn

Me desperté con las sábanas arrugadas y el aroma a sándalo y especias en el aire. ¿Cómo había acabado en su cama? Me había ido a dormir a la habitación de invitados. Estar demasiado cerca de él, por no hablar de dormir en su cama, era muy tentador para romper mi determinación.

Y eso me dejaría un mal sabor de boca. Después de todo lo que había pasado entre nosotros.

Al menos Alessio se había ido. Lo oí levantarse al amanecer y marcharse. Enterrando la cara en la almohada, las imágenes de mi sueño de anoche pasaron por mi mente.

Jesucristo.

Menos de un día de vuelta en Montreal y ya estaba en la cama de Alessio. Soñando con chupársela. No era que no me devolviera el favor en esa fantasía.

Ugh.

Todo mi cuerpo se calentó. ¿Cómo pude dejar que mi mente fuera tan lejos anoche? Tenía que recordar que era un infiel. Tenía que encontrar una manera de salir de este lío.

«Dijo que lo sentía después del funeral de su padre», susurró mi corazón blando. El estúpido corazón. Sin embargo, no dijo más. Un simple "lo siento" no explicaba nada.

Salí disparada de la cama y me alisté. Me puse unos *jeans* y un suéter color cobre, junto con un par de botas, justo a tiempo antes de que Kol se despertara.

Cuando entré en la habitación de mi hijo, lo encontré sentado en medio de la cama, sonriente y bien despierto.

—Ahí está mi chico guapo. —Le sonreí—. ¿Estás listo para ir a ver a los abuelos?

—Sí, sí, sí.

Sonreí.

—Les mandaré un mensaje y les pediré que nos preparen el desayuno y café fuerte. ¿Sí?

Un asentimiento.

Veinte minutos más tarde, Kol y yo estábamos en el vestíbulo, su pequeña mano en la mía, nuestros pasos lentos y encaminándonos hacia la salida, cuando un imponente cuerpo me bloqueó el paso.

—*Umm*, perdona —murmuré e intenté sacarle la vuelta. Volvió a cerrarme el paso—. ¡Oye!

—¿Adónde van? —exigió saber y fruncí el ceño.

—No es asunto tuyo —siseé. Lo reconocí de hacía cuatro años—. Ahora apártate de mi camino antes de que llame a la policía —amenacé, ya sacando el teléfono y con el dedo encima de la pantalla.

—El jefe no dijo que fueras a ninguna parte —informó.

Mis dedos se detuvieron sobre el primer número.

—¿Jefe?

Sabía a qué se refería. O más bien a quién se refería. Mas no podía creer que ese imbécil me mantuviera prisionera.

—Alessio.

«Oh, no lo hizo».

Mis ojos se entrecerraron en el cuerpo grande y altísimo, mi mano con el teléfono se disparó hacia su pecho.

—Dile a Alessio que no puede controlar mis movimientos —protesté, con las mejillas acaloradas por la frustración y sin dejar de pincharle el pecho—. En realidad, no importa. Se lo diré yo misma.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, busqué su número y le marqué.

—Autumn. —Mi cara se tiñó de carmesí. Imágenes de ambos la noche anterior pasaron por mi mente. *Ugh*, odiaba al *guapo* estúpido—. Me alegro de que todavía tengas mi número.

Nunca tuve el valor de borrarlo. No porque aún lo amara. Sino porque *era* el padre de mi hijo.

—Dile a tu hombre que me deje pasar —siseé, molesta porque incluso por teléfono, Alessio se las arreglaba para ponerme nerviosa—. Voy a visitar a mis padres para desayunar.

Siguió una larga pausa.

Con cada segundo que pasaba, mi irritación aumentaba. Abrí la boca, dispuesta a maldecirlo. Gritarle.

—Ricardo te llevará.

—No hace falta —discutí—. Puedo tomar un taxi.

—O te lleva Ricardo o te quedas en casa.

La ira me consumía. Me arañaba la garganta. Me quemaba las mejillas. Había viajado sola por el mundo durante los últimos cuatro años. Selvas. Desiertos. Zonas de guerra. No necesitaba un maldito guardaespaldas. Era una mujer adulta.

—Esto no ha terminado. —Lancé en voz baja, tratando desesperadamente de aferrarme a la razón. Ya me ocuparía de él más tarde. Terminé la llamada y fulminé a Ricardo con la mirada. El pobre se estaba llevando la peor parte de mi ira—. Alessio dijo que nos llevarás a casa de mis padres.

Aquello era una idiotez. Viajé por todo el maldito mundo, y en ese momento no podía cruzar la ciudad para ir con mis padres sola.

A la mierda.

El teléfono de Ricardo sonó en ese momento. Debían de ser las instrucciones de Alessio. Si dejaba hervir la rabia, acabaría por ponerme roja y estallar. Así que inhalé hondo y solté el aire. Luego volví a repetirlo.

Ricardo nos llevó en una *Expedition* negra a prueba de balas que llevaba una silla infantil de coche nueva. Y la vieja para devolvérsela a mi *maman*. Ni siquiera pregunté. Me limité a contar los minutos que faltaban para llegar a casa de mis padres. Antes de estacionarnos frente a su casa, sonó mi teléfono.

Era un mensaje de Branka, preguntando dónde estaba. Ya estaba en casa de mis padres.

¿Cómo era que las cosas siempre terminaba sucediendo al mismo tiempo? Nunca con calma. No me cabía duda de que *Maman* y papá le habían dado una versión de su hermano llevándome a su casa.

¡Jesucristo!

Escribí un mensaje rápido haciéndole saber que Kol y yo estábamos de camino.



Pasamos toda la mañana fuera.

Una espesa tensión impregnaba el aire, bailando entre las hojas que se arremolinaban alrededor de nuestros pies al recogerlas. Menos mal que estábamos afuera, porque la tensión era tan asfixiante que apenas me llegaba oxígeno para respirar.

Maman fue lista al ponernos a trabajar, ayudando con la limpieza de las hojas y el jardín. Papá había estado malhumorado. Mi madre estaba preocupada. Branka estaba... no estaba segura. Tal vez una combinación de un poco enfadada, un poco decepcionada y muy preocupada.

El único que parecía perfectamente relajado era Kol. Empujaba todas las hojas a un montón que estábamos construyendo y luego se tiraba en él. Era parte de la razón de porqué tardábamos tanto en limpiar el jardín.

Probablemente ese era el plan de *Maman* todo el tiempo. Cansarnos a todos y luego hablar. Incluso nos hizo almorzar mientras nos encargábamos de las malditas hojas que seguían cayendo. Sinceramente, no le veía sentido barrerlas.

Fue cuando Kol por fin se fue a tomar la siesta cuando mi padre finalmente dijo algo.

—¿Te ha hecho daño? —Parpadeé confundida.

No era exactamente la primera pregunta que esperaba. Sacudí la cabeza. Padre quería decir físicamente y esa era una respuesta verdadera. No me había herido físicamente. Fue cuatro años atrás, cuando lo atrapé engañándome, que me destrozó. Cuando me dijo que no era más que una follada para él, quise aborrecerlo. Aunque nunca lo logré.

Pero físicamente nunca me había hecho daño.

—Alessio nunca le pegaría a una mujer. —Branka sonaba insultada en nombre de su hermano. Tenía derecho a estarlo.

Mi padre no parecía creernos a ninguna.

Fue *Maman* quien intentó calmar la tensión.

—Sabemos que tu hermano no es tu padre, Branka. Lo de ayer fue inesperado. La forma en que ocurrió y Alessio llevándose a Autumn y Kol...

—¿Cómo pasó? —Los ojos de mi mejor amiga se entrecerraron en mí, esos grises casi destellando plata—. Porque mi mejor amiga ni siquiera insinuó que tenía algo con mi hermano.

Suspiré.

—Branka...

Levantó la palma de la mano.

—¿Cómo pasó? —repitió.

Siguió un silencio tenso. Sinceramente, no sabía por dónde empezar. Ese era el problema de ocultar algo durante tanto tiempo.

—¿Qué parte? —inquirí—. ¿Hace cuatro años? ¿Ayer? ¿Hace ocho años?

—¿Qué? —siseó papá, la furia enrojeciéndole la cara—. Si te tocó cuando eras menor de edad, es hombre muerto.

—Jesucristo, ¿me ocultaste esto durante ocho años? —chilló Branka.

—¿Quieren parar todos? —los regañé—. La primera vez que vi a Alessio fue hace ocho años. Aquí, de hecho. ¿Recuerdas la fiesta de cumpleaños?

—¿Bajo mi maldito techo? —rugió papá, con la cara enrojecida.

—*Putain de merde* —maldijo *Maman*. Su palabrota favorita. *Maldita mierda*. No podía estar más de acuerdo. Papá estaba llevando las cosas a un nivel totalmente innecesario—. ¡Deja que Autumn termine!

—Gracias, *Maman*. —Definitivamente, la situación no iba bien. A mi edad, realmente pensaba que no tenía que explicar nada a mis padres. Eso era tan ridículo. Por no mencionar, vergonzoso—. Lo conocí en esa fiesta de cumpleaños. Por una fracción de momento. —Eso era cierto en su mayor parte. No había necesidad de decirles que estaba medio desnuda—. Luego no lo volví a ver hasta el funeral de tu madre. Lo juro.

No podía apartar la vista de las tres personas que siempre habían estado a mi lado. A pesar de que no les había mentido abiertamente durante los últimos cuatro años, una omisión seguía siendo una mentira. Escondí la verdad.

—Entonces, ¿cuándo demonios tuviste sexo con él? —Branka refunfuñó.

Me ardían las mejillas. Mi padre parecía dispuesto a matar a alguien. Probablemente a Alessio.

—*Umm*. —Pasé del pie izquierdo al derecho, y luego de nuevo al izquierdo, mientras mis dedos agarraban el rastrillo como si eso me salvaría de contestar—. ¿Tenemos que entrar en esos detalles?

—Creo que es mejor que no lo hagamos. —*Maman* acudió al rescate. Nunca me había dicho abiertamente que sabía que Alessio Russo era el padre de Kol, pero teniendo en cuenta que me encontró en Londres, frente a su casa y se ofreció a matarlo, me lo imaginé—. Lo hecho, hecho está.

Los ojos de Branka estudiaron a mi madre.

—También lo sabías, ¿verdad?

Maman se encogió de hombros.

—Una madre siempre sabe esas cosas —explicó—. A pesar de que Autumn nunca quiso decirlo, no hacía falta ser un genio para atar cabos. —*Maman* me miró. Estaba siendo imprecisa a propósito.

—Kol es la viva imagen de Alessio —anunció Branka, sorprendiéndome con su afirmación.

Tragué saliva. Si eso era cierto, probablemente Alessio ya lo sabía. ¿Era esa la razón por la que insistió en que nos quedáramos con él? ¿Quería a Kol, pero no a mí? ¿Intentaría quitarme a Kol? Ese pensamiento me aterraba.

—Necesito más tiempo para procesar esto —gruñó mi padre y se dirigió a la parte delantera de la casa—. Más hojas que recoger.

Maman me lanzó una mirada exasperada y lo siguió, dejándome a solas con Branka.

Encontré sus ojos con un fuerte suspiro.

—¿Así que lo sabías? —Asintió—. Siento no habértelo dicho —murmuré—. Es tu hermano y no quería que le ocultaras nada. Son muy cercanos.

No sabía lo que pensaba. Ahí estaban nuestras diferencias. Branka, al crecer como lo hizo, era buena para mantener una cara de póquer. Yo, no tanto.

—¿Cuándo... desde cuándo lo sabes? —pregunté.

Frunció los labios y un destello de ira brilló en sus ojos. Hacia mí o con otra persona, no estaba segura.

—Abu Dhabi —respondió con voz tranquila.

Dios, odiaba acordarme de Abu Dhabi. Me odiaba aún más por seguir deseándolo y sucumbir a mi ansia por él. Mis muslos se apretaron al recordar la noche anterior. No me creía lo bastante fuerte para resistírmele si pasaba otra noche en la cama con él.

«Mujer estúpida», susurró mi razón.

—¿Qué pasó? —cuestionó—. Quiero oírlo de ti.

Sacudí la cabeza y me tembló el labio inferior. Malditas emociones. No te llevaban a ninguna parte, te lo juro.

Branka tomó mi mano libre entre las suyas y apretó.

—Alessio nunca me dijo una maldita cosa. Empecé a atar cabos por mi cuenta. Cuando nació Kol, se confirmó mi sospecha. Como ni tú ni Alessio dijeron algo, seguí esperando. No sé qué pasó entre ustedes, pero creo que es hora de que se sinceren. Ambos.

Dejando escapar un suspiro estremecido, sentí un temblor en el pecho, el corazón y las extremidades. Cuatro malditos años y seguía doliendo igual que el primer día.

—Fui a su habitación —dije, mi voz pequeña—. Tenía a alguien más allí.

Su expresión incrédula me devolvió la mirada.

—¿Alessio? ¿Engañando?

Me encogí de hombros, ocultando lo mucho que me dolía.

—En realidad nunca establecimos que estábamos saliendo.

Negó con la cabeza.

—No, no, no. —No tenía ni idea de si estaba diciendo no a mi suposición de salir con alguien o no a que Alessio me fuera infiel—. Alessio nunca te engañaría.

«Bueno, lo hizo». Sin embargo, mantuve esas palabras detrás de mis labios. Lo vi con mis propios ojos, las dos veces; si no, me convencería la seguridad en la voz de mi mejor amiga.

—No, Autumn, no lo entiendes —continuó Branka cuando me quedé callada. Debió de ver en mi expresión que no le creía—. Vio lo que papá le hizo a nuestra madre. Alessio nunca ha tenido una relación con una mujer. Nunca. No puedo decirte por qué. Tendrá que hacerlo él. Aunque apostaría a que fue cosa de mi padre.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No importa mi padre —replicó secamente—. Que se pudra en el infierno. —No podía estar más de acuerdo. Era un desgraciado espeluznante y cruel. Los pequeños detalles de lo que le había hecho a Branka eran suficientes para revolver cualquier estómago. Su visita en el hospital cuando di a luz era razón suficiente para querer asesinarlo—. En Abu Dhabi, después de que te fueras. Al día siguiente Alessio bajó a nuestro piso. Golpeaba mi puerta como loco. Estaba hecho un desastre. Cuando lo acusé de dejarme plantada para comer, me miró como si estuviera loca. Pensó que era el día que habíamos llegado.

Seguía sin entender lo que decía.

—¿Así que tenía *jet lag*? —reviré—. Eso no explica que tuviera una mamada de otra mujer la noche que habíamos quedado en vernos.

Maldición, odiaba lo amarga que sonaba mi voz. Cuatro años deberían bastar para que no importara y seguir adelante. Pero no era así. No había salido con nadie más. Había salido a cenar con hombres a veces, aun así, terminaba después de la primera cita. Los comparaba a todos con él. Alessandro Russo, el hombre que me rompió el corazón.

No había besado a otro hombre. Los amigos no contaban. Con razón soñaba con tener sexo con él y me ponía cachonda. Los sueños húmedos eran una mierda cuando no habías tenido ninguna relación sexual en cuatro años.

Dios, sus manos sabían exactamente cómo excitarme en mi sueño. Y su boca...

Al instante, mis entrañas ardieron en llamas. Ese fue sin duda el mejor sueño. Era digno de porno. La forma en que me penetraba, exigiendo mi placer antes que el suyo. Y cuando se derramó dentro de mí, gruñó mi nombre al terminar. Sí, fue un sueño, pero me aseguraría de guardarlo para las noches en que tuviera que masturbarme. Las mujeres pagarían mucho dinero por ver a un hombre tan hermoso desencadenarse.

Una extraña posesividad se disparó a través de mí. Tendría que arrancarle los ojos a cualquiera que lo viera así. Quizá debería hablar con él y decirle que si compartiríamos cama, nada de otras mujeres. O tendría que convertirme en una asesina.

Tan encantador. De salvar el mundo a una asesina.

No había nada como ir de un extremo a otro.

—Me cortaré el meñique si te fue infiel. —Volvió a intentar Branka—. Habla con él.

Puse los ojos en blanco.

—Te lo estoy diciendo, mujer. Lo vi con mis propios ojos. —Por no hablar de lo que había pasado en Londres—. Parece que tu meñique tendrá que irse.

—No todo es lo que parece, Autumn. —La voz de Branka tenía esa nota de vulnerabilidad. La misma que solía tener cuando hablaba de su padre—. Confía en mí. Habla con Alessio. Pídele que te explique lo de aquella noche.

Suspiré. No haría daño... bueno, esperaba. Al menos conseguiría que lo admitiera. O podría negarlo, no obstante, sabía lo que había visto. Por no mencionar, que escuché esas malditas palabras que me expresó en Londres.

—De acuerdo —cedí—. Lo confrontaré. ¿Me perdonas? —indagué. No podía soportar perder a mi mejor amiga—. Kol es tu sobrino y siempre lo trataste como tal. Y ya te considera su tía. Pero nada de eso hace correcto que te lo haya ocultado. —A decir verdad, lo alejé aún más de Alessio.

Suponiendo que no lo supiera ya.

—Te perdonaré si hablas con él —prometió con una convicción que no sentía exactamente —. Ahora está en la vida de Kol. Mantenlo allí. Alessio se merece esto. Los merece a Kol y a ti.

Branka amaba a su hermano y su lealtad era a veces cegadora. Tampoco se lo diría. Fue su salvador cuando era pequeña. Cuando su madre le falló, su hermano mayor acudió como un caballero.

Nada ni nadie convencería a Branka de que su hermano tenía una oscuridad despiadada, aunque fuera evidente. Podía llevar trajes pulidos y costosos, y comportarse como un caballero, pero en el fondo, llevaba su crueldad como una segunda piel.

—Y no estoy enfadada, Autumn. —Branka me abrazó con fuerza—. También he guardado algunos secretos que nunca le contaré a Alessio. —*¿Eh?* Debió de ver la sorpresa en mi cara—. Iría tras él y probablemente lo mataría. O él mataría a mi hermano. No es un buen escenario de cualquier manera.

Que Branka le ocultara un gran secreto a su hermano mayor no podía ser bueno. En absoluto.

—¿Q-quieres contármelo? —pregunté, casi asustada por oír su respuesta.

Nubes grises oscuras se reflejaban en sus ojos. Eran del color del cielo justo antes de la lluvia. Del mismo color que los de Alessio. Del mismo color que los de Kol. Salvo que los de mi hijo tenían añadida una chispa verde que daba color a sus iris.

—¿Quieres saberlo? —Sabía lo que quería decir. Cuando nos hicimos amigas por primera vez y todo el mundo en la preparatoria me advirtió de la chica Russo, hicimos un pacto. No me diría lo que no quisiera saber. Sin embargo, cualquier cosa que me dijera, tenía que quedar entre

nosotras.

Y en ese momento, Branka Michelle Russo parecía necesitar descargar algo de su pecho.

—Sí.

Siempre estaba ahí para mí. Lo menos que podía hacer era estar a su lado cuando necesitaba a alguien con quien hablar.

—Me voy a casar.

Siguió el silencio. Las palabras se mezclaban con el susurro de las hojas que se mecían suavemente con la brisa.

Parpadeé y volví a parpadear. Quizá la mente me estaba jugando una mala pasada.

—No entendí. ¿Puedes repetirlo?

La expresión de su cara me dijo que lo había entendido bien.

—Me voy a casar —repitió.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Cuándo? —De acuerdo, no se me ocurría una pregunta coherente—. No sabía que estabas viendo a alguien.

Tragó saliva.

—No lo hago.

—Estoy confundida.

—Alessio me arregló un matrimonio —reveló. Toda su conducta era tranquila, como si estuviéramos hablando del acontecimiento más natural del mundo. Un maldito matrimonio concertado—. Bueno, en realidad me dejó elegir entre candidatos aceptables. Hablé con todos ellos. Este tipo y yo... bueno, llegamos a un acuerdo mutuo. Me ayudará y lo ayudaré. Padre se las arregló para hacer muchos enemigos y este tipo me protegerá. Durante años, pensé que había una salida, pero...

La conmoción que me produjo su declaración me desequilibró. Me costó seguirle el ritmo.

—¿Qué quieres decir con una salida? —inquirí con voz preocupada—. Branka, si necesitas ayuda, o necesitas escapar, mis padres pueden ayudarte.

Después de todo, *Maman* y papá habían librado más de una batalla y no les gustaría verla infeliz. La consideraban de la familia. *Era* de la familia.

La furia brilló en sus ojos, recordándome a Alessio enojado. Quizá Branka era más valiente de lo que pensaba. Tendría sentido, teniendo en cuenta con quién se había criado.

—Lo que quiero es hacerle pagar a ese imbécil de Sasha Nikolaev.

Su voz era tranquila. Mortal. Decidida.

Por Dios. Branka escondía su salvajismo bajo su sonrisa encantadora y linda.

—¿Sasha Nikolaev? —repetí. El nombre me sonaba vagamente, pero no podía ubicarlo.

—Sí —siseó, claramente enfadada—. Me hizo prometerle que lo esperaría y luego lo encontré con una maldita chica olímpica. ¡Más joven que yo!

Tenía que estar perdiéndome algo. O mi cerebro aún estaba frito por el orgasmo de la noche anterior. No podía seguir ni una maldita cosa de lo que estaba diciendo.

—Estoy confundida —murmuré.

—Bienvenida al maldito club —respondió, con un tono seco como la ginebra—. Primero el idiota me acosa. Luego me pone muy cachonda. —Empezó a abanicarse. Aunque apenas hacía diez grados aquí fuera. Y se consideraba un día cálido para noviembre—. Y de la nada, tira una mierda de que no estoy preparada para él. Que. Se. Joda. Estoy tan preparada que si mi vagina fueran pelotas, estarían azules.

Se me escapó una risa estrangulada a pesar de su furia.

—Lo siento. —Me atraganté—. La imagen de una vagina pareciendo bolas azules...

Exhaló un suspiro frustrado, haciendo volar un mechón de su cálido cabello castaño.

—Sí, lo sé. Pero, Autumn, tengo que ser la maldita virgen más vieja de Canadá —gimió—. ¡Maldición, de toda Norteamérica! Posiblemente el mundo entero.

De acuerdo, eso era definitivamente una exageración.

—Bueno, ¿qué pasó? ¿Y qué tiene que ver una chica olímpica con todo esto?

—Aparentemente el desgraciado se encontró una mujer más joven. Wynter Flemming, la patinadora artística olímpica de Estados Unidos. —Mis labios formaron una O silenciosa.

No había duda de la amargura en su rostro.

—Bueno, ya sabes que esas atletas no pueden tener sexo durante los entrenamientos —murmuré lo primero que se me ocurrió—. Así que debe tener las pelotas muy azules. —Su cara se iluminó con esa afirmación—. Y... —añadí, feliz de hacerla sentir mejor—. ¿Qué clase de nombre es Wynter Flemming para una patinadora artística?

—¿Verdad? —Aceptó entusiasmada y nuestras miradas se cruzaron—. En realidad es un nombre bastante *cool* —refunfuñó en voz baja.

Tuve que darle la razón. Si bien era un nombre lindo, había que acabar con esa chica.

—Además, no es una patinadora artística canadiense —dije—. Y todos sabemos que tenemos *los mejores* patinadores artísticos. Solo mira a Scott Moir y Tessa Virtue. Esta Wynter Flemming, de la que nunca he oído hablar, por cierto, no puede ser mejor que Scottie y Tessa.

Agitó la mano en el aire.

—Exactamente. Aunque tampoco tengo ni maldita idea de quiénes son Scottie y Tessa.

Era seguro decir que ni a Branka ni a mí nos gustaban los deportes.

—¿Pero quién es Sasha Nikolaev? —inquirí—. ¿Por qué me suena el nombre?

Los ojos de Branka se oscurecieron y su expresión se volvió asesina.

—El hombre que se arrepentirá de haberme conocido —siseó—. Antes de morir, voy a grabar mis iniciales en su corazón. Si él quería una psicópata pues ahora la tendrá, demonios.

Jesucristo.

No sabía si sentir lástima por Sasha Nikolaev o no, aunque una cosa era segura:

Branka Russo lo haría pagar.

Capítulo Treinta



Alessio

Llegué a la residencia Corbin a media tarde y los encontré a todos afuera.

Era un día más cálido de lo habitual, y parecía que a todos los habían puesto a trabajar. Incluida a mi hermana. Autumn y Branka cuchicheaban entre ellas, ambas apoyadas en sus rastrillos y flojeando. Podía ver desde aquí que les *encantaba* el trabajo duro.

Atravesé la pequeña puerta. El señor Corbin y Kol levantaron la vista, e inmediatamente a Kol se le iluminó todo el rostro y corrió hacia mí. Aunque su abuelo no parecía muy contento, me daba igual.

Nada podía superar esta sensación. Me arrodillé para que estuviéramos a una altura similar, justo cuando Kol se lanzó a mis brazos y lo atrapé.

—Hola, amigo. —Todavía no podía creer que este pequeño y perfecto humano fuera mi hijo —. Te extrañé hoy.

Sonrió.

—Quiero una historia.

Me reí entre dientes.

—Claro, podemos leerte otro cuento esta noche. Conseguí más libros.

—¿Sabes cantar?

A Autumn y a sus padres les encantaba cantar. No era lo mío. Ni lo de nadie lo suficientemente desafortunado como para oírme cantar.

—¿Qué tal si tu mamá canta y yo leo? —sugerí. Si me exigía que cantara, lo haría, pero probablemente se arrepentiría rápido.

—*Oui*.

Fue otra cosa de la que me di cuenta. Kol hablaba francés e inglés de forma intercambiable.

Me puse en pie. Autumn y Branka seguían en su mundo, en el rincón más alejado del patio. Ninguna me había visto. Pero los señores Corbin sí, y se me acercaron.

—Alessio —saludó primero la madre de Autumn.

—Señora Corbin.

—Voy a preparar la cena temprano —continuó. Su marido siguió inmediatamente con un gruñido—. ¿Te quedarás? —Sí, eso sería un rotundo no—. Estoy haciendo el favorito de todos. —Seguía siendo un no—. Por favor. —Ligeramente me estaba debilitando.

Miró a su esposo.

—Cariño, ¿no quieres que Alessio se quede? —La madre de Autumn era una mujer testaruda —. Podría ayudarte con el juego infantil en el que has estado trabajando durante un mes que está abandonado en el garaje.

Esa vez ambos gruñimos.

—Eso es un *sí*, ¿verdad? —Nos miró a ambos con los ojos muy abiertos. La mujer era una maestra de la manipulación. No como mi propia madre, que siempre temía levantar la vista. Mi padre mató su espíritu.

—Claro —murmuramos al mismo tiempo el padre de Autumn y yo.

Me quité la chaqueta y la tiré por encima de la valla.

—Guíe el camino, señor Corbin —le dije al viejo—. Si lo ayudo con el juego infantil, tendrá que ayudarme con la cama en forma de avión que voy a hacer para Kol.

Tanto Kol como su abuela chillaron de felicidad. El padre de Autumn renegó entre gruñidos.

—¡Ey, hermano! —La voz de Branka probablemente se oía en toda la calle.

—Hermana, sutil como siempre. —Le eché un vistazo a Autumn y al instante se calmó esa inquietud que me acompañaba constantemente. Busqué sus ojos. Verdes. Bien, no estaba triste ni infeliz.

Su mirada se encontró con la mía y al instante sus mejillas se sonrojaron. No pude evitar la suficiencia que me invadió. Quizá su determinación se estaba debilitando. El sueño de la noche anterior fue difícil de borrar. Llevaba todo el maldito día duro. Mi polla deseaba su coño. Mi maldita lengua quería probar sus jugos.

Joder, acabaría con las pelotas azules.

—Autumn —la saludé. Rezongó algo parecido a un saludo o tal vez vete a la mierda, no estaba seguro—. ¿Cómo estuvo tu día, querida? —Me miró con esos preciosos iris color avellana, en los que se reflejaba claramente su enfado. Levanté los labios. No respondió—. Tus padres me invitaron a cenar —le informé.

Miró a su padre y luego a su madre. El primero rumió; la segunda sonrió feliz.

—Será estupendo. El favorito de todos. Veremos si le gusta a Alessio.

—Estoy seguro de que estará delicioso, señora Corbin —halagué—. Branka me dijo que sus habilidades culinarias son incomparables.

El aire se llenó de bufidos y risitas. Mis cejas se alzaron. Mi hermana pasó muchas cenas aquí. No habría comido en esta casa si la comida fuera mala. ¿No?

Mierda, tal vez lo haría. Era mejor que sentarse solo en mi *penthouse* o aguantar la compañía de nuestros padres.

—Claro. —Se rio Branka, y estaba seguro de que tendríamos que cenar por segunda vez.

La señora Corbin dio un aplauso entusiasmada y nos empujó a su marido, Kol, y a mí hacia el garaje. Nos dirigimos hacia allí, con la mano de Kol en la mía.

—La abuela cree que no puedo encargarme de construir un parque infantil al aire libre —renegó el padre de Autumn mientras abría la amplia puerta—. Pero se lo demostraremos, ¿verdad, Kol?

Mi hijo asintió con entusiasmo, sin intención de soltarme la mano. Entonces empezó a saltar y a chillar. El pequeño era una bola de energía.

Me puse en cuclillas y sonreí.

—Vamos a ayudar al abuelo, ¿de acuerdo? —Volvió a asentir—. De acuerdo, carga esta bolsa. —Le entregué la bolsa de tornillos y tuercas—. Perfecto. El abuelo y yo agarraremos las vigas.

Volví a levantarme y me encontré con el padre de Autumn mirándonos con esos ojos tan parecidos a los de su hija. Autumn tenía la belleza de su madre, mas los ojos de su padre.

Me remangué la camisa y nos pusimos manos a la obra. Kol se pegó a mí, siguiéndome en todo momento. Sacamos todas las piezas del juego.

—Por aquí —ordenó el padre de Autumn, señalando el centro del patio. Mis labios se curvaron. No recordaba la última vez que alguien me había dado una orden. A mi junta directiva y a mis amigos les encantaría escuchar aquello—. Este es el mejor sitio. Podemos verlo desde todos los rincones del patio y desde la sala.

Asentí. Tenía sentido.

—No debería estar solo afuera —comenté. El padre de Autumn se puso rígido. No me importaba. Kol era mi hijo y no me arriesgaría a que le pasara algo.

—Crie a mi hija. —Acabó diciendo—. Segura y feliz. Mientras desgraciados como tú intentaban eliminarnos.

—Entendido —declaré con calma—. Pero, ¿qué clase de padre sería si no hiciera lo mismo por mi hijo?

Siguió el silencio. La sorpresa brilló en sus ojos. Pensó que no lo sabía. O quizás esperaba que no lo supiera.

—Tú y mi hija tendrán que trabajar en ello —aconsejó finalmente—. Mi esposa me habló del contrato que tenías con sus padres. —No podía decidir si sonaba como una acusación o no—. ¿Estás aspirando a más poder?

Se me tensó la mandíbula.

—Me importa una mierda tener más poder —aseguré.

—¿Qué vas a hacer cuando el viejo Blanchet le pase las riendas a Autumn?

—Se las pasaré a otra persona.

La curiosidad parpadeó en los ojos de su padre, no obstante, fue la tensión de sus hombros lo que lo delató.

—¿A quién?

Pensó que prepararía a Kol para dirigirlo.

—Esos sobrinos franceses. Los he investigado y son bastante decentes.

El silencio se apoderó del aire de la tarde.

—Creo que tú y yo estamos de acuerdo —aseveró por fin. Pasó un entendimiento entre nosotros. Una alianza—. No eres tú padre, Alessio —añadió, sorprendiéndome—. Ninguno de los dos.

De algún modo, no me sorprendió que el viejo lo supiera. Después de todo, recopilar información contra las organizaciones criminales más poderosas era su especialidad.

Trabajamos en silencio durante las dos horas siguientes y terminamos el parque infantil. En medio del césped había un barco pirata y Kol lo observaba asombrado.

—¿Te gusta? —pregunté sonriendo. Sus ojitos se desviaban a la izquierda, luego a la derecha. No sabía adónde mirar primero.

—*Oui*.

—Es muy increíble —indiqué—. ¿Quieres ver el interior?

Asintió, jalándome con impaciencia. Incliné mi alta estatura y eso fue todo lo que necesitó para empezar a explorar.

—¿Esto es mío? —Su voz chilló desde el interior del barco pirata.

—Todo tuyo, amigo —contestó su abuelo. Se giró hacia mí y continuó—: Era difícil organizar algo permanente cuando Autumn se negaba a volver a casa. Pero ahora que está aquí,

nada me lo impide.

Mis labios se curvaron.

—Si necesitas ayuda con otro proyecto de construcción, házmelo saber.

Sonrió con suficiencia.

—Asegúrate de tener cosas de chicos *cool* en tu casa. Hará más difícil que se vayan.

—Pienso hacerlo. —De hecho, ya había hecho un pedido de todo el material para construirle a Kol su cama de avión a medida—. Ahora mismo nos alojamos en mi *penthouse*, pero iremos y vendremos entre la casa de las afueras y el *penthouse*. Me imaginé que querría estar cerca de ustedes.

Hizo un gesto con la mano.

—Incluso antes de volver, ya hablaba de irse. —Me miró de reojo—. Supongo que ahora se quedará.

—Ese es el plan.

Por supuesto, el contrato que había establecido era solo una medida de seguridad. No iba a dejarla ir esa vez. Me ganaría su amor y nos traería de vuelta. Tal como éramos. Tanto Autumn como Kol eran mi familia. Envejeceríamos juntos. Discutiríamos, follaríamos y haríamos el amor.

En resumen, seríamos felices. Me aseguraría de ello. Le daría todo lo que quisiera. Estaría cerca de sus padres. Haríamos una vida como sus padres.

Recorrí con la mirada la acogedora casa. Era de buen tamaño, aunque nada que ver con mi propiedad. Y nada como la residencia Blanchet en Philadelphia.

—*Maman* dice que la cena está casi lista. —Autumn apareció detrás de nosotros con una bandeja de bebidas para todos. Al parecer se duchó, ya que aún tenía el cabello húmedo y se había puesto unos *jeans* con un suéter rosa—. Y si vas a estar apestoso, que te duches.

Su padre tomó un vaso de la bandeja.

—¿Son las palabras de tu madre o las tuyas, Autumn? —replicó su padre.

Lo ignoró e inclinó el cuello para observarme.

—Lo mismo para ti, Alessio. —Luego sus ojos recorrieron mi cuerpo—. Aquí no tienes ropa, así que quizá tengas que volver al *penthouse*.

Un resoplo sardónico me abandonó. Autumn tenía garras. A decir verdad, no me importaban las discusiones. Sería un buen sexo de reconciliación.

—No te preocupes, amor —musité, tomando una bebida de la bandeja—. Tengo un cambio en el coche.

—Claro que lo tienes —comentó, poniendo los ojos en blanco—. ¿Alguna vez estás desprevenido?

—Sé amable con nuestro invitado —me defendió su padre, sorprendiéndome—. Acaba de construir el juego del barco pirata para Kol.

—Podría haberlo hecho un hombre de Home Depot —soltó.

—¿Pero un hombre de Home Depot construiría el parque infantil y te llevaría a casa? —reflexioné.

Autumn puso los ojos en blanco.

—Ya veo cómo es. Hombres contra mujeres. Te dejaré comer la comida cocinada por *Maman*. La que yo hice será solo para los amigos —declaró, pero no se me escapó su sonrisita.

Algo pasaba con la manera de cocinar de su *maman*.

—¡Kol, vamos, amigo! —gritó—. Vamos a comer lo que ha cocinado mami. Dejaremos la comida de la abuela para el abuelo y Alessio.

—¿*Grand-mère* canta? —murmuró Kol.

—Probablemente. Ahora vámonos antes de que la tía Branka se coma todo lo bueno. —Levantó a Kol y empezó a caminar hacia la casa—. Tienen veinte minutos para bañarse. O no habrá comida para ustedes.

Quince minutos más tarde, estábamos todos sentados alrededor de la mesa en el comedor. Las paredes estaban decoradas con fotos de Autumn sonriendo. Había bastantes de Branka y Autumn de sus años de preparatoria.

Había una que destacaba sobre todas las demás. Autumn, Kol, su madre y Branka con la cara inclinada hacia el cielo, recogiendo gotas de lluvia con la Torre Eiffel de fondo. Parecían tan felices que me dieron alegría y celos a la vez.

—Recemos una oración —avisó la señora Corbin. ¿Estaba bromeando o hablaba en serio? La mujer era una maldita asesina en su juventud.

Miré a mi hermana y luego a Autumn. Las dos se encogieron de hombros y la siguieron, murmurando la oración. Kol también lo hizo, cambiando entre inglés y francés. Era el único que no tenía ni puta idea de cómo iba la oración.

—Sus ganas para rezar van y vienen —susurró Autumn entre dos palabras de la oración.

Ladeé una ceja.

—Salvación y gloria eterna. —Ahogó sus palabras, llenas de humor.

—Autumn Michelle Corbin —la regañó su madre. Era otra cosa que Autumn y Branka tenían en común. El mismo cumpleaños y el mismo segundo nombre.

Autumn le echó un vistazo a su madre.

—¿Qué? La moda va y viene. Incluso tienes que admitirlo.

Su madre refutó unas palabras en francés y estaba bastante seguro de que no eran de las buenas.

—¿Por qué Autumn? —Curioseé, alejando el calor de mi mujer—. Su cumpleaños es en agosto.

Sus padres compartieron una mirada, una pizca de angustia pasando entre ellos.

—Autumn iba a nacer en noviembre. Los padres de mi esposa la secuestraron, le indujeron el parto prematuramente e intentaron robarla.

¿Qué. Demonios?

Los abuelos de Autumn secuestraron a su propia hija y arriesgaron no solo la vida de ella, sino también la de su nieta haciendo estupideces como esa. Esos desgraciados estarían muertos antes de que acabara la semana.

—No olvidemos el trato de entregarme el día de mi decimoctavo cumpleaños —respondió secamente Autumn.

—No íbamos a dejar que te llevaran así como así —aseguró su padre.

—Exacto —coincidió su *maman*—. Todo eso ya es pasado.

—Y yo que pensaba que había encontrado una familia *normal.* —Se rio Branka por lo bajo.

—De acuerdo, ese no es un tema para nuestro encantador día. Todos somos un poco anormalmente normales. —Se rio como si fuera gracioso mientras Branka y Autumn ponían los ojos en blanco—. Todo el mundo a comer —anunció la señora Corbin. Apenas pestañeé, Autumn y Branka fueron por el *manicotti* de la derecha. Ambas se rieron, robando comida del tenedor de la otra. Y todo el tiempo el de la izquierda permanecía intacto.

Kol chilló, golpeando su plato de plástico contra la mesa.

—Comida —exigió.

—Tía mala —regañó Autumn a Branka entre risas—. Tenemos un bebé que alimentar aquí.

Cómete el *manicotti* de *maman*.

—Son de lo peor —se quejó la señora Corbin. —Mi *manicotti* es igual de bueno.

Fui por la porción que nadie quería tocar; sin embargo, antes de que pudiera ponerlo en mi plato, la mano de Autumn se disparó hacia la mía y negó con la cabeza.

—Confía en mí —declaró, mirándome fijamente—. Morirás.

Mis labios se curvaron, divertido por su carácter juguetón . Me recordaba a ella hace cuatro años.

—Me alegro de que me quieras vivo —comenté en voz baja, para que nadie más pudiera escucharme.

Sus ojos color avellana se posaron en mis labios y se oscurecieron. Maldición, fue suficiente para que mi sangre se acelerara con un poderoso calor. Quería explorar su cuerpo, volver a sentir cada centímetro suyo. Había pasado demasiado tiempo. Le aparté un mechón de cabello de los ojos con el dedo.

No se inmutó. No se apartó.

—¡Kol, no! —advirtió Branka y el momento se rompió. Los dos giramos la cabeza justo a tiempo para ver a mi hermana barriendo toda la comida del plato de Kol y dándole el suyo.

—¡Oh, vamos! —exclamó la señora Corbin—. Se intoxicaron solo dos veces.

Me quedé helado. ¿Intoxicación por la comida?

Siguieron un montón de gruñidos.

—De acuerdo, quizá cuatro. Cinco como mucho —añadió exasperada la señora Corbin—. Pero en veinticinco años. Eso es normal.

—*Maman*, una vez en la vida es normal. —Se rio Autumn—. Dos veces es intento de asesinato.

La señora Corbin soltó una retahíla de maldiciones en francés. Branka y Autumn se rieron. Autumn le tapó las orejas a Kol mientras su sonrisa se extendía de oreja a oreja.

Por fin pude comprobar de primera mano por qué a mi hermana le encantaba pasar su tiempo aquí. Era un ambiente agradable, acogedor y relajante.

Incluso con la amenaza de intoxicarme con la comida.

Capítulo Treinta Y Uno



Autumn

Alessio cargaba a Kol dormido ya vestido con su pijama. Su favorita, con aviones por todas partes. Gracias a Dios por la abuela.

—Deberíamos haber llegado antes a casa —murmuré en voz baja cuando cruzamos la puerta del *penthouse*. Mis pies se detuvieron. ¿Acababa de llamar *casa* al *penthouse* de Alessio?

En apenas un día. Esto iba demasiado rápido. Me chantajeó para traerme aquí, por Dios.

—Kol la estaba pasando bien —comentó Alessio—. Yo también. Por fin entiendo qué atrajo a Branka a casa de tus padres todos estos años.

Me reí suavemente y empezamos a dirigirnos a la recámara de Kol.

—¿Quieres decir además de la mala comida?

La puerta del dormitorio de Kol estaba entreabierta y se me cortó la respiración cuando miré dentro.

—Dios mío —susurré, con la vista fija en las paredes. Toda la habitación estaba renovada. Estaba pintada de azul oscuro con aviones blancos en las paredes y cielo azul claro en el techo. La moderna cómoda negra había desaparecido y en su lugar había una cómoda infantil con perillas en forma de aviones.

—¿Crees que le gustará? —La voz de Alessio era suave, baja.

Giré la cabeza hacia un lado y mi mirada se encontró con la suya.

—¿Gustarle? —Respiré.

—Voy a construirle esa cama de avión, pero tendré que hacerlo en mi taller en la mansión.

Volví a observar el dormitorio, el pecho se me calentó y los ojos me ardían.

—La va a amar —contesté con voz ronca, con las emociones ahogándome—. Gracias.

La forma en que me veía era abrasadora, oscura y ardiente. Contenía promesas demasiado aterradoras para creerlas. Las palabras de Branka aparecieron en mi mente. «*Habla con Alessio*». Probablemente era una conversación que debería haber tenido cuatro años atrás.

—Vamos a acostarlo —sugerí suavemente.

Lo acostó en la cama y lo tapé con las sábanas. Parecía tan tranquilo, con una sonrisita en la cara. Siempre fue un bebé tan bueno y tranquilo. Tuve mucha suerte. Le di un beso en la frente. Los orbes grises de Alessio era tan intensos que mis entrañas se estremecieron. Él hizo lo mismo, estampó un beso en la frente de Kol y salimos de su habitación.

Ambos nos encontramos en la cocina, pecho con pecho. Tuve que levantar la vista para encontrarme con su mirada, uniéndonos. El tiempo se detuvo, como siempre cuando estaba con él. Sus dedos apretaron mi suéter y acercaron mi cuerpo al suyo.

Contuve la respiración, su cabeza se inclinó lentamente, cada vez más abajo, hasta que su boca estuvo a un suspiro de la mía.

Esperé. Esperó. Lo quería. Él me deseaba. Aunque nada era tan simple. Ya no. Su boca rozó mis labios, su beso suave y tierno.

Mi corazón se agitó. El calor floreció bajo mi piel. El pecho se me llenó con esa sensación familiar que me consumía. Y, mientras tanto, me besaba como si fuera algo precioso para él.

No obstante, si eso fuera cierto, no me habría engañado. El recuerdo me inundó como una ducha fría.

Mis palmas se apoyaron en su pecho y lo aparté.

Sacudí la cabeza.

—No —me negué con firmeza. No podía aventurarme por el mismo camino y dejar que volviera a quemarme—. Estoy aquí porque me chantajeaste, Alessio. Pero eso no significa que te dejaré repetir la historia. No *podemos* repetir el pasado.

Siguió una larga pausa. La frágil esperanza que las palabras de Branka encendieron en mi interior amenazaba con apagarse y, mientras tanto, mi alma temblaba como una hoja al viento. No tenía sentido negarlo. Lo deseaba. Siempre lo había hecho. Desde el momento en que irrumpió en mi habitación el día que cumplí dieciocho años.

—No fui infiel. —Una simple declaración. La sinceridad en su mirada. La honestidad en el tono de su voz.

Podría haberlo creído, si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Era la prueba más contundente. Aunque en mi olvido y estupidez quisiera creerle, no podía olvidar lo que había visto.

—Te vi, Alessandro. —Mi tono era distante. Cansado. Dolido. Mas el destello de esperanza se negaba a extinguirse—. Las dos veces. Y esas palabras...

Se quedó quieto. El dolor que cruzó su expresión me atravesó el corazón. Y ya había sido dañada por el mismo hombre que estaba frente a mí, luchando contra sus propias cicatrices, visibles e invisibles. Sabía que las tenía. Las sentí de primera mano.

Me di la vuelta para marcharme cuando los dedos de Alessio me rodearon la muñeca, deteniéndome.

—Voy a contarte una historia —pronunció con amargura, su mirada se llenó de algo oscuro y sardónico—. No es una historia bonita.

Su palma izquierda, áspera y grande, acunó mi mejilla y la tristeza llenó sus pozos grises. Era como ver el cielo que se oscurecía, justo cuando estaba a punto de desatarse una tormenta. No me gustaba ver dolor en su expresión, pero sabía que no seríamos capaces de dejar atrás lo que había ocurrido cuatro años atrás. No a menos que me lo explicara, aunque ni siquiera podía imaginar qué podía justificar el engaño.

—Mi madre era joven cuando se casó con mi padre. —La amargura llenaba su voz, arremolinándose a nuestro alrededor como los viejos fantasmas que acechaban en sus ojos. Persiguiéndolo—. Ya estaba embarazada. Con el hijo de otro hombre. —Contuve la respiración, esperando. Insegura de hacia dónde iría esta historia—. El senador George Ashford es mi padre biológico. Por supuesto, no era senador en ese entonces. Era un desgraciado ambicioso, dispuesto a destruir a quien fuera y lo que fuera mientras escalaba posiciones. Incluso a una inocente, ingenua y joven mujer.

Se me escapó un jadeo agudo. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había sentado en una silla. Caminó hacia el lado opuesto de la mesa. Como si necesitara distanciarse de mí. La gran cocina parecía demasiado grande y, al mismo tiempo, demasiado pequeña.

Alessio dejó escapar un suspiro, con el arrepentimiento acechando en sus ojos. Ya se arrepentía de haber compartido esa historia conmigo y la incertidumbre crecía en mis pulmones. Aun así, seguía esperando. Deseando un milagro. O tal vez algo que me curara de esa necesidad por él.

—De todos modos, se negó a casarse con ella o reconocer a su hijo. A mí. Así que sus padres se apresuraron a casarla. Con el hombre que me crio. —El odio en su voz no se me escapó. Excepto que no podía decir si estaba dirigido a su padre biológico o al hombre que lo crio. Tal vez a ambos—. El imbécil que me crio, el padre de Branka, era un desgraciado sádico. Golpeó a mi madre por darle su virginidad a otra persona. Me pegó por no ser su hijo. Golpeaba a Mia y a Branka por ser niñas en vez de los niños que él quería. Su forma favorita de entretenimiento era apagar cigarros sobre mí, sobre ellas. Pero su odio hacia mí era más profundo que el de la mayoría.

La incertidumbre se deslizó por mis venas. Si bien sabía que su padre era un sádico, tenía la sensación de que eso ni siquiera tocaba la superficie.

—Tenía unos trece años cuando las palizas de mi padre se convirtieron en algo peor. —Me tragué un nudo en la garganta mientras el pavor crecía en mi interior—. Traficaba con mujeres. Tan jóvenes como podía conseguirlas. Y le encantaba romperlas. —Se me heló el pecho mientras el terror y el miedo bullían en mi interior—. La primera vez que me atreví a enfrentarlo, me drogó. Rohypnol y Viagra. A la mañana siguiente, me desperté desnudo con una chica golpeada y sus muslos ensangrentados.

El horror me hinchó el pecho. Me ardían los ojos. Y los de Alessio se encendieron con desprecio.

—No tengas lástima por mí.

No pude decir ni una palabra, así que me limité a negar con la cabeza. No sentía lástima de él, pero me dolió el corazón por el joven que tuvo que sufrirlo. Solo.

—Me llevó un tiempo aprender a no beber nada que me diera mi padre. Ni ninguno de sus hombres. —El silencio se prolongó. No me atreví a preguntarle cuánto tiempo era *un tiempo*—. Hay muchos hombres como él en este mundo, Autumn. Así que prometí que me haría más fuerte, más poderoso y más despiadado que él. Con el tiempo, acabé con su tráfico, lamentablemente, no hay nada que me absuelva de esos pecados. Esas mujeres, vírgenes, ni siquiera puedo recordarlas.

Jesucristo.

Ni siquiera sabía qué decir. Cómo consolarlo. Aunque no podía culparlo. Era un niño. Debería haber estado protegido.

Una mueca de dolor rozó sus labios mientras continuaba:

—Por desgracia, olvidé la maldita lección. Me creí invencible. Hace cuatro años, ese sádico imbécil sobornó a una pareja, marido y mujer, para que me dieran la misma droga.

Alessio Russo no me engañó. Fue... *Jesucristo,* fue violado. Y lo dejé. Dios mío, podría haberlo salvado. En vez de eso, lo dejé.

Mi rostro palideció y me tapé la boca. El ácido se revolvió en mi estómago, subiendo por la garganta. Se le escapó una risa amarga ante mi expresión.

—Tres meses después, cuando me viste en Londres —continuó, con voz cansada—. Acababa de matarlos. No obstante, me di cuenta de que ese desgraciado, mi padre, no dejaría de venir. Y

no podía soportar la idea de que destruyera tu inocencia. Así que esta vez lo planeé todo para que me odiaras. Que no quisieras volver a verme.

—Esa mujer... —musité con voz ronca.

—No tenía ni idea de cómo se llamaba. Nunca la toqué. —Se pasó la mano por el cabello—. Porque sabía que no sería lo suficientemente fuerte para mantenerme alejado de ti. *Necesitaba* que me odiaras y no me quisieras nunca más.

Una suave exhalación me abandonó mientras las lágrimas picaban en mis ojos.

—Me importas, Autumn. Me importabas en ese entonces y lo sigues haciendo. Tanto que me aterroriza.

—¿En serio? —susurré sorprendida.

—Eres la primera persona que me hace sentir digno. —Dios, la expresión que centellaba en sus ojos me estaba rompiendo el corazón. No me gustaba verlo sufrir—. Todas mis partes rotas sanaron de alguna manera a tu alrededor. Durante mucho tiempo, mis demonios dominaban mi alma. Me han estado destrozando durante tanto tiempo que no supe lo que era la felicidad hasta que la experimenté contigo.

«Siempre amaré tus partes rotas. Tus cicatrices. Cada pedazo tuyo».

Se me hizo un nudo en la garganta que me impidió pronunciar una sola palabra.

—Mentí hace cuatro años. Mentí cuando dije que solo eras una follada. Que no me importaba. Te hice daño y lo siento mucho, amor —confesó. El dolor en su cara era desgarrador. No me gustaba verlo sufrir—. Solo me siento vivo cuando estoy contigo. Un hombre más fuerte te dejaría ir. No soy tan fuerte. No puedo dejarte. Eres mi única esperanza de una buena vida. De ser feliz. Tú y Kol. —Había un brillo de humedad cubriendo sus orbes grises. Me recordó a las nubes en un día lluvioso. Como si el cielo derramara lágrimas que él intentaba contener—. Pero ya no te obligaré a dormir en mi cama.

Su dedo se acercó a mi mejilla y rozó una solitaria lágrima con el pulgar.

—Siempre fuiste lo mejor que esta vida de mierda me había ofrecido.

Sin decir nada más, Alessio se levantó y desapareció. Unos instantes después, oí su voz desde la oficina de su casa.

Y todo el tiempo permanecí inmóvil, con el cuerpo aún en estado de *shock* por haberlo escuchado todo.

Le fallé a Alessio. Debería haber sido más fuerte y haberme quedado con él. Debería haberlo protegido.

Lo peor de todo era que le había ocultado lo de nuestro hijo.

Capítulo Treinta Y Dos



Alessio

Mis ojos se clavaron en el horizonte de la ciudad desde mi *penthouse* y, de repente, me sentí tan viejo. La ironía de mi confesión era que estaba destinado a perderla, admitiera o no mi vergüenza. Maldito si lo hacía; desgraciado si no lo hacía.

Tal vez no debería haber dicho nada. Tal vez debería haberla dejado creyendo que traicioné lo que teníamos.

Aunque creamos al niño más hermoso.

Kol era mío.

Eso era algo que nadie podía quitarme. Y me casaría con Autumn. La haría mi esposa, mas no la obligaría a ser mi esposa en todo el sentido de la palabra. Aunque lo quería, demonios. Me dolía la polla por ella. Me dolía el alma y el corazón por ella.

No había tenido otra mujer desde nuestra última vez juntos. Aquel día en Abu Dhabi no contaba. Cuando se me pasó el efecto de la droga, los viejos sentimientos de suciedad y de ser indigno se multiplicaron por diez. No importaba lo viejo que fuera.

La única forma de curarme después de perderla la última vez fue ir de cacería. Maté al hombre y a la mujer que aceptaron el soborno de mi padre. No era una víctima inocente del tráfico. Era una zorra codiciosa. Y su esposo aún más por siquiera contemplar drogar a Autumn.

Dios, esa expresión en el rostro de Autumn. La forma en que sus ojos se volvieron marrones y brillaron. La puse triste otra vez. Odiaba verla así. Me dolía. Era peor que un cuchillo atravesándome el corazón.

Debería haber sabido que ella habría presenciado lo que pasó en Abu Dhabi. Tal vez fue mi puto orgullo el que esperaba que no lo hubiera visto. O quizás esperaba que se diera cuenta de que era mucho mejor que yo y se marchara. Cuando se fue sin decir una palabra, me convencí de que no me quería. Después de todo, era indigno. Había sido indigno toda mi maldita vida. Pensé que si la amaba lo suficiente, se quedaría.

Sin embargo, tres meses después, fui quien acabó con todo.

Sus padres trabajaron muy duro para mantenerla alejada del bajo mundo. Su madre lo dejó todo, y Dios… parecía más feliz. Con intoxicación por sus comidas y todo. El padre de Autumn la salvó. Tal vez el idiota en mí esperaba que ella fuera mi salvación.

Bajé la vista hacia mis manos. No había sangre en ellas, pero estaban manchadas igualmente.

Nada de eso importaba ya, porque había perdido a Autumn de todas maneras.
No habría salvación para mí.

Capítulo Treinta Y Tres



Autumn

La culpa era un sentimiento poderoso.

Te roía. Te carcomía por dentro y te desgarraba.

No salvé a Alessio mientras lo agredían sexualmente delante de mis ojos. La imagen de hacía cuatro años pasó por mi mente y empecé a analizar cada detalle.

Dios, me dolía pensar en ello, pero me obligué a recordar cada detalle. Las imágenes vivían en mi cabeza. Era la razón por la que amaba la fotografía. Así funcionaba mi memoria. Excepto cuando era algo que no quería recordar.

El corpulento cuerpo de Alessio estaba tendido sobre el suelo de mármol de la suite presidencial. Aún llevaba la chaqueta desabrochada. Los pantalones le llegaban hasta las rodillas. La camisa blanca estaba medio rota, con una mancha marrón. Había cristales rotos en el suelo.

Parpadeé. Había cristales en el suelo. A su alrededor. ¿Cómo no me di cuenta antes?

La cabeza de la mujer se balanceaba arriba y abajo, arriba y abajo. El recuerdo me quemó el estómago con ácido y me dolió el corazón, pero lo ignoré y me concentré en cada detalle.

Las manos de Alessio estaban relajadas, extendidas por su cuerpo. No agarraba el cabello de la mujer. No hacía ningún ruido. Todos los gemidos y gruñidos eran de ella.

Su mano le tocó las pelotas y él se movió. Fue lento. Como si su cuerpo pesara demasiado para moverse.

Dios mío.

Estaba drogado. Y todo lo que hice fue vivir en la autocompasión. Me alejé de él cuando podría haberlo salvado.

«Debería haberlo salvado». Me preguntaba si me culpaba, como yo a él. O si le decía que Kol era su hijo, ¿me odiaría para siempre? Le robé a Alessio los primeros años de vida de nuestro hijo. Estuvo mal y fue cruel.

Desperdiciamos cuatro años. También le había robado a mi hijo su padre.

No tenía idea de cuánto tiempo permanecí paralizada, perdida en mis pensamientos. Cuatro

años pasando ante mis ojos. La primera sonrisa de Kol. Cuando gateó por primera vez. Sus primeros pasos. Su primer cumpleaños. Le robé a Alessio todo eso. ¿Cómo podría compensárselo?

Me levanté y me dirigí a la habitación de Kol para ver cómo estaba. Alessio había conseguido las barandillas para que no se cayera de la gran cama de caoba.

«Hasta que le construya una cama», dijo. Solo un día a su alrededor y había demostrado que sería un padre digno. Y cuando se lo dijera, me arriesgaría a herirlo de nuevo. Rompiendo ese frágil vínculo.

«A menos que lo supiera», reflexioné. Pero entonces, me reclamaría. Alessio no tenía miedo de luchar por lo que era suyo.

Me temblaba la mano al apartarle los rizos oscuros de la frente. Kol dormía plácidamente, con una sonrisa soñadora en sus labios. Esa también debería haber sido la infancia de Alessio.

Le fallé cuatro años atrás. Quería decirle cuánto lo sentía. Necesitaba pedirle perdón. Sobrevivió a una pesadilla y me marché sin mirar atrás. Sobre todo, quería decirle lo mucho que lo amaba. Que siempre lo amaría.

Colocando un beso en la frente de mi hijo y dejando la puerta entreabierta, salí de su habitación y entré en la de Alessio.

Nuestro dormitorio.

Lo encontré allí. Debía de haber terminado su llamada de negocios. No levantó la vista cuando abrí la puerta. Pero su espalda se tensó. Como si esperara que lo dañara. Una y otra vez.

Se sentó a un lado de la cama con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en el suelo. Solo llevaba unos bóxers negros. Sus músculos esculpidos. Sus tatuajes tentadores. La luna plateada se filtraba por las grandes ventanas del suelo al techo, mas la oscuridad de su admisión y mi fracaso acechaban en cada rincón oscuro de la habitación.

Esperé un momento, conteniendo la respiración. Aunque no estaba segura de lo que esperaba, los latidos del corazón me retumbaban en la garganta y en los oídos. La valentía que me había traído hasta aquí pareció desaparecer repentinamente.

Papá siempre decía que tendía a correr hacia las cosas sin pensarlo. No obstante, en ese preciso momento, la duda me mantenía pegada al sitio y me oprimía el pecho. Me preocupaba echarlo a perder. Volver a hacerle daño. Perderlo de nuevo.

Sin embargo, no había vuelta atrás.

Así que di unos pasos hacia él. Me quité el suéter por la cabeza y lo dejé caer silenciosamente al suelo. Al siguiente paso, siguieron mis *jeans*.

Cada centímetro de mi cuerpo temblaba, el movimiento en mis dedos era visible. Era aterrador pensar que los próximos segundos podrían acabar con lo nuestro para siempre. Acabar con nosotros. Cuatro años y nunca había dejado de amarlo. Después de que el odio se calmara, debajo de la amargura, quedaba el amor. El anhelo por él permaneció. Porque era el indicado para mí.

Tal como prometió, me arruinó para cualquier otro.

Me detuve delante de él en nada más que un sujetador y bragas. Blanco, su favorito. No me miró. Di un paso más y me metí entre sus piernas ligeramente separadas. Tampoco amplió su postura para acomodarme entre ellas.

«¿Volverá a darme la bienvenida?», me pregunté. «*Una vez que le dijera mi verdad*».

Mi respiración era superficial y el tamborileo de mi corazón llenaba el aire.

Me arrodillé y tomé su cara entre mis manos. Nuestros ojos se encontraron, atrapados en muchos momentos sin aliento. Aquellos dos meses fueron los mejores de mi vida. Cuerpos

sudorosos. Sábanas de hotel. Peleas de almohadas. Solo para que pudiera atraparme y follarme otra vez. Agonizantemente lento, hasta que le rogaba que me hiciera venirme.

—Lo siento —susurré. Dejó escapar un suspiro tenso y socarrón. Su calor se desprendía de él y lo absorbí. En ese instante necesitaba fuerzas. Su fuerza. Porque era uno de los hombres más valientes que había conocido.

—No me compadezcas. —Tres palabras. Toda una vida de vulnerabilidad.

—Siento no haberte salvado hace cuatro años —admití con voz ronca, con las emociones ahogándome. Tuvo que pasar todo eso para darme cuenta de que no podría vivir el resto de mi vida sin él—. Siento haber pensado lo peor de ti. Siento no haberlo hablado contigo. Y, sobre todo, siento no haber matado a esa mujer o a tu padre.

Tal vez había algo de mis abuelos mafiosos en mí después de todo.

Mis dedos se entrelazaron entre sus suaves hebras, agarrando un puñado de ellas.

—Te amo —murmuré suavemente, con mis labios rozando su cuello—. Tal y como eres. Cada una de tus partes. Roto o no. Tu crueldad de chico malo bajo ese exterior caballeroso. Te amo tanto que me duele respirar cuando no estás cerca.

No pudimos apartar la vista uno del otro. Mi admisión llenó el aire. La vulnerabilidad permanecía en sus ojos y coincidía con la de mi voz. El rechazo nos asustaba a ambos. No había nada que no diera por borrar su dolor.

—¿Alessandro? —pronuncié suavemente.

—¿Sí? —Su palma serpenteó bajo mis bragas y amasó la carne de mi trasero.

—También tengo una confesión que hacer —susurré. Esperó con los ojos fijos en mí—. Fui a decírtelo. En Londres. —Algo oscuro parpadeó en su mirada y buscó mi rostro—. Quería decirte que estaba embarazada. —Sus dedos se clavaron en mis nalgas—. Kol es tuyo.

Algo oscuro como el pecado llenó sus orbes. Posesivo. Consumidor.

—Lo sé.

Se me escapó un suspiro incrédulo. Así que lo sabía después de todo.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Una media sonrisa apareció en sus labios.

—Ayer mismo. Cuando vi a Kol en el cementerio, llamé a un amigo —reveló—. Kol es mío. Me incluiste en su acta de nacimiento. —Levantó la mano para acariciar mi mejilla—. Le diste mi nombre.

La intensidad de su voz me provocó un nudo en la garganta. El temblor de su mano me dijo que había hecho algo bien.

—Sí. Tu primer nombre como su segundo nombre. —Respiré—. Alessandra es el nombre de *Maman*, así que pensé que si alguien lo cuestionaba, la culparía. —Sus labios se levantaron, tentándome a besarlo—. Podemos cambiarle el apellido. Lo que quieras. —Su calor y su aroma familiar me envolvieron como una manta—. Siento habértelo ocultado.

—Siento haberte hecho daño, amor.

Las lágrimas me nublaron la vista. Tanto tiempo perdido.

—Lo mismo digo.

—Háblame de la cicatriz de Kol.

Como siempre, el terror me oprimió el pecho. El hombre estaba muerto. A dos metros bajo tierra. Sin embargo, el recuerdo seguía aterrorizándome.

—Tu padre se presentó en el hospital el día que nació —declaré con voz ronca y con ese viejo miedo familiar en el pecho—. Me amenazó. Presionó una colilla en Kol. Luché contra él, pero estaba demasiado débil después del parto. Se detuvo cuando lo amenacé con usar a la mafia

corsa.

Empujó su cara hacia mi vientre bajo. Su boca rozó la suave tela, como si quisiera besar todo el dolor.

—Te dejé ir y aun así acabaste herida. —Su voz era áspera. Llena de dolor y arrepentimiento —. Les fallé a ti y a Kol.

Sacudí la cabeza.

—No, *yo* te fallé —aseveré—. Ya no quiero que vivamos en el pasado. Ahora nos tenemos el uno al otro. Volveremos a empezar. Nos concentraremos en nuestro presente. Nuestro futuro. Nosotros tres. Mis padres. Branka. Una familia.

Se inclinó más cerca y su nariz tocó la mía, su boca estaba a un suspiro de la mía.

—Te amo, Alessandro. —Un sonido áspero retumbó en su pecho—. No quiero perder más tiempo.

—No sabes cuánto tiempo he esperado para oír esas palabras. —Su admisión me calentó el pecho. Su frente se acercó a la mía y sus ojos se clavaron en mí, transmitiéndome tantas cosas, aunque no dijo nada más.

—Hazme el amor —le pedí—. Por favor.

Las palabras habían salido antes de que me diera cuenta. Tampoco quería retractarlas. Nunca fue hacer el amor para nosotros. Era hambre, ansia, arrancarse la ropa. No estaba segura de lo que era hacer el amor. Pero tal vez podríamos aprender. *Juntos.*

—Si te hago el amor, Autumn, no habrá vuelta atrás. Seré el último hombre que te toque. El último hombre que sienta tu coño. El último hombre que sienta tus labios, tu piel. —Su agarre se hizo más fuerte—. Me pertenecerás. Cada parte de ti será mía. Ya te abandoné una vez. No lo volveré a hacer.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

No era una declaración de amor. Pero fue un comienzo. Cuatro años atrás, me advirtió que no hacía el amor. El hecho de que estuviera dispuesto a intentarlo lo decía todo.

—Puedes tener todo de mí. —Se lo merecía. Quería dárselo, porque era todo lo que siempre había querido—. Con una condición —añadí—. Quiero lo mismo de ti —demandé con voz ronca —. Seré la última mujer que te toque, que te bese, que sienta tu gran trasero de chico malo. —Su sonrisa me dejó sin aliento—. Soy toda tuya y eres todo mío.

Antes de que pudiera parpadear, me había tumbado boca arriba contra el colchón.

—¡Alessandro! —chillé.

Su boca se apretó contra mis labios antes de que pudiera pronunciar otra palabra. Sus besos recorrieron mi cuello.

Rudo. Agresivo. Demandante.

—No hay nada que no haría por ti, Autumn. —El corazón me latía tan fuerte que temí que explotara—. Tú y Kol. Los tres.

—Te amo —susurré.

Su mano se deslizó por mi cadera, luego su dedo se enganchó en mis bragas.

—Me encanta el blanco en ti.

El calor consumía cada centímetro de mi piel. Mi sujetador siguió.

—Quiero que me compres bragas nuevas —exigí, mi boca buscando la suya. Urgente. Húmeda. Mi lengua se encontró con la suya y gemí con necesidad. Mis caderas chocaron contra él, reflejando cada empuje y deslizamiento de nuestras lenguas.

Era todo lo que necesitaba. Apenas tuve tiempo de parpadear. Se quitó los bóxers antes de empujar dentro de mí con fuerza, llenándome hasta el fondo. Gemimos.

Había olvidado lo grande que era. Ambos temblábamos con la intensidad.

—Hogar —siseó contra mi cuello. Mis palmas presionaron contra su columna y un escalofrío recorrió su espalda—. Por fin estoy en mi hogar.

El pulso me latía entre las piernas. Me succionó la lengua mientras salía y volvía a entrar. El placer ardía en mi torrente sanguíneo y sabía que no duraría mucho. Cuatro años sin su toque, probablemente estallaría en cualquier momento.

—Dios, se siente tan bien —suspiré. Ambos bajamos la mirada y vimos cómo su longitud desaparecía dentro y fuera de mí.

—No podré ir despacio —advirtió con voz ronca.

—Condón... necesitamos un condón —gemí mientras empujaba dentro de mí.

—Estoy limpio.

—Igual. —Respiré, con los ojos en blanco—. Eso no es... *Oh, Dios*. —Empujó profundamente dentro de mí. Podía sentirlo estirándome, golpeando mi punto—. Tenemos que ser responsables.

—Quiero más hijos. —Otro empujón. Duro y profundo. Nuestras respiraciones pesadas llenaban el espacio entre nosotros—. ¿Tú?

Su pregunta debería asustarme, pero no lo hizo.

—Lo que quieras. Solo, por favor, necesito más. —Su mirada se acercó a la mía. Plata fundida—. Por favor, Alessandro. Te necesito.

No necesitó más estímulo. Me folló profunda y duramente. Mi cuerpo lo recordaba. Su cuerpo recordaba el mío. Lo rodeé con los brazos, enganché las piernas en sus caderas y me aferré.

Cada embestida me hacía sentir placer. La ola de calor se me enroscaba en la boca del estómago. Se me pusieron los ojos en blanco.

Su mano se acercó a mi garganta y mi cuello se empujó contra su gran palma.

—¡Mía! —gruñó—. Toda mía.

Un escalofrío me recorrió. Mis senos rozaron su pecho. Mis piernas lo rodearon. Su pelvis rozaba contra mi clítoris. Era caliente. Erótico. Rápido.

Su boca se posó en la mía, besándome. Su mano seguía en mi cuello. Gemía cada vez, con una mirada de posesión enloquecida.

—¡Este coño es mío! —demandó—. Estos pechos. Este cuerpo. Todo mío.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —grité sin pensar mientras el placer me envolvía en un infierno. El orgasmo me golpeó con fuerza y las estrellas nadaron en mi visión. Mis uñas raspaban su espalda a la par que me aferraba a él, con violentos escalofríos recorriendo mi cuerpo.

—Joder, amor —gimió, con hilos de esperma brotando de su polla palpitante. Mi centro cosquilleó, el orgasmo rugió y mi cuerpo se agotó. Aunque sus caricias disminuyeron, siguió moviéndose.

Atrapó mi labio inferior entre sus dientes y mordió. Con fuerza. Luego calmó el escozor con su lengua. Como si quisiera castigarme y recompensarme al mismo tiempo.

Con las piernas aún alrededor de su cintura, le di un beso en el cuello, impregnándome de su olor. Mis labios rozaron su piel caliente, saboreándola.

—Eso no fue hacer el amor —aclaré contra su piel—. Tendremos que hacerlo de nuevo.

Un ruido áspero sonó en su pecho. Sonaba casi como una risita. Levanté la cabeza para encontrarme con sus ojos, que brillaban como estrellas. Se me aceleró el corazón y me zumbaron los oídos.

—No me descartes todavía —murmuró contra mis labios—. Lo intentaremos de nuevo, Solo

necesito unos minutos para recuperarme.

Hundí la cabeza en su cuello y nos dio la vuelta para que nos tumbáramos, jalándome para que mi cabeza se apoyara en su pecho. Escuché los latidos fuertes y rápidos de su corazón. Por mí. Igual que el mío latía por él. Solo para él.

Poco a poco, la habitación se fue enfocando. Nuestra respiración agitada se calmó. Sus dedos jugaban con mi cabello. Nuestros corazones latían juntos. Mis manos recorrieron su pecho, deteniéndose en las cicatrices ocultas por los tatuajes.

—¿Qué edad tenías cuando hizo esto?

Su movimiento se detuvo un segundo antes de reanudarlo, haciendo girar un mechón de mi pelo alrededor de su dedo.

—Una de las primeras que recuerdo fue cuando tenía cuatro años, pero tenía cicatrices de antes. —Se me atascó el corazón en la garganta. Jesucristo.

Me moví y apreté la boca en la suya.

—¿Tu madre no peleó contra él?

Un soplo sardónico con un toque de amargura lo abandonó.

—No. Estaba aterrorizada. Dejó que nos hiciera lo que quisiera a Mia, a Branka y a mí.

—Branka no habla mucho de Mia —señalé en voz baja—. ¿Eras cercano a ella?

—Sí. —A pesar de que era solo una palabra, el dolor crudo vibraba a través de esa sílaba—. Era cinco años más joven que yo. —Mi palma recorrió su pecho en un movimiento circular—. No pude protegerla. Lo único que podía hacer era irritarlo más para que su ira se centrara más en mí. La culpaba por ser una chica. Le gustaba humillarla, hacerla caminar desnuda delante de sus hombres, mostrándoles las marcas de quemaduras que se había ganado por desobedecer.

—Dios —susurré—. Sabía que era cruel, pero eso era sádico—. Tu madre debió haberlos agarrado y huido —aseveré—. O dispararle.

Dejó escapar un suspiro sarcástico.

—La única vez que nuestra madre fue lo bastante valiente para hacer algo fue cuando yo tenía quince años —narró. Tuve un mal presentimiento—. Intentó prendernos fuego a todos en su habitación. Branka era una bebé.

Se me detuvo el corazón. No podía entender que una madre les hiciera daño a sus propios hijos.

—¿Así es como murió Mia?

—No, sobrevivió. Todos sobrevivimos. Sin embargo, Madre nunca me perdonó por sacarnos. Cada grito, cada dolor que Branka y Mia soportaron desde entonces fue mi culpa.

Me levanté de golpe, con las palmas de las manos en su cálido pecho.

—N-No es tu culpa —balbuceé—. Les salvaste la vida. Mira a Branka. Es fuerte y valiente. Y fantástica, si me permites decirlo. Todo gracias a ti.

Se acercó a la mesita y encendió un cigarro.

—Algunos días me preguntaba. Mia estaba tan avergonzada de su cuerpo, pero se negaba a que papá la doblegara. —Extendió, perdido en el pasado—. En cuanto cumplió dieciocho años, la ayudé a llegar a Estados Unidos y enlistarse en el ejército. Una vez aceptada, no pudo sacarla de allí. ¿Quieres saber cuál fue la máxima ironía?

No estaba segura de hacerlo, mas asentí de todos modos. Nunca había confiado en mí de esa manera.

—Se suicidó. —Un suave jadeo salió de mis labios—. Un grupo de imbéciles la violaron y se quebrantó. No pudo recuperarse.

—Dios, Alessio —musité suavemente, presionando un beso en su mejilla—. Lo siento

mucho. Lo siento muchísimo. —Tenía tanta tragedia en su vida.

—En el funeral de Mia, le di una paliza a mi padre y me llevé a Branka a vivir conmigo. Juré que al menos uno de nosotros en esta desdichada familia tendría algo de normalidad.

Eso me hizo admirarlo aún más. Se tomaba en serio su responsabilidad. Apoyé la mejilla en su cálido pecho y besé sus esculpidos abdominales. Su olor me envolvía y me rodeaba. El aroma de sándalo, las especias y el humo. Familiar e íntimo.

—¿Fumas mucho? —pregunté sin motivo.

—Lo dejaré.

Levanté la cabeza de su pecho.

—¿Lo harás?

Asintió.

—No es bueno para el bebé. Ni para ti.

Mis labios se curvaron en una suave sonrisa.

—Ni para ti. —Me moví y apreté mi boca contra la suya. Nunca me cansaría de él.

—Te amo.

Me agarró la nuca con la mano y me mordió el labio inferior.

—No pares nunca, Autumn. No hay nada que pueda matarme, pero tú... *tú* puedes. —Sus últimas palabras sonaron ásperas, pero su mirada lo decía todo.

—Lo mismo digo —agregué. Otro beso. Húmedo. Posesivo. Tan adecuado.

—Olvida el contrato y el chantaje —afirmó con voz ronca contra mi boca—. Cásate conmigo porque quieres.

Aún nos quedaban muchas cosas por resolver. Mis propios padres trabajaban en su relación cada día. Nosotros también. Muchos fantasmas que enterrar y heridas que curar. Pero lo haríamos todo juntos. Por fin lo había recuperado. Lo extrañé con dolor durante los últimos cuatro años.

—Sí. —Acepté, hundiendo la cara en su cuello. Olía tan bien, a calor y especias. Y a hogar —. Aunque no hay necesidad de precipitarse. Y nada grande. Deja la gran boda para Branka.

—Lo que quieras. —Sus labios se movieron sobre mi cabeza—. Te lo dijo, *¿eh?*

—Sí.

—Se resistió durante años. No sé qué la hizo cambiar de opinión de repente.

Esa definitivamente no era mi historia para contarle a Alessio.

—No estoy segura de que los matrimonios concertados sean inteligentes —opiné—. Debería casarse por amor.

—Más que nada, necesita protección —objetó—. Nuestro padre logró hacerse de muchos enemigos.

Me tensé.

—¿Y tú?

—También tengo muchos enemigos. —Le lancé una mirada preocupada—. Los protegeré a ti y a Kol. Siempre.

No dudaba de él. Siempre me sentí segura a su alrededor, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con sus negocios ilegítimos.

—¿Tendrías muchos enemigos si fueras un hombre de negocios corriente? —inquirí dubitativa.

—Probablemente.

Sacudí la cabeza.

—¿Probablemente?

—Heredé todos los enemigos de mi padre. Añádele que acabé con el tráfico de personas en nuestro territorio y me gané algunos más porque perjudiqué sus negocios.

—¿Así que no puedes salirte?

—Si lo hago, habría alguien que se haría cargo del territorio y posiblemente reinstauraría el tráfico de seres humanos. Mis amigos y yo hemos trabajado duro y nos hemos sacrificado mucho para acabar con ello. No puedo tirarlo por la borda.

—Pero armas y drogas… —Se puso tenso y me invadió la incertidumbre. No quería arruinar el momento, así que cambié de tema—. Entonces, ¿sabemos cuándo será la boda de Branka? —pregunté y asintió—. ¿Quién es el afortunado novio?

—Killian Brennan.

Capítulo Treinta Y Cuatro



Alessio

Autumn dormía arropada bajo las sábanas, con un muslo suave fuera de ellas y el trasero desnudo tentándome. Tenía las cejas fruncidas y dormía de lado, mirando hacia la ventana. Le pasé una mano por la frente y se inclinó hacia mí.

Era hermosa.

Todavía no podía creer que estuviera en mi cama. Conmigo.

Vino a mí voluntariamente. Ocho años de espera y sacrificio nos habían traído hasta aquí. Lo volvería a hacer si significara su seguridad y la de Kol.

Fue mi primer y último amor. Mi único amor. Sin ella, solo existía. Con ella, estaba viviendo.

La vi dormir hasta que la luz del alba empezó a atemperar la oscuridad de nuestro dormitorio. Tenía ganas de despertarla y volver a perderme en ella. No debería. Ya la había tomado varias veces esa noche.

Tenía el trasero más perfecto, rogándome que lo mordiera. Mi polla se endureció y no pude resistir la tentación.

Apoyé la mano en su muslo y la metí entre sus piernas. Las abrió en señal de invitación, y en cuanto mis dedos rozaron su clítoris, un suave gemido llenó el aire. Ya estaba empapada.

Mi boca recorrió su suave cuerpo, su piel olía tal y como la recordaba. Otoño. A manzana. Tan sabroso. Apreté la lengua contra su clítoris y luego la lamí. Despacio, saboreando sus jugos.

—*Dios mío.*

Los gemidos de Autumn vibraron en la oscuridad de nuestra recámara. Sus dedos me agarraron del cabello, sus piernas se elevaron sobre mis hombros mientras presionaba su coño contra mi boca. Lamí su clítoris como si fuera el último bocado del cielo.

Sus dedos se tensaron.

—Por favor, por favor, no pares.

—Acabo de empezar, amor —dije, y le di otra lánguida lamida al clítoris. Sus muslos se estremecieron, apretando mi cabeza. Me metí en la boca su capullo hinchado y gemí de nuevo sin aliento.

La sentí estremecerse y su coño estaba empapado. Para mí. Me encantaba comérmela. Me encantaba su olor. Me encantaba saborearlo. Observé su cara cuando introduje un dedo en su entrada y gritó de placer.

—¿Quieres mi lengua dentro de tu coño? —Su respuesta fue un gemido. Le di una palmada suave en el coño y abrió los ojos de golpe—. Palabras —gruñí.

—Sí.

—Sí ¿qué? —la incité. Joder, ese rubor en sus mejillas era tan atractivo. No había una sola cosa que no me pareciera perfecto cuando se trataba de ella.

—Quiero tu lengua en mi coño. —Exhaló entre gemidos.

Sonreí.

—Esa es mi chica.

En cuanto mi lengua tocó sus pliegues, volvió a agitarse y sus ojos se entrecerraron. Siempre me gustó verla cuando me la comía. Esa expresión de felicidad en su rostro era la mejor de las malditas vistas. Empecé a follarla con la lengua. Más fuerte y más rápido. Justo como le gustaba.

—Justo cómo lo recuerdo… —rugí contra ella—. Tan bueno.

No podía saciarme de ese sabor que era únicamente suyo. Se movía contra mi boca, sus músculos tensos y sus gemidos cada vez más fuertes. Nunca tendría suficiente de ella. Le metí la lengua hasta el fondo y luego la saqué. Dentro y fuera. Podía sentir su coño apretándose, ávido de más.

Le mordí el clítoris y le metí los dedos con fuerza. Estaba tan apretada que sus paredes se cerraban en torno a mis dedos.

—¡Dios mío, Alessandro! —gritó—. V-voy a...

Volví a meterle los dedos hasta los nudillos.

—Eso es, amor. Déjalo ir.

Un escalofrío la recorrió, sus ojos clavados en mí, mirándome llenos de lujuria mientras volvía a bajar la cabeza y la devoraba, saboreándola. Su espalda se arqueó sobre la cama a la par que gritaba mi nombre y sus dedos se agarraban a mi cabello.

Todo su cuerpo vibró con la fuerza de su orgasmo. Me levanté y subí por su cuerpo, tomando su boca. Dejé que se saboreara en mi lengua.

Entonces, de un solo empujón, la penetré profundamente. Su fuerte gemido me recorrió la columna y empecé a penetrarla, cada vez más rápido, hasta que los únicos sonidos fueron nuestras respiraciones entrecortadas. Piel golpeando contra piel. Era mi paraíso. Me la cogí con tanta fuerza que temí romperla. Dejarle moretones.

—No pares, demonios —gimió con un pequeño gruñido. Aunque quisiera parar, no podría. Y no quería dejar de cogerla. Miré sus ojos vidriosos de placer, su boca instándome a ir más rápido y más profundo.

Se estremeció al sentir otro orgasmo, su coño me apretó con fuerza hasta que me corrí a chorros. Me estremecí contra ella, besándole la boca, la nariz y la frente.

Maldición, esperaba que quedara embarazada para que se casara conmigo antes.

Al bajar del orgasmo, encontré los labios de Autumn curvados en una suave sonrisa.

—Eso fue hacer el amor, ¿verdad?

Dejé caer mi frente sobre la suya.

—Sí, lo fue.

Su sonrisa se ensanchó, pero sus párpados se cerraron.

—Lo sabía.

Sonó un suave ronquido y la diversión me invadió. Tal vez no debería haberla despertado. La había mantenido despierta hasta altas horas de la noche la mayoría de los días, saboreando cada centímetro suyo. Empezaba a tocarme. Yo empezaba a tocarla. Era como si intentáramos compensar los últimos cuatro años.

La acerqué más y se acurrucó en mí, murmurando algo ininteligible.

Siete días.

Habían pasado siete días desde que Autumn y Kol pasaron a formar parte de mi hogar.

Vi dormir en mis brazos a la mujer que había invadido todos mis pensamientos durante los últimos cuatro años, y aún no podía creer que estuviera conmigo. Ya no habíamos hablado del chantaje. Si bien aceptó casarse conmigo, me pidió que no lo precipitara.

Al saber que estaba tan cerca de tenerla, me preocupaba perderla. Todavía me picaban las ganas de obligarla a aceptar mi apellido, pero lo ignoraba. Esperaría a que ella fijara la fecha. Quería hacerlo bien.

Por ella. Por nuestro hijo.

Aún no había salido el sol, desgraciadamente, años de insomnio eran difíciles de romper. Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. La miré dormir mientras encendía un cigarro. El hábito había empeorado desde que se marchó cuatro años atrás.

La necesidad de fumar había disminuido desde que volvió. Parecía ser la única cura que necesitaba. Ella y Kol. Cuando estábamos juntos, me olvidaba del jodido pasado. Con ella, tenía una familia.

Branka, Autumn, Kol, y yo. Aunque no pude descubrir que pasaba por la cabeza de mi hermana. Algo la preocupaba. No estaba contenta con el arreglo de la boda, no obstante, su falta de protesta me desconcertó. No podía entenderlo.

Lentamente, el sol salió y proyectó sus rayos sobre Autumn en mi cama. Aún parecía surrealista. Autumn Corbin dormía en mi cama. Por voluntad propia. La sábana le llegaba hasta la cintura y los rayos irradiaban sobre su piel suave y cremosa. Aquel precioso cabello negro azabache se extendía sobre la almohada y el sol también se reflejaba en él.

Tras cuatro años de inquietud y rabia, por fin encontré la paz. Y maldición, tenía miedo de perderla. Perderla porque ya sabía cómo sería la vida sin ella.

Lúgubre. Inútil.

Lamentablemente, mi estilo de vida seguía interponiéndose entre nosotros. Mientras ella salvaba el mundo; yo lo corrompía. Tarde o temprano tendríamos que limpiar nuestro camino.

Apagando el cigarro a medio fumar, me dirigí a la cocina para preparar el desayuno. Al pequeño Kol le encantaban los huevos revueltos. Lo mejor de mi día eran las mañanas, cuando nos sentábamos todos juntos a desayunar, y las noches, cuando me enterraba dentro de mi mujer.

Empecé con la cafetera. Mis labios se curvaron en una sonrisa al recordar lo malhumorada que se puso el día anterior antes de tomar su café. Sí que era una adicta a la cafeína.

Puse en marcha el molinillo de granos cuando un par de manos suaves me rodearon la cintura por detrás y aquel aroma único me envolvió. Su tacto siempre me producía un pequeño escalofrío. Demonios, vivía para sus caricias.

Me di la vuelta y apretó su cara contra mi pecho.

—Un hombre *sexy* sin camisa preparándome café —murmuró en mi pecho, inhalando profundamente—. Es un sueño hecho realidad.

Una sonrisa rozó mis labios.

—Vivo para servirte.

Un rubor subió a sus mejillas. Dios, había tantas cosas que quería de ella. Sus sonrisas. Su felicidad. Más hijos. Lo quería todo. Pero su renuencia a fijar la fecha me jodía.

Quizá no era lo bastante bueno. Lo que sentía por ella era tan profundo, formaba parte de cada respiración y de cada latido, que a veces me preocupaba no poder funcionar sin ella. Lo único que me había mantenido en pie durante los últimos cuatro años eran los fragmentos de

información que Branka me daba.

Patético, lo sabía.

Sí, podría haber hecho que Nico me diera un informe diario detallado, mas no lo hice. Pensé que era mejor para ella que la dejara ir. Hasta que supe lo que mi padre había hecho. A nuestro hijo. Debería haber estado allí para protegerla.

En resumidas cuentas, estaba metido en esto por completo.

Aunque me preguntaba qué haría Autumn si supiera hasta dónde llegaba mi obsesión. Desde el momento en que puse mis ojos en ella, ocho años atrás, en su dormitorio, mientras la fiesta de cumpleaños que teníamos debajo estaba en pleno apogeo.

Era demasiado independiente. Demasiado normal. Quizás era precisamente eso lo que me atrajo de ella. Reparaba todas mis partes rotas y agrietadas con su toque o una sonrisa. Era mi cura. Mi sanación empezó cuando la conocí.

—Van a venir unos amigos míos —le avisé—. ¿Pueden tus padres cuidar a Kol para que puedas venir? Lo recogeremos cuando regresemos del restaurante.

Sus iris color avellana se encontraron con los míos.

—¿No preferirían verte solo a ti? —indagó.

Sacudí la cabeza.

—Eres parte de mí.

Me estudió.

—¿No suelen preferir los hombres salir sin mujeres alrededor?

Sonreí.

—Yo no. Tampoco mis amigos. —Cuando habías pasado la vida sin algo y por fin lo encontrabas, no había manera que lo soltaras. Autumn era eso para mí. Áine lo era para Cassio. Aurora, mi media hermana, era eso para Alexei—. Sus esposas estarán allí.

—¿Qué debería ponerme? —preguntó.

Mis ojos recorrieron su cuerpo. Llevaba una de mis camisas de manga larga. El cuello se le caía por el hombro y llevaba las mangas dobladas hasta los antebrazos. Tenía un aspecto perfecto. Y era mía.

Se puso de puntillas, rozó con la lengua la comisura de mi boca y respiró contra mis labios.

—Me gusta mucho cuando me miras. Como si fuera el mejor espectáculo que jamás hayas visto.

La satisfacción corría caliente por mis venas.

—*Eres* el mejor espectáculo que he visto alguna vez.

El único espectáculo que quería ver el resto de mi vida.

Ella y nuestros hijos.

Capítulo Treinta Y Cinco



Autumn

Alessio y yo habíamos caído en una rutina.

Él preparaba el desayuno. Cuando Kol se despertaba, nos lo comíamos juntos. Luego nos arreglábamos juntos y lo acompañábamos al trabajo, mientras nuestro hijo y yo visitábamos a mis padres. O nos reuníamos con Branka.

Ese día no había sido la excepción.

Después de desayunar, los tres nos subimos en su coche, con Kol bien sujetado en la silla de niños entre nosotros. En el momento en que Alessio levantó la mampara entre su chofer y nosotros, me giré para mirarlo.

—¿A qué hora debo estar lista para ir a cenar? —pregunté, volviendo a nuestro tema original.

—Estaré en casa a las cinco.

En casa. Llegué a considerar el *penthouse* como mi hogar. Alessio y Kol eran mi hogar.

Saqué mi teléfono y les escribí un mensaje rápido a mis padres.

La respuesta fue instantánea.

—Estamos listos —anuncié, sonriendo.

Alessio se inclinó sobre el asiento del coche y me encontré con él a medio camino, nuestras bocas conectaron. Un beso suave y fugaz. Sin embargo, me sacudió el alma como nada lo había hecho antes. El brazo de Alessio se apoyó detrás de la silla de nuestro hijo y me alcanzó por detrás. Su palma se apoyó en mis hombros y sus dedos jugaron con mi cabello. Enroscándolo y desenroscándolo alrededor de su dedo. Y disfruté de un pequeño cosquilleo que me recorrió mientras su chófer nos llevaba a través de la ciudad hasta casa de mis padres.

—¿Tienes que trabajar hoy? —murmuré—. Podríamos hacer algo divertido.

Su boca se curvó.

—Como ¿qué?

Sonreí.

—Seguro se nos ocurre algo.

Las mejillas se me encendieron ante la insinuación de mis palabras. Y tuve la confirmación de mi rubor cuando su pulgar lo rozó.

—Tengo que volar a Philadelphia esta mañana, pero mañana, soy todo tuyo.

—Promételo.

—Palabra de honor, amor —juró—. ¿Qué tal si hacemos que tus padres vengan a mi propiedad? Puedes decidir qué habitación debe ser de Kol. Y los materiales se entregarán hoy para que pueda construirle la cama que le prometí.

Kol empezó a mover las piernas y los brazos con entusiasmo.

—Cama de avión.

—Es una cita. —Sonreí—. Los tres mañana todo el día.



No diría exactamente que estaba nerviosa.

No lo estaba. Aun así, deseaba que Branka viniera con nosotros. Se nos uniría más tarde con su hombre. Killian Brennan.

Sonaba irlandés, pero qué demonios sabía yo.

Llevaba un vestido de cóctel rojo sin tirantes que acentuaba mis curvas. El cabello me caía por la espalda en suaves rizos e incluso me maquillé los ojos con sombra ahumada.

En cuanto Alessio me vio, la expresión de asombro en su mirada me dijo que le gustaba.

Sus siguientes palabras lo confirmaron.

—Dime que llevas bragas rojas debajo de ese vestido.

Sostenía a Kol con el brazo derecho, así que le tomé el izquierdo.

—Vas a tener que averiguarlo —comenté juguetonamente.

No tardamos nada en cruzar la ciudad y dejar a Kol a salvo con mis padres. No se me escapó que los hombres de Alessio acechaban en cada esquina.

Cuando volvimos a su Land Rover, le pregunté despreocupadamente:

—¿Tus hombres están siempre aquí?

—Sí.

Dejé escapar un pequeño suspiro, pero no dije nada más. Mi padre probablemente se dio cuenta. Había pocas cosas que se le escaparan o a *Maman*. La fuerza de la costumbre y años de práctica. Aunque si no se quejaban, yo tampoco lo haría.

En cuanto Alessio y yo entramos en el gran restaurante, la habitación quedó en silencio. El lugar estaba decorado en dorado y rojo, y tenía un motivo festivo. En la pared del extremo derecho, una larga barra de cristal se extendía con una gran variedad de bebidas y un *bartender* listo para servir. En el centro de la pared, había un gran televisor en silencio, pero los subtítulos eran demasiado difíciles de ver.

Estudié la sala llena de mafiosos y sus esposas. Cerraron todo el restaurante al público.

La mano de Alessio me rodeó la cintura y tiró de mí. Era toda la seguridad que necesitaba. Sabía que me entendía.

Cassio y Áine, junto con Luciano y su esposa, nos saludaron primero.

—Me alegro de volver a verte —saludó Grace.

—Sí, cuánto tiempo sin vernos —ironizó Áine burlonamente—. Solo te vimos en junio. Parece que fue hace tanto. —Las dos parecían muy contentas de hablar conmigo.

—Hola de nuevo, Autumn —añadió Luciano—. Espero que esta vez estés más contenta de vernos. Al menos a nosotros, Cassio puede seguir en tu lista negra. —Elaboró, refiriéndose a la exposición en la que nos conocimos.

—Luciano, Grace. —Alessio los saludó. Si bien era más alto que Luciano, algo en los tatuajes de ese último lo hacía parecer francamente aterrador. No era que pensara que Alessio era menos despiadado. Lo ocultaba bajo su pulida apariencia de caballero—. ¿Cómo está el pequeño

Matteo?

—Está muy bien. —Grace sonrió—. Tendremos que traerlo la próxima vez.

—De acuerdo. Matteo y Kol están cerca en edad, jugarían bien juntos. Claro que Kol habla más francés y Matteo italiano, pero ya se las arreglarán.

Siguió una ronda de risas.

Otra pareja se acercó, y me costó todo lo que tenía no encogerme. Ojos azules fríos como el Ártico. Rostro inexpresivo. Y a su lado una mujer de cabello oscuro que sonreía como si todo el mundo estuviera bien.

—Hola —me saludó tendiéndome la mano—. Debes de ser Autumn. —Asentí y volví a observar a su cita. No confiaba en que no me mataría antes de parpadear—. Este es mi esposo, Alexei. Soy Aurora, su esposa.

Tragué saliva y miré a Alessio. No parecía preocupado.

De acuerdo, entonces. Yo tampoco. ¿Tal vez?

Capté el apellido. ¡Nikolaev!

—¿Eres pariente de Sasha Nikolaev? —solté.

Alessio enarcó una ceja, sorprendido.

—Hermano —respondió Alexei. Voz áspera. Fría. ¡Jesucristo!, daba miedo.

—Oh, mira eso. Te acuerdas de mí. —Un traje de tres piezas alto y ancho se nos acercó. Con una sonrisa de tiburón en la cara y una mirada ligeramente desquiciada detrás de mí. Como si estuviera esperando a alguien—. Debí haber dejado una impresión duradera.

Y el recuerdo me golpeó. Lo recordé. Cuatro años atrás, nos sentamos en aquel restaurante con él y su hermano.

Sasha Nikolaev. ¿Ese fue el tipo que rompió el corazón de Branka?

¡Mierda! Branka necesitaba que le revisaran la vista. ¿Acaso no vio que era un hijo de puta aterrador?

Necesitaría ayuda para arrancarle el corazón. O matarlo. La ayudaría. Yo era una chica amante de la paz, de buen corazón, pero ese tipo... Sí, haría una excepción porque quería que mi mejor amiga viviera. Mi hijo necesitaba una tía.

Le lancé una mirada fulminante. Tuvo que tomarlo por sorpresa, porque levantó las cejas.

—No tan duradera —reviré—. No a menos que cuentes a la gente que nunca quieres volver a ver como una impresión duradera.

Se metió los dedos entintados en los bolsillos y dio otro paso hacia mí.

—¿Dónde está tu hermana, Russo? —preguntó Sasha a Alessio, pero sus ojos no se apartaban de mí.

—Viene tarde, como siempre —replicó Alessio secamente—. Nunca se perdería salir con Autumn. Esas dos son inseparables.

—¡Qué dulce! —exclamó una voz suave. Otro Nikolaev. Era tan difícil no verlos con esos cuerpos altos y esos extraños ojos azul pálido. Un hombre altísimo se acercó con una mujer menuda en brazos. También lo había visto antes. Eran como la noche y el día. Cara que daba miedo y cara sonriente. Tormenta y sol—. Hola, soy Isabella. La esposa de Vasili.

—*Hmmm*. —La disparidad de edad entre los dos parecía aún mayor que la de Alessio y la mía. De hecho, todos parecían tener esposas mucho más jóvenes. Suponía que cuando me casara con Alessio, no sería la más joven. «*Cuándo*», pensé soñadoramente. Tendría que hablar con él para fijar una fecha—. Encantada de conocerte. Conocí brevemente a tu marido hace unos años —respondí. Podías ver todo de Isabella, era un encanto.

—¿Cómo está Tatiana? —inquirió Alessio, dejándome con la duda de quién era Tatiana.

—Necesita tiempo para sanar —añadió Isabella—. Está disgustada.

—Tatiana necesita patear traseros —refunfuñó Sasha—. Y lo superará todo.

—¡Tatiana y tú necesitan estar separados! —espetó Vasili—. Ustedes juntos comenzarán una maldita guerra.

Isabella palmeó la gigantesca mano de su esposo en un intento de calmarlo.

—Autumn, te presento a Nico y a su mujer, Bianca —continuó Alessio con las presentaciones, mientras Sasha y Vasili empezaban a discutir en ruso—. Y te acuerdas de Byron.

El medio hermano.

—Hola, Autumn —saludó—. Y antes de que preguntes, no, no hablé con el senador Ashford.

—Bueno, una chica puede tener esperanzas —murmuré—. Aunque te sugeriría encarecidamente que tú o alguien le diera a ese hombre una educación sobre acuerdos de comercio de armas y actividades humanitarias en el mundo. No tiene ni maldita idea.

—Me agrada. —Mi cabeza giró en dirección a la voz áspera y fría. Era de Alexei. Con suerte, era bueno caerle bien a Alexei. O tal vez no. Su mujer sonrió.

—Sí, a mí también —añadió. Se inclinó y besó a Alessio en la mejilla—. Buena elección, hermano. —Fruncí el ceño. ¿Acababa de llamarlo *hermano*? Se dio cuenta de mi cara de confusión—. Byron es mi hermano.

—Oh. —Incliné la cabeza, estudiándola—. ¿Lo sabe Branka?

Los ojos de Aurora se desviaron hacia Alessio y los míos siguieron. Negó con la cabeza.

—Tienes que decírselo —murmuré. Giré la cabeza hacia Aurora—. Así que solo son tú y tu hermano...

—No, tengo otra media hermana. Alessio y Byron, por supuesto. Y otros tres hermanos. —Vaya, era una gran familia—- ¿Y tú?

—*Umm,* Solo yo. Y Branka —respondí—. Mis padres dicen que es como tener diez hijos.

Una suave risita recorrió la sala.

—Mi padre solía decir lo mismo —comentó Bianca, la esposa de Nico—. A veces me pregunto qué diría si viera a nuestras gemelas. —Una suave sonrisa curvó sus labios. Me identificaba con esa sonrisa. Era la misma que sentía cada vez que hablaba de Kol.

Los ojos de todos permanecían fijos en mí, estudiándome con curiosidad. Pero, a su favor, no hicieron ninguna pregunta. Nos sentamos todos alrededor de una gran mesa, en la que quedaban dos sitios libres. Pertenecían a Branka y Killian, a quien aún no conocía.

La comida estaba servida y la disfruté bastante. Alessio se sentó a mi lado a hablar con los hombres, con la mano en mi muslo. Isabella y Bianca hablaban de recetas. Por lo que parecía, Isabella era mala cocinera.

—Es mejor salvando vidas que cocinando —comentó Aurora—. Es doctora.

—Oh. —Dirigí una mirada hacia Isabella. Estaba escribiendo notas con el ceño fruncido, murmurando que era más fácil cortar a un humano que a un pollo. Era casi cómico—. He oído que tus fotografías son codiciadas.

—Oh, lo son —dijeron Grace y Áine al mismo tiempo—. Apenas pude comprar una —añadió Áine—. Alessio compró toda la galería.

—¿Qué? —solté.

Áine y Grace compartieron una sonrisa.

—Sí, era el idiota —se burló Grace en voz baja—. Estaba tan molesta. Quería unas cuantas de esas fotografías. Pero Alessio tuvo que ser un imbécil obsesivo. Cassio dijo que las escondió todas en su mansión.

Una risita recorrió nuestro lado de la mesa.

—Me pregunto dónde las tendrá —murmuré—. No las he visto en su *penthouse*.

—Probablemente las esconde hasta estar seguro de que no huirás. —Remató Áine, inclinando la barbilla hacia los hombres—. Todos son obsesivos y posesivos.

Miré a los hombres y luego a las mujeres.

—Supongo que puedo darme cuenta —comenté en voz baja. Aunque no me importaba. No con Alessio. Me encantaba su lado oscuro. Me encantaba su lado posesivo. Me encantaba todo de él.

—Voy a tener que echarles un vistazo —afirmó Aurora—. Alexei tiene un *penthouse* en Washington y es tan soso, básico. Quiero hacerlo más hogareño para que cuando lo visitemos no parezca que estamos en un hotel.

Mis labios se curvaron.

—No estoy segura de que quieras mi tipo de fotos.

—¿Por qué no?

—La mayoría son más... *ummm*. —Busqué las palabras adecuadas, pero fallé—. Algunas son para concientizar. Otras son un poco oscuras. Hay unas cuantas fotos de algunos de los lugares increíbles de este planeta que he podido visitar.

A Aurora se le iluminaron los ojos.

—Me gustaría verlas todas.

Grace sacó su teléfono y empezó a hojear sus fotos.

—Tomé fotos durante la exposición en New York. También tiene algunas en su página web.

No necesitaba mirarlas. Las conocía todas. Nunca olvidaba ni una sola de las fotografías que había tomado. Todas las mujeres miraron el teléfono de Grace y mi atención se desvió.

Levanté los ojos hacia el televisor que mostraba las noticias y me puse rígida. El caos de Afganistán aparecía en la pantalla. Divisé una o dos caras de amigos que había hecho. Me puse en pie de un salto y me encontré frente al televisor.

—¿Puedes subir el volumen? —le pedí al *bartender*.

En cuanto lo hizo, mi teléfono, que seguía en la mesa, empezó a sonar. Lo ignoré. Volvió a sonar. Y otra vez.

Áine me lo acercó.

—Podría ser importante.

—Gracias. —Sonreí agradecida y respondí a la llamada—. ¿Lo estás viendo? —Era Loren.

—Sí.

—¿Quieres entrar?

—Sí.

—Si hacemos esto, estamos por nuestra cuenta —refunfuñó Loren—. El editor no quiere aprobarlo.

Fruncí el ceño. Los gritos. La gente. Niños. Los llantos.

—¿Por qué no?

—Vino de arriba. —Sacudí la cabeza. Alguien siempre tenía una agenda. No podía ser sencillo: informar, tomar fotografías y marcar la diferencia.

—De acuerdo, avísame. —Terminé la llamada, sin despegar la vista de la televisión.

Maldita sea, los humanos podían ser tan crueles. Me daba igual la raza, el continente o el idioma que hablaran: siempre eran los inocentes los que pagaban el precio.

—¿Está todo bien? —Alessio se acercó por detrás y me rodeó con sus manos.

—Sí, el equipo quiere ir —le informé, sin apartar mi vista de la pantalla—. Pero no van a obtener la autorización.

Pensé que había soltado un suspiro de alivio, mas Nico captó mi atención.

—Probablemente sea lo mejor. La mierda se pondrá fea allí.

—Eso no significa que no se deba informar al respecto.

Nico inclinó la barbilla hacia el televisor.

—Se está informando.

Entrecerré los ojos.

—No, no lo está. Míralo. —Extendí la mano hacia la pantalla—. Están informando de la zona alrededor del aeropuerto. ¿Qué pasa con todo el maldito país? La gente inocente que quedará a merced de los dictadores. Los chicos que pondrán a luchar.

—Esa es una forma de conseguir un arma —comentó Sasha. Mis dedos se enroscaron en mis palmas y luché contra el impulso de darle una bofetada, justo en la cara. Levantó las manos—. Estoy bromeando.

—¿Lo estás? —solté—. ¿Sabes lo que les pasa a los chicos que ponen sus manos en esas armas? Suelen morir antes de llegar a la edad adulta.

—Más nos vale que ninguna de nuestras armas llegue a esa zona general —refunfuñó Sasha —. La mujer de Alessio podría matarnos.

—¿Tus armas? —siseé—. ¿Crees que controlas a dónde van tus armas ilegales?

—Siempre comprobamos a nuestros compradores. —Vasili salió en defensa de su hermano.

Me burlé.

—¿Qué? ¿Los haces firmar un acuerdo de confidencialidad? ¿Un acuerdo de reventa? —Di un paso hacia Vasili, con el dedo apuntando a su pecho—. Admítelo. No controlas en absoluto adónde van tus armas. Van a países desesperados como ese. Al mejor postor. —Moví la barbilla hacia la televisión—. A manos de niños pequeños. O a criminales adultos. No sé qué es peor.

Mi ira aumentaba con cada segundo, tantas palabras burbujeando en mi interior.

—La próxima vez que venda un arma, señor Nikolaev, imagínese a su propio hijo sosteniéndola. —Vasili soltó un gruñido, toda su expresión se ensombreció—. Sí, eso no le gusta, ¿verdad? Pues a los padres de esos chicos tampoco —mencioné, señalando por encima del hombro, de espaldas al televisor.

—Jesucristo, esta chica es peor que los abrazadores de árboles —murmuró Sasha—. Definitivamente, va a salvar el mundo.

—Sasha... —Aunque Vasili y Alessio lo reprendieron al mismo tiempo, estaba tan molesta que no pude contener la lengua.

Di un paso amenazador hacia el temible hombre tatuado que me observaba como si fuera una molesta mosca en la pared.

—Algún día, Sasha Nikolaev… —Apreté la mano contra su pecho, pero el tipo era como un montón de grandes rocas—. Alguien va a apuñalar ese negro corazón tuyo —contraataqué, conteniendo mi ira—. Y voy a tener un asiento y malditas palomitas en primera fila para verlo.

Casi se me escapó que Branka grabaría sus iniciales en su corazón. Y demonios, definitivamente la ayudaría. Dos cabezas eran mejor que una.

—¿Seguimos hablando de distribución de armas o de otra cosa? —refunfuñó Luciano—. Me parece que se está cociendo algo más.

—Bueno, ya sabemos que Isabella no cocina —respondió Sasha, lanzándole un beso a su cuñada, quien le mostró el dedo medio. Luego volvió a mirarme a los ojos, con esos azules pálidos que me daban ganas de retorcerme.

—Me agrada mucho la chica, Alessio —expresó Alexei, y agité las manos exasperada.

—Gracias. —Sonreí dulcemente. Pobre Alessio, probablemente lo despisté. Volví mi

atención al problemático—. Sasha, pídele a tu hermano que te comparta algo de su simpatía. Porque eres un gran imbécil. —refunfuñé, viendo que no tenía sentido discutir. Además, no quería que nadie especulara.

—¿Dónde está tu refuerzo, Autumn? —Sasha inquirió perezosamente—. ¿Te ha dejado a ti, la chica que quiere salvar el mundo, sola para que te coman los lobos?

Era. Verdaderamente. Un. Imbécil.

No se me ocurría otro nombre adecuado para él. Pero entonces lo vi. Inquietud detrás de esa mirada pálida. La forma constante en que sus ojos parpadeaban hacia la entrada. Miré a mi alrededor y noté que los hombres discutían la distribución de sus armas, la mano de Alessio aún en la parte baja de mi espalda, y las mujeres murmuraban algo entre ellas.

Volviendo mi atención a Sasha, mis labios se curvaron en una sonrisa de suficiencia. «No tan rápido, pequeño Sasha». De acuerdo, puede que no sea un chico. ¿Sasha-hombre? ¿Sasha-imbécil? Sí, daba igual.

Di un pequeño paso adelante y bajé la voz.

—En realidad, Branka y su *novio* están pasando un tiempo a solas. —La expresión asesina que apareció en la cara de Sasha me habría hecho cagarme en los pantalones si la mano de Alessio no estuviera protegiéndome. Afortunadamente, lo hacía—. Se están *conociendo* —añadí dulcemente.

No dije que planeaba unírsenos pronto. Pero hizo que Sasha saliera furioso de allí.

—¿Qué pasó? —cuestionó Vasili, mirándome con suspicacia.

Parpadeé inocentemente, manteniendo la expresión inexpresiva.

—Ni idea. Dije que le arrancaría el corazón y se enfadó.

Risas recorrieron la habitación.

Desafortunadamente, no engañé a los hermanos Nikolaev. Ambos me vigilaron durante el resto de la noche.

Lástima que se hayan equivocado.

Capítulo Treinta Y Seis



Autumn

La cena fue muy divertida una vez que Branka llegó.

Por fin pude conocer a Killian Brennan, y estaba guapísimo. Con G mayúscula. Dios mío, esos ojos. Ese cabello. Ese bronceado. Si no estuviera tan enamorada de Alessio, se me habría caído la baba.

Entonces Branka sacó a relucir nuestras fotos y vídeos de viaje.

Ese en el que bailábamos en París, incluida mi madre, con la canción de *Katy Perry* sobre besar a una chica.

Toda la mesa se rio.

—*Oh*, eso no es nada. —Branka sonrió, dispuesta a soltar más trapos sucios. Sabía exactamente lo que venía.

—No lo hagas —advertí.

—*Ah*, ahora quiero hacerlo mucho más. —Sonrió.

—Queremos verlo —pidió Áine—. Serían un problema si se unieran a mi prima, Margaret.

Sacudí la cabeza.

—No sé si eso es bueno. Digamos que París no volverá a recibirnos. —La mesa se rio, incluso los dos hombres Nikolaev—. ¿Dónde vive tu prima? Por favor, no digas París.

Se rio.

—Actualmente está en Irlanda.

Branka y yo compartimos una mirada.

—No hemos hecho nada vergonzoso allí, *todavía*.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—*Maman* amenazó con no viajar más con nosotras.

Me encogí de hombros, con una sonrisa maliciosa en la cara.

—Bueno, no le contaremos nuestros planes. Bailar en medio de Dublín suena encantador.

—Podemos conseguir que la gente eche dinero en un sombrero para nosotras. Seremos como gitanas ambulantes.

Alessio refunfuñó.

—Nada de gitanas ambulantes en esta familia —declaró.

—Demasiado tarde —dijimos las dos al mismo tiempo y estallamos en risitas.

—Bien, aquí está la canción favorita de *Maman* —comunicó Branka, conectando su teléfono al televisor que proyectaba su videoclip.

El final de la canción de *Katy Perry* nos mostró a *Maman*, Branka y a mí bailando. Kol aún era un bebé, en mis brazos.

—Observa a Kol —reflexionó Branka—. Esa mirada de ahí. Todavía la tiene. Esa expresión de "oh, mierda, dónde demonios terminé". El pobre chico se dio cuenta demasiado rápido de que acabó con mujeres locas en su familia.

Kol tenía los ojos muy abiertos viendo bailar a *Maman*, que seguía intentando arrastrar a papá al círculo de baile. Estaba grabando, así que la cámara se sacudía a veces.

—Parece que tu madre ama París —comentó Aurora.

Tenía la vista pegada a la pantalla. De vez en cuando obtenía ojeadas de papá. Todos estábamos contentos. Sí, mi corazón estaba roto. Y sí, parecía que el de Branka también. Mas nos teníamos la una a la otra y a mis padres.

—Sí, dijo que París siempre tendrá un lugar especial en su corazón —indiqué, con los ojos aún pegados a la pantalla. Dios, ese amor en la cara de mi madre. El mismo que podía ver en el rostro de papá cuando la cámara se dirigía a él accidentalmente. Se llamaba a sí mismo un experto camarógrafo—. Convenció a papá de que lo seguiría adonde fuera.

La canción cambió a *Die For Me*, y en el mismo momento en que empezó a sonar, Branka y yo nos quedamos viendo.

—Conozco esa mirada —señaló Alessio—. Problemas.

—¿Nosotras? Nunca. —Branka y yo contestamos.

La expresión confusa de *Maman* en la pantalla era inconfundible. Movía los labios, pero no se oía su voz porque Branka había subido la música al máximo. Entonces las dos gritamos las palabras mientras *Maman* nos perseguía.

—*¡No digan malas palabras!* —advirtió. De acuerdo, gritó mientras escudriñaba frenéticamente su alrededor—. *A los franceses no les agradan los americanos.*

Branka y yo cantamos con el corazón ese día. En ese momento me preguntaba si lo cantaba para Sasha. O si había sido hace poco cuando se dio cuenta de que le mentía.

—*No somos americanas.* —Ambas rapeamos nuestro comentario como si fuera parte de la canción.

—*¡Mon Dieu!* —exclamó *Maman*, lanzando las manos al aire junto con unas cuantas maldiciones en francés—. *Tápale los oídos a Kol para que no oiga las palabrotas. Ustedes son peores ejemplos ahora que cuando eran adolescentes.*

Padre captó nuestras fingidas expresiones destrozadas. Lamentablemente, Branka y yo no pudimos aguantar mucho tiempo. Estallamos en una carcajada y, jalando a *Maman*, nos pusimos a bailar.

—*¡Autumn Michelle Corbin!* —exclamó—. *Lo mismo va para ti, Branka.*

Empezaron las gotas de lluvia. Todavía podía oler el aire primaveral de París. Era como el aire fresco del otoño con una fragancia floral. Por supuesto, *Maman* dijo que lo había olido todo mal.

Nos reímos mucho. Incluso Kol cuando le cubrí la cabeza con la capuchita, mientras intentaba sacar la lengua y atrapar las gotas de lluvia. Los cuatro inclinábamos la cara hacia la lluvia y sacábamos la lengua para hacerlo.

Maman tenía esa foto colgada en la sala.

—Fue un buen día. —La mano de mi mejor amiga me rodeó. Asentí, mirando a mis padres en la pantalla. En algún momento, Branka o yo nos hicimos cargo de la cámara. *Maman* y papá

bailaban juntos. Y ese amor, esa bendita devoción, estaba en sus caras. Como si fueran a derribar el mundo entero el uno por el otro.

Y sabía que lo harían. Padre ya lo había hecho una vez. Lo haría de nuevo en un santiamén.

—¿Así es como se ve una vida normal? —murmuró Aurora.

—Probablemente —renegó Byron—. No es como que lo sepamos.

Mi mirada curiosa recorrió la mesa.

—Creo que lo más parecido a una infancia normal la vivió Bianca —comentó Grace.

Mi atención se disparó hacia la esposa de Nico.

—Si cuentas que no tuve a mi madre cerca porque estaba ocupada pagando una deuda —señaló Bianca en voz baja—. Pero sí, tuve suerte de tener a mi abuela y a mi padre.

Fue entonces cuando pude verlo en cada uno de los rostros de la mesa. Todos y cada uno de los hombres y mujeres cargaban algo trágico y roto en sus ojos.

—Eres una chica con suerte —mencionó Vasili.

—Sí —asintió su esposa—. Tuve a mi madre, pero incluso ella enfrentó sus problemas.

—Siento que no hayan tenido eso —dije. También lo decía en serio. Quizá tendríamos un mundo mejor si empezáramos por nuestros hijos. Sabía que mis padres habían luchado por criarme lejos de toda la crueldad que habían visto en sus vidas—. Todo el mundo merece una infancia feliz y segura.

Y mientras decía esas palabras, la mano de Alessio apretó la mía por debajo de la mesa. No necesitábamos palabras, porque sabía exactamente en qué estaba pensando. Rocé su pulgar con el mío, esperando que comprendiera cuánto lo amaba.

—Eso es lo que quiero —pronunció Branka, rompiendo el momento. Todos seguimos la dirección de su dedo, señalando la pantalla que tenía congelados los rostros de mis padres—. Por cómo la observaba, es como si se acabaran de conocer. Como si fuera su sol. Aunque cocinara fatal y lo haya mandado al hospital varias veces.

Mis labios se curvaron. La sala se llenó de risitas. Aun así, mis ojos estaban fijos en la pantalla.

El final feliz de mis padres nos miraba fijamente.

Estábamos camino a casa. *A casa.*

Extrañamente, el *penthouse* era un hogar. Alessio era un hogar. Fue cuando vi la felicidad de mis padres en el clip de Branka que me di cuenta de que él era mi final feliz para siempre. Todos sus pedazos rotos, su oscuridad. *Todo*.

Solo lo quería.

—Será mejor que no estés fantaseando con el imbécil de Killian Brennan —gruñó Alessio.

Killian Brennan era exquisito, eso estaba claro. Sin embargo, no hacía que el tiempo se detuviera, ni que el mundo se desvaneciera cuando lo miraba. No me dejaba sin aliento.

Eso era todo Alessio.

Mis labios se curvaron.

—Alessandro Russo, ¿estás celoso?

—No. —Mordaz. Cortante.

Le puse la mano en el muslo.

—Nadie se compara contigo —afirmé seriamente—. No para mí.

La luz de la luna resaltaba sus rasgos cincelados. A diferencia de los Nikolaev o incluso de

los hermanos King, Alessio era más pulcro. Algo así como Nico Morrelli. Y Byron Ashford. Aunque sabía que todos eran igual de despiadados.

Alessio era más mi tipo. Si bien me gustaba su aspecto pulcro, también me encantaba la crueldad de chico malo que llevaba dentro. No había nada de él que no amara.

—Te amo —susurré suavemente.

Solo había tomado una copa de vino cuando llegó Branka, y me sentía relajada. En apenas una semana, me había acostumbrado a vivir en su *penthouse*. Aunque para ser honesta, era más que eso, me acostumbré a nuestra rutina. Me encantaba despertar en sus brazos. Amaba verlo con Kol. Luego el beso que me daba cuando nos dejaba en casa de mis padres. Y, sobre todo, me encantaban nuestras cenas y lo que seguía después de que llevábamos a la cama a Kol.

Sus iris se oscurecieron, luego tomó mi mano.

—Te amo más.

Mi corazón se dio un vuelco. «*Me ama. Alessandro Russo me ama*».

—¿Incluso si los hombres Nikolaev están molestos conmigo? —espeté juguetonamente.

Sus ojos me miraron y luego volvieron a la carretera.

—No lo están, pero creen que ocultas algo —opinó—. Con Sasha. —Bufé, mas no contesté —. Sea lo que sea, saldrá a la luz.

—¿Y cuándo eso pase? —pregunté con curiosidad. Aunque nunca delataría a Branka, estaba de acuerdo con Alessio. Las cosas acabarían saliendo a la luz. Sería difícil ocultar que Branka le había robado el corazón a Sasha Nikolaev.

«*Aun así lo vería*», pensé divertida.

Se encogió de hombros.

—Supongo que ya veremos. Pero eres mi mujer y siempre serás mi prioridad. Tú y Kol.

Se me calentó el pecho.

—También serás siempre lo más importante —susurré—. Tú y Kol. —Pasó un momento de silencio entre nosotros—. ¿Alessio? —La vacilación se deslizó a través de mí.

—*Hmmm*.

—Espero que tus amigos no se hayan ofendido —agregué—. Cuando perdí la cabeza con lo del contrabando de armas y todo eso.

Se encogió de hombros.

—Seguro que ya lo han oído antes.

—¿Y tú? —cuestioné—. Sé que distribuyes *cosas*. —Ni siquiera pude pronunciar las palabras. Armas y drogas—. ¿Te molesta que no esté de acuerdo?

—No, me encanta tu moral y tu esperanza para un mundo mejor —respondió con un toque de seca diversión—. Siempre me han gustado. Tu afán por ver lo mejor que ofrece este mundo. Por salvarlo.

—También quieres salvarlo —aseguré—. Si no lo hicieras, no habrías acabado con el tráfico de personas. No habrías salvado a tus hermanas.

Sus ojos se dirigieron hacia mí con un destello de humor seco.

—¿Quizá me das demasiado crédito? Te darás cuenta de quién soy de verdad y te arrepentirás de lo nuestro.

Sacudí la cabeza.

—No hagas eso, Alessio —reprendí con voz suave—. Me quedaré. Todo lo demás se arreglará por sí solo. Sí, tenemos desacuerdos, pero todo el mundo los tiene.

—¿Sobre la distribución de armas ilegales? —pronunció—. ¿O de mi necesidad de matar a cualquiera que te toque? ¿Cazar a cualquier hombre que haya tocado lo que era mío en los

últimos cuatro años?

Tragué saliva.

—No dejaré que nadie me toque —juré—. Y quizás tampoco estés de acuerdo con tus negocios paralelos. Fuiste forzado a ello. Primero por tu padre, luego como forma de supervivencia para ser más fuerte que él. No obstante, pase lo que pase, siempre estaré contigo.

Dejé que las palabras llenaran el silencio.

—Debería castigarte por ser tan buena —expresó—. Y por *corromperme*.

Me reí entre dientes.

—Aceptaré el castigo.

—Buena chica. —Mis muslos se apretaron ante sus elogios. No importaba lo que Alessio dijera o hiciera, mi cuerpo respondía—. Cuando lleguemos a casa...

Dejó que el significado perdurara y el calor floreció entre mis muslos, palpitante y pulsante. Mis dedos ansiaban tocar su leve barba incipiente y empezar a besarlo. Mis pezones se tensaron dolorosamente y la mirada de Alessio bajó hasta ellos como si pudiera leer mi cuerpo.

Miré el tablero y me fijé en la hora.

—¿Deberíamos recoger a Kol mañana? —Respiré—. No quiero despertarlo. —Y quería a Alessio dentro de mí en cuanto llegáramos a casa.

Extendió la mano derecha, mientras la izquierda permanecía en el volante.

—¿Estarán de acuerdo tus padres?

Me reí entre dientes.

—¿Estás bromeando? Se quedarían con el día y noche, y luego me darían derecho de visita si pudieran.

Agarré el teléfono y les escribí un mensaje rápido a mis padres. Llevábamos años que teníamos un *chat* grupal. Tal y como sospechaba, la respuesta fue instantánea.

—Están felices de quedarse con él y ya lo van a llevar a la cama —informé. Mi teléfono volvió a sonar y apareció la foto de un Kol dormido.

Se la enseñé a Alessio. Sus facciones se suavizaron mientras la observaba un momento.

—Eres una buena madre. —Me detuve—. No te sorprendas, sabes que lo eres.

—Gracias —murmuré—. Mis padres y Branka me ayudaron mucho. No sé qué habría hecho sin ellos.

Asintió y no pude quitarme la sensación de que estaba esperando algo. Pero no sabía qué. Su pulgar rozó mi labio inferior y mis labios se entreabrieron.

—¿Has salido con muchos hombres en los últimos años? —Su pregunta fue casual, su tono perezoso, aunque mi espalda se puso rígida. No había nadie más para mí. Cuando nació Kol, todo giraba en torno a él y a mi carrera. Había poco tiempo para nada más.

—No. —A pesar de que quería hacerle la misma pregunta, me preocupaba terminar destrozada tras descubrir la respuesta. Esas pocas citas que tuve para cenar no contaban para mí.

—¿Cómo se llaman?

Suspiré.

—Alessio, no creo que debamos hablar de eso —dije en voz baja. Sus hombros se tensaron visiblemente y lo odié. Esa nube oscura llena de fantasmas que nos acechaba—. Estoy aquí. Contigo. Quiero estar *contigo*.

Su mano se deslizó por mi garganta, apretó con fuerza, casi dolorosamente. Ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba haciendo. No me quejé. No estaba asustada. Después de nuestra última semana juntos, confiaba en él. Compartió grandes partes de sí mismo y quería que estuviéramos así el resto de nuestras vidas.

No quería preocuparme por los cuatro años que pasamos separados. No quería sentir celos.

—¿Has fijado la fecha? —exigió saber.

Ya era suya. Siempre había sido suya. Decir "acepto" no iba a cambiar eso.

—No quiero precipitarlo —comenté. Su mandíbula se tensó y la preocupación inundó mi mente—. ¿Todavía quieres casarte conmigo? —inquirí con voz ronca.

La sorpresa se reflejó en sus ojos. No me había dado cuenta de que estábamos en casa hasta que entró en el estacionamiento subterráneo. Estacionó el coche y se giró hacia mí. Todavía tenía la palma de la mano acunando mi cara. Volvió a pasarme el pulgar por el labio inferior.

Saqué la lengua para lamerle la yema del pulgar y gimió su aprobación.

—Eres la única mujer con la que quiero casarme, Autumn.

Una suave sonrisa apareció en mi rostro.

—Lo mismo digo.

—Podrías tener algo mejor —mencionó tan despacio, como si le doliera incluso pronunciar esas palabras—. Quieres salvar el mundo. Llevo años destruyéndolo. —Su voz era áspera y la vulnerabilidad en esos orbes grises podía destruirme.

—Eres al único que quiero —le aseguré suavemente, mordisqueando su pulgar—. El único que siempre querré.

Tomó mi mandíbula entre sus dedos, casi tragándosela con el tamaño de su palma.

—No me gusta cuando miras a otros hombres —refunfuñó—. Me dan ganas de darte un par de nalgadas. —Un suave jadeo llenó el espacio de su auto. La nota oscura en su voz me martilleó el corazón y mis muslos palpitaron.

Los apreté, con la esperanza de aliviar las punzadas, y los ojos de Alessio se desviaron hacia abajo.

—Maldición. —Una palabra—. ¿Te gusta el sonido de unas nalgadas?

Mi temperatura corporal subió unos veinte grados.

—Yo... —Podría mentir, pero el hecho era que quería probarlo. Con él—. Sí. —Respiré.

Salió del coche, dio la vuelta para abrirme la puerta y nos precipitamos hacia el *penthouse*. La distancia parecía demasiado larga. Los dos nos tomábamos de la mano, con el corazón estruendoso.

Si alguien me hubiera preguntado cómo llegamos a nuestro dormitorio o cómo nos desnudamos, no habría sido capaz de responder. Mi cuerpo y mi mente estaban concentrados solo en él.

—Inclínate sobre la cama, las palmas sobre el colchón —ordenó Alessio con voz ronca—. Abre bien las piernas.

Obedecí sin pensármelo dos veces, ansiosa por el placer que prometían sus ojos. Su pecho desnudo cubría mi espalda. Sus manos llegaron a mis hombros y luego recorrieron mis brazos. Se me erizó la piel y sentí escalofríos.

—Si quieres que pare… —Ronroneó, con la voz llena de oscuras promesas—. Solo di Kioto.

—¿Qué-é? —balbuceé.

—Kioto —gruñó. Le eché un vistazo por encima del hombro—. Ya estaba enamorado de ti cuando estuvimos allí.

Dios, ¿era posible sentir tanta felicidad? La intensidad de su mirada tenía a mis emociones en alerta máxima.

Lentamente, sus manos recorrieron mis pechos, sus dedos rozaron mis pezones. Su otra mano continuó el camino cada vez más abajo, hasta llegar a mis húmedos pliegues. Sentí un hormigueo en la piel, un zumbido de anticipación.

—Voy a jugar contigo. —Su voz era ronca, llena de lujuria. Me metió dos dedos al mismo tiempo que me tiraba de los pezones—. Voy a hacerte suplicar. Gritar. Que te desmorones por mí. —Arqueé la espalda, frotándome contra él mientras mi gemido ondulaba en el aire—. Serás mi juguetito.

—S-sí...

Cada gramo de mí cobraba vida bajo su tacto. Sus dedos se enroscaron en mi interior, haciendo que los dedos de mis pies se curvaran con la sensación de estremecimiento en el fondo de mi estómago.

Su boca se aferró a mi garganta desde atrás, succionando la piel sensible. Mordisqueando y marcando mi piel. La fricción entre nuestros cuerpos era suficiente para incendiar todo el maldito *penthouse*.

Me mordió la piel de la garganta y una descarga de placer me recorrió cada célula. Sacó los dedos y mis paredes se contrajeron, ansiosas de más. Antes de que pudiera protestar, volvió a introducirlos.

—Eres mía. —Su ronco susurro era caliente contra la concha de mi oreja. Eché la cabeza hacia atrás y Alessio capturó mis labios con una brutalidad posesiva. Su lengua dominó cada centímetro de mi boca.

Metió y sacó los dedos y me acarició el clítoris con el pulgar.

Nalgada.

Mi corazón se precipitó hacia delante, al igual que mi cuerpo. Mi coño se apretó.

Nalgada.

El sonido reverberó en el aire mientras me ardía el trasero. Sentía como si el fuego me lamiera las nalgas. Santos cielos, me ardía todo el cuerpo.

—A-Alessio... —Mi voz era gutural. Me temblaban las piernas.

Su palma bajó hasta mi culo y me alivió el escozor, frotándome la piel con movimientos circulares. Se me cerraron los ojos y mi trasero caliente empujó ansiosamente contra sus caricias.

—¿Te gusta eso? —Me dio otra nalgada en mi piel caliente y mi gemido entrecortado fue su respuesta—. A mi mujer le gusta —dijo con voz seductora, deslizando el dedo por mis pliegues resbaladizos.

—S-sí. —Jadeé. Volvió a meterme dos dedos y me dio una nalgada en el culo al mismo tiempo. Una vez. Dos veces.

El orgasmo se abalanzó sobre mí. Sentí como si la electricidad me recorriera las venas, sacudiendo cada célula de mi cuerpo. Grité su nombre. Los ojos se me pusieron en blanco y las estrellas se me agolparon detrás de los párpados.

Mi respiración era agitada, como si acabara de correr una maratón.

Apoyó su pecho contra mi espalda, su boca en mi oreja.

—Recuérdalo, amor. —Mi vagina palpitaba, con sus dedos aún enterrados en lo más profundo de mi núcleo empapado—. Ningún otro hombre puede hacer esto. Ningún otro hombre podría hacerte correrte así. —Su voz estaba llena de posesividad—. Si atrapo a alguno de esos hombres, les cortaré la polla. Los haré desaparecer. Eres mía. Siempre lo has sido.

Giré la cabeza para verlo. Aquellos hermosos orbes plateados hacían que mi corazón tamborileara cada vez más rápido. Por mí.

—No hubo nadie. —La confesión resultó fácil. Su respiración se calmó. Puse mis labios sobre los suyos y murmuré—: No ha habido nadie más para mí. Fuiste mi primero y mi último. Mi único.

La crudeza de esas emociones se sentía como papel de lija en mi piel. Me dejaban expuesta,

pero confiaba en que él no me dejaría caer. No esta vez. No después de todo.

—No he tocado a otra mujer desde ti. —Durante un momento, quizá más, nos miramos fijamente. Nuestras vulnerabilidades, dolor y pasado bailaron en el aire—. Siempre fuiste tú, Autumn.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Por las emociones. Por el orgasmo. Él era parte de mí, una pieza clave que mi corazón necesitaba para sentirse completo.

—Siempre tú —afirmé con voz ronca, repitiendo sus palabras.

Colocando su mano en mi vientre bajo, ajustó mi posición y mi culo se elevó más en el aire.

—Voy a follarte. Duro y rápido. Como te gusta.

La ronquera de su voz hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Unos segundos después, la cabeza de su pene estaba en mi resbaladiza entrada y me penetró de un rápido empujón. Gemí. Él gruñó. Y entonces su mano me agarró por la cadera mientras con la otra me empuñaba el cabello.

Me dominó, empujando dentro de mí duro y rápido. Tal como había prometido. El placer en espiral ardía cada vez más. Me agarró la melena con fuerza. Me echó la cabeza hacia atrás y su boca se pegó a la mía.

Su lengua invadió mi boca con la misma intensidad que su longitud asaltaba mi coño. El ritmo de nuestro beso aumentó, al igual que sus embestidas. Su beso dominaba mi boca. Sus embestidas dominaban mi sexo. Alessio dominaba mi cuerpo.

Su mano me rodeó por delante y me acunó el coño.

—Esto es mío —gruñó entre respiraciones agitadas—. Todo esto es mío.

Me penetró profundamente, llenándome hasta la empuñadura. Su ritmo era tan implacable que deslizaba mi cuerpo sobre el colchón. Lo sentía por todas partes, ávida de cada fuerte embestida y cada sacudida de sus caderas.

—Me perteneces —gimió en mi oído—. Y tú me posees.

Deliraba mientras el placer aumentaba. Sus embestidas se volvieron más rudas y duras. Su verga golpeaba dentro de mí y el placer me invadía por completo. El orgasmo fue inmediato y tan violento que me castañetearon los dientes. Las llamas palpitaban en mi vientre bajo y se extendían hacia el exterior.

Los gruñidos de Alessio vibraron en el aire con la última embestida y su esperma caliente brotó dentro de mí, llenándome hasta chorrear por el interior de mis muslos.

Ambos jadeábamos, con los cuerpos unidos bañados en sudor y palpitantes por la sensación más estimulante.

Justo cuando estaba a punto de moverme, me jaló del cabello y su voz, oscura como el pecado, me susurró al oído:

—No hemos hecho más que empezar.

Y mis paredes interiores se apretaron con entusiasmo.

Capítulo Treinta Y Siete



Alessio

Me sorprendió.

Se desenvolvió a mi alrededor, siempre satisfaciendo mis necesidades de frente. Siempre dándome todo.

Todo el tiempo estuvo destinada a ser mía. Kol, ella y yo. Con suerte más niños. Muchas niñas que se parecieran a ella. Kol sería un hermano mayor protector.

Sin embargo, el miedo de que mi jodida infancia afectara mis habilidades como padre me atormentaba. Que no era digno de ser padre. Que arruinaría a nuestro hijo. Que transferiría mi pesadilla a mi hijo.

Una mezcla de furia, arrepentimiento y animosidad ardía en mi pecho.

No hacia ella. Nunca ella. Sino a esa mierda llamada destino que me había dañado. Lo dije en serio cuando comenté que merecía algo mejor. Podría haber *tenido* algo mejor. En vez de eso, me tuvo a mí. Pero que Dios me ayudara, no podía renunciar a mi mujer. Odiaba sentir una punzada de arrepentimiento por intentar ser decente.

No lo era. La decencia había sido sacada con golpes de mí.

Le aparté un mechón de cabello de la cara sudorosa. Estaba profundamente dormida, desnuda en nuestra cama. Sus suaves curvas tenían las huellas de mis manos, de cuando la agarré por las caderas y la cogí sin contemplaciones. Su culo también estaba marcado. Y aun así parecía inocente, extendida para la escoria asquerosa que yo era.

Colocando una sábana sobre su cuerpo desnudo, un suave gemido salió por sus labios entreabiertos y mi verga se endureció al instante.

Me enderecé y me ajusté las mancuernillas, en lugar de volver a tocarla. Si lo hacía de nuevo, la despertaría y volvería a cogérmela. Si me desnudaba y me la follaba, llegaría tarde.

Y tenía que reunirme con un maldito DiLustro.

Dante DiLustro.



Por supuesto, el lago Ontario en noviembre no era la mejor idea. Reunirse con un maldito Capo

de Chicago en medio del lago aún menos.

Aun así, quería deshacerme del último cargamento de armas y luego estaba fuera.

Por Autumn. Por nuestro hijo. Por nuestra familia.

Nuestro futuro. Me casaría con mi mujer, la embarazaría y tendríamos una gran familia. Veríamos el mundo juntos. Demonios, incluso cantaría y bailaría bajo la lluvia alguna canción odiosa, siempre y cuando sonriera feliz como en aquel vídeo.

¿Hubo algún otro hombre que pusiera esa sonrisa en su cara en ese entonces?

Estaba radiante en ese vídeo. Y cuando sus ojos se posaron en nuestro pequeño Kol, había demasiado amor en su rostro. Del tipo incondicional que decía que quemaría el mundo por él.

Y quemaría el mundo por ellos.

Las temperaturas habían caído en picada durante la noche, y juré que se me congelaron las pelotas en cuanto salí de la cabina de mi yate. Habría sido mucho mejor quedarme en la cama y despertarme con sexo matutino, para luego prepararles el desayuno a Autumn y Kol.

«Puede que incluso me convierta en un padre que se queda en casa», me reí. *Hmmm.* No era tan mala idea.

Contemplé los rayos del sol sobre la superficie del lago y me invadió la calma. Tener totalmente negocios legales era lo correcto, lo sentía en lo más profundo de mis huesos. Seguiría manteniéndonos a salvo. Seguiría teniendo hombres vigilando a mi familia. Había construido suficientes negocios respetables a lo largo de los años para mantenernos durante muchas vidas.

La noche anterior, les avisé a mis amigos. No se sorprendieron. No iba a cambiar nuestra amistad y seguía pensando en mantener a raya el tráfico de seres humanos por los territorios.

—Russo.

Dante pasó de su yate al mío.

—DiLustro.

Al igual que su primo, quien sembraba caos en New York, Dante lo creaba en Chicago mientras su hermano, Priest, hacía lo mismo en Philadelphia. Era realmente cómico, porque Dante y Basilio parecían más bien hermanos y Priest debería ser el primo.

«El primo ruso», me burlé.

Que. Demonios.

Su enredo familiar no era mi problema.

Crucé los brazos sobre el pecho y lo observé. Aunque el joven idiota estaba bien, cualquier cosa que tocara remotamente la conexión Ashford siempre me había irritado.

No era que los DiLustros y yo estuviéramos conectados. Su conexión venía del lado de la madre de Byron.

Me entregó una maleta grande que le pasé a Ricardo.

—La próxima vez, preferiría hacer una transferencia bancaria —expresó Dante.

Ignorando su comentario, incliné la barbilla hacia los escalones que conducían bajo la cubierta.

—No habrá una próxima vez —anuncié—. Haz que tus hombres saquen las armas de mi barco.

Dio una orden sin palabras a sus hombres, quienes se pusieron en marcha. Mis hombres estaban por todo el yate, así que no había posibilidad de que se *perdieran*.

—¿Qué quieres decir con que no habrá una próxima vez? —cuestionó Dante, mientras compartía una mirada con Ricardo. Le había dicho en el camino aquí que estaba fuera. Llevaba tiempo pensándolo, pero Autumn tenía razón. Mientras mi padre seguía vivo, se trataba de sobrevivir y tener poder. Y la única forma de lograrlo era superándolo.

El desgraciado estaba muerto. Trabajaría con Ricardo y poco a poco le transferiría la parte ilegal del negocio. Había sido leal y estado a mi lado durante todos esos años.

—Significa que estoy fuera —respondí firmemente—. ¿O necesitas más aclaraciones?

—¡Maldita sea! —escupió Dante—. Acabo de aceptar todo un año de suministros y te estás saliendo del negocio.

—No lo sabía. —Tampoco me importaba.

En el momento en que las armas estaban fuera de mi embarcación, también lo estaba Dante.

El imbécil me mostró el dedo medio mientras estaba en la cubierta de su yate.

Me reí, más ligero de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Si tan solo hubiera sabido que no sería el último en reírme.

Capítulo Treinta Y Ocho



Autumn

Me desperté con un zumbido incesante.

En cuanto me moví, un dolor punzante me recorrió todo el cuerpo. Un dolor sordo me palpitaba entre los muslos y me dolía el trasero.

Buzz. Buzz.

—Alessio, atiende eso —murmuré somnolienta mientras rodaba hacia un lado, solo para hacer una mueca de dolor. Me dolía todo el cuerpo.

Entonces los recuerdos de la noche anterior se agolparon en mi mente y mi vagina palpitó como si estuviera lista para otra ronda. Santos cielos.

Necesitaba unos días para recuperarme.

Buzz. Buzz.

Apenas abrí los párpados.

—Vacío —afirmé con voz ronca. Qué raro. Alessio solía despertarme antes de irse a trabajar.

Buzz. Buzz.

Por fin reconocí la vibración. Era mi teléfono. Lo agarré de la mesita de noche y contesté sin mirar el identificador de llamadas.

—¿Hola?

Dios, también me dolía mover la boca. Tal vez las actividades de anoche requerían mucha práctica para ganar fuerza.

Se me escapó un suave bufido.

—¿Autumn?

—¿Sí? —Mi cerebro estaba demasiado cansado para distinguir la voz.

—¿Por qué resoplas? —¡Loren! A él pertenecía la voz.

—¿Por qué llamas tan temprano? —pregunté en su lugar.

—¿No sueles ser una persona madrugadora? —replicó.

—Me acosté tarde. ¿Por qué llamas?

—Nos conseguí un vuelo —explicó, me incorporé de un salto y la sábana se deslizó por mi cuerpo. Un recuerdo, tal vez un sueño, parpadeó. Alessio cubriéndome.

—¿Cuándo?

—Saliendo del aeropuerto La Guardia esta noche.

—¡Mierda! —solté—. Eso significa que tendría que irme ahora. Tengo que revisar los vuelos para New York desde Montreal.

Loren se rio entre dientes.

—Ya lo hice, y te conseguí un *ticket*. Tienes que estar en el aeropuerto dentro de dos horas. Lo sé, me amas.

—¡Dos horas! —exclamé y salté de la cama. Estaba desnuda y ¿esperaba que estuviera en el aeropuerto en dos horas?

Se me puso la piel de gallina. *Brrr*.

—Lleva tu trasero al mostrador de Air Canada. Tendrán tu pase de abordar.

Llamé a mis padres. Kol quedaba a su cuidado. No como que les haría saber todos los detalles. Solo que me llamaron para un trabajo y tenía que volar de inmediato. Alessio estaba fuera, pero vendría a buscar a Kol.

Después llamé a Branka. La conversación no salió muy bien.

—Tengo que ir al aeropuerto. —Fui directo al grano—. ¿Puedes llevarme, por favor?

La oí bostezar.

—Claro que sí. ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Jesucristo, hablando de avisar con tiempo. ¿A dónde te lleva este trabajo?

—Afganistán.

—¿Estás loca? —chilló—. ¿Y Alessio está de acuerdo?

Me pasé la mano por el cabello. Seguía desnuda, corriendo en busca de algo de ropa. No había traído mucha.

—¿Puedes venir a buscarme? —supliqué—. Todas mis cosas están en casa de mis padres. No puedo empacar las cosas que me compró Alessio.

—¿Así que no te está dejando ir?

—¡Branka! —exclamé—. No está aquí. No sé dónde está. Tengo que estar en el aeropuerto en menos de dos horas.

—Dios mío, Autumn, me vas a meter en la lista negra de mi hermano. —Su voz sonaba un poco quejumbrosa. La falta de sueño siempre la ponía de mal humor. Superirritable.

—Por favor, Branka. Esto es importante —rogué—. Llamaré a Alessio y se lo explicaré.

—¿Quieres que te acompañe? —Ofreció.

—No, quédate aquí. Volveré en menos de una semana. Quédate aquí por Kol, Alessio y mis padres. —Cuando se quedó callada, añadí en voz baja—: Por favor.

—Bien, bien. —Cedió—. Voy a buscarte.

Entonces un pensamiento irrumpió en mi mente.

—¿Recuerdas cuando mencionaste que Sasha dijo que aún no estabas lista para lo que él tenía para darte?

Pude oír su risa amarga.

—Sí, recuerdo cada maldita mentira que ese idiota pronunció.

Me aclaré la garganta.

—No lo defiendo, pero ¿y si...? —No sabía cómo decirlo con delicadeza. Me aclaré la garganta una vez más—. ¿Y si le gustan las cosas duras y no quería asustarte?

—*¿Eh?*

—¿Y si estaba...?

—Te escuché, pero ¿de dónde demonios salió eso? ¿Tú y...? —No pudo terminar la frase, aunque sabía hacia dónde iba con eso—. Dios mío, no me lo digas. Hay ciertas cosas que nadie

quiere saber sobre su propio hermano y su mejor amiga.

—*Ummm*, solo era una idea —expliqué, con mis mejillas ardiendo como si estuviera en el infierno—. Es posible. Eras joven cuando lo conociste.

—Y esa patinadora olímpica tiene la misma edad que yo, y no parece que mantenga las manos para sí mismo —refunfuñó—. Llama a mi hermano —añadió fríamente. Sí, Sasha Nikolaev era historia en la vida de Branka—. O me cortará la cabeza.

Intenté llamarlo. De verdad que lo hice.

Nunca conseguí hablar con él. Así que le dejé un mensaje de voz.

Capítulo Treinta Y Nueve



Alessio

En cuanto atracó mi yate, mi teléfono sonó con un mensaje de voz.

Introduje mi código y escuché.

—Alessio, soy yo. El equipo está haciendo un trabajo rápido. Voy a estar de vuelta en menos de una semana. Kol todavía está con mis padres. ¿Lo mantendrás contigo? Se ha acostumbrado a ti y a nuestra rutina. Mis padres se ofrecieron a cuidarlo cuando tengas que ir a trabajar. Branka dijo que también ayudará. —Se aclaró la garganta—. Mantén a mi bebé a salvo. ¿De acuerdo? Te amo.

La llamé inmediatamente. No me había dicho exactamente a dónde iba.

Sentí pavor. Mi sexto sentido me advirtió. Las noticias del día anterior se apresuraron en mi mente. Excepto que dijo que el viaje no estaba aprobado.

Llamé a Nico.

—Alessio.

—Necesito un gran favor. —Empecé—. Corrobora si *National Geographic* aprobó una expedición a Medio Oriente. Afganistán específicamente.

—Mierda, no me digas...

—Se fue mientras estaba fuera —indiqué—. No dijo adónde.

—¿Se llevó a Kol?

—No, me pidió que lo cuidara. —Joder, ¿por qué estaba apagado mi teléfono?

—Eso está bien —contestó Nico—. Volverá. *Ah*, aquí vamos. *National Geographic* detuvo todos sus artículos y expediciones a Medio Oriente.

—Bien. —Excepto que ese temor en la boca de mi estómago se negaba a retroceder.

—Me alegro por ti, Alessio —declaró Nico—. Resulta que esa joven prohibida era exactamente lo que necesitabas.

—No me digas.

No obstante, tenía razón.

Autumn era exactamente lo que necesitaba.

Tras décadas de palizas, gritos y cicatrices, me había dado lo mejor que la vida podía ofrecer. Su suave toque curó mis cicatrices.

Esa noche, Kol y yo preparamos juntos la cena. Mi hijo echaba verduras en un bol con una gran sonrisa, mientras yo leía la receta.

—Dice que mezclemos guisantes, maíz y zanahorias —afirmé. Ambos fruncimos la nariz ante la mención de las zanahorias—. Sí, a mí tampoco me gustan las zanahorias.

—Puré —soltó Kol.

Me reí entre dientes.

—¿Quieres puré de papas? —Asintió emocionado—. Está bien, puré de papas con guisantes y maíz, tal vez una guarnición de pollo confitado. —Otro asentimiento—. ¿Qué tal si ordenamos algo, amigo? —pregunté—. Papi empezó a cocinar hace poco. Puedo hacer huevos, pero la cena necesitará algo de práctica.

—Papi.

Me quedé congelado.

La palabra “papi” se me escapó, aunque no pude encontrar en mí alguna pizca de arrepentimiento. No cuando lo oí repetirla. Nada había sonado tan dulce como oír a Kol llamarme papi.

Se me llenó el pecho y me empezó a temblar la mano. Nunca en toda mi vida había pensado que querría tener hijos. No hasta que Autumn volvió a mi vida.

El amor y la protección, nunca crecieron rápida y fuertemente. Si bien aquel sentimiento entró en mi corazón en cuanto supe de Kol, me sorprendió la fuerza de esas emociones.

Rápido. Invisible. Tirando de las cuerdas de mi sangre. Un impulso protector se apoderó de mi pecho.

Kol era lo más hermoso y puro que me pudo haber pasado. Él y Autumn fueron un regalo precioso para mí.

Mi sangre. Mi vida. Mi razón.

Si alguien intentara alejarme de alguno de ellos, lo destruiría.

Capítulo Cuarenta



Alessio

Tres malditos días.

Los padres de Autumn también estaban preocupados. Normalmente se comunicaba. No los había llamado ni una vez. Tampoco a mí.

Dijeron que solo había ocurrido una vez. Cuando se quedó atrapada en la Guerra Civil de la República Centroafricana.

Nico no había podido localizarla. Lo único que supo fue que había un *ticket* a su nombre que la llevó a New York. Después de eso, el rastro se perdió. Branka afirmó que tampoco sabía nada de ella. No podía haber desaparecido en la nada. ¿Por qué demonios no había dicho a dónde iba?

La angustia me mordía el pecho. Me pasé las manos por el cabello, mientras la preocupación constante irradiaba en mi interior.

Estaba tan asustado. Aterrorizado de perderla. Asustado de que fuera una cosa más que me quitaran.

Pero me mantuve firme. Por nuestro hijo.

Traje a Kol a mi mansión. Los padres de Autumn pasaban mucho tiempo aquí, junto con Branka. El *penthouse* habría sido más fácil para el señor y la señora Corbin, sin embargo, no los quería ni a ellos ni a Branka allí. Era ridículo, pero era el espacio para Autumn, Kol y para mí. Para nadie más.

—¿Vas a mantener el negocio de distribución de drogas? —preguntó Vasili.

Sacudí la cabeza.

—No, estoy fuera.

—DiLustro está enfadado —confirmó Alexei con su fría voz.

—No me importa. —Autumn y Kol eran lo único que importaba—. Ricardo se hará cargo de los negocios ilegales. Lo ayudaré con la transición, pero estoy fuera.

—Sabes que lo que necesites, siempre estaremos aquí. —Ofreció Nico—. Byron ofreció su agencia de seguridad. Los Ashford siempre te apoyarán.

—Siempre puedes contar con nosotros —repitió Cassio las mismas palabras de antes. Cuando se lo dije por primera vez, no intentó disuadirme. Apoyó mi decisión.

Sacudí la cabeza.

—Gracias. Igualmente.

Más que amigos, eran familia. Me cubrieron la espalda y les cubriría las suyas.

—Ricardo es una buena elección. —Cambió de tema Cassio—. Sus valores son similares a los nuestros.

—Esa es la razón por la que lo elegí.

—¿Sabes algo de Autumn? —indagó Nico. Negué con la cabeza y me pasé la mano por el cabello. Otra vez. Tenía ganas de encender un cigarro. Mas no lo hice. No quería que Kol lo oliera en mí—. Sí que sabe cubrir sus huellas, *¿eh?*

O eso, o viajó con otro nombre. O su equipo alquiló un avión...

No llegué a terminar el pensamiento porque Branka irrumpió en el despacho de mi casa, ignorando que tenía la habitación llena de hombres.

Cassio, Luca, Nico, Alexei y Vasili arquearon las cejas. Nuestras mujeres sabían que no debían irrumpir en una reunión. No era que no fueran bienvenidas, sino que normalmente preferían mantenerse al margen de la parte ilegal de los negocios.

El cabello revuelto de mi hermana, combinado con la mirada frenética de sus ojos, me hizo enderezarme en la silla. Kol estaba en sus brazos, gritando con todas sus fuerzas. Tenía que estar asustándolo con su pánico.

—Alessio, pon las noticias.

No era momento para noticias. Me puse en pie y caminé hacia ella. Se suponía que estaba cuidando a Kol, no asustándolo.

—Branka...

—¡Pon las malditas noticias! —gritó.

Kol soltó otro lloriqueo agudo, se lo quité y volví a sentarme en mi silla.

—Alessio...

Ladeé la barbilla hacia el control remoto que había sobre la mesita. Rara vez encendía la televisión en mi oficina, pero me gustaba tenerla a mano por si tenía que seguir alguna noticia crítica.

—Toma, amigo —dije en voz baja, dándole un crayón. Sí, de repente el escritorio de mi despacho estaba lleno de crayones y juguetes. Tenía que ponerme al día—. Tu tía está un poco loca.

Sus manos regordetas lo alcanzaron y se calmó al instante. Empezó a mover enérgicamente las manos y los pies. Al niño le encantaba dibujar. Autumn decía que siempre lo calmaba.

—La paternidad te sienta bien —observó Nico. También lo pensaba. De hecho, no podía esperar a tener más hijos con Autumn. Una casa llena. Pero primero tenía que casarme con ella. Si tan solo su puto trabajo no la hubiera llamado.

Tendría que estudiar la posibilidad de comprar *National Geographic* para asegurarme de que todos los encargos de Autumn estuvieran a poca distancia en coche de nuestra casa.

—Papi. —Nunca me cansaría de oír esa palabra. Nada, absolutamente nada se le comparaba.

Aparecieron las noticias. Medio Oriente. Afganistán. Multitudes, caos.

—¿Cuándo empezó a preocuparte la situación en Medio Oriente? —preguntó Luca sarcásticamente—. ¿No eres una casamentera o una *blogger*? Alguna mierda rara de esas.

Algunas risitas suaves recorrieron la mesa. Podía ser que mis amigos no hubieran visto crecer a Branka, pero me habían oído hablar mucho de ella. Probablemente por eso la conocían tan bien.

—Autumn está en problemas. —Miré a mi hermana menor—. Le dije que no fuera —murmuró, la mano con el control remoto visiblemente temblorosa.

—¿De qué estás hablando? —exclamé, con el miedo agolpándose en la boca del estómago.

Branka no solía enfadarse tanto—. ¿Dónde está Autumn? —inquirí, aunque en mi corazón lo sabía.

Antes de que Branka pudiera responder, apareció en la pantalla la belleza que había sido mi obsesión desde que cumplió dieciocho años.

La multitud gritando, los disparos, los cadáveres cubiertos con sábanas mugrientas. Llanto. Miseria. Una guerra y *mi* mujer estaba allí.

—¿Sabías que iba a Afganistán? —rugí, fulminando con la mirada a mi hermana.

Kol se sobresaltó en mi regazo, sus ojos grises con motas de verde avellana se dispararon hacia mí. Me obligué a calmarme y le sonreí.

—No pasa nada —aseguré, manteniendo el tono nivelado, aunque algo pesado se instaló en mi pecho. Miedo.

Eso era peor que despertar después de haber sido drogado y saber lo que me habían hecho. Eso era mucho peor. Soportaría cien episodios más de eso, si tan solo Autumn estuviera aquí. A salvo. Protegida.

No en la pantalla, en medio de una maldita guerra.

La cámara de Autumn colgaba pesadamente de su cuello. El cansancio se reflejaba en su rostro.

—¿Cómo está allí si no se aprobó el viaje? —exigí saber, manteniendo la furia a raya.

—Fueron como autónomos —murmuró Branka—. Son buenos y suelen sacar imágenes y fotos que nadie más hace. A veces los llaman para entrevistas.

—*Maman*. —Las manos de Kol golpearon el escritorio, al ver a su madre en la pantalla—. *¡Maman!*

—Sí, es *Maman*. —Las palabras se me atragantaron en la garganta. Me dolía el puto corazón como si alguien lo hubiera agarrado y destrozado a martillazos.

Autumn parecía tranquila. Alguien la estaba entrevistando. Sus palabras y su compasión resonaban en sus ojos junto con el brillo de las lágrimas no derramadas.

Y terror.

El miedo destacaba en sus ojos color avellana, que en ese instante parecían más marrones que nunca. Puede que para otros no fuera evidente, pero para mí estaba más claro que el agua. Me zumbaron los oídos y apenas percibí sus palabras.

Llevaba unos simples pantalones cargos negros y una camiseta blanca, que no era tan blanca. Tenía manchas de tierra y sangre. Llevaba el cabello negro azabache recogido en una cola alta. Parecía más joven que sus veintiséis años. Demasiado joven para salvar al maldito mundo. Tenía manchas rojas en el pecho y los nudillos blancos al agarrar el micrófono.

Estaba cagada de miedo.

—¿Por qué no me dijiste que se había dirigido a Afganistán? —siseé en voz baja, fulminando con la mirada a mi hermana—. Hay una maldita guerra. No puede estar allí.

—Ya ha estado antes —justificó—. Sí, es peligroso, pero las tropas están allí. Pensé que estaría a salvo. Siempre mantenía una escolta de seguridad con ella.

—Bueno, ¿dónde demonios está la escolta de seguridad ahora? —cuestioné entre dientes. Kol nos observaba a Branka y a mí. Lo último que quería era asustarlo.

—¡No lo sé, Alessio! —espetó—. No soy su niñera, sabes. Es una mujer adulta y quiere salvar al maldito mundo. Así que, en vez de sermonearme por no delatarla, haz algo por su situación.

—Sasha tiene experiencia militar. —Ofreció Vasili. No se me escapó cómo Branka se puso rígida—. Aunque no estoy seguro de si tiene conexiones con alguien en Medio Oriente.

Ya había empezado a escribir un mensaje.

—Sasha ha estado ocupado creando problemas —comentó Luca, poniendo los ojos en blanco —. Creo que su objetivo es acabar con los DiLustro.

—Ni se te ocurra darle esa maldita idea —gruñó Cassio, con una clara advertencia en la voz —. Sasha puede ser un sicópata cuando está molesto.

—*No me digas* —murmuró Vasili a regañadientes—. Estoy aterrorizado por Luca y Sasha en la misma habitación en Portugal. Estoy rezando para que uno de ellos no aparezca.

Ignorando el tema de Sasha y DiLustro, los engranajes de mi cerebro empezaron a girar. La logística para llegar a Afganistán.

—Mi avión podría llevarme allí. —Tendría que hacer que mi piloto preparara el avión enseguida.

—No están permitiendo entrar a ningún vuelo —avisó Nico—. Incluso han derribado un vuelo militar. Seguro que derribarían tu avión. Es un maldito desastre allí. El peor momento para que alguien se quede atrapado en esa catástrofe.

Cassio se giró para mirarme.

—¿Qué tal Byron? Puede que tenga una forma de llegar.

Mi padre biológico tendría conexiones para llevarme allí. El senador Ashford. El tipo que odiaba con cada maldita fibra de mi ser. No obstante, para sacar a Autumn, me arrodillaría y le rogaría a ese imbécil que me metiera en Afganistán. O que sacara a mi mujer.

Agarré mi teléfono y empecé a escribir un mensaje. Uno para Byron.

Uno para Dante DiLustro.

> Alessio: Necesito el nombre de tu contacto afgano. Necesito una forma de entrar en el país. Dime tu precio.

Dante DiLustro era uno de los escasos tipos que trataban directamente con los afganos. Se creía muy astuto con esa mierda, pero tenía mis propios recursos. Compraba sus drogas y las cambiaba por armas. Mis armas. Y tenía muchas de esas. Sí, estaba fuera, aun así, si eso significaba salvar a Autumn, le daría más armas.

La puerta se abrió de golpe. La madre y el padre de Autumn entraron. Y por lo que parecía, tampoco sabían que se había ido a Afganistán. La cara de su madre se desvió hacia el televisor y se llevó la mano a la boca para tapársela e impedir que se le escapara un sollozo.

—He enviado mensajes a mis contactos. —La voz de su padre estaba ronca—. Todos están en capacidad oficial y no pueden ayudar.

—¿En qué estaba pensando? —La señora Corbin se atragantó—. Prometió después de África Central que no correría riesgos.

—No creo que pensara que se pondría feo tan rápido —susurró Branka.

—¿Te lo dijo? —La señora Corbin exigió saber. La respuesta estaba en la cara de Branka—. *Oh*, Branka. ¿Por qué no dijiste nada? —La señora Corbin se llevó la mano a la frente—. ¿Por qué tenía que heredar las tendencias de su padre de salvar al mundo?

—Estoy aquí, ¿sabes? —contestó su padre—. Autumn es testaruda como *su* madre.

—La peor combinación —dijo la señora Corbin, con los ojos pegados al televisor—. Alessio, ¿tienes contactos? Podría comunicarme con mis padres...

A quienes pretendía matar.

—¡De ninguna manera! —interrumpió el señor Corbin. Estaba de acuerdo—. Nunca la traerían de vuelta.

—Podría llamar algunos de mis antiguos contactos —sugirió la señora Corbin—. Me

recordarán.

—Mantengámoslos como último recurso —ordené—. Estoy recurriendo a todos mis recursos.

A ninguno se les escapó el significado. Eran recursos ilegales.

Mi teléfono emitió un pitido y abrí el mensaje, pero antes de llegar a leerlo, se oyeron gritos y disparos en la televisión.

Autumn estaba siendo entrevistada, con un micrófono en la mano y una cámara colgada del cuello.

—¡Detrás de ti! —gritó alguien y su cuerpo se torció para mirar detrás de ella. Un arma apuntaba a una mujer con un niño en brazos.

Con horror, vi cómo Autumn soltaba el micrófono y empujaba su cuerpo entre la multitud de gente frenética y gritando. Su objetivo era la mujer con el niño.

—Jesucristo, amor —solté con voz ronca—. Corre hacia el otro lado. No salves el mundo hoy. Demonios, hoy no.

Debería haberme quedado en la cama esa mañana. A la mierda la distribución de armas. A la mierda con todo. Debería haberme quedado en la cama. Haber evitado que se fuera, incluso si eso significaba encerrarla.

—Oye, ¡ey! ¡Oyeee! —Su voz, normalmente suave, gritaba tan fuerte, penetrando en el aire incluso a través de la televisión, que casi parecía que estuviera allí. El aire de mi oficina se aquietó, el silencio era denso y tenso. Ni siquiera Kol se atrevió a moverse. Todos contuvimos la respiración, o quizá solo yo.

—¿Qué estás haciendo? —regañó Autumn al soldado—. ¡No puedes hacer eso! Aleja esa arma de ella y del bebé.

—Quédate atrás, mujer. O serás la siguiente. —El hombre de acento marcado dirigió su atención hacia Autumn, con el arma apuntando a su esbelta figura. Vi cómo más armas se dirigían hacia ella, de ambos lados. Los militares estadounidenses detrás y las fuerzas rebeldes locales adelante.

A través de la niebla, podía oír jadeos en la oficina. Los gemidos de la señora Corbin. Kol llamando a su *maman*.

En medio de toda la muerte, el caos en la pantalla y los murmullos en mi despacho, lo único en lo que podía concentrarme era en mi mujer. Era una luz entre la oscuridad del mundo. Quienquiera que estuviera grabando la escena enfocó la pistola y se me heló el corazón. Se me congeló en el pecho.

Esas eran *mis armas.* El símbolo de la letra “A” con la calavera.

Cerré los ojos, esperando estar viéndolo mal. No podía ser. Mis *propias* armas. Sabía que iban a Afganistán. Y, eso No me importó.

Hasta ese momento.

Y por primera vez en toda mi maldita vida, recé.

Capítulo Cuarenta Y Uno



Autumn

No había imaginado ni en un millón de años que estaría mirando el cañón de una pistola.

Y haciéndole honor a la frase, mi vida pasó como una película por delante de mis ojos. El primer día que vi a Alessio. La imagen mía viéndolo de arriba abajo. La primera vez que me iba a llevar a casa y nunca llegamos a ese destino. En vez de eso, pasamos la noche más salvaje de mi vida en su *penthouse*. Los días y las noches que pasamos juntos por todo el mundo. El nacimiento de nuestro hijo. Ese sentimiento de soledad cuando abracé a Kol por primera vez y el remordimiento de no haberlo compartido con Alessio. Hasta la última mañana, cuando me fui sin verlo, tres días atrás.

Tres días de un desastre tras otro. Me robaron el teléfono. Luego, el vuelo nos dejó en el aeropuerto equivocado. Se suponía que nos dejarían en Bagram. Nos dejaron en Kabul. El epicentro del desastre.

La AK-47 me apuntaba. El corazón me martilleaba contra las costillas.

Clavé la vista en el final del arma. Era como observar un túnel oscuro y no hubiera luz al final del camino. Contuve la respiración.

Alessio. Kol. Nuestro final feliz. Mis padres.

No estaba preparada para morir. No *podía* morir.

Mis manos se alzaron en el aire.

—¡No dispares! —exclamé—. Por favor, no dispares. —Mi voz temblaba, sonando lejana a mis propios oídos. Como si estuviera bajo el agua y hubiera una conmoción a mi alrededor.

Parpadeé y volví a parpadear. El llanto de un bebé y la voz quejumbrosa de una madre se oyeron detrás de mí. Gritos en la distancia. Suplicando. Escuché a soldados de ambos bandos vociferar al otro que bajara las armas. Ninguno de los dos lo hizo.

Miré por encima del hombro a la madre que lloraba. Una madre muy joven.

—*Shhh*. Todo va a estar bien. —Cada palabra me arañaba el pecho, enredándose con un miedo que me dificultaba la respiración.

No tenía ni idea de si la mujer me entendía. No tenía ni idea de si estaríamos bien. Pero tenía que sentir esperanza. Era lo único que me mantenía en pie en ese instante mientras me temblaban las rodillas.

Aun así, me mantuve firme. Me encontré con los ojos oscuros del soldado que me apuntaba

con su AK-47. Una de las armas de Alessio. Era joven, incluso más joven que yo. Y, sin embargo, solo vi odio en su mirada. Se me apretó el corazón.

Quería rogarle que nos perdonara. Quería decirle que tenía una familia esperándome en casa. Pero las palabras se me atascaron en la garganta. De todos modos, no creía que hubiera funcionado. La amargura de aquellos ojos oscuros era demasiado profunda.

Y aún me preguntaba qué había traído a ese hombre aquí. A apuntar con un arma a una simple extraña. En toda mi vida, nunca había herido físicamente a otro ser. Nunca entendí cómo un ser humano podía lastimar a otro. No obstante, en ese momento, me preguntaba: si se trataba de él o nosotros, ¿podría matarlo?, ¿podría apretar el gatillo si yo tuviera un arma?

La respuesta era aterradora. Era el modo de autoconservación lo que hacía girar al mundo. Todos queríamos sobrevivir, de una forma u otra. Desafortunadamente, algunos humanos eran más crueles que otros. Como ese tipo que no tenía problemas en dispararle a una mujer con un niño pequeño ni a mí.

—No quieres hacer eso. —Encontré mi voz. Tal vez las palabras correctas—. La cámara sigue grabando. —Desvié mi atención hacia los camarógrafos que estaban situados detrás del muro que significaba seguridad. Un muro que dividía el caos de algo parecido a la seguridad—. Déjanos ir.

No podía morir. No así. No por el arma marcada con el símbolo de Alessandro.

El destino no sería tan cruel de dejarme morir por la misma AK-47 que él les vendió. ¿Verdad? Aunque si conseguía volver, tendría una conversación seria con él. Mi frustración y mi miedo aumentaban por cada momento que pasaba.

Su dedo apretó el gatillo y contuve la respiración. Era el momento.

Cerré los ojos. Las caras sonrientes de Alessio y Kol pasaron por mi mente. El aire caliente afgano me besó la piel. Hombres y mujeres hablando en una lengua desconocida flotaba en el aire. Gritos. Disparos. Advertencias. En algún lugar en la distancia, una melodía ceremonial familiar fluyó hasta mis oídos.

Una oración.

Respiré hondo y dejé que las palabras tranquilizadoras que no entendía llenaran mis pulmones. Era calmante, independientemente del tipo de oración que fuera. Y me importaba una mierda de qué religión fuera, simplemente lo tomé como una buena señal.

Cualquier plegaria era bienvenida, porque creía firmemente que ni una sola religión en la tierra desearía la muerte de alguien.

Los humanos eran los que causaban daño y mataban.

Y como si quienquiera que estuviese escuchando mis pensamientos en lo alto quisiera demostrarme algo, una ráfaga de disparos surcó el aire.

Un cuerpo duro chocó contra el mío. Abrí los ojos de golpe. El mundo se movía demasiado deprisa. Todo lo que podía ver era una barba gris plateada mientras un aroma masculino inundaba mis pulmones.

Y el pensamiento más tonto me invadió.

Al menos moriría con un tipo que olía bien encima de mí.

Capítulo Cuarenta Y Dos



Alessio

La puerta del ascensor se abrió y se detuvo en la última planta del hotel.

Entré al gran salón de conferencias, percatándome de una sala llena de políticos y gente que creía en ellos. O, más probablemente, gente que podía beneficiarse de ellos.

Esos actos estaban llenos de sonrisas falsas y apretones de manos.

Era un gran salón abierto. En un lado tenía una puerta corrediza de cristal que daba a la azotea, sin embargo, estaban cerradas, las temperaturas de principios de diciembre eran demasiado frías para socializar en el exterior.

Inmediatamente se me acercó un mesero con una bandeja llena de bebidas. No tenía intención de beber esa noche, mas agarré un vaso lleno de un líquido de color café.

Escudriñé la multitud, buscando mi objetivo. Senador Ashford.

Tardé un poco en encontrarlo. Con una rubia que parecía más joven que su hija. Una vez un mujeriego, siempre un mujeriego.

Tres semanas y tres días.

El mundo se había quedado en silencio sobre la situación en Afganistán. Había estado recibiendo fragmentos de información sobre un grupo escondido en las montañas. La montaña Noshaq escalaba la frontera entre Afganistán y Pakistán.

Encontré el camino a Pakistán. Busqué en las montañas cubiertas de nieve. No obstante, cada vez que intentaba entrar en Afganistán, me topaba con una barricada.

Byron recurrió a todos sus recursos y amigos de su época en la milicia. Parecía que el mundo entero no podía entrar en el país.

—Alessio —saludó Byron.

—Byron.

—¿Algo? —Había estado ayudando. Tratando, de todos modos. Pero seguíamos encontrándonos con callejones sin salida.

—Nada nuevo —repliqué, con los ojos fijos en el senador Ashford, quien reía, despreocupado, seguramente bebiendo su coñac—. Solo rumores sobre mercenarios que se quedaron atrapados en el país y se esconden en las montañas. Dicen que hay mujeres extranjeras con ellos.

Excepto que no había absolutamente ningún detalle sobre las mujeres. Ni de los mercenarios.

¿Para quién trabajaban?

Vi cómo mi padre se sacaba un puro del bolsillo y alguien inmediatamente ya estaba acercando la mano para encendérselo. Al parecer, la norma de no fumar no se aplicaba a aquel desgraciado. Inhaló y luego soltó, creando un torbellino de humo a su alrededor.

—¿Ha dicho algo? —le pregunté a Byron, quien estaba observando a su padre.

—No, solo que, si quieres saberlo, acudas directamente a él.

La única razón por la que vine fue por Autumn y nuestro hijo. Incineraría el mundo por ellos. Me arrastraría de rodillas por ellos. En resumen, no había nada que no haría por mi familia. Así que, si el senador quería que fuera directamente a él, lo haría.

Como si percibiera mi mirada, el senador Ashford giró la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Era la segunda ocasión que estaba en la misma habitación que él. La última vez fue diez años atrás, cuando me buscó.

Para pedir dinero para su maldita campaña.

Se excusó, dejando atrás a la joven, y caminó hacia a mí. Cuanto más se acercaba, más apretaba el vaso que sostenía.

Era un desgraciado de cuarenta y dos años, y aún no podía superar el hecho de que el imbécil había abandonado a mi madre cuando más lo necesitaba. Me dejó para ser criado por un desgraciado sádico.

—Alessio —saludó.

—Senador Ashford. —Sus pobladas cejas se fruncieron. Despreciaba que me negara a llamarlo por su nombre—. No voy a hacerlo perder el tiempo. —Empecé—. Ni el mío. Mi esposa...

—No es tu esposa. —Me detuvo.

Apreté los dientes con tanta fuerza que sentí como si mis muelas estuvieran a punto de quebrarse por la mitad.

—Todavía no. Pero es la madre de mi hijo —siseé entre dientes—. Si no estuviera atrapada en Afganistán, ahora mismo sería mi esposa. Así que me perdonarás si no le doy la espalda a una mujer tan fácilmente como otras personas.

Su mandíbula se tensó. ¡Ah, por fin! Toqué una fibra sensible.

—No le di la espalda a tu madre.

Escudriñé la habitación, aparentando estar despreocupado.

—¿Eso es lo que te dices para poder dormir en las noches? Imagino que mentirte es más fácil que mentirle a los demás.

—Alessio, tu madre estaba mejor sin mí.

Di un paso adelante, más erguido. Mi figura sobresalía por encima de él.

—Sí, mi madre estaba *mucho mejor* siendo golpeada por un imbécil sádico. Estaba mucho mejor siendo azotada y violada. Estaba mucho mejor viendo a sus propios hijos aterrorizados y tan golpeados que ni siquiera podía reunir la fuerza suficiente para defenderlos.

—Si lo hubiera sabido...

—No —reviré, con los músculos rígidos. Estaba a punto de estallar y eso no ayudaría a Autumn—. Ahórranos todas tus mentiras. Quiero saber si puedes ayudarme o no —continué en tono frío—. Aparte de eso, no me interesa nada más de ti.

Siguió un gélido silencio que impregnó el aire junto con un atisbo de comprensión que centelló en la expresión del senador Ashford. A pesar de que también pudo haber algo de dolor tiñendo su rostro, no me importaba. Era demasiado tarde. Cuarenta y dos años demasiado tarde.

No habría forma de reparar esa relación.

—Te he vigilado —afirmó, su voz repentinamente teñida de fatiga—. A ti y a Autumn Corbin. —Me tensé, y los labios de mi padre biológico se elevaron. Apenas—. Cuando recibí la noticia de su partida a Afganistán, me puse en contacto con un viejo amigo que me debe un favor. Es dueño de una agencia de protección de seguridad. Ellos la vigilaban. Por desgracia, cuando se desató el caos allí, también lo hicieron todas mis comunicaciones con ellos. Pero el último informe que recibí indicaba que la tenía y que estaba a salvo.

—¿Cuándo? —cuestioné con voz ronca.

—Hace dos semanas.

—¿Hacia dónde se dirigían? —exigí.

—A las montañas —alegó mi padre—. Con toda la tecnología que dejaron atrás, el nuevo régimen tiene una forma de vigilar todas las comunicaciones. Mi contacto dijo que no podría volver a llamar hasta que encontraran un lugar seguro.

Se me partió el corazón.

Si no había vuelto a saber de él, significaba que no estaban a salvo.

Capítulo Cuarenta Y Tres



Autumn

Seis semanas lejos de mi hijo. Seis semanas lejos de Alessio.

Otra cueva. Nos habíamos estado escondiendo en cuevas, moviéndonos cada cuantos días. Estaba harta de cuevas y montañas. Y de ese frío que me calaba hasta los huesos.

Me dolían los músculos. El corazón me dolía aún más. Y tenía tanta hambre. No tenía ni idea de qué hora era. Era de noche. Afuera estaba oscuro. Me castañeteaban los dientes del frío.

Un resoplido. Luego otro resoplido. Me limpié la nariz con el dorso de la mano.

Había gente que vivía así toda su vida. Llevábamos así solo seis semanas y me estaba derrumbando. No tardé mucho, alrededor de una semana. Mas era demasiado orgullosa para hacerlo notar. La joven con el niño no lloraba. Estaba agradecida, incluso sonriente, porque tenía protección de esos hombres. Yo también estaba agradecida. En el momento en que se desató el infierno en Kabul, escapamos gracias al grupo de cuatro hombres. Nos rodearon y nos sacaron de la zona mientras las balas volaban a nuestro alrededor.

Cerré los párpados con fuerza, con la parte posterior de los ojos ardiendo y amenazando con dejar fluir las lágrimas. Sabía que en cuanto se derramaran, no habría nada que las detuviera. Me llevé las rodillas al pecho, tumbada en el duro suelo de la cueva, y me rodeé con los brazos para sentir algo de calor.

El burka y la ropa que llevaba debajo apenas ofrecían calor. Uno de los de seguridad me dio una de sus camisas. Todas nuestras cosas quedaron atrás. Tenía mi cámara, ellos sus armas y todos teníamos solo la ropa que llevábamos puesta.

Eso era todo.

Viajábamos a pie por los pueblos en plena noche huyendo del grupo de hombres que había puesto precio a nuestras cabezas y amenazado a cualquier lugareño que nos ayudara.

Y aun así encontramos amabilidad en los lugares más improbables.

En uno de los pueblos, una mujer me ofreció su burka. Tenía tan poco y aun así me ofreció su mejor burka para que pudiera pasar por una lugareña. Otro hombre nos dio comida para llevar. No nos atrevíamos a quedarnos en casa de nadie y traerle problemas a su puerta.

La primera lágrima rodó por mi cara. En casa era Nochebuena. Aquí era Navidad.

Sería mi primera Navidad lejos de mi familia. La primera Navidad sin Kol. Se me formó un nudo en la garganta. Apretó y apretó, hasta que no pude respirar. Se me escapó un resuello y me

tragué rápidamente el sollozo que se formó en mis labios.

Aunque siguió otro.

Y mi cuerpo empezó a temblar con cada nuevo gemido. Me tapé la boca con las manos y me temblaban los dedos. Apreté los ojos con fuerza, con la esperanza de recomponerme antes de que alguien se despertara.

Y el bebé de Salma necesitaba dormir.

Así se llamaba la mujer con el bebé. Salma y su pequeña, Azaia.

Era una prometedora reportera afgana. Y cuando todo se volvió caótico, fueron tras ella. Nunca llegó a la puerta que habría garantizado su seguridad y la de su bebé.

No me arrepentí de saltar a su rescate. De verdad que no.

Sin embargo, ni en un millón de años pensé que acabaríamos así. Aislados del mundo. Aislados de la seguridad.

—Saldremos de aquí. —La voz profunda y áspera vino de detrás de mí.

Kian. Sin apellidos.

El hombre de cincuenta y tantos años que me había salvado la vida. ¿Por qué? No tenía ni maldita idea. Suponía que igual que no tenía ni idea de por qué salté delante de Salma. Kian apenas hablaba. Era uno de esos tipos silenciosos y misteriosos.

Seis semanas juntos y solo sabía su nombre.

—Es Navidad —susurré, observándolo por encima del hombro y encontrándome con su mirada oscura. Sus ojos eran del color de la noche más negra y sin estrellas. Podía ver las canas en su cabello y su barba, lo que me hizo preguntarme de nuevo qué hacía aquí.

Era un tipo adinerado. Llámalo intuición, pero me apostaría la vida en ello. O podría ser la calidad de su ropa, armas, y el reloj alrededor de su muñeca.

—¿Celebras Navidad?

—Sí. —Aunque no era eso lo que hacía esto difícil—. ¿Y tú?

—Ha pasado un tiempo.

Me di la vuelta y me quedé viendo la pared de la cueva mientras un escalofrío me recorría la espalda. Estaba húmeda y hacía demasiado frío, incluso con la fogata encendida.

—Es el mayor tiempo que he estado lejos de mi hijo —murmuré, con la voz apenas por encima de un susurro.

—*Hmmm.*

Siguió una larga pausa.

—¿Tienes hijos? —indagué. Debería descansar un poco, ambos lo necesitábamos. Probablemente tendríamos que volver a caminar al día siguiente. Aunque no tenía ni idea de adónde iríamos. Kian se negaba a compartir sus planes.

—No. —Sentí que había una historia en su respuesta, mas sabía que no la compartiría. Tardé una semana entera en sacarle su nombre. Kian era el único que se mantenía a mi lado, como si fuera mi guardaespaldas personal. Pero las conversaciones eran inexistentes. Otro escalofrío me recorrió la espalda—. ¿Tienes frío?

—No —mentí.

Suspiró y me jaló.

—No eres mi tipo —gruñí, aunque el calor de su cuerpo se sentía muy bien—. Y estoy enamorada de alguien más —añadí—. Iba a casarme con él. Ni siquiera sé por qué no lo llevé al juzgado enseguida. Fue una estupidez. Cuatro años separados, por fin lo recupero y luego no podía fijar la fecha. Y lo más triste es que, me apresuré para venir aquí y terminé en esta situación.

La vibración de su pecho apretado contra mi espalda me hizo girar la cabeza. Se estaba riendo.

—¿Qué es tan gracioso?

—No te preocupes, Autumn —afirmó, cerrando los ojos—. Tú tampoco eres mi tipo. Solo compartimos nuestro calor corporal. Duérmete.

Mi cuerpo se relajó, envuelto en su calor.

Lo último que pensé antes de dormirme fue que ninguno de los dos olía ya tan bien.



Dios mío.

Esta no podía ser mi vida. Otro maldito mes. Tal vez más. Ya había perdido la cuenta de los días. Los militares locales nos seguían el rastro. Teníamos que retroceder, bajar la montaña y luego volver a subir. No quería volver a ver una montaña en mi vida.

—¿En qué mes estamos? —le pregunté a Salma—. ¿Enero?

—Febrero, creo —replicó—. Las Olimpiadas estaban programadas para febrero —comentó sin motivo. La miré, preguntándome de dónde había salido eso. Se encogió de hombros—. A mis padres les encanta ver patinaje sobre hielo. —Parpadeé. De acuerdo, eso era raro—. Y acabo de terminar de tener mi periodo. Sí, definitivamente es febrero.

Menstruación. No la había tenido desde...

Parpadeé. Tenía que ser todo el estrés. Y la falta de comida. Me rugió el estómago.

—¿Quieres mi pan? —Ofreció, y enseguida negué con la cabeza. Estaba amamantando a su bebé. Necesitaba la comida más que yo—. ¿Estás segura?

—Sí, gracias —musité, aunque me salivaba la boca.

Si alguna vez volvíamos sanos y salvos, le rogaría a *Maman* que me horneara pan fresco. Sin nada encima, solo pan. Pensándolo bien, tal vez sería más prudente ir a una panadería. No podría arriesgarme a una intoxicación alimenticia.

—¿Están tus padres en Estados Unidos? —Curioseé.

Asintió.

—Se fueron hace treinta años. Nací en Estados Unidos, pero hace cinco años tuve la brillante idea de volver aquí. Pensando en mis raíces y todo eso. Creí que sería seguro. Supongo que estaba equivocada.

—Bueno, nadie pensaría que acabaría así —murmuré—. Aunque mataría por un rico baño caliente ahora mismo.

—Y una comida de cinco platos —añadió con nostalgia.

Si bien ambas nos reímos, no había humor en ello.

Su bebé dormía plácidamente en sus brazos. Pasé los dedos por su cabello oscuro. Tuvimos suerte de que durmiera. En algunos momentos en los que tuvimos que buscar refugio y escondernos, pude sentir la tensión de los hombres, que lanzaban miradas ansiosas hacia la bebé. Un gemido y habríamos muerto. No obstante, la pequeña Azaia nunca se despertó.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelvas? —preguntó Salma. Los hombres apenas nos hablaban, así que quedábamos únicamente ambas para conocernos. Sentí que ya no quedaban secretos entre nosotras, no es que tuviera muchos. Solo uno.

El sonido de los disparos se reanudó en algún lugar a lo lejos. Ni Salma ni yo nos inmutamos. Ya estábamos acostumbradas. Sabíamos reconocer cuando estaba demasiado cerca o cuando era lo bastante seguro en la distancia como para no preocuparnos.

Tardamos unos días en acostumbrarnos a esos sonidos.

Miré hacia el horizonte. El valle y la ciudad de Bagram se extendían frente a nosotros. Suponía que podría llamarse ciudad. Era una antigua ciudad situada en el cruce de los valles de Ghorband y Panjshir. A Salma también se le daba bien la historia. La vista sería impresionante si no fuera por el miedo constante que se cernía sobre nuestras cabezas.

La cámara aún colgaba de mi cuello. No había tomado ni una sola foto desde aquel día en Kabul. Sin embargo, mientras contemplaba el horizonte y las montañas al otro lado del valle, agarré la cámara y miré a través del lente.

—Voy a casarme con Alessio —solté, contemplando la vista—. Si todavía me quiere.

Salma se rio.

—Te querrá.

Pulsé el botón para tomar las fotografías y, por primera vez en meses, el *clic* de la cámara me tranquilizó.

Salma y yo oímos los pasos detrás de nosotras al mismo tiempo y nos levantamos de un salto.

Una bocanada de aire abandonó mis pulmones.

—Kian, nos asustaste.

Me entregó un aparato. Un aparato voluminoso que parecía un teléfono antiguo. Sin cables.

—¿Qué es eso?

—Un teléfono satelital. Llama a tu hijo.

Dirigí mis ojos hacia él, encontrándome con su mirada oscura.

—¿Por qué no lo hemos usado antes? —siseé—. Podríamos haber salido de este infierno.

—Teníamos que llegar a una zona donde fuera seguro y pudiera conectarme a un satélite imposible de rastrear. El régimen local rastrea todas las llamadas que salen del país.

No entendía nada.

—¿Pero ahora es seguro?

—Envié las coordenadas de nuestra ubicación a alguien que, con suerte, vendrá a buscarnos. —No parecía muy seguro de ello—. Quedan unos minutos. Llama a tu hijo.

No tenía que decírmelo dos veces. Agarré el teléfono y lo giré en mi mano. Había teclas numeradas.

Sin perder tiempo, marqué el número de Alessio con dedos temblorosos.

Los disparos sonaron en la distancia, llenando el aire. Mis ojos se clavaron en el horizonte y esperé, conteniendo la respiración. Cada timbre hacía que mi corazón se hundiera un poco. ¿Y si Alessio no contestaba?

El corazón se me oprimió en el pecho. Las semanas sin Kol y Alessio parecían toda una vida.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro



Alessio

Dos meses sin ella.

El miedo y la furia por mi fracaso me invadieron con hielo y fuego. Debería haber conseguido entrar en ese maldito país. Ya debería haberla sacado de allí.

En cambio, nada.

Dante DiLustro se negaba rotundamente a facilitarme el contacto directo de su proveedor afgano que pudiera hacerme entrar.

Suponía que estaba paranoico de que lo sacara de la ecuación e hiciera un trato directamente con ellos. Ni siquiera me pasó por la maldita cabeza. Lo único que necesitaba era una forma de entrar en Afganistán para poder sacar a mi mujer.

Los reportajes olímpicos sobre las medallas de oro sonaban en las pantallas. Estados Unidos ganó el oro en patinaje artístico por parejas y todo el país alabó a la patinadora sobre hielo. Tan molesto.

Byron quería reunirse. Tenía noticias y volvía de su visita con uno de los DiLustro. Esperaba que fuera Dante. Necesitaba una forma de entrar.

Así que aquí estaba, en un pequeño café del centro de D.C. listo para escuchar las noticias. Más valía que fueran buenas, porque el siguiente paso era secuestrar al imbécil y torturarlo para sacarle la información. Lamenté no haber empezado con ese método. Esperaba hacerlo de la forma correcta y no ganarme más enemigos.

—¿Galleta? —Kol miró el surtido de *croissants*, galletas de chocolate y de azúcar.

—¿Qué tal un *croissant*? —sugerí suavemente.

Debería haberlo dejado con Branka o con los padres de Autumn, pero no podía soportar dejarlo todo el día. Unas cuantas horas fuera estaban bien. Además, a mi pequeño le encantaban los aviones, y aproveché la oportunidad para llevármelo en mi *jet* privado.

Era la primera vez desde que se fue Autumn que lo veía tan emocionado. No sabía por qué ventanilla mirar. Y cuando lo llevé a la parte delantera del avión, donde estaba el piloto, sus ojos se iluminaron como la estrella más brillante y sonrió tan feliz que me recordó a su madre.

—Papi, galleta. —Kol empujó las palmas de las manos contra el cristal que lo separaba de lo que tanto ansiaba—. Por favor, por favor, por favor. Papi, galleta.

Me puse de rodillas.

—De acuerdo, galleta. Pero primero almorzamos. ¿De acuerdo?

Sonrió, asintiendo con entusiasmo. Me preocupaba que no hubiera escuchado ni una sola palabra después de haberle dicho de acuerdo.

—Te tiene comiendo de su mano. —La voz divertida de Byron vino de atrás de mí. Kol y yo desviamos la mirada hacia él. Al igual que yo, mi hermano vestía su traje.

Las manos de mi hijo me rodearon el cuello. Me levanté, alzándolo conmigo, y durante todo el tiempo la atención de Kol no se apartó del recién llegado.

—Está bien, amigo —aseguré—. Este es el tío Byron.

La sorpresa parpadeó en los ojos de Byron. A decir verdad, a mí también me sorprendió. Las palabras salieron sin pensarlo dos veces, y teniendo en cuenta lo que él y Royce habían hecho por mí, se lo debía.

—Hola, Kol —saludó Byron—. Te pareces a tu papi.

Kol sonrió.

—Mi papi.

Se me escapó una risita.

—Así es.

—¿*Maman*? —Sabía que la mencionaría. La extrañaba. Ambos lo hacíamos.

—*Maman* también es tuya —dije con voz ronca—. La recuperaremos.

—Lo haremos. —Concordó Byron, sonriéndole a su sobrino—. Puede que los Ashford no siempre estemos de acuerdo, pero siempre traemos a nuestra familia a casa.

Kol asintió seriamente y se me hizo un nudo en la garganta. Resultaba que tener un hijo le hacía eso a un hombre. Años de palizas y miseria no me ahogaban; no obstante, oír a mi hijo llamarme *papi* bastaba para que me atragantara con las emociones.

Por Dios, tenía que volverme más fuerte antes de traer a Autumn a casa y tener más bebés.

—¿Puedes buscarnos una mesa, por favor? Le traeré a Kol la comida y una galleta —le pedí a Byron.

Asintió.

—Tráeme también una galleta —replicó, guiñándole un ojo a mi hijo.

Cinco minutos más tarde, estábamos sentados en la mesa de la ventana, mientras la ajetreada vida de la ciudad pasaba a nuestro lado. Kol se apresuró con su comida, decidido a comérsela para poder tener su galleta. Byron y yo tomábamos tazas de café negro.

—¿Qué tienes para mí? —pregunté, yendo directamente al grano.

—Te conseguí una forma de entrar en Afganistán —informó.

Mi corazón se detuvo un segundo y luego empezó a retumbar con esperanza.

—¿Cuándo?

—Puede que no te alegres cuando sepas cuál es el costo —comentó secamente Byron.

—Me importa una m... —Me contuve de maldecir. No quería que Kol lo repitiera—. Pagaré cualquier precio. Daré todo lo que tengo.

El rostro de Byron se ensombreció ligeramente.

—Ese es el problema —pronunció—. Esto es algo que no tienes. Todavía no. Intenté sobornarlos, pero los idiotas son testarudos.

—¿Idiotas? —Tenía la sensación de a quiénes se refería.

—Mis primos, los imbéciles Capos. Sus maneras desquiciadas traerán la próxima guerra mundial.

—Eso podría ser un eufemismo. —Me reí entre dientes. Aun así, no importaba, lo que quisieran, se los daría. Si no lo tenía, lo conseguiría. Por Autumn, me pondría de rodillas,

mentiría, engañaría y mataría—. Ahora dime lo que quieren y no tengo.

—Una vez que te cases con Autumn y le sea entregada por completo la organización, o más bien a ti, quieren que saques a la mafia corsa de Philadelphia.

—Hecho. —No tenía que pensarlo. Iba a estar fuera de todos modos.

—¿Así de fácil? —Byron me miró con duda.

—Así de simple —confirmé—. Quiero estar fuera de ese tipo de vida. Autumn fue criada de otra manera. Quiere salvar el mundo. Que Kol tenga una infancia normal y segura, como la suya. Y yo también.

—¿Así que será blanco y negro a partir de ahora?

Un soplo sardónico me abandonó.

—Nunca es solo blanco o negro. Hay tantos malditos matices de gris, y siempre haré lo que haga falta para proteger a mi familia. Pero no necesito el negocio ilegal ni la organización corsa. Así que, si los quiere fuera de Philadelphia, estarán fuera de esa ciudad.

—De acuerdo, entonces —reflexionó—. Esto ha sido más fácil de lo que pensaba. Le enviaré un mensaje a Dante y esperaremos la información mientras disfrutamos de la galleta. ¿Qué dices, Kol?

—*Maman*. Galleta —murmuró Kol con comida en la boca, como si entendiera que se acababa de hacer un trato para recuperar a su *maman*.

«Voy por ti, Autumn. Aguanta un poco más».

Por Kol. Por mí. Por nosotros.

Me senté alrededor de la mesa con Nico, Byron y Sasha Nikolaev en la oficina de Nico. Sus hijos gritaban, algunos lloraban, otros jugaban. Toda la mansión de Nico era un zoológico, aunque uno de los buenos. Kol también estaba aquí, actualmente bajo el hechizo de las galletas de Bianca. Probablemente estaría lleno de azúcar gracias a que ella horneaba constantemente.

Finalmente hice un trato con Dante DiLustro. Gracias a Byron. Basilio DiLustro secuestró a Wynter, la sobrina de Liam Brennan. Para asegurar mi entrada a las montañas de Afganistán, Byron apoyó a los DiLustro en lugar de la familia de su media hermana... *mi* media hermana Davina. Y prometí que la mafia corsa estaría fuera de Philadelphia una vez que me casara con Autumn.

No hacía falta decir que le debía una. Una bien grande.

Por fin tuve el contacto de Dante en la mano. Le envié a mi piloto un mensaje para que estuviera listo, ya fuera de día o de noche. Teníamos una forma de entrar, el problema era por dónde empezar.

No teníamos ni idea de por dónde comenzar la búsqueda y, en ese momento, nos vendría bien toda la ayuda posible. El tiempo apremiaba.

—Si tuviera que adivinar, se dirigieron a las montañas. —Byron señaló la frontera entre Afganistán y Pakistán en el mapa. Era el mismo camino por el que había intentado entrar en Afganistán unos meses atrás.

—Eso mismo pensé —gruñí—. Esa montaña se extiende por casi ciento sesenta kilómetros. Y si intentan cruzar a Pakistán, son otros dos mil quinientos kilómetros más. Es el típico proverbio de la aguja en un pajar. No será tan fácil de entrar y salir.

Estudié el mapa.

—En las montañas es donde apostaría que se esconden.

—Creo que esa es nuestra mejor opción —coincidió Nico—. La vigilancia por satélite muestra mucha actividad en las montañas por parte de la milicia local. Han estado acechándolos como buitres.

Solo de pensar en Autumn escondida, siendo perseguida como un perro me daban ganas de liderar una matanza. Castigar a cada persona que se atreviera siquiera a pensar en hacerle daño.

La puerta del despacho de Nico se abrió y Bianca entró con una bandeja llena de galletas. Nico miró a su mujer y su expresión se suavizó al instante.

—¿Han tenido suerte? —preguntó.

—Encontramos una manera de entrar —declaró Byron—. Si tan solo pudiéramos reducir las malditas coordenadas.

—Iré contigo. —Se ofreció Sasha—. No tengo nada mejor que hacer. Al menos no en un futuro próximo.

—¿Qué? ¿No más cacería de los DiLustro? —cuestionó Byron secamente. Sasha se limitó a encogerse de hombros, mas un brillo en sus ojos prometía problemas. Tantos problemas que me alegré de que no fuera pariente mío.

—No, he seguido adelante. Tengo un objetivo más tentador —manifestó Sasha, su sonrisa como la de un tiburón no presagiaba nada bueno para quien tenía en mente.

Necesitaba las habilidades de Sasha, pero no tenía la paciencia para descifrar sus crípticos mensajes o sus métodos psicópatas.

—Requeriré tus habilidades de francotirador —anuncié de mala gana—. Pero *solo* como francotirador.

—Bien, habilidades de francotirador será. —Se encogió de hombros—. Aunque tú te lo pierdes. Soy más divertido en el combate cuerpo a cuerpo.

Dios me ayudara, no sabía cómo los hermanos de Sasha lidiaban con ese maldito loco. Sin embargo, antes de que pudiera decir algo más, sonó mi teléfono. Contesté sin mirar el identificador de llamadas.

—Russo.

—Alessio. —La voz suave que reconocería en cualquier parte.

—Autumn, ¿has vuelto? —Silencio—. ¿Autumn?

—No —respondió con voz ronca—. No tengo mucho tiempo. Quería escuchar tu voz. Y la de K-Kol. —Su voz se quebró con el nombre de nuestro hijo.

—Todo estará bien —afirmé—. Voy a buscarte.

—No. Prométeme que te mantendrás alejado. —Su voz se hacía más pequeña con cada palabra.

El teléfono de Byron sonó al mismo tiempo, pero lo ignoré todo. Clavé los ojos en Nico y articulé:

—Rastrea mi teléfono.

Puse la llamada en el altavoz e hice que apareciera el número. Byron lo tecleó también en su móvil sin que nadie se lo pidiera.

—¿De quién es este teléfono? —pregunté.

—Es un teléfono satelital —murmuró—. No tengo ni idea de dónde lo encontró Kian. Por favor, Alessio. Prométeme que no vendrás. —Bajó la voz a un susurro—. Por Kol.

—Es por Kol que iré por ti —declaré con voz ronca—. No sirvo sin ti.

Me importaba una mierda quién oyera mi confesión. Era verdad. La necesitaba de vuelta en mi casa, en mi vida, en mi cama.

—No. Quédate en casa. Mantente a salvo.

Se me apretó el corazón. Sonaba demasiado como una despedida. No me agradaba.

—¿P-puedo oír la voz de Kol? —Se le quebró la voz—. Lo extraño tanto. Quiero escucharlo, por si acaso no...

—No lo digas, joder —gruñí—. No te atrevas a pensarlo, Autumn. Iré por ti. Tengo una forma de entrar. Dime dónde estás.

—Estamos escondiéndonos en las montañas. —Miré fijamente a Byron. Por lo visto la montaña era la decisión correcta.

—Pásame tu pin de localización.

—Es un teléfono satelital —explicó—. No creo que tenga pin. Alessio, necesito que me escuches; no tengo mucho tiempo. Por si acaso no vuelvo, prométeme que mantendrás a Kol alejado del bajo mundo. *Por favor.*

—Vas a volver —juré, con la voz temblorosa. Demonios, me trepidaba la voz y se me formaba un sudor frío en la piel. Este miedo era como hielo en mi pecho—. Iré a buscarte. Lo mantendremos fuera del bajo mundo juntos.

Podía oír disparos de fondo. Parecía que se estaban acercando. El sonido de las balas era más fuerte que cuando contesté la llamada por primera vez.

—Por favor, cuida de Kol —musitó, su voz difícil de oír—. Debería haber... —Una larga pausa—. Cuatro años y luego esto.

—Tendremos los próximos cuarenta años. Mantente a salvo hasta que llegue —ordené obstinadamente—. Estarás en casa antes de que acabe la semana.

Siguieron los sollozos.

—No… no sé... —replicó.

Necesitaba verla. Protegerla.

—*Volverás* a casa. Incluso puedes romperme el corazón y no seré un hijo de puta. Nunca más. Pelearemos y nos reconciliaremos. Pero *volverás* a casa.

Sus sollozos fueron mi respuesta. Había perdido la fe. Tenía miedo. Y me estaba destrozando el alma. Podía tolerar el dolor de cualquiera menos el de Autumn.

—P-por favor, ¿puedo oír la voz de Kol? —Se atragantó. Siguieron más sollozos suaves—. Por si acaso...

Bianca estaba delante de mí, con Kol en brazos. Se mordía el labio inferior, con los ojos brillando con lágrimas. Diablos, también quería llorar. Mas no podía derrumbarme en ese momento.

—Hola, amigo —murmuré suavemente—. *Maman* está al teléfono. ¿Puedes saludarla?

—*Maman*. —Los ojos de Kol miraban fijamente mi teléfono.

—*Oh,* cariño. Sí, soy yo —Lloró—. Te extraño tanto. ¿Tuviste una buena Navidad?

—P-papi puede ir en el avión —balbuceó Kol—. ¿Traer a *Maman* a casa?

—N-no… no lo sé, cariño. —Su voz tembló y me destripó. Me clavó un cuchillo invisible en el corazón y me hizo sangrar.

—Volverás a casa —gruñí—. Iré por ti. Aguanta. Iré por ti. Mantente viva. Sé fuerte, solo un poco más.

Gritos y alaridos llenaban el ambiente.

—Autumn, tenemos que irnos. —Una voz de mujer. Un bebé llorando. Hombres gritando—. Los talibanes nos encontraron.

Mi corazón se detuvo. Se congeló, maldición. Había pasado por muchas cosas, pero ese miedo no se parecía a nada de lo que había experimentado.

Pude escuchar su profunda inhalación, como si necesitara valor.

—Kol, mami te ama —susurró—. ¿De acuerdo?

—Está bien, *Maman*.

—¡Buen chico! —exclamó con voz ronca—. Tengo que hablar con tu papi.

Asentí a Bianca y lo sacó de la habitación.

—Por favor, cuida de Kol. Mis padres... por favor mantenlos en la vida de Kol. Mantenlo a salvo. Que no forme parte del crimen. Haz que se sienta a… amado, y si me o… olvida… —Su voz se quebró y se le escapó un hipo—. Dile que siempre lo amaré.

Su última palabra se rompió en un sollozo ahogado.

—Se lo dirás tú misma —concluí con firmeza—. Vamos a criarlo juntos. De la manera correcta.

Gimoteó mientras sonaban explosiones de fondo.

—T-tengo miedo, Alessio —admitió con un suave llanto—. Nunca pensé que terminaría...

—Esto no es el final —declaré—. Es el principio. Eres mía. Siempre has sido mía. Y ni loco dejaré que esto se acabe. Iré a buscarte —prometí—. Iré por ti, y que Dios me ayude, Autumn, nunca te dejaré ir. Y dondequiera que vayas, iré yo. —Gimoteó—. No llores, amor. Voy por ti.

Un grito agudo sonó de fondo. Ráfagas de disparos, tiros, más gritos.

—¿Autumn? —bramé.

Más gritos.

—Cabeza abajo. —Ladró una voz de hombre. Su voz era distante, temblorosa. Podía sentir su miedo en mis propios huesos.

Una fuerte explosión resonó en la línea. Otra explosión.

—¡Autumn, escúchame! —grité, llamando su atención—. ¡No cuelgues! Necesitamos rastrear la llamada. Así podemos obtener la ubicación.

Otro estruendo de una explosión sonó a través del receptor. Y luego siguió el temido silencio.

—¿Autumn? —inquirí con voz ronca. No hubo respuesta—. ¡¿Autumn?! —rugí.

Mis ojos buscaron frenéticamente a Nico. Su expresión me produjo pavor en el estómago.

—¿Conseguiste la localización? —La voz no sonaba como la mía, era demasiado tranquila. Demasiado distante. Pero mi boca se movió, la pregunta era mía.

—Tengo el área general —anunció Nico—. Debería ser suficiente para empezar a buscarla. Algo para empezar.

—Deberíamos salir hoy —propuso Sasha—. Cuanto más tiempo estén allí, menos posibilidades tendrán de sobrevivir. —Asentí—. Si los talibanes los capturan, van a…

—No lo digas, maldición —advertí, mi control debilitándose—. No te atrevas.

Sasha me dirigió una mirada sombría.

—Solo prepárate. Puede que no sea la misma.

Él lo sabría. Vio la cara de mi hermana justo antes de que se quitara la vida.

Casi tres meses.

Habían pasado diez semanas y tres días desde la última vez que la abracé. Al mismo tiempo que hablé con Autumn, Byron recibió coordenadas del senador Ashford. Eso fue tres días atrás. El mercenario del senador le envió la información, aunque gracias a Nico, sabíamos que estaban en movimiento.

Porque estaban siendo atacados.

Mi mujer, que quería salvar el mundo, estaba siendo atacada. A pesar de las bajas

temperaturas, el sudor rodaba por mi espalda. Exhalé lentamente, calmando mi pulso.

Tenía que traer a mi mujer a casa. Con nuestro hijo.

El aire en el helicóptero era pesado, la tensión espesa. Sasha, Byron y yo íbamos armados de pies a cabeza. Nico era más adecuado para vigilar la zona y ser nuestros ojos y oídos desde casa.

La conversación era imposible, el motor del helicóptero hacía demasiado ruido. No tenía fuerzas para pronunciar una sola frase. Solo había una palabra, un nombre para ser exactos, que sonaba en mi mente. Una y otra vez. Autumn.

Cuando la recuperara, la abrazaría durante días. Luego le insertaría un microchip para poder rastrearla siempre.

Bajé la vista hacia mi móvil. Nuestro objetivo era un punto verde en la pantalla del teléfono. El dispositivo de rastreo de Nico estaba en todos nuestros dispositivos. Moviéndose más y más alto en la montaña.

Según Nico, había seis personas para rescatar, incluyendo a Autumn. Coincidía con la información que Byron había recibido del senador Ashford. Los salvaríamos, y fallar no era una opción.

Se lo prometí a mi hijo. Se lo prometí a mi hermana. Y a los padres de Autumn.

—Cinco minutos para el aterrizaje. —La voz del piloto era grave en mi oído. Sasha comprobó la munición de su rifle de francotirador. Lo llamaba su bebé. Era tan raro, pero mientras acabara con cada desgraciado que amenazaba a Autumn, por mí podía llamarlo su amante. No me importaba.

Byron también revisó sus armas, comprobó cada una de ellas. El helicóptero aterrizó. Un asentimiento sin palabras. Iba adelante, Byron vigilando nuestra izquierda y Sasha siendo nuestros ojos desde allí arriba y eliminando a cualquiera que nos tuviera en la mira.

El corazón me retumbaba en las costillas. Estaba tan cerca de mi mujer y, sin embargo, tan lejos. Esperábamos entrar y salir. En cuanto llegáramos a Autumn y los mercenarios, deberíamos tener una oportunidad decente de salir de allí.

Byron y Sasha habían entrenado para esto. Nikolaev sirvió como militar con mi hermana fallecida, y sus habilidades eran muy solicitadas. Ashford sirvió un buen número de años en operaciones especiales. Íbamos vestidos con pantalones cargo color canela y chalecos negros Kevlar bajo las chaquetas. Habíamos viajado durante los dos últimos días y todos llevábamos barba incipiente.

El helicóptero aterrizó, mi respiración se calmó y nos pusimos en marcha. Con las armas listas para disparar y los dedos en el gatillo, los tres salimos del aparato y nos pusimos en marcha.

Los ojos de Sasha escudriñaron la zona en busca del mejor lugar para vigilar nuestras espaldas. Lo supe en el momento en que lo encontró. Estaba listo para cubrirnos.

—Busca y agarra a tu mujer —espetó Sasha con frialdad. Empecé a pensar que Nikolaev era un adicto a la adrenalina—. Vuelve. No se desvíen.

Un asentimiento tenso.

Nos dirigimos montaña abajo, siguiendo el punto verde que Nico estaba rastreando. Gracias a Dios Nico fue capaz de fijar el teléfono por satélite después de obtener las coordenadas del senador Ashford.

—Dense prisa. —La voz de Nico se proyectó en mi oído. Byron y Sasha podían oír lo mismo —. Están rodeados.

—Ya puedo empezar a eliminar —gruñó Sasha, su tono oscuro en mi auricular.

—Hazlo —ordené—. Les dará la oportunidad de luchar contra ellos.

Byron y yo nos encontrábamos listos para atacar en cualquier momento. Ojalá ya estuviéramos allí para poder empezar a matar a esos hijos de puta. Las rocas de la montaña ralentizaban nuestros movimientos. Y la nieve también nos atrasaba.

Otro escarpado acantilado de montaña y fue entonces cuando los vi. Un grupo de treinta militares afganos rodeando a dos mujeres y cuatro hombres. Autumn. La reconocería en cualquier parte. Llevaba un burka, aunque le habían quitado la capucha.

El miedo en sus ojos era desgarrador y las lágrimas mojaban su delgado rostro. Demonios, estaba tan delgada.

Dos latidos, dos respiraciones silenciosas. Una mirada compartida con mi hermano. Una inclinación de cabeza y corrimos, con la nieve crujiendo bajo nuestras botas. Las balas de Sasha volaron por el aire. Uno a uno, los hombres empezaron a caer.

Mi rabia se mezcló con la adrenalina. Los mercenarios luchaban contra los hombres. Uno estaba pegado a Autumn y, por primera vez en mi vida, realmente esperé que el maldito se quedara así junto a ella.

Con cada paso más cerca, podía verlo. Los malditos talibanes usando armas para atacar a mi mujer y su grupo. Esos adolescentes no deberían estar en la montaña, luchando en combate. Deberían ser arrancados de este lugar abandonado de la mano de Dios y llevados a algún lugar donde las armas estuvieran fuera de su alcance.

Sin embargo, no podía pensar en eso en ese momento. No podía dudar en ese segundo. No podía salvarlos. Eran ellos o mi mujer.

Byron y yo corrimos hacia el grupo. Apuntamos. Apreté el gatillo. *Bang*. Repetí.

Mi mandíbula estaba tensa. Tenía el ceño fruncido por la determinación. Tenía que llegar hasta mi mujer. Sacarla de aquel infierno. Aún no me había visto. Sus ojos estaban fijos en una pistola que la apuntaba mientras su guardaespaldas luchaba contra tres hombres.

—Sasha, mata al idiota que la está apuntando con la pistola —ordené bruscamente. Menos mal que Sasha me escuchó. A pesar de que podría tener una forma de agitar a la gente en la sociedad normal, allí era eficiente y mortal.

Escuché la bala volar por el aire. El zumbido que hizo que el hombre cayera al suelo. Otro hombre fue tras Autumn. Se tiró al suelo, alcanzando el arma que yacía sobre la nieve de la montaña.

Un bebé lloró desde algún lugar. Escudriñé los alrededores, mas no pude verlo. Volví a mirar a Autumn, que en ese instante le apuntaba a uno de los hombres.

Mi arma. Incluso desde aquí podía ver el logo en ella. Otros diez pasos y la alcanzaría. Estaba demasiado lejos. El enemigo estaba disminuyendo lentamente. Sasha era un buen tirador. Byron también. Entre los tres logramos reducirlos de treinta a diez.

Alguien chocó contra mí. Mi cuerpo se impactó sobre la nieve, amortiguando mi caída. Nos desplomamos el uno sobre el otro y mi cabeza se golpeó contra una de las rocas.

Apreté los dientes, ignorando el dolor que sentía en el cráneo.

—¡Alessio! —Un grito de mujer. El grito de *mi mujer*.

Giré la cabeza para ver a Autumn cubierta por un desgraciado, con su pistola apuntándola al cráneo.

—Sasha —siseé, dándole un puñetazo en las costillas al imbécil que tenía encima.

—Está luchando demasiado contra él. —Su voz era de una calma absoluta, tan opuesta a los latidos erráticos de mi corazón—. Un movimiento en falso y la bala impactará en su cráneo en lugar del de él.

El idiota que tenía encima también se negaba a dejar de luchar. Tomé el cuchillo que llevaba

en la funda de la pantorrilla y lo apuñalé en la sien.

Un aullido llenó el frío aire de la montaña. Vibró a través de mi cabeza causando un zumbido en mis oídos. Me puse en pie de un salto y vi a Byron luchando contra unos hombres que intentaban llegar hasta Autumn.

Levanté mi arma. Apunté. Apreté el gatillo. Sasha hizo lo mismo, despejando mi camino hacia mi mujer. No era de extrañar que el tipo fuera bastante arrogante. Sus habilidades de francotirador eran incomparables.

Parecía que me había tomado una eternidad en llegar hasta Autumn. Luchando debajo de un cuerpo demasiado grande para apartarlo. Mis dedos agarraron el cabello del tipo y lo aparté de ella de un tirón. Sin mirarlo, apunté a su sien y apreté el gatillo.

El grito agudo de Autumn recorrió la montaña. La sangre pintó todo a nuestro alrededor y sus grandes ojos llenos de miedo se clavaron en mí. El reconocimiento parpadeó en ellos. Tenía la cara salpicada de sangre. No me importó. Seguía siendo la mujer más hermosa que jamás había visto.

—¿Alessandro? —Seguía parpadeando, como si pensara que se había vuelto loca.

Los zumbidos a mi alrededor me indicaron que Sasha estaba en modo turbo, eliminando al enemigo que nos rodeaba. Caí de rodillas y la acuné entre mis brazos.

—Te dije que vendría por ti —pronuncié, con la voz ronca—. Me debes una boda.

Capítulo Cuarenta Y Cinco



Autumn

—Me debes una boda.

Un sollozo ahogado brotó de mis labios. De todas las cosas que decir eligió esa.

—Lo que quieras. —Lloré, rodeándolo con las manos y llenándolo de besos por toda la barbilla y el cuello—. Apesto. Lo siento.

Inhaló profundamente y me invadió la vergüenza.

—Hueles como *mi mujer* —murmuró, y luego acercó sus labios a los míos. Se me escapó otro sollozo miserable—. No llores, amor. Vamos a casa con nuestro hijo.

Tragué saliva, parpadeando las lágrimas que me cubrían las pestañas. Me levantó y me empujó detrás de él. Oí una débil voz, pero no pude localizarla.

Alessio asintió y se giró hacia mí.

—Tenemos que volver corriendo al helicóptero y salir de aquí. Vienen más soldados hacia nosotros.

Mis ojos se desviaron hacia los compañeros que estuvieron a mi lado durante los últimos cuatro meses.

—No podemos dejarlos atrás.

—No vamos a dejar a nadie atrás. —Me tranquilizó. Seguí su mirada y miré atónita a Byron.

Kian se me acercó, con la respiración agitada.

—¿Estás bien?

Agarré su mano entre las mías y apreté.

—Sí, ¿y tú? —Si bien no lo demostraron, sentí cómo Kian y Alessio se tensaron. Kian asintió —. Vamos a casa.

Otro hombre ya estaba guiando a Salma hacia nosotros.

—¿Está bien la bebé? —pregunté.

—¿Bebé? —repitió Alessio.

Salma se movió el burka, ocultando a su niña bajo él.

—Jesucristo, ¿tuvieron una bebé con ellos todo este tiempo? —Era la voz de Sasha que llegó a través de la radio de alguien—. Supongo que no debería sorprenderme. No con Autumn. No sé si estar impresionado o no.

—Impresiónate —gruñó Alessio. Enterré la cara en su pecho e inhalé profundamente.

Sándalo y especias. Dios, lo extrañaba tanto.

—¿Kol está bien? ¿Está a salvo? —murmuré.

—Siempre. —La boca de Alessio presionó contra mi frente—. De acuerdo, vámonos —instó, con la respiración agitada. Todos los hombres respiraban con dificultad—. Hay más soldados en camino.

No tuvo que repetirlo. Con la mano de Alessio en la mía, corrimos. Ignoré el ardor de mis músculos cansados, el dolor de mis huesos.

A pesar del aire frío y la falta de ropa de invierno, el sudor me recorría la espalda. No obstante, la mano de Alessio en la mía derramó su fuerza en mí y me mantuvo en marcha.

No tenía ni idea de cuánto habíamos corrido cuando por fin miré el helicóptero. Tan pronto el piloto nos vio, lo puso en marcha. Las aspas corrían en círculos. Cada vez más rápido.

Una figura saltó al suelo desde nuestra derecha, sobresaltando a Kian. Su mano se levantó, apuntándole a...

—¿Sasha? —solté, sorprendida.

—Es un amigo —le avisó Byron a Kian—. Uno loco, aunque sigue siendo un amigo.

Sasha sonrió, sin darle una mirada a Kian. Ese Nikolaev no tenía miedo.

—No está mal para un hombre al que observarás que le arranquen el corazón —expresó—. *¿Eh?*

No me quedaba mucha energía, pero aun así se me calentaron las mejillas. Acorté la distancia que nos separaba y lo abracé. Alessio me siguió, con su imponente figura justo detrás de mí, reconfortante y protector.

—Gracias —gemí, sollozando—. Muchas gracias, Sasha. —Sus grandes brazos me envolvieron—. Lo siento, estoy apestosa —me disculpé, sin dejar de sollozar. Luego lo abracé de nuevo—. Gracias por...

Mi voz se entrecortó, temblorosa. Las palabras me fallaban. Tantas emociones se estremecieron en mi pecho. Tragué saliva.

—Yo... —Me limpié la cara con las manos temblorosas—. Te debo mucho.

Asintió.

—Quizás algún día te lo cobre.

Giré la cabeza hacia Byron.

—Y gracias a ti también —declaré, abrazándolo.

Me rodeó con una mano y me dio un beso en la mejilla.

—Cuando quieras. Eres de la familia. —Le ofrecí una sonrisa temblorosa—. Ahora salgamos de este lugar, mi futura cuñada.

Todos nos apresuramos a entrar en el helicóptero, la mano de Alessio sin soltar la mía. Quería preguntar por Kol. Por mis padres. Branka. Pero no había forma de entablar conversación. Así que me limité a tomarle la mano y disfrutar de su calor.

Dos horas en el helicóptero.

Llegamos a un aeropuerto privado en Pakistán. Alessio nos indicó que permaneciéramos dentro, dejándonos con Sasha mientras él y Byron salían.

—¿Está todo bien? —indagué mientras me enderezaba en la silla, mis ojos parpadeaban hacia Sasha y luego volvían a Alessio. Había soldados esperándolos delante del gran avión, bloqueando nuestra salida.

—Sí, mejor que lo esté —dijo Sasha. No parecía preocupado—. O el primo de Byron será un maldito DiLustro muerto.

—*¿Eh?* —No entendí lo que Sasha estaba tratando de decir. Mantuve la vista fija en el

aeropuerto vacío, una fila de soldados armados hasta los dientes que permanecían en posición. Byron y Alessio solo llevaban pistolas metidas en la parte trasera de los pantalones.

—Byron hizo un trato con uno de los Capos —explicó Sasha al ver mi confusión—. Digamos que los imbéciles salieron muy bien parados.

—*Oh.*

Contuve la respiración, preocupada por si algo salía mal justo cuando parpadeaba la luz al final del túnel.

Alessio se giró, asintió y Sasha se levantó.

—Bien, damas y caballeros. Larguémonos de aquí.

Sasha y Kian me seguían de cerca, los otros hombres rodeaban a Salma y a su bebé, mientras todos corríamos desde el helicóptero hacia el avión. Subí las escaleras, con las rodillas temblándome con cada paso.

—Está bien. —La voz de Alessio estaba justo detrás de mí, su palma reconfortante en la parte baja de mi espalda—. Solo entra en la cabina y estaremos fuera de este agujero de mierda.

Di un paso hacia arriba. Y otro.

Parecía que tardábamos una eternidad, pero por fin estábamos dentro de la cabina. En cuanto entramos, Alessio cerró la puerta.

—¡Vámonos! —le ordenó al piloto.

Diez minutos y ya estábamos en el aire. No fue hasta que vi las nubes que nos rodeaban cuando se me cortó la respiración y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Levantándome en brazos, Alessio me llevó a la parte trasera del avión y cerró la puerta con el pie.

Fue entonces cuando me derrumbé.

Capítulo Cuarenta Y Seis



Alessio

Los sollozos de Autumn sacudían su cuerpo, mientras su cara permanecía enterrada en mi pecho. Justo encima del corazón que le pertenecía. Era suyo desde el momento en que nuestras miradas colisionaron ocho años atrás, el día de su decimoctavo cumpleaños.

—*Shhh* —murmuré sobre su cabello negro azabache. Todavía olía a otoño y a manzanas. Como mi hogar—. Ahora estoy aquí. Siempre estaré aquí.

Su cabello negro caía por su cuerpo esbelto. Había perdido su brillo y su rostro estaba muy pálido, en contraste con su cabello oscuro. Las ojeras oscurecían sus hermosos iris color avellana, que parecían más marrones que nunca. Casi sin vida, mas la traería de vuelta. Viviría feliz y despreocupada, con Kol y conmigo.

Porque la alternativa no era una opción. Cometería un asesinato, me pondría de rodillas y atravesaría el fuego para asegurarme de que sus luceros nunca volvieran a ser cafés.

Su cuerpo temblaba en mis brazos. Maldición, era un montón de huesos. El burka le llegaba a la mitad de los muslos. Aún llevaba *jeans*, y cada centímetro visible de su cuerpo estaba cubierto de suciedad y sangre.

Jesucristo, sangre.

Incluso sus manos estaban manchadas de sangre. Tenía el labio roto y sombras oscuras bajo los ojos. Aquellos moretones parecían aún más marcados sobre su cabello negro y su piel pálida.

Demonios.

Llegué demasiado tarde. Demasiado tarde, maldición.

—Lo siento, amor —susurré—. Siento haber tardado tanto en llegar a ti. Nadie volverá a hacerte daño.

Le pasé los dedos suavemente por su rostro. La furia palpitaba en mi interior, contra mí mismo. Contra el mundo que se atrevió a hacerle daño.

Sostuve su cuerpo tembloroso cerca de mí, dándoles gracias a todos los santos por tenerla por fin entre mis brazos.

—Viniste por mí. —Su voz retumbó en mi pecho—. Viniste por mí.

—Siempre vendré por ti. Quemaré este mundo hasta las cenizas para encontrarte y a Kol. Siempre.

—P-pensé... —balbuceó, con voz temblorosa—. Pensé que nunca volvería a verte. Ni a Kol.

—Sus delgados dedos aferraron mi camisa—. Echaba de menos todos esos días con él. —Alzó la vista, sus avellanas brillaban en marrón—. ¿Todavía se acuerda de mí?

Le agarré la barbilla entre los dedos y sostuve su mirada.

—Hablábamos de ti todos los días. Nunca te olvidará. Y te está esperando. Tus padres, Branka, Kol. Todos te hemos esperado.

Pequeñas manchas verdes aparecieron en sus ojos.

—Fui tan estúpida —reviró—. Imprudente. Podría haber perdido...

—No —murmuré, apretando mi boca contra su frente—. De buen corazón. Hay una diferencia.

Se estremeció en mis brazos.

—Dios, mataría por un baño —murmuró.

—Pues hagámoslo realidad. —Mi avión privado tenía un lujoso baño, así que la cargué en brazos y la llevé allí. La dejé en el asiento acolchado y abrí los grifos de la bañera. Abrí una botella de gel de baño y la vertí en el agua.

El aroma a manzana y menta llenaba el aire. Su rostro manchado de lágrimas observaba cada uno de mis movimientos mientras recogía las toallas afelpadas y la ropa que le había empacado.

Luego volví hacia ella y me arrodillé.

—¿Te ayudo a quitarte la ropa? —Ofrecí suavemente.

Una pausa. La inseguridad que no estaba acostumbrado a ver apareció en su cara. Me destripó. Si esos hombres la llegaron a tocar, volvería y los mataría a todos.

—¿Alguien...? —Por todos los infiernos, ni siquiera podía decir las palabras. Soportaría millones de años de abuso, con tal de salvarla.

Sacudió la cabeza y el alivio me inundó como agua fresca de manantial.

—No, Kian me mantuvo a salvo. —Se rodeó con las manos—. Puede que no te guste lo que veas. —Su vocecita y la vulnerabilidad en sus ojos me partieron el corazón y lo hizo sangrar.

—Imposible —le aseguré—. Cuando tengas cien años, frágil, con el cabello plateado y cubierta de arrugas, seguirás siendo la mujer más hermosa para mí. La única mujer para mí.

Tenía los ojos enrojecidos, luchando contra las lágrimas, y eso hizo que me doliera incluso más.

—Deja que te ayude —sugerí suavemente.

Observé cómo se movía su delgado cuello al tragar saliva y me hizo un pequeño gesto con la cabeza. Lentamente, le quité el burka. Luego me agaché y le quité las botas negras de combate. Siguieron los *jeans*. Luego los calcetines. Después me deshice de la camisa. Una camisa de hombre.

Cuando le eché un vistazo, me explicó:

—Kian me la dio porque hacía frío.

Asentí y la deseché. La siguiente era una camiseta blanca. La reconocí. Era la misma que llevaba durante el fragmento que se emitió en televisión. Se había convertido en un fragmento muy difundido. Tuvimos que mantener la televisión bloqueada de los canales de noticias para que Kol no viera a su madre en medio de un tiroteo.

Un escalofrío sacudió su cuerpo. Mis ojos recorrieron su pálida forma. Los huesos de sus costillas sobresalían. Se le veían los huesos de la cadera. Sin embargo, tenía un pequeño bulto en el vientre bajo.

Mis ojos se dirigieron a los suyos, luego a su vientre.

—¿Estás...?

Tragué saliva. No podía ser. Los hombres como yo no tenían tanta suerte. Los hombres como

yo no la merecían, no después de todo lo que había hecho.

—Creo que sí —musitó suavemente. Lentamente, coloqué mi mano temblorosa sobre su estómago y la suya se posó sobre la mía—. Pero no estoy segura. Podría ser solo estrés. ¿Tal vez? No lo sé.

—Está bien —indiqué—. Lo descubriremos juntos. Superaremos todo juntos. —Su respiración entrecortada llenó el espacio que había entre nosotros—. Juntos —repetí.

Asintió.

—Juntos.

Le desabroché el sujetador y la ayudé con las bragas.

Estaba desnuda delante de mí. Seguía siendo la mujer más hermosa que jamás había visto. Pero fue la expresión de su rostro lo que me destrozó.

—¿Lista para entrar en la bañera y relajarte?

—Sí. —Un atisbo de una pequeña y suave sonrisa. La que recordaba.

La tomé de la mano y la ayudé a entrar, sin querer soltarla. Todavía no. El agua salpicó suavemente mientras su cuerpo descendía lentamente en la tina.

—*Ahhh*. —Un suave suspiro salió de sus labios.

—¿Bien?

—Perfecto. Gracias.

Sus mejillas se sonrojaron bajo el agua caliente y mis ojos estudiaron el brillo de su piel, las burbujas que me ocultaban su cuerpo. Parecía tan pequeña en la bañera y sus ojos se volvían más verdes a cada segundo que pasaba.

Agarré el champú y me senté en el borde de la bañera. Lo destapé y le lavé el cabello. Su melena negra azabache reflejaba la luz. Mantuve mis movimientos meticulosos, masajeándole el cuero cabelludo con movimientos firmes y profundos. Sus párpados se cerraron y sus largas pestañas oscuras hacían contraste contra sus mejillas. Su respiración era uniforme y constante, y me di cuenta de que, aunque me pidiera que dejara de tocarla, no podría ser capaz.

Meses de tensión y el miedo a perderla en la maldita guerra se filtraban en mí con cada minuto. Saboreaba cada suave suspiro suyo. Esos meses sin ella casi me mataron. Cada segundo tocándola me devolvía la vida.

Empecé a lavarle el cabello desde la raíz y le masajeé el cuero cabelludo. Luego, apliqué el acondicionador. Cuando terminé, se lo enjuagué con agua fresca.

—Tenemos un vuelo largo. ¿Quieres quedarte dentro más tiempo? —Negó con la cabeza.

La ayudé a salir de la bañera y la sequé suavemente con una toalla. Luego, le sequé el cabello después de quitarle todos los nudos con cuidado. Me tranquilizó por fin poder tocarla. El dolor en mi pecho se aliviaba lentamente con cada inhalación de su aroma.

—¿Pantalones de yoga o *jeans*? —pregunté. Llevaba semanas con una bolsa llena de su ropa, arrastrándola conmigo a todas partes. Byron fue el único que se atrevió a comentarlo. Y fue porque me recordó que llevara ropa cómoda, calcetines y me dio un par de botas *Ugg* nuevas de su talla, no sé cómo no le di un puñetazo.

—Pantalones de yoga, por favor —pidió, observando cada uno de mis movimientos—. ¿Tienes una sudadera extra tuya que me pueda poner?

Asentí y la ayudé con los pantalones de yoga, a lo que siguió mi sudadera. Los pantalones le quedaban holgados y se me rompió el corazón. Siguieron los calcetines y luego las botas. Sus párpados se cerraron y una pequeña exhalación salió de sus labios. Aunque mi sudadera se tragaba su pequeño cuerpo, le quedaba bien. A cualquiera que tuviera dos ojos le quedaba claro que era mía.

El silencio se prolongó. No era incómodo, pero había tantas cosas que quería decirle. Quería comenzar una nueva vida haciendo borrón y cuenta nueva.

—Puse fin a todos mis negocios ilegales —confesé suavemente. Sus ojos se abrieron y encontraron mi mirada. Verdes, luego marrones, de nuevo verdes—. Ver una de mis armas apuntándote, fue una señal. No me importaba a dónde iban a parar, hasta que vi esa grabación. Le puse fin a todo. Terminé con todo.

Sacó la lengua y se la pasó por el labio magullado. Nos quedamos viendo fijamente, y contemplé los iris que me habían capturado desde el momento en que nos conocimos. Y en ellos vi todo lo que necesitaba.

—Te amo. —Dos simples palabras que tenían tanto poder. Pero solo cuando ella las decía.

—No sabía lo que era el amor —declaré con voz ronca—. Me enseñaste su significado. Me diste esperanza. Te he amado desde la primera palabra que pronunciaste. La primera sonrisa y ya estaba bajo tu hechizo. El primer beso y era todo tuyo.

—Lo mismo digo. —Se atragantó—. Fuiste el tipo más guapo, y el único, que había pisado mi habitación.

Mis labios se inclinaron hacia arriba.

—Más vale. O habrá algunas nalgadas.

Esta vez también sonrió.

—¿Lo prometes, *viejo*?

Ahí estaba mi chica. Podía ser que no fuera una asesina o una mujer despiadada, no obstante, era fuerte.

—Lo prometo. —Si me pedía estrellas, encontraría la forma de bajárselas. Mis manos recorrieron sus hombros y se deslizaron por su espalda, y no pasé por alto el modo en que se estremeció bajo mis caricias. Mi polla se endureció al instante, lista para atacar—. Pero primero te daremos de comer —añadí, con la angustia de cuidarla por encima de mis propias necesidades.

—¿Puedes abrazarme? —murmuró, con la cara apretada contra mi pecho—. Solo un poco más.

Mientras la abrazaba, nuestros corazones latían como uno solo.



Diez horas más tarde, el avión aterrizó y la puerta de la cabina se abrió. Tomados de la mano, salimos y sus pasos se detuvieron.

Kol estaba con los padres de Autumn, esperando a su *maman*.

Autumn me miró con sus ojos verdes que brillaban con lágrimas de felicidad. Las únicas que toleraría.

—No quería que esperaras ni un segundo más de lo necesario —susurré.

—Te amo —murmuró—. Muchísimo.

—Vamos con Kol.

Bajando los escalones, Autumn se apresuró hacia nuestro hijo. Se encontró con ella a medio camino y el corazón se me estrujó en el pecho al ver a mi familia. Llenó de besos la cara de Kol, abrazándolo con fuerza y las lágrimas brillaron en sus pestañas. Pero mantenía la mirada fija en él, luego en mí y de nuevo en nuestro hijo. Como si tuviera miedo de que todo desaparecería.

—Todo valió la pena. —Sasha me dio una ligera palmada en la espalda—. Recuerda este sentimiento ahora cuando todo se vaya al infierno.

No tenía ni idea de qué demonios estaba hablando.

Solo podía concentrarme en mi familia. Mi futuro.
El futuro que valdría cada sonrisa, lágrima y pena.
Porque la tenía a mi lado. Porque eran míos.

Capítulo Cuarenta Y Siete



Autumn

Me incorporé en la cama, apretando las sábanas contra el pecho y con el corazón acelerado.

Parpadeé y volví a parpadear. Estaba oscuro. Demasiado oscuro. No veía nada. No oía nada. Ni armas. Ni susurros en un idioma desconocido. Ya fuera árabe, español o italiano. Todo estaba en silencio.

Inhalé profundamente, el aroma familiar calmó al instante mis latidos erráticos.

—¿Alessio? —llamé, con los ojos todavía intentando adaptarse a la oscuridad.

—Estoy aquí.

Seguí la dirección de su voz y lo encontré en la misma silla en la que se sentó la noche en que perdí mi virginidad. El parpadeo del borde rojo del cigarro encendido iluminaba su rostro.

Cansado. Preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí.

Me moví en la cama, acercándome las rodillas al pecho.

—¿Por qué fumas, entonces?

Parecía hacerlo solo cuando estaba estresado.

—Tengo miedo de que si me duermo, despertaré y me daré cuenta de que eres un sueño. Que aún no estás aquí.

Comprendía esa sensación. Desde el rescate, me aterrorizaba despertar y seguir en una de esas cuevas.

—Estoy aquí —pronuncié.

—Ven aquí —ordenó con voz ronca, y sin pensarlo dos veces, me bajé de la cama y caminé hasta él.

Usaba su camiseta que me quedaba larga. Necesitaba su olor para dormir tranquila. Sus manos llegaron a mi cintura y me subieron a su regazo, mis brazos lo rodearon.

—Gracias por venir a buscarme —repetí por enésima vez. Mi mano se posó sobre mi vientre —. Por los dos.

Lo primero que hice al llegar a casa fue hacerme una prueba de embarazo. Con él. Nos sentamos en el suelo de baldosas del baño, esperando el resultado. Juntos. El primer signo más color rosa nos hizo palpitar el corazón a los dos. Así que nos hicimos otra prueba. Y entonces

lloré de felicidad mientras me abrazaba y me susurraba palabras suaves.

—Siempre —juró y le creí—. No vuelvas a irte. No sin mí.

Le pasé los dedos por el cabello.

—Te lo prometo.

Me miraba con esos orbes grises. Aunque antes me parecía un color frío, en ese momento era el más hermoso del mundo.

—Dime qué está pasando —exigí en voz baja. Mis ojos recorrieron mi cuerpo—. He adelgazado demasiado.

—Sigues siendo hermosa. —Su mano libre tomó mi nuca y apretó sus labios contra los míos —. No me importa tu aspecto. *Te amo a ti*. Tu alma. Tu corazón. Tu fuerza. Tus convicciones sobre salvar el mundo, incluso cuando me vuelven loco.

—También te amo. —Mi frente se apoyó en la suya. Había paz en sus brazos. La sensación de plenitud—. Dime qué te preocupa.

Apagó el cigarro.

—Hice un trato para entrar en Afganistán —replicó.

—¿Sí? —lo animé a continuar.

—Prometí sacar a la mafia corsa de Philadelphia. —Comprendí el significado.

—¿Así que tenemos que casarnos? —Mis labios se curvaron en una sonrisa—. Estoy de acuerdo. A menos que no lo estés.

Un soplo sardónico lo abandonó.

—Estoy tan de acuerdo, maldición. He estado de acuerdo durante los últimos ocho años.

—Acosador —bromeé.

—Casarse es la parte fácil —continuó—. La parte difícil es que tengo que eliminar a tu abuelo.

—*Oh.* —Siguió el silencio. Un silencio tenso, pero a la vez cómodo—. Los visitaremos y les dejamos saber cómo van a ser las cosas —expliqué.

—¿Y cómo va a ser, amor?

—Firmaste un contrato. Soy tuya. El trato era que su *negocio* te pertenecería. Es nuestro. Así que podemos hacer lo que queramos con él.

—¿Así que estás de acuerdo en regalarlo?

Mis manos acunaron las mejillas de Alessio.

—¿Si me parece bien? —dije con voz ronca—. Pensé que no volvería a verlos ni a ti ni a Kol. Pensé que tendría este bebé… —Me puso la mano en el vientre bajo—. *Sola*. Así que, demonios, sí, me parece bien. No lo quiero. Y ya has dejado todo lo ilegal atrás. Así que hagamos lo que necesitemos hacer y vivamos nuestra vida.

Su nariz rozó la mía.

—Nos lo hemos ganado, ¿verdad, cariño? —murmuró.

—Te lo has ganado incluso más que yo.



Dos días más tarde, nos sentábamos en un salón detestablemente azul, estilo siglo dieciséis. O quizás era un despacho. No sabría decirlo.

Marcel Blanchet me observaba, con aquellos ojos cansados en su rostro arrugado. Si bien el tipo era el jefe de la mafia corsa, parecía tener los dos pies en la tumba. Tenía casi noventa años, por el amor de Dios.

—Podría enseñarte como lo hice con tu madre —protestó el anciano, con voz difícil de oír. O quizás era el hecho de que estaba nerviosa por estar aquí.

—No me interesa —repliqué—. Alessio se encargará de ese asunto.

—Justa como su padre —espetó el anciano—. Aunque terca y fuerte como su madre, por lo que veo.

Mis ojos se desviaron hacia Alessio, preguntándome si el viejo me felicitaba o me insultaba, pero su rostro era una máscara inmóvil. Este era el hombre despiadado al que la gente temía.

Mi abuelo, era tan extraño llamarlo así, miró a Alessio.

—¿Cuáles son tus planes?

—Saldremos de Philly —le informó Alessio, su tono frío. Casi aburrido.

Mi abuelo se puso en pie de un salto y tuve que parpadear dos veces para asegurarme de que mis ojos no me engañaban. ¿Se suponía que alguien tan mayor debía moverse tan rápido?

—¡Nunca! —bramó mi abuelo, con la cara enrojecida. Estaba a punto de sufrir un infarto por nuestra culpa—. Mientras haya aliento en mi cuerpo, eso nunca ocurrirá.

—Ese trato salvó la vida de Autumn —continuó Alessio como si mi abuelo no hubiera hablado—. Y asegurará que Autumn y nuestros hijos estén a salvo. Un trato roto significa la muerte. Para alguien.

El abuelo agitaba las manos, murmurando maldiciones en francés. Algunas las entendía. Eran las mismas que mi madre solía repetir. Otras, no tenía ni idea de lo que significaban.

—Deberías haberla dejado morir allí —siseó. Lo entendí y Alessio también—. Teníamos a su hijo. Podría haberse hecho cargo.

La tensión era tan densa que pudo haberme asfixiado fácilmente si respiraba hondo. Sin embargo, Alessio parecía relajado. Casi feliz.

—Autumn.

—¿Sí? —Mi voz sonaba pequeña.

—Dime, ¿la ventana da a los jardines o al río?

Parpadeé. Debía de tener la mente confusa. *Jet lag* o algo así.

—¿Q-qué?

El aire era tan denso que se podía cortar con un cuchillo. Hacía frío afuera, pero la temperatura en la habitación se sentía como si hubiera subido treinta grados.

—Por favor, comprueba la vista desde la ventana —repitió Alessio con calma. Nuestras miradas se cruzaron e inclinó la cabeza hacia la ventana que había detrás de mí.

Un latido. Luego otro. Hice lo que me pidió. Me dirigí a la gran ventana que llegaba del techo al suelo, cada paso era más pesado que el anterior. Llegué y apoyé la palma de la mano en la ventana y suspiré aliviada contra su fría superficie. Sentí la tentación de apretar la mejilla contra ella.

¡Quién me iba a decir, después de todas esas noches frías en Afganistán, que necesitaría una ventana fresca para calmar la tensión palpable en este despacho!

Tragué saliva.

—Mira hacia el río y... —*Crac. Un crujido.* El sonido me interrumpió.

El eco de huesos rotos llegó desde detrás de mí. Mi respiración se detuvo, los latidos de mi corazón se ralentizaron.

—Sal de la oficina. —La voz de Alessio era suave. Calmante—. No te des la vuelta y camina por esa puerta. Espérame afuera.

Sin preguntar y sin girar la cabeza, hice lo que me pidió.

Permanecí en ese lugar hasta que salió Alessio.

—¿Estás bien? —La tranquilidad en la voz de Alessandro, en su cara era todo lo que necesitaba saber, todo estaría bien.

—Contigo, siempre.

Epílogo



Tres meses después

Las montañas nos rodeaban. El suave olor del río viajaba por el aire, mezclándose con el susurro de las hojas y el aroma de las flores de los cerezos.

Kioto en primavera era magnífica.

La última vez que Alessio y yo estuvimos aquí fue en otoño. Me encantó entonces. En ese momento me gustaba aún más.

El sol sustituyó a la lluvia. Las calles vacías pasaron a estar llenas. Los pétalos de la flor del cerezo llenaban de color las calles. Templos llenos de fieles seguidores.

Habían pasado tres meses desde Afganistán.

El mundo seguía girando. Había aprendido a seguir adelante.

La tenue música flotaba en el aire, junto con los suaves pétalos rosas de la flor de cerezos.

Todas las miradas se volvieron hacia mí cuando las melodías cambiaron de la suave música local tradicional al coro nupcial.

Papá me llevaba hacia el altar, donde al final me esperaban Alessio y nuestro hijo. Ambos con trajes a juego. Ambos mirándome como si fuera su mundo.

Se me salieron las lágrimas de felicidad.

Los hermanos y hermanas de Alessio estaban con nosotros. Todos ellos. Incluso el senador Ashford. Mi futuro esposo llegó a un acuerdo de paz a regañadientes con él e incluso cambió legalmente su apellido. Ya no había lugar para el oscuro fantasma del hombre que lo dañó, a su madre, a sus hermanas y a su hijo.

Lo único que me importaba era que Alessandro fuera feliz y lo aceptara. Todo lo demás lo resolveríamos juntos.

Mis padres estaban aquí. Los amigos de Alessio y sus cónyuges. Todos los que queríamos y nos importaban vinieron a celebrar con nosotros.

Pronto habría un nuevo miembro al que darle la bienvenida a nuestra familia.

Me llevé la mano al vientre bajo. Llevaba un sencillo vestido de novia blanco que no disimulaba mucho la barriga. No me importaba. Estaba orgullosa. Ella había sobrevivido. Ambas sobrevivimos.

Embarazada de seis meses.

A pesar del hambre y las penurias del primer trimestre, la bebé estaba sana y crecía bien. Tuve suerte. *Tuvimos* suerte.

Como un imán, mis ojos regresaron al hombre que estaba en el altar, vestido con un elegante esmoquin negro. Me había estado esperando. Ocho años.

El amor y la obsesión en esos pozos grises eran toda la confirmación que necesitaba. No era que hubiera dudado de mi decisión.

Con cada paso que me le acercaba, el mundo se desvanecía más en el fondo, dejándome a solas con él.

En el momento en que me paré frente a él, mi padre sonrió.

—La señora Corbin quiere que transmita un mensaje. —Un suave gemido se me escapó mientras ponía los ojos en blanco—. Bienvenido a la familia.

—Gracias —respondió Alessio, sin apartar su atención de mí mientras me tomaba la mano. Nuestros dedos se entrelazaron y mi corazón floreció como las flores de cerezos que nos rodeaban.

Al pronunciar nuestros votos en medio de familiares y amigos, ninguno de los dos dudó.

Después de todo, ocho años era mucho tiempo de espera.

Me acercó más.

—Mi corazón late al compás de una canción que solo tu corazón puede tocar. Tu aliento me da vida. Curas mis cicatrices. Soy tuyo para siempre, Autumn Ashford.

Me temblaba el labio y los ojos me brillaban por el amor y la felicidad que sentía por este hombre.

Levantó el velo, y aquellos platas fundidos se oscurecieron hasta convertirse en las más hermosas tormentas. Acunó mi rostro, inclinó la cabeza y su boca se posó sobre la mía.

—Tus ojos son verdes —murmuró.

—Soy feliz. —Mi nariz rozó la suya—. Porque ahora eres mío.

—Siempre he sido tuyo. El león siempre adorará a su leona.

FIN

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a mis amigos y a mi familia por su continuo apoyo.

A mis lectoras alfa y beta: son increíbles. Aguantan mis plazos locos y mi organización aún más loca.

Gracias a **Susan C.H.** y **Beth H.**, que siempre me cubren la espalda. ¡No sé cómo lograría esto sin ustedes! Y muchas gracias a Susan por darle varias leídas.

A **Christine S., Denise R. y Jill H.** ¡son lo máximo! Y a todos los demás ¡GRACIAS!

Mis libros no serían lo que son sin cada uno de ustedes.

A mi editora, Rachel de **MW Editing**.

A mi increíble diseñadora de portadas, **Eve Graphics Designs, LLC**.

A los *bloggers* y reseñadores que ayudaron a difundir este libro. ¡Los valoro mucho y saber que les gusta mi trabajo lo hace mucho más agradable!

Y por último, pero no por ello menos importante, **¡a todos mis lectores**! Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus increíbles y solidarios mensajes. Simplemente, GRACIAS.

Puedo hacer esto gracias a todos ustedes.

XOXO

Eva Winners